
EL DOMINIO DE LA OSCURIDAD
DOMINIO 3
MARENA HOPE

EL DOMINIO DE LA OSCURIDAD

Marena Hope

Derechos de autor © 2026 Marena Hope

Título original:
El dominio de la oscuridad. Trilogía Dominio, #3
Autora: Marena Hope

ISBN: 9798195151164
Editorial: Autopublicado
Primera edición: Mayo, 2026

Corrección:
Esther Sierra F.
Rocío García Melgar
Maquetación:
Cristina Moreno
Diseño de portada:
Veca Grace

© Todos los derechos reservados. Esta obra está protegida por las leyes de copyright y tratados internacionales.
No está permitida la reproducción total o parcial de cualquier parte de la obra, ni su transmisión de ninguna forma o medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia u otro medio, sin el permiso expreso del titular y autor de los derechos.
El contenido de esta obra es ficción. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas, eventos o locales, es pura coincidencia y fruto de la imaginación de la autora.

Para aquellas personas que temieron a la oscuridad,
pero aprendieron que su propia luz,
es capaz de iluminar el camino más sombrío
Marena

Dite a ti mismo:
soy la roca contra la que choca el oleaje.
Deja que se estrellen sobre ti

SARAH J. MASS

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
Epígrafe
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45

Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Epílogo
Nota de la autora
Agradecimientos
Acerca del autor

PRÓLOGO

Al principio de los tiempos, todo era paz y armonía. Los primeros seres creados fueron los seres de luz, dotados de sentimientos propios. La bondad, el respeto y el amor eran algunas de las virtudes que su padre les había inculcado. Pero el creador no estaba conforme. Así que hizo a sus nuevos hijos más imperfectos: los humanos. Con la intención de que aprendieran día tras día, vida tras vida, para poder avanzar.

Sin embargo, como la luz no puede existir sin la oscuridad, al igual que la luna sin el sol o los diferentes planos del universo, algunos corazones comenzaron a albergar odio y codicia.

Varios de sus primeros hijos no entendieron cómo su padre podía permitir semejante barbarie. Uno de ellos se rebeló, y otros lo siguieron. Aquello desató una batalla en el cielo que se quedaría grabada en la historia como el Día de los Caídos: el inicio de una guerra entre la luz y la oscuridad que no acabaría nunca.

Veinte años antes de la apertura del portal

Mis uñas rasgaron la roca del trono, y el sonido hizo eco en el lugar tétrico y oscuro donde me encontraba. Demasiado tiempo encerrado en el infierno. Tanto, que solo una cosa me mantenía cuerdo: la venganza.

Mi padre, el Hacedor del universo, aquel a quien había amado por encima de todo, nos castigó. Yo me llevé la peor parte. Como cabecilla de la rebelión, fui encerrado en una prisión de la que

estaba decidido a escapar. Al menos mis hermanos podían vagar por otros planos. Yo, en cambio, ya no recordaba la última vez que había visto el azul del cielo.

Los celos recorrían cada rincón de mi existencia. Yo había sido su preferido… hasta que ellos llegaron: los humanos. Asquerosos humanos. Ahora a mi padre le importaban más sus nuevas creaciones, sus otros hijos. Seres despreciables y desagradecidos que no valoraban lo que él les había dado. Un mundo que estaban destruyendo por codicia y ansias de poder. Un mundo que yo mismo haría pedazos cuando lograra liberarme.

Ni siquiera lo conseguí con mis propias creaciones. Mis hijos, surgidos de la oscuridad —uno de magia y otro de sangre—, se mataban entre ellos, olvidando el propósito para el que habían nacido. Creaciones erróneas, me repetía una y otra vez.

Hasta que mi padre cometió un gran error: decretar una ley sagrada que no podía romperse. La mezcla entre razas estaba prohibida. Nadie lo conocía mejor que yo. Sabía que esa ley ocultaba un secreto, y con la ayuda de mis hermanos caídos finalmente lo descubrí.

Una profecía.

La llave que me liberaría de ese encierro para siempre. Por fin podría salir al exterior. Por fin, mi venganza haría temblar todos los planos del universo.

Mis uñas dejaron de rasgar la piedra cuando sentí una presencia a mi espalda.

—Espero que tu intromisión se deba a algo importante. —Mi voz, fría y letal, resonó por toda la cueva.

—He oído que ha nacido una niña. Quizá sea ella. No sabremos si es la llave hasta que su poder salga a la superficie y podamos sentirlo.

Por fin, uno de mis hermanos traía buenas noticias.

—Entonces solo nos queda esperar.

Mis labios se curvaron en una sonrisa perversa y codiciosa. Antes de que mi hermano desapareciera, lo detuve.

—¡Mammon! No dejes que ellos lleguen primero. Si eso sucede, la matarán.

No era un simple consejo. Era una advertencia… y una orden.

Nada podía salir mal. Nadie, ni siquiera mis otros hermanos de luz, podrían impedir que cumpliera mi venganza.

CAPÍTULO 1

Hayden

Observé su escritorio frente a mí, cubierto de papeles desordenados. Todavía se me encogía el pecho al mirar sus pertenencias y saber que ya no volvería. Marcus había sido un padre para mí durante los últimos años, desde que los míos fallecieron. Aun así, debía ser fuerte y enterrar mi debilidad. ¿Qué clase de muro sería para Amber si me derrumbaba ahora?

Me agarré el puente de la nariz y suspiré. Mis dos últimos días habían sido un completo infierno. Demasiadas cosas por hacer. Ahora entendía el humor de Marcus. Dirigir los asuntos de la sociedad vampírica no era fácil y, aunque en el pasado me hubiera encargado de alguno, nada se comparaba con todo lo que él soportaba.

Habían transcurrido dos días. Dos malditos días desde que todo nos explotó en la cara sin previo aviso. Cuarenta y ocho horas y Amber seguía sin despertar. Demasiado poder contenido en una persona que no sabía controlarlo. Demasiado como para no ser consumida por él. Un sello que jamás debió romperse y que abrió un portal que nunca debió abrirse.

Aunque intentaba encontrar un poco de paz, lo ocurrido dos días atrás seguía acribillando mi mente y arrastrándome de nuevo hasta allí.

Todo era caos a mi alrededor mientras sostenía su cuerpo flácido entre mis brazos. Más seres de plumas blancas aparecían y atacaban a los monstruos oscuros que Amber había convocado con su poder. Brujos y lobos se retiraban de la trifulca, intentando huir de la guerra superior que se había desatado sobre nuestras cabezas.

Pero las palabras de aquel ser oscuro, que acababa de desaparecer ante mis ojos, no dejaban de repetirse en mi mente.

Su abuelo…

Su abuelo era un puto príncipe del infierno.

¿Qué era ella entonces?

Asmodeo… ¿Por qué no presté atención a las lecciones sobre los príncipes demonios y quiénes eran cada uno? Tal vez lo consideré algo insignificante. Nunca habían dado señales de vida. Nunca pensé que las leyendas fueran ciertas, ni que nosotros hubiéramos sido creados por uno de ellos.

—¡Sácala de aquí o la matarán! —La voz de una bruja a mi lado me sacó del shock.

Sus palabras eran las mismas que las del príncipe.

Ni siquiera me detuve a ver de quién se trataba. Miré al chucho a mi lado y, tras asentir, nos pusimos en marcha. Por una vez, estábamos de acuerdo. Teníamos que ponerla a salvo, y huir era la única opción.

—¡Nos retiramos! ¡Hay que salir de aquí, ya!

Dejábamos atrás una guerra en la que nos habíamos visto envueltos sin pretenderlo. Sin comprenderla demasiado.

Cada minuto que transcurría, mi desesperación iba creciendo. La herida había dejado de sangrar, pero no se cerraba. No lo entendía. Si ya no era mortal, debería estar sanando. ¡Maldita sea!

Nunca había sentido tanto miedo. No podía perder a la única persona que me importaba en esta vida. Si aquel ser de luz había destruido lo que más amaba, sería capaz de quemar hasta el mismísimo cielo por venganza.

Habían pasado varias horas desde que Sarah me sacó al pasillo y ocupó, junto con los sanadores, la enfermería del castillo. Todos esperábamos, o al menos los únicos que habíamos llegado hasta allí. Logan se había quedado evacuando el colegio. Había que sacar a los niños antes de que la guerra en la cúpula los alcanzara. Muy a su pesar, los brujos tendrían que aceptar su ayuda si querían hacerlo lo más rápido posible.

Miré al frente. El lobo estaba sentado en el suelo junto a su hermano y Dana. Su aspecto demacrado no se diferenciaba mucho

del mío. Sabía que ella le importaba, aunque su actitud resultara sobreprotectora y demasiado cansina. No conocía a Amber de verdad, o quizá no quería verlo.

Ella era un alma libre, valiente y decidida. Obstinada y orgullosa hasta decir basta. Jamás se escondería detrás de nadie ni permitiría que los demás diesen la cara por ella y arriesgaran su vida para salvarla. Lo supe cuando aún era una niña. Sería capaz de luchar sus propias batallas. Había que darle armas y enseñarla a utilizarlas, no encerrarla en una burbuja que se convirtiera en su prisión.

—No lo entiendo. —La voz de Kress a mi lado me hizo girar la cabeza—. Lleva demasiado tiempo ahí dentro. ¿Qué está pasando?

Mordía su labio mientras jugueteaba con el aro que lo adornaba. Estábamos todos demasiado nerviosos. Aun así, ninguno quería hablar de lo ocurrido. Sabíamos que todo cambiaría a partir de ese momento. La aparición de aquellos seres en nuestro mundo no presagiaba nada bueno.

La puerta se abrió y Sarah salió con la cabeza gacha. Su expresión de angustia confirmó lo que más temíamos: algo no iba bien.

Me levanté de golpe y me acerqué tan rápido que no me percaté hasta que Sarah me agarró del brazo para impedir que entrara.

—Crane… —Su mirada triste conectó con la mía—. Ella está sufriendo. No podemos dejarla más tiempo así. Se muere…

—No. —Mi voz sonó fría y controlada. Aunque en el fondo no era así. Me negaba a escuchar aquellas palabras.

Un sollozo de Dana y varias respiraciones aceleradas resonaron a mi espalda. Los demás estaban tan aturdidos como yo, quizá intentando ignorar lo evidente. Entré sin pensarlo. Los sanadores palidecieron al verme. No sabía qué percibían de mí, pero supongo que no sería nada bueno.

Miré la cama frente a mí. Mi princesa estaba postrada en ella, llena de tubos conectados a sus brazos. Su respiración era irregular, como si un mal sueño la estuviera atormentando.

—¡Fuera! —grité.

La rabia y mi poder me exigían destruir algo, pero tenía que contenerme. Controlarme, como había aprendido años atrás.

Los sanadores salieron de la habitación lo más rápido posible. El llanto de Dana se intensificó cuando los demás entraron detrás de mí.

—Tiene que haber una forma. —La voz del lobo se quebró al acercarse a ella.

—Quizá haya una esperanza.

Sarah me tocó el brazo con delicadeza para que le prestara atención. No podía apartar mis ojos de Amber.

—¿Y si es como nosotros? ¿Y si la sangre pudiera…?

—No saben cómo ayudarla. Prueba con eso —la interrumpió Kress, adivinando sus pensamientos—. No perdemos nada por intentarlo.

—¡Por favor! Haced lo que sea. Ella no puede… —Dana se volvió a romper al mismo tiempo que dejaba crecer mis colmillos y me desgarraba la muñeca. De ella comenzó a brotar sangre.

Me acerqué a la cama y arranqué todos los tubos que la tenían sujeta.

—Vamos, bebe, princesa. —La estreché entre mis brazos y pedí al cielo, a las estrellas y al universo que funcionara. Coloqué la herida sobre sus labios e intenté que el líquido espeso pasara hasta su garganta.

Tras varios segundos, comenzó a hacerlo, y fue como si hubiera estado muerto y hubiese vuelto a nacer.

—Eso es, princesa, sigue así —reí. Una sensación de felicidad recorrió cada parte de mi cuerpo.

Ella mordió con ansias mi muñeca. Estaba sedienta. No recuerdo la reacción de los demás a mi lado. Estaba tan absorto en ella que me olvidé de todo lo demás…

El sonido de los golpes en la puerta me devolvió al presente.

—¡Adelante!

Tras dar paso, dos vampiros Sangre Pura de la alta sociedad aparecieron en el despacho y se sentaron frente a mí.

—¿Y bien? —pregunté. Traían noticias del exterior.

—Los mestizos están descontrolados. Piden ver a la nieta de Marcus sana y salva. —La expresión preocupada de Elijah me dijo todo lo que necesitaba saber.

La situación era muy grave, incluso sin contar todo lo ocurrido tras la apertura del portal. Elijah era mucho mayor que yo, pero me caía bien. Uno de los pocos Sangre Pura que no se creía superior a los mestizos; por eso ellos lo respetaban. Él y su mujer, junto a unos cuantos más, habían sido encerrados por Adam al ponerse del lado de Marcus la noche de la luna de sangre. Quizá confiaba más en él que en cualquier otro.

—Pues diles que se está recuperando. Lo entenderán si saben que aún no se encuentra preparada —le aclaré.

—Te sienta bien ese sillón, Crane. —Esta vez fue Clarens quien habló. Su mueca divertida y sus palabras con doble sentido no pasaron desapercibidas.

—Este sillón le pertenece a Amber —contesté con frialdad.

—Solo intento decir que quién mejor para ocupar el lugar de Marcus. Ella es aún muy joven; no sabrá liderar como lo hacía él. En cambio tú…

—Clarens. —Elijah se adelantó y lo hizo callar.

Yo lo habría hecho de otra manera. Cortarle la lengua me habría causado una gran satisfacción. Lo miré a los ojos antes de hablar.

—Ella se hará cargo de esta sociedad. Así lo quería su abuelo y así será. Si tienes algún problema con ello, siempre hay celdas disponibles ahí abajo para nuevos traidores —escupí la amenaza—. ¿Ha quedado claro?

Su cara palideció tras mis palabras. Tragó saliva antes de contestar:

—No quería decir…

—Te he hecho una pregunta —lo corté.

—Ha… ha quedado claro —tartamudeó.

—Sabes que la nieta de Marcus tiene el apoyo de mi familia. Estaré aquí para ayudarla en lo que sea —intervino Elijah, rompiendo el momento incómodo.

Antes de que pudiera contestar, dos golpes en la puerta nos interrumpieron. Kress apareció por ella.

—Siento aparecer así, pero es importante. —Su voz preocupada hizo que me levantara del asiento. Tenía que ser algo urgente para irrumpir en plena reunión.

—Ahora mismo vuelvo —informé antes de salir del despacho.

Cerré la puerta tras de mí y miré a Kress, esperando.

—Es la pelirroja. Tienes que venir cuanto antes —dijo, nerviosa.

—¿Ha despertado? —Un sentimiento que no sabría describir se apoderó de mí. Necesitaba volver a ver sus ojos, convencerme de que sí, de que por fin había vuelto con nosotros.

—Ojalá fuera solo eso —respondió tras un suspiro.

CAPÍTULO 2

Amber

Las voces a mi alrededor se oían como a kilómetros de distancia. El sonido de las palabras me parecía demasiado lejano, como si estuviese bajo el agua. Poco a poco dejaron de ser eco, hasta que pude oírlas mejor. Era como si me hubieran sacado de una bañera tras horas sumergida en su interior.

—Me llevará un rato inspeccionar sus constantes vitales. Deberías descansar un poco e ir a ver a tu novia.

Esa voz me resultaba familiar, aunque no conseguía ubicarla del todo.

Intenté abrir los ojos, pero los párpados me pesaban y las extremidades no me respondían con normalidad. Cuando por fin se abrieron poco a poco, traté de enfocar a la gente a mi alrededor, aunque la luz me molestaba demasiado.

¿Dónde estaba?

—¿Quién ha dicho que sea mi novia?

Una carcajada llenó el espacio e hizo temblar mi corazón. Era Dana. Su risa, esa que tanto había extrañado durante meses.

—No hace falta. Se ve a leguas la química entre las dos.

Por fin mis ojos se adaptaron al entorno y pude enfocar a quien hablaba. Estaba a mi lado, vestida con una bata blanca y trasteando con una máquina cerca de mi cama. Era Sarah, la vampira que trabajaba para mi abuelo en la ciudad. A su lado, Dana la observaba sonriendo… hasta que sus ojos se encontraron con los míos y su expresión divertida se transformó en sorpresa.

Llamó la atención de Sarah al colocarle una mano en el brazo, y ambas se quedaron mirándome como estatuas.

Intenté hablar, pero noté la garganta demasiado seca. Levanté la mano para quitarme algo muy molesto que tenía en la nariz mientras pedía agua con la voz ronca.

—Amber… —Dana llegó hasta mi lado en una zancada al ver que me arrancaba los extraños tubos de las fosas nasales—. Cuidado, vas a hacerte daño.

Sarah se acercó con un vaso de agua y me dio de beber despacio. Lo hice sin apartar la mirada de mi amiga. No creía que estuviera allí, frente a mí. Cuando la vampira retiró el vaso de mis labios, por fin logré pronunciar una palabra.

—Dana… —Mi voz se rompió y las lágrimas comenzaron a brotar.

—Tranquila, Amber. No pasa nada —susurró con cariño a la vez que acariciaba mi cabello—. Todo está bien.

Nos fundimos en un abrazo que yo misma interrumpí para examinar su rostro. Lo recorrí con los dedos sin prisa, despacio, comprobando que era real.

—¿Estás…? ¿Estás bien? ¿De verdad estás aquí?

Sorbí por la nariz, antes de romper en un llanto descontrolado sin darme cuenta.

—Estoy aquí, Am. No llores.

Pero ella se rompió al igual que yo. Nos miramos consumidas por lágrimas de alegría.

Sarah nos observó en silencio, intentando no interrumpir nuestro reencuentro tras tanto tiempo de sufrimiento, hasta que alguien llamó a la puerta y esta se abrió de golpe.

Mi atención se centró en la persona que había entrado: una chica morena, de pelo corto, vestida con una túnica negra. Una bruja…

Mi cuerpo se movió casi sin pensar. Empujé a Dana a un lado para protegerla. Se oyó un estruendo a mi espalda al mismo tiempo que mi mano se cerraba en torno al cuello de la chica y la estampaba contra la pared.

De repente, sin saber cómo, había pasado de la cama al otro lado de la habitación. Mis dedos aprisionaron su garganta mientras miraba sus ojos sorprendidos y las imágenes pasaban una tras otra

por mi mente: la luna de sangre, todo lo que trajo aquella noche… lo que ellos me habían hecho y lo que yo me había visto obligada a hacer.

—Ella no es tu enemiga, Amber. Tienes que soltarla o la matarás. —Sarah agarró mi brazo con cuidado—. Tienes que soltarla —repitió.

La bruja intentaba respirar, pero yo seguía apretando sin ningún esfuerzo.

—¡Am, por favor!

Escuché la súplica de Dana a mi espalda. Giré la cabeza y la vi. La sangre resbalaba por su brazo herido. Tras ella, los muebles estaban volcados y un jarrón de cristal hecho añicos. Yo le había causado aquello al empujarla.

Aflojé la mano y la chica cayó al suelo tosiendo, intentando tomar aire de nuevo. El mismo aire que yo le había robado. Sarah se arrodilló para ayudarla.

Miré a Dana horrorizada. Observé mis manos y, de nuevo, su brazo ensangrentado. Negué con la cabeza mientras comenzaba a llorar. ¿En qué clase de monstruo me había convertido?

—Am, no pasa nada. Estoy bien.

Dana tuvo que ver el horror en mi rostro, porque en el suyo se reflejaban la pena y la comprensión. Quería escapar de allí… y lo hice. Traspasé la puerta y corrí. Los gritos de Dana llamándome quedaron atrás mientras recorría los pasillos del castillo a una velocidad que acabé estampándome contra una pared, rompiendo parte de ella.

Caí al suelo y respiré agitada. Sentía tal ansiedad que me costaba respirar. Había estado a punto de matar a una chica. Había herido a mi amiga, esa a la que quería como a una hermana. Solo quería desaparecer.

Me levanté y seguí corriendo; quería escapar de todo, incluso de mí misma. Oí voces a mi alrededor. Los guardias del castillo no sabían cómo actuar al verme pasar de soslayo. Nunca antes había recorrido los pasillos así, en tan corto espacio de tiempo.

Una vez más, llegué a mi lugar seguro: el centro del laberinto. Me dejé caer en la hierba cerca del banco, me hice un ovillo y lloré.

No era la primera vez que había matado a alguien. Los gritos de aquella noche no paraban de resonar en mi cabeza. No dejaba de ver la luna de sangre y todo lo que había desencadenado: el cuerpo inerte de mi padre en el suelo y la espada atravesando el corazón de mi abuelo antes de desaparecer y convertirse en nada.

¿Por qué? ¿Por qué yo? Era la misma pregunta que me hacía una y otra vez.

El sonido de unas pisadas atravesó mis oídos, acompañando el llanto. Mis sentidos estaban más agudizados, consecuencia del monstruo en el que me había convertido, tal como tanto temía. Fijé la vista en la entrada del centro del laberinto y ahí estaba él. Con su traje negro impoluto y su postura regia e imponente. Una imagen que siempre había gritado peligro y que había hecho que toda la sociedad vampírica lo respetase.

Aunque nos separaban varios metros, podía distinguir perfectamente la cicatriz que cruzaba su ojo izquierdo. Su flequillo rubio albino estaba ahora recogido en una pequeña cola alta, dejando sus ojos al descubierto. Su mirada verde bosque me llevó de nuevo al día en que lo conocí, cuando su cabello era mucho más largo, tanto que había creído que era una chica.

—Sabía que te encontraría aquí, princesa.

Aunque su voz parecía tranquila, no lo estaba. Había pasado demasiado tiempo en ese castillo a su lado como para no reconocer lo que transmitían sus ojos. Estaba nervioso. Mucho. No podía descifrar a Hayden, pero a Chris lo habría hecho incluso con los ojos cerrados, con solo oír su voz.

—¿Molesto? Te acabo de robar tu lugar favorito. —Mi voz sonó fría.

—Siempre lo he compartido contigo, sabes que eso no es un problema para mí.

Su mueca divertida por fin salió a la superficie, esa que tanto me desquiciaba y que utilizaba para fastidiarme.

—¿Qué quieres, Chris? ¿O debería llamarte Hayden? ¿Cuál es el papel que interpretas hoy?

Me clavé las uñas en las palmas. Estaba muy cabreada.

—Quiero que vengas a casa conmigo. —El tono de su voz era como si hablara con una niña pequeña. Eso me irritó aún más. Apreté los puños y, de pronto, un trueno rugió en el cielo—. Alguien está de mal humor. No me gustaría empapar mi traje. —Y otra vez esa sonrisa arrogante.

—¡Que te den a ti y a tu traje, idiota! ¡¿Me has oído?! —Me levanté de la hierba y lo señalé con el dedo—. ¡Que te den, Chris!

—Esa boca, princesa —me regañó.

—¡No me llames princesa! Eres un mentiroso. ¡Me hiciste creer que estabas muerto!

La tormenta comenzó a caer sobre nosotros a la vez que mis lágrimas de rabia se derramaban por mis mejillas. Hayden se movió tan rápido que, en un parpadeo, estaba frente a mí. Me agarró de los brazos e intentó abrazarme.

—Quería decírtelo, pero…

Escuchar de nuevo su voz amable hizo que me rompiera aún más. Porque era Chris. Mi Chris. Porque no fue Ray el primer amor de mi vida, sino él. Mi prometido. El primer chico del que me enamoré, casi desde el primer día que lo conocí, y eso siendo apenas una niña. El que me contaba cuentos, me hacía sitio en su cama cuando no podía dormir y me sentía sola; a quien le dibujaba estrellas y con quien me imaginaba en un futuro. Porque no quería compartir mi vida con nadie más que con él.

—¡Me lo prometiste! ¡Prometiste que vendrías a buscarme!

Golpeé su pecho con rabia, recordando sus palabras el día en que me entregó su medallón. Aguantó cada golpe que mi furia descargaba sobre él.

—¡Me lo prometiste!

Unas enredaderas con espinas treparon por sus brazos y se clavaron en su piel, haciéndolo sangrar. Él apretó los dientes de dolor, pero no me soltó. El olor de la sangre llegó hasta mis fosas nasales y me obligó a detenerme. Un temblor sacudió mi cuerpo y las enredaderas cayeron. La lluvia se apaciguó cuando Hayden me acurrucó entre sus brazos.

—No podía ir a buscarte —susurró en mi oído—. No sabes cuánto habría dado por que me recordaras.

Y ahí lo entendí. El sufrimiento en su voz. En cada expresión de dolor que le había visto y que no comprendía. Aunque su traición seguía quemando en mi interior, algo nublaba mi mente y no me dejaba pensar con claridad.

El olor de su sangre me hacía temblar y tragar saliva.

—¿Qué...? ¿Qué me pasa? —susurré, observando mis manos.

Los temblores se hicieron cada vez más fuertes.

—Tienes que alimentarte.

Hayden se arrancó la chaqueta y se quedó en camisa blanca, mostrando su pecho duro y ensangrentado por las espinas. Con un movimiento rápido me subió a horcajadas y nos llevó hasta el árbol cercano al banco. Pegó mi espalda al tronco y empujó su cuerpo contra el mío. Yo temblaba de desesperación. No entendía lo que me ocurría hasta que colocó mi cabeza en su hombro y me dio fácil acceso a su cuello expuesto.

—¡Ahora come!

Fue una orden. Aunque quería negarme, el dolor en la mandíbula me reveló lo que me negaba a aceptar. Mis colmillos se alargaron y un instinto primitivo me invadió. Se los clavé sin contemplaciones.

El vampiro bipolar respiraba agitado mientras yo bebía de él y lo saboreaba. Sus manos recorrieron mis muslos con deseo, levantando parte de la fina prenda de hospital que llevaba puesta. Luego se deslizaron por mi cintura y espalda mientras el éxtasis nos envolvía. Sus caderas se movían con ímpetu y su miembro duro presionaba la parte más sensible de mi cuerpo.

—Tienes que parar… ya, princesa… o me dejarás seco.

Su voz nublada por el deseo hizo que mi éxtasis creciera.

Entonces lo sentí.

Ambos caímos en una espiral de placer hasta que culminé entre jadeos y respiraciones aceleradas. El orgasmo me hizo retraer los colmillos y lamer su herida. Mi cuerpo temblaba de satisfacción cuando dejé caer la cabeza sobre su hombro. Una extraña sensación de sueño me embargó. Los párpados me pesaban demasiado y los cerré casi sin darme cuenta.

Sentí cómo Hayden me cargaba entre sus brazos y me estrechaba contra él. El calor de su cuerpo me envolvió y su olor se coló en mi nariz: ese aroma que conocía tan bien y que había olvidado por un tiempo, pero que siempre me recordaba a algo familiar.

—Vámonos a casa, princesa.

Fue lo último que oí antes de que el sueño me venciera.

CAPÍTULO 3

Dana

Mi espalda chocó contra los muebles antes de aterrizar contra la pared. El dolor en mi brazo, causado por los cristales del jarrón, desapareció al ver cómo Amber sostenía a Esther por el cuello. Sarah intentaba convencerla de que la soltara, pero su mano no cedía. Esther se estaba ahogando y el pánico me invadió. Si no actuaba rápido, la mataría.

—¡Am, por favor! —supliqué.

Fue entonces cuando la expresión de rabia en su rostro se suavizó. Sus ojos aterrizaron en mi brazo y en todo el caos de muebles tirados a mi espalda. De pronto, Esther cayó al suelo boqueando en busca de aire. El miedo que sentí por ella en un primer momento se disipó, pero se convirtió en otra cosa al ver la expresión de Amber. El terror invadía su rostro y su mirada oscilaba entre mi brazo herido y sus propias manos, como si no fuese capaz de entender lo que me había hecho. Acababa de despertar; estaría muy perdida. No era consciente de su fuerza ni de lo que era en realidad.

—Am, no pasa nada. Estoy bien —intenté tranquilizarla, pero no fue suficiente. Las lágrimas mojaron sus mejillas y aquello que vi en sus ojos me partió el corazón. Antes de que pudiera acercarme a ella, salió a la carrera y desapareció por los pasillos.

—¡Amber! —grité, pero la voz de Esther me detuvo:

—Deja que se vaya. Necesita tiempo para tranquilizarse. Debe de estar confusa ahora mismo.

Giré la cabeza para mirarla. Todavía estaba tirada en el suelo, con la espalda pegada a la pared, masajeándose la garganta para

aliviar la presión que había sufrido hacía un momento.

—¡No puedo dejarla sola! No ahora que debe verse a sí misma como un monstruo. —Mi voz sonó desesperada.

—Esther tiene razón —añadió Sarah con pesar—. Dale algo de tiempo. Luego podremos explicarle todo lo que ha sucedido.

Suspiré derrotada. Tal vez tenían razón, pero no conocían a Amber como yo. Mi amiga tenía un alma limpia, buena y compasiva. Jamás haría daño a nadie salvo para proteger a sus seres queridos. Eso era lo que más me preocupaba desde que se enteró de toda la verdad. Temía que este mundo la cambiara como lo había hecho con el resto de nosotros. El dolor de mi brazo pasaría cuando me transformara en mi otra mitad, pero la expresión de horror en su rostro… eso era otra historia. Jamás la olvidaría…

—¿Se puede saber qué diablos ha pasado? —Kress apareció por la puerta y puso los brazos en jarra—. Tengo a medio castillo revuelto y un muro destrozado.

La vampira nos miró esperando una respuesta. En esos dos días en que Amber estuvo inconsciente, pude conocer todo lo ocurrido tras mi secuestro. Ambas se habían hecho muy amigas. Estaba agradecida porque cuidara de ella en el castillo.

—Amber se ha ido —contestó Sarah.

Kress levantó las cejas.

—¿En serio? ¡Eso ya lo sé! —resopló—. Los guardias no hablan de otra cosa. Lo que quiero saber es por qué la habéis dejado ir. Hay que explicarle la situación antes de que se haga daño ella misma o a los demás. Peor aún, que deje a alguien seco por el camino. Lo primero que hará su cuerpo para intentar recuperarse será saciar su sed de sangre.

—Creo que ya se ha saltado lo primero al intentar estrangularme —soltó Esther tras levantarse del suelo, palpándose el cuello dolorido. Quería acercarme para comprobar que estaba bien, pero me sentía dividida entre quedarme o salir corriendo tras Amber —. No sabía que estaba despierta, entré y, cuando quise darme cuenta, ya la tenía encima —suspiró.

—¿Y qué esperabas? ¿Un beso de bienvenida? Tu gente le ha hecho mucho daño; no estaría así si no fuera por ellos. —Kress

levantó los brazos, exasperada.

—Ella porta nuestra misma sangre, por si te has olvidado de ese detalle.

La voz dulce de Esther se volvió tensa y fría. Miró a la vampira con el ceño fruncido. Sarah, a su lado, intentaba calmar la disputa, pero no la dejaban hablar.

—Me olvidé de ese detalle cuando vi con mis propios ojos en lo que la convirtieron. Lilith se habría quedado en pañales a su lado —respondió Kress.

No podía soportar más esta situación. Teníamos que encontrarla antes de que ocurriera algo peor.

—¡¿Podéis parar de una vez?!

Mi voz se elevó por encima de las demás. No quería ver a Esther sufrir; ella no tenía la culpa de que su tío hubiera roto el sello. Era necesario antes de que el poder la consumiera, aunque entendía el enfado de la vampira. Se preocupaba por Amber al igual que todos.

Respiré hondo cuando por fin tuve su atención.

—Deberíamos salir a buscarla. No nos ayuda en nada discutir entre nosotras… —De pronto, un trueno retumbó sobre nuestras cabezas, tragándose el sonido de mis palabras.

—O se avecina una tormenta o Hayden la ha encontrado antes que nosotras. ¡De nada! Acabo de solucionar el problema. — La vampira se sentó en la cama, despreocupada.

—¡¿Has avisado al Rubiales?! —pregunté sobresaltada.

Después de conocer todo lo ocurrido entre ellos y su pasado en común, no me cabía duda de que, si Amber había recuperado la memoria, querría estrangularlo hasta la muerte. Y no la culpaba; él le había ocultado quién era en realidad. No creía que mi amiga olvidara ese mínimo detalle.

—No sabemos cómo afectará a la pelirroja saber que ya no es humana. Tampoco podemos predecir el alcance de sus habilidades si pierde el control. —Kress cambió la expresión por una más preocupada—. Hayden es el único que puede controlarla en ese caso. Su cuerpo reconoce su sangre, la única que ha probado hasta ahora. Al ser mitad vampira, no podemos adivinar qué cantidad

podrá saciarla ni en qué espacio de tiempo. En ese sentido, vamos a ciegas.

Un silencio se extendió por la habitación. Las cuatro vimos cómo la tormenta se disipaba de repente. Era la respuesta que esperábamos: Amber la había provocado. Un extraño don que la conectaba con la naturaleza y con la sangre de su padre y de su abuelo, el príncipe demonio.

¿Cómo reaccionaría al descubrir de dónde provenía su poder? ¿Se quedaría tan perpleja como yo? Sabía que mi amiga era poderosa y que la razón por la que habían ocultado su existencia se debía a su sangre mestiza. Pero nunca imaginé todo lo que se escondía tras su apariencia.

No sé cuánto tiempo esperamos en silencio. La preocupación se palpaba en el ambiente y ya no podía más. Me debatía entre seguir allí sin hacer nada o salir en su busca, pero el sonido de la puerta al abrirse nos sobresaltó. Todas nos quedamos expectantes ante la aparición del Rubiales en la habitación. Cargaba a Amber de forma protectora entre sus brazos, pero con una delicadeza que jamás hubiera esperado de él. La cabeza de mi amiga descansaba en su pecho y sus párpados estaban cerrados. Respiré tranquila pensando que dormía, pero al acercarme, la bata blanca que llevaba estaba salpicada de…

—¡¿Qué ha pasado!? —grité, asustada—. Esa sangre… — Evalué su estado, ya que el rubiales era un témpano de hielo difícil de descifrar. Temía que estuviera herida.

—Está bien. Solo está dormida —contestó por fin, abriéndose paso hasta la cama. La depositó sobre ella y la arropó con cuidado.

—Pero la sangre… —mi voz temblaba.

—No es suya.

El vampiro respondió dándonos la espalda. Desde donde estaba no podía verle la cara, pero sí la leve caricia que le dedicó a mi amiga al apartar un corto mechón de su rostro y meterlo tras su oreja.

Me impresionó el contacto tan íntimo y cariñoso. ¿Qué habría pasado entre ellos? Hasta entonces solo había oído de Kress algunos

fragmentos de la estancia de Amber en el castillo, pero aún sentía que muchas cosas escapaban a mi entendimiento.

¿Cuál habría sido la reacción de mi amiga al enterarse de que Raylen estaba prometido? Ella estaba enamorada de él antes de marcharse y, por lo que sabía, era mutuo. Recordaba cómo me sentí al saberlo días antes de mi secuestro, algo que terminó en una acalorada discusión con Raylen. Cada vez que hablaba con Amber en la distancia me preguntaba si debía decírselo, pero siempre llegaba a la misma conclusión: debía ser él quien lo hiciera.

La voz del Rubiales cortó todo pensamiento:

—Necesito que me avises cuando despierte. He dejado una reunión importante a medias —se dirigió a Sarah.

—Prepararé bolsas de sangre, por si despierta… —Comenzó ella, pero el vampiro la interrumpió.

—No será necesario —aclaró.

—No puedes darle tanta de ti, Hayden —lo amonestó Kress—. Ya le has dado suficiente. Tu sangre no es inagotable. Necesitas tu fuerza, sobre todo ahora, con lo que se nos viene encima y después de lo que pasó. Hace solo dos días del enfrentamiento. Deberías reponer tu energía.

—Informa a Logan y a tu padre. Querrán volver cuánto antes. —Los ojos verdes del Rubiales apuntaron en mi dirección.

Sin duda acababa de pasar de las quejas de la vampira. Kress resopló y salió de la habitación dando un portazo. Tenía razón. El vampiro le había dado a Amber suficiente sangre para que su herida cicatrizara; en cambio él, hasta donde yo sabía, en los dos días que ella estuvo inconsciente ni siquiera se había tomado un descanso de las obligaciones del castillo. Toda la responsabilidad había recaído sobre él.

—Están reunidos con los alfas en la ciudad. Los avisaré en cuanto acaben —respondí incómoda. Todavía me resultaba raro hablar directamente con el vampiro. Seguía pareciéndome un tipo distante y frío, además de aterrador cuando estabas en el bando contrario—. ¿Cuándo se despertará?

Miré a Amber, tendida en la cama. Su expresión era tan relajada que suspiré de alivio.

—Podéis tomaros un descanso —respondió Sarah—. No creo que despierte hasta dentro de unas horas. Su estado ahora es el mismo que el de un bebé después de su toma.

Arrugué el gesto. No quería ni imaginarme la forma en que Amber habría tomado su «biberón».

El vampiro salió de la habitación sin decir ni una palabra. Esther y yo hicimos lo mismo tras despedirnos de Sarah. Al cerrar la puerta a mi espalda, agarré el brazo de mi compañera antes de que se marchara.

—¿Estás bien? —Mis dedos acariciaron su cuello sin pensarlo. Ella se estremeció al contacto.

—Ya no me duele —contestó, distante.

—No me refería a eso —suspiré.

—¿Entonces es solo una excusa para tocarme? —Sus labios formaron una sonrisa pícara. Mi mirada se detuvo en ellos, pero no era el momento para sucumbir a mi deseo de besarlos. Sabía que a Esther le pasaba algo.

—¿De verdad necesito una excusa? —Le devolví el gesto, aunque enseguida adopté una expresión más seria—. Esther…

—Ella me odia. No estoy segura de qué esperaba al conocerla, pero no era esto. Mi padre le ha hecho tanto daño… No la culpo por haber reaccionado así. Mi padre era un monstruo.

Sabía que Esther quería ganarse el cariño de su prima.

—Ella no te conoce. Dale tiempo. Sé que cuando comprenda todo, te aceptará. —La estreché entre mis brazos y acaricié su cabello.

Ella se apartó y suspiró con pesar.

—Ya lo veremos… —Me dedicó una mirada triste—. Intenta descansar —aconsejó antes de desaparecer por el pasillo.

Estaba agotada. Tenía que avisar a los demás de la situación, sobre todo a los chicos. Ray estaba en la reunión, pero no tenía ni la más remota idea de dónde se había metido Dash. Por su culpa tendría que recorrer todo el castillo en su busca. Lo había echado de menos… hasta que recordé lo inmaduro que podía llegar a ser.

CAPÍTULO 4

Amber

Mis dedos acarician la hierba fresca bajo mi cuerpo. Respiro el aire puro de la vegetación que me rodea y miro el vasto cielo despejado que se extiende frente a mí. Estoy tirada en la nada, observando este hermoso lugar. Varias mariposas blancas revolotean a mi alrededor. Estiro uno de los dedos y una de ellas se posa en él. La observo con detenimiento. Es bella y pura, una criatura que transmite paz y tranquilidad. Me fijo en sus alas, pero me quedo absorta en su movimiento.

De pronto, la imagen comienza a difuminarse y, a medida que pasa el tiempo, su color se oscurece. Ahora son negras como el ónix. Una sensación de asfixia y miedo me recorre, y es entonces cuando emprende el vuelo. Todas huyen despavoridas, como si algo perverso se acercara al lugar y quisieran desaparecer.

Me levanto de golpe y siento que mi cuerpo cae al vacío. Cierro los ojos por inercia y, cuando noto algo de estabilidad, los vuelvo a abrir. La temperatura ha cambiado. El ambiente es ahora más pesado e intenso. Mi corazón late tan rápido que no logro controlar mi propia respiración. El olor a azufre y a algo corrompido inunda mis fosas nasales. Todo a mi alrededor es oscuridad.

Miro de un lado a otro, nerviosa, sin saber dónde estoy, pero no consigo ver nada. Es como si me hubieran enterrado bajo tierra. Noto la presencia de algo. No estoy sola y, cuando mi vista se adapta al entorno, me arrepiento de haber abierto los ojos. Una figura me observa en silencio desde la sombra más oscura y un escalofrío trepa por mi columna vertebral.

No puedo verla con claridad; aun así, atisbo parte de su silueta. Es enorme, pero la respiración se me atasca en la garganta cuando distingo dos grandes extensiones que sobresalen a cada lado de su espalda, a la vez que una risa grave penetra en mis oídos.

Entro en pánico y me arrastro por el suelo sin dejar de mirar al frente hasta que mi espalda choca contra una pared. La piedra irregular se clava en mis omóplatos, pero apenas siento el dolor cuando escucho mi nombre en sus labios.

—Amber…

Su voz suena como si degustara las palabras, saboreándolas. Retumba por todo el lugar y me encojo un poco más, como si así pudiera traspasar la pared. Vuelve a reírse de mí. Mi expresión de terror le divierte y eso hace que mi miedo se transforme en rabia.

—¿Quién eres? ¡Muéstrate! —Me hace sonar más valiente de lo que realmente soy.

Por inercia busco las dagas ocultas en mis botas, pero lo único que toco son mis pies desnudos. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba descalza. Es como si no fuera consciente de todas las partes de mi cuerpo.

La criatura vuelve a reír. Se incorpora y me trago un grito de horror al percibir que es el doble de grande de lo que creí en un principio.

—¡¿Quién eres?! ¡¿Qué quieres de mí?! —grito, frustrada.

—Pronto lo sabrás…

De pronto, siento mi cuerpo caer de nuevo. Mi cabeza da vueltas y vueltas sin parar. Flashes e imágenes pasan por mi mente con tanta rapidez que no consigo verlas con claridad: sangre en mis manos, en el suelo; alas negras como el ónix; voces que me recuerdan a mi hogar.

Un estruendo sacudió mi cuerpo y abrí los ojos de golpe. Mi mirada se posó en la ventana de la sala. No era mi habitación, pero la luz de la mañana bañaba la estancia con un resplandor cálido y reconfortante. Respiré aliviada al oír el cantar de los pájaros y darme cuenta de que todo había sido una pesadilla.

Un ruido a mi espalda hizo que girara por completo el cuerpo. Me froté los ojos y por fin pude ver con claridad. Lory se encontraba agachada, recogiendo del suelo pequeños trozos de una taza hecha pedazos. Seguramente esa fue la razón por la que había despertado.

—¿Lory? —susurré, sin creer lo que estaba viendo.

Ella se levantó del suelo, sorprendida por mi voz y por la expresión de desconcierto en mi rostro. Casi la hice caer de espaldas cuando me lancé a sus brazos por la emoción. Me rodeó de igual manera.

—Creí que estabas muerta…

—¿Por qué dices eso? —Se apartó de mi abrazo a la vez que tomaba mis mejillas con cariño.

—La fiesta de sangre… Tú no estabas allí. Pensé que… —Al igual que había pasado con Dana, no creía poder tenerla frente a mí. Después de lo ocurrido esa noche, me sentía perdida.

—Pude escapar por la cocina y poner a salvo a las chicas que trabajaban en ese momento. No quería dejarte atrás, pero era la única manera de pedir ayuda.

Su mano acarició mi cabello con delicadeza.

—¡Los mestizos! Tú los avisaste. —No era una pregunta, sino una afirmación. Adam pensaba que alguien los había alertado, y no iba muy desencaminado—. ¡Oh, Dios! Me alegra tanto saber que estás bien…

En ese momento sentí ansiedad. No sabía qué me pasaba. Era difícil de comprender. Mis sentimientos estaban a flor de piel, como una montaña rusa que subía y bajaba sin control. Recordaba cosas de esa noche, pero me llegaban como pequeños flashes, desordenados. No sabía nada de mis seres queridos.

—¿Y mis hermanos? ¿Logan? ¿Kress y Cameron? ¿Dónde están? —Empecé a respirar con dificultad.

—Debes tranquilizarte, Amber. —Lory me agarró de los hombros y me sentó en la cama con cuidado—. Todo está bien. Esperaban a que te despertaras para explicarte todo.

La expresión de dolor en su rostro me hizo preguntarme demasiadas cosas.

—¿A que me despertara? No lo entiendo. ¿Cuánto tiempo llevo dormida?

El pánico se adueñó de mí. Ella se sentó a mi lado y tomó mi mano con cariño.

—Esta última vez, solo unas horas. Pero la primera… casi te perdemos, Amber. —Su rostro se contrajo por el miedo—. Has estado inconsciente dos días. Estábamos muy preocupados. Tu herida no cerraba como debía; Hayden tuvo que recurrir a lo último que le quedaba.

No entendía nada. ¿Herida? ¿Qué herida?

Entonces uno de esos recuerdos, acompañado de dolor, irrumpió en mi mente. Yo miraba a los ojos de Chris, a la vez que me preguntaba cómo no había podido reconocerlo antes. Y luego… la sensación de cómo mi cuerpo se desgarraba. El filo de una espada atravesando mi abdomen.

Miré hacia abajo, pero la bata escondía aquella zona. Aun así, no notaba nada fuera de lo normal. Me levanté de golpe, asustando a Lory, y busqué desesperada un espejo.

—Amber, ¿qué te pasa? ¿Adónde vas? Debes tranquilizarte.

La mestiza me seguía por la habitación sin comprender lo que estaba haciendo. Entonces me di cuenta de la pequeña puerta en la esquina, esperando que fuese un baño. Agarré el pomo con desesperación y lo arranqué de cuajo.

¡Dios mío!

Cada vez me daba más miedo el monstruo en el que me había convertido. Empujé la puerta, que había quedado medio abierta, y me asomé a un espejo de medio cuerpo que había en el interior.

—Deberías esperar a hablar con los demás, no te conviene perder los nervios ahora…

Pero la voz de Lory se apagó al ver el horror reflejado en mi rostro.

La que me miraba desde el espejo no era yo. No podía reconocer mi reflejo. Mis facciones se habían afinado hasta parecer las de una muñeca, pero mi pelo…

Levanté los dedos y toqué las puntas. Tenía mechones desiguales; los más largos llegaban a la clavícula. Era como si me hubiera cortado con las tijeras yo misma, con una venda puesta en los ojos.

Todos esos momentos vagaron por mi mente como un recuerdo doloroso. Todo volvió a mí como en una exhalación. Tantas muertes esa noche… por mi culpa.

Levanté la bata hasta dejar la tela por debajo del pecho. Deslicé la mano por el estómago, sobre la cicatriz rosada que lo cruzaba. Deberían haberme dejado morir. Así no causaría más problemas.

Una voz que no era la de Lory resonó en la habitación.

—¿Dónde está Amber? —Vi en el reflejo cómo Sarah aparecía detrás de mí y me miraba con preocupación. —Deberíamos explicarte muchas cosas. Tendrás bastantes preguntas ahora mismo. Pero lo importante es trasladarte a tu habitación. Avisaré a los demás. Cuando el sol se ponga, nos reuniremos todos.

Apenas presté atención a sus palabras. Una sola pregunta se repetía en mi mente, una y otra vez: ¿cuánto más tendría que sufrir la gente que me importaba para protegerme?

Salí del baño y dejé que me guiaran hasta mi antigua habitación. Dado que era de día, gran parte de los vampiros descansaban. Solo unos pocos guardias patrullaban los pasillos. Sus miradas de soslayo me ponían enferma y me hacían querer vomitar. No era miedo lo que ahora se instalaba en sus ojos. Era… pena.

¿Tan mal me veía?

Habría dado lo que fuera por ver de nuevo la sonrisa de aquel guardia que conseguía que olvidara todos mis problemas. Pero ahora estaba muerto. Ya nada era como antes.

Al pasar por el salón de baile, me detuve en seco justo antes de subir las escaleras. Miré de un extremo a otro. Ya no había polvo ni sangre. Todo estaba limpio, como si allí no hubiera ocurrido nada. Como si mi abuelo siguiera aquí y todo estuviera en orden.

—Vamos, cariño. —Lory me agarró del brazo y me guio para subir el primer escalón.

Recorrí el trayecto hasta mi habitación y me tiré en la cama, dándoles la espalda.

—Te avisaré para la reunión —dijo Sarah antes de salir.

—¿Necesitas algo, cariño? —Ni siquiera contesté. Solo quería estar sola—. Creo que una de mis deliciosas sopas te vendrá bien. Subiré en un rato. Intenta descansar.

Cuando el sonido de la puerta al cerrarse invadió el lugar, me encogí hasta hacerme un ovillo.

Quería desaparecer. Pero, en el fondo, necesitaba demasiadas respuestas…

CAPÍTULO 5

El agua helada de la bañera se clavaba en cada parte de mi cuerpo como dagas. Un hormigueo me recorrió desde las puntas de los pies. No sabía cuánto tiempo llevaba allí, haciendo memoria, intentando recordar cada instante de aquella noche maldita. O, más bien, torturándome.

Tampoco ayudó mucho el encuentro con Hayden. ¡Dios! Me había tirado a su cuello como un puñetero mosquito sediento de sangre. Me sonrojé solo de pensar en aquel momento tan salvaje y animal, en cómo mi cuerpo temblaba de sed… y de necesidad por él.

Puede que hubieran pasado horas desde que Lory me había obligado a tomar un baño. Después de una riña monumental por no haberme terminado la sopa, no me quedó otra que ceder a sus exigencias. Me había encerrado en mi propia oscuridad, tan al fondo que sería difícil salir de ella.

Ni siquiera hice el amago de moverme cuando oí dos golpes en la madera.

—¡Am! ¿Estás vestida?

La voz de Dash tras la puerta removió demasiados sentimientos en mi interior. Mi hermano. Ese rayo de luz en los días grises. Sin embargo, todo era tan oscuro para mí en ese momento que haría falta un arcoíris para iluminar lo corrompido que había en mi interior.

—¡Am! Responde. Si no lo haces, voy a entrar. Y no creas que mi intención es verte desnuda. Tengo la excusa perfecta al pensar

que te ha pasado algo. ¡Abre el pestillo y sal de ahí!

Quise reír por una de sus ocurrencias, como lo hacía en el pasado. Pero, sin saber por qué, esa emoción no llegó a mis labios.

¿Qué me pasaba?

De pronto, la puerta se abrió de golpe y el pestillo cayó al suelo con un ruido sordo. Las quejas de mi hermano pequeño se apagaron al verme dentro de la bañera. Mi cuerpo estaba tan entumecido que no hice ni el esfuerzo de levantarme.

—La señora que te cuida está hecha una furia porque te has encerrado y no sabe cómo hacerte salir —dijo, mientras su mirada vagaba por toda la estancia sin detenerse en mi desnudez.

Se acercó al lavabo, agarró la amplia toalla y me la tendió, esperando a que la cogiera.

Tienes suerte de que haya subido yo.

Me levanté despacio, dejando que mis músculos se acostumbraran de nuevo al movimiento. Agarré la suave toalla y me envolví con ella mientras Dash seguía hablando sin mirar en mi dirección.

—El vampiro está de un humor de perros estos días, y mi hermano… bueno, no creo que sea una buena idea que suba en las narices de su prometida. Todos están esperando abajo.

Sin verlo venir, me cargó en brazos y me llevó hasta la cama. Un reguero de agua salpicó todo el suelo desde el baño hasta la habitación. Incluso su jersey terminó mojado, pero a él no pareció importarle.

—Voy a buscarte algo de ropa.

Se acercó al armario y sacó varias prendas. Una de ellas era su camiseta, la misma que había cogido prestada antes de marcharme del bosque. Cómo echaba de menos esos tiempos. Por mucho que me doliera, ya nada volvería a ser como antes.

Se acercó a mí en dos zancadas y me colocó la prenda sin bajar la toalla de mi pecho.

—La ropa interior tendrás que ponértela tú, hermanita.

Me dedicó una sonrisa de hoyuelos de las suyas y me dio la espalda para concederme intimidad. Me puse despacio las braguitas y un pantalón de algodón holgado y cómodo que él había elegido.

—Puedes mirar. Ya he terminado. —Mis palabras sonaban vacías y sin vida. Exactamente como me sentía por dentro en ese momento.

Dash se giró con rapidez y comenzó a secarme el cabello con la toalla, como si fuera una niña. Me sentí cuidada y protegida. Todavía me preguntaba cómo podía tener una familia así. No la merecía.

—Sabes que siempre me meto con tu pelo, suele ser una tragedia la mayoría de las veces. Pero, si te digo la verdad, te queda bien como está ahora. Con un poco de arreglo estarás preciosa…

Sus palabras se disolvieron cuando me abracé a él con tanta fuerza que casi lo dejé sin respiración. Él me rodeó del mismo modo y suspiró, soltando todo el aire que había estado conteniendo.

—¡Lo siento! —susurré tan bajito que no supe si me había oído, hasta que rompió el abrazo y agarró mis mejillas.

—¿Por qué lo sientes? ¿Por habernos preocupado hasta la muerte al pensar que te perderíamos? Estás perdonada, Am. Solo tienes que pedir perdón por eso. Hemos pasado por muchas cosas, pero aquí estamos. Juntos superaremos todo lo que venga. Porque somos familia. Nadie podrá cambiar eso.

Asentí. Como Dash había dicho, éramos familia. Y aun así, no me sentía digna de ellos.

Con mucha delicadeza colocó unas sandalias y, sin avisar, volvió a cargarme entre sus brazos.

—No hace falta que…

No me dejó terminar la frase. Sus brazos fuertes me envolvieron y recorrimos los pasillos del castillo.

¿Cuándo se había convertido en un hombre mi pequeño hermanito?

◆ ◆ ◆

Los brazos de Dash me reconfortaron hasta llegar a la puerta del despacho. Los guardias la abrieron con un rápido asentimiento.

Cuando entramos, todos estaban allí.

La mirada de Hayden me recorrió como una caricia. No sabía cómo reaccionar ante su escrutinio después de lo ocurrido en el laberinto. Nuestra relación se había convertido en una sucesión de subidas y bajadas. Tanto que asimilar… Él había sido todo para mí en el pasado y ahora… ahora era el hombre del que estaba perdidamente enamorada. Pero la traición de su silencio aún me ardía en la boca del estómago.

Aun así, lo deseaba.

No sabía por qué había decidido dejar su cicatriz al descubierto. Ahora era más el Chris de antes, el de cuando yo era niña. Tenerlo tan cerca hacía que sus labios fueran una tortura. Sin embargo, el aura de peligro que lo envolvía no tenía nada que ver con el chico que había conocido. No apartó sus ojos verdes de mí hasta que Dana ocupó mi campo de visión.

—Se había quedado dormida en la bañera —se excusó Dash antes de soltarme con cuidado.

No me dio tiempo a apoyar los pies en el suelo cuando mi amiga se echó en mis brazos.

—Tengo tantas cosas que contarte… —me susurró. Como no era la única que me esperaba, se apartó para que Kress ocupara su lugar.

—Bienvenida de vuelta, pelirroja. —Me guiñó un ojo.

—Nos has dado un susto de muerte. —Esta vez habló Cameron—. Sin ti el castillo es muy aburrido.

Después le tocó el turno a Logan. Mi padre adoptivo me transmitió el alivio que sentía al verme bien… aunque en el fondo él sabía que no era cierto.

Y el último de todos ellos, mi reencuentro más esperado y mi guarida segura: Ray. Me abrazó tan fuerte que se demoró más tiempo que los demás. Su cercanía siempre había sido casa, bosque, refugio y protección. Me dejé arrastrar por todas esas sensaciones. Aunque mis sentimientos fueron equívocos al principio, Ray siempre sería eso para mí.

—Siempre a tu lado, Am. ¿Recuerdas? —me susurró, con un atisbo de dolor en sus palabras.

Cerca de él estaba Megan. Me dedicó una sonrisa sincera, algo que agradecí. No quería que me odiara, aunque podría entenderlo. Iba a casarse con un hombre que amaba a otra. A pesar de ello, había aceptado el compromiso. Tal vez fuera por la alianza entre manadas, pero, en el fondo, sabía que estaba enamorada de Ray.

—No pinto nada en esta reunión —dijo—, aunque no quería irme hasta darte la bienvenida. Espero que cuentes conmigo en el futuro, Amber.

—Gracias, sin duda lo haré —le contesté. Mis palabras eran sinceras.

Cuando todos se hicieron a un lado, una chica morena de pelo corto me miró dubitativa. Era la misma bruja a la que casi estrangulé en la enfermería. De pronto, un sentimiento de culpa me embargó, pero antes de que pudiera disculparme, Dana me interrumpió. Se colocó a su lado y le agarró los hombros en un gesto cariñoso.

—Am, te presento a Esther Sallow. Tu prima. Ella tiene todas las respuestas a las preguntas que llevas haciéndote años.

—¿Mi prima? —Eso significaba que…

—Y este de aquí es Leus.

Ni siquiera me había dado cuenta del niño que estaba detrás de Esther. Algo en mi pecho se encogió, no solo por descubrir que tenía más familia, sino por la cicatriz que cruzaba su rostro. Su mirada intensa y evaluativa me descolocó un poco.

—Allan era su padre adoptivo.

—Deberíamos sentarnos y comenzar —ordenó Hayden—. Hay muchas cosas de las que hablar.

Megan se marchó y todos nos acomodamos en los asientos repartidos por la habitación. Casi todos estaban ocupados… excepto el sillón de mi abuelo. Tragué el nudo en mi garganta al mirar su escritorio. Era como si aún pudiera verlo trabajar en su rincón solitario, con sus pobladas cejas fruncidas la mayoría del tiempo.

¿Habría pensado en darme chocolate, como le sugerí aquella tarde? ¿Se estaría preguntando si recordaba algo sobre ese detalle?

Mi pequeña zanahoria…

Ya no volvería a escuchar esas palabras nunca más.

Como si adivinara mis pensamientos, Hayden me observó en silencio. Apretó la mandíbula y, por un segundo, un vestigio de dolor atravesó sus ojos. Él también extrañaba a Marcus.

¿Cómo podríamos superar tanta pérdida?

—¿Por dónde deberíamos empezar? —El vampiro albino suspiró—. ¿Quieres hacer los honores, bruja?

Levantó la mano hacia Esther, y ella comenzó a relatar parte de la historia que conocía.

Mi padre llegó al colegio cuando ella aún era una niña. Esther no sabía lo que era el calor de una familia hasta que él se lo enseñó. Poco a poco la instruyó en la magia a espaldas de Gael, ya que a las chicas no se les permitía un conocimiento tan avanzado como a los varones. Mientras las niñas de su clase aprendían hechizos curativos, ella ya controlaba los elementos. Esther fue haciéndose cada vez más poderosa, hasta que la magia se volvió tan natural para ella como respirar.

Pero todo tenía un porqué.

Mi padre por fin le contó su propósito, sus visiones, y le reveló un futuro en el que ella tendría un papel importante. Le explicó quién era en realidad su padre y que, gracias a su sangre, era uno de los brujos más poderosos, algo que nadie sabía. Entonces volví a los recuerdos que él quiso transmitirme: un hombre vestido de negro alertaba sobre mi poder y lo que traería consigo si ellos lograban encontrarme. Querían venganza, y yo sería el medio para conseguirlo.

Pero no se refería a los brujos. ¿De quiénes hablaba entonces?

No era la primera vez que veía a ese hombre. Un recuerdo vago y fugaz recorría mi mente. Tenía muchos nombres, dijo, pero podía llamarlo el Señor del Bosque. Me relató una historia que apenas recordaba, pues era muy pequeña. ¿Por qué haría algo así? Intenté arañar esa parte en mi memoria, pero la voz de Esther me trajo de vuelta. Había muchas cosas que explicar.

Según ella, luego llegó el pequeño Leus, y con él se completó un plan trazado al mínimo detalle: volver a sellar mi poder, esta vez

en un objeto que siempre llevara conmigo, impidiendo así que me consumiera desde dentro. Yo misma lo liberaría cuando llegara el momento y estuviera preparada para ello.

—¿Qué objeto? —pregunté, descolocada.

—Uno que has llevado contigo muchos años. Jamás te lo quitas y es muy importante para ti —explicó Esther. Aunque había muchas personas presentes, la habitación se encontraba en un silencio sepulcral.

El aire abandonó mis pulmones cuando me llevé las manos al cuello y saqué mi colgante. Era el mismo de siempre, pero con una gran diferencia que habría podido apreciar si hubiera prestado atención: los diamantes que lo adornaban ya no eran blancos. Una oscuridad profunda se reflejaba en su interior.

¿Cómo no me había fijado antes? Estaba tan encerrada en mis propios pensamientos que no noté el cambio.

—¿Cómo sabía mi padre…?

—Tu padre sabía muchas cosas, Amber —contestó Esther.

Mi padre… había dedicado la mitad de su vida a proteger la mía. Como dijo una vez Sagara: un tablero y dos oponentes. Las piezas ya habían empezado a moverse. Uno de ellos era él.

¿Pero quién era el otro? ¿De qué intentaba protegerme mi verdadero abuelo paterno?

—No entiendo nada. ¿Por qué soy más fuerte ahora? —Mi voz sonó ansiosa—. Incluso la naturaleza responde ante mí. No debería poder hacer nada de eso si parte de mi poder está sellado.

—Ya no eres humana —intervino Hayden—. Tu fuerza y tus… necesidades se deben a que eres medio vampira. Tu habilidad son las plantas; puede que tu madre te transmitiera ese don. Y los relámpagos…

—¿Qué relámpagos? —Me quedé atónita.

—Cuando te enfadas, eres capaz de invocarlos. Creí que ya te habrías dado cuenta —suspiró.

¡Genial! Ahora me tiño el pelo de blanco y soy la puta Tormenta de los X-MEN.

—¡Vale! Supongamos que hago todo eso…

—No suponemos, Am. Lo sabemos —resopló Dash.

—¿Entonces? ¿Qué es lo que está encerrado en el medallón?

El silencio se apoderó de la sala. Miré a un lado y a otro sin conseguir respuestas. Debía de ser algo muy malo para que nadie quisiera aclarar ese detalle.

—¿Qué recuerdas después de que se rompiera el sello, Am? —preguntó Dana, cada gesto de su rostro cargado de preocupación.

Recordaba el dolor por la muerte de mi padre, una rabia que jamás había sentido y luego… venganza. Quería ver muertos a todos los que habían dañado a los míos. Y lo hice. Los asesiné de la forma más cruel posible, incluso a aquellos que habían disfrutado del espectáculo. Entonces, sentí una oscuridad tan profunda que me perdí en mí misma.

Luego me desperté en los brazos de Chris. Sin embargo, dije:

—No quiero hablar de eso.

Callé mis recuerdos y agaché la cabeza, ocultando mi dolor.

—Am, es importante —suplicó Dana.

—Como intuía, no recuerda la apertura del portal. Ni lo que vino después —afirmó la bruja.

—¿Qué portal? —No entendía nada. Solo recordaba el ruido del caos a mi alrededor, pero el rostro de Chris era todo lo que podía ver. Sus ojos verde bosque perdidos en los míos.

—Eres una llave, Amber. Una llave al inframundo. Creemos que alguien muy poderoso quiere que abras un portal. Si eso llegara a pasar, sería desastroso para todos nosotros. Mi tío Allan solo podía ver retazos del futuro, no todo. Así que, a partir de aquí, vamos a ciegas —se lamentó Esther.

Creí que no la había escuchado bien.

—¿Quiénes son ellos? ¿Y qué pasó esa noche? —Las ansias de saber la verdad me devoraban. Aún había muchas cosas que no lograba entender.

Esther tragó saliva antes de hablar.

—Lo que está sellado en ese medallón es parte de tu oscuridad, Amber. Esa oscuridad te dominó hasta tal punto que ya no eras tú misma. Esa noche abriste un portal por donde salieron cosas horripilantes. —Me levanté de golpe y comencé a dar vueltas por la habitación, pero la bruja no se detuvo—. Demonios que

controlabas como si fueran simples marionetas. Un ejército de seres oscuros con alas de murciélago. El ejército de Asmodeo, príncipe y comandante del infierno.

¡¿Pero qué mierda…?!

—Eso es imposible —resoplé—. Incluso Connor me dijo que nunca había visto esos seres.

—Debes tranquilizarte, Amber —interrumpió Logan con voz autoritaria—. Ni siquiera yo podía creerlo hasta que tuve que enfrentarme a ellos.

—¡¿Os atacaron?! ¡¿Por mi culpa?! —Todos estaban bien, pero… ¿Y si no hubiera sido así? Mis pies no dejaban de dar vueltas de un lado a otro. Todo parecía tan irreal. No entendía cómo no me había vuelto loca desde el principio al descubrir todo lo que se ocultaba entre los humanos.

—Todos estamos bien, Am —respondió Dana—. Esther y Leus cerraron el portal a tiempo antes de que la cosa se pusiera peor.

¡Pues menos mal! Primero una mestiza, y ahora resulta que soy un puto apocalipsis para el mundo.

—¿Por qué? No lo entiendo. —Me volví a sentar o, más bien, me dejé caer en el asiento. Miré a Esther sin comprender—. ¿Por qué los ejércitos de Asmo… o como se llame, harían algo así?

El silencio se extendió por la sala.

—Porque llevas la sangre de su comandante, Amber —suspiró Esther—. Eres nieta de Asmodeo. Uno de los siete príncipes del infierno.

Esto no puede ser real.

El silencio me rodeaba. Miré los rostros expectantes, midiendo mi reacción. Como si me hubiera vuelto loca, rompí a carcajadas. Reí sola, sin parar. Ya no sabía qué estaba mal en mí. Pero de pronto dejé de reír y fulminé a Esther con la mirada.

—¿Y mi bisabuelo? ¿Un unicornio?

Nadie dijo ni una palabra. Esther iba muy en serio.

—¡Am! —Ray estiró la mano para tocarme.

—¡No! —La aparté de un manotazo y me levanté de golpe del asiento.

—Sé que es muy difícil para ti entender esto… —Hayden intentó hacerme entrar en razón, pero los rostros de pena a mi alrededor me encendieron como una hoguera.

—¡He dicho que no! —grité con rabia. Un estruendo retumbó sobre nuestras cabezas.

¡Malditos relámpagos…!

—Princesa… —El vampiro se levantó e intentó acercarse, pero yo retrocedí y no permití que me tocara.

—¡No quiero escucharos más! —Mi voz se rompió mientras las lágrimas recorrían mis mejillas. El silencio y los rostros apenados de los demás eran lo que más me dolía.

No les di tiempo a reaccionar. Salí del despacho lo más rápido que pude, sin mirar atrás.

—Deberíamos darle tiempo. Son muchas cosas que asimilar. —La voz de mi padre adoptivo fue lo último que escuché tras salir al pasillo.

Fue un alivio que nadie me siguiera. Si antes creía que era un monstruo, ahora estaba convencida de que realmente lo era.

CAPÍTULO 6

Kress

La expresión de Hayden no se alteró cuando irrumpí en el despacho sin llamar. Estaba lo bastante ocupado al teléfono como para prestarme atención. Acomodado en el antiguo sillón de Marcus, se sujetaba el puente de la nariz con dos dedos. Significaba problemas, más de los que ya teníamos.

Me resultaba raro verlo sin el flequillo tapando su ojo izquierdo; aún tenía que acostumbrarme. Ahora, una cicatriz expuesta recorría gran parte de su rostro y, aunque para mí seguía siendo el mismo de siempre, quizá para el resto de vampiros resultara más temible.

Cuando finalizó la llamada, tiró el móvil de mala gana al escritorio y suspiró. No hacía falta conocerlo a fondo: todo lo que se cocía a su alrededor estaba desbordando su autocontrol.

—¿Problemas en el paraíso? —pregunté sarcásticamente al ver su mandíbula endurecida.

—Algo ha atacado a humanos y vampiros cerca del pub Bloody Night. —Volvió a pellizcarse el puente de la nariz.

Después de la muerte de Adam —el maldito traidor— y la desaparición de Connor tras la noche de la luna de sangre, el establecimiento debería haber pasado a Elena y a su hija Kristell, alias «pestañas postizas» para mí. Pero como a estas últimamente se las había tragado la tierra, terminó en manos de la sociedad vampírica. O, mejor dicho, quien estuviera al mando. Otro quebradero de cabeza más para el vampiro que tenía delante. Pero me quedé pensando en un detalle…

—¿Has dicho que han asesinado a vampiros? ¿O te he oído mal? —Arrugué la nariz en un gesto de desconcierto.

—Dos Sangre Pura han muerto. Tengo a toda la comunidad encima. Quieren que atrapemos a los culpables cuanto antes. —Uno de sus dedos no dejaba de aporrear la mesa. Me estaba poniendo de los nervios. Me divertía escucharlo hablar como si no fuese uno de ellos; creo que también lo ponía enfermo la forma en que trataban a los mestizos—. Solo han encontrado restos. Cuerpos desmembrados. Toda una carnicería. Es como si algo hubiera devorado lo demás.

—Eso no puede ser… Solo un Sangre Pura con una habilidad tan poderosa como la tuya podría hacer algo así.

Los Sangre Pura, siempre dando problemas, pensé.

—O algo que no pertenezca a este mundo. —Hayden lo dejó caer y fijó sus ojos en mí.

—¿A qué te refieres? —pregunté dubitativa.

—¿Y si algún demonio escapó aquella noche?

Solo escuchar a Hayden dudar sobre eso hizo que se me erizara el vello de la nuca. No quería volver a ver una de esas cosas asquerosas nunca más. Creo que desde ese día le había cogido fobia a los murciélagos.

—Los ángeles acabaron con ellos —supuse.

La última vez que los vi estaban siendo exterminados por un gran número de seres luminosos, con plumas tan blancas que hasta dolían los ojos al contemplarlas. Todavía intentaba convencerme de que todo había sido real y no fruto de mi imaginación.

—Eso no lo sabemos. Salimos de ese infierno antes de que todo aquello terminara. Si alguno consiguió huir… aunque es solo una teoría —suspiró.

—Pues deja esa teoría. Me acabas de quitar las ganas de comer. —Hice amago de vomitar.

—Bienvenida al club —soltó con ironía—. Ahora… ¿qué querías decirme? Por tu forma de entrar, parecía urgente.

Al parecer, no estaba tan absorto en el teléfono como había pensado. A veces me preguntaba si Hayden tenía ojos en la frente.

—También traigo malas noticias —solté sin más.

—¿Ah, sí? —contestó incrédulo—. ¿Por qué no me sorprende?

—Debes hablar con la pelirroja. La sucesión de poder ha de hacerse cuanto antes. Los mestizos no se fían; temen que un Sangre Pura de otra familia influyente se haga con el control de la sociedad antes que ella. Eso los está poniendo muy nerviosos…

—Aún no está preparada —cortó, con palabras tan frías y afiladas como una daga.

—¿Y cuándo lo estará? —Mordí el aro de mi labio inferior, desesperada. No aguantaba más esta situación—. ¡La entiendo, yo también la aprecio, Hayden, y lo sabes! Pero no podemos seguir así. Todo a nuestro alrededor es un caos, y se va a poner peor si ella no toma el lugar de Marcus.

La pelirroja llevaba dos malditos días encerrada en su habitación. Incluso a Dana se le había prohibido poner un pie allí. Solo Lory tenía permitido entrar para dejarle la comida y cerciorarse de que se alimentaba adecuadamente y no se dejaba morir. Si seguía así, caería en un pozo tan profundo del que no podría salir.

No quería ver a nadie después de descubrir que su sangre tenía más mezcla que variedad de colores en una paleta de pintura. ¡Demonios! ¿Quién podría culparla? Si fuera yo, por fin sabría de dónde venía mi mala leche y la vena psicótica que me acompañaba. Ella, en cambio, seguía siendo una ovejita en un mundo de leones listos para devorarla en cualquier momento.

Entendía su sufrimiento, pero también el de los otros mestizos. La mayoría de los Sangre Pura se creían superiores a nosotros. ¿Qué pasaría si alguno de ellos subiera al poder? Eso era lo que más temían. Si la nieta de Marcus no tomaba lo que era suyo por derecho, todo se volvería un caos. ¿Qué mejor para ellos que una mestiza capaz de entenderlos?

Desde la fiesta de su presentación a la comunidad vampírica, dejó muy claro su desafío a los Sangre Pura. Ellos la admiraban por su coraje y determinación, pero… ¿qué quedaría de ella después de todo por lo que había pasado?

—Tengo algo en mente… —Hayden se levantó del asiento, pensativo, y me dio la espalda. Luego se volvió hacia mí y se cruzó de brazos—. ¿Qué es lo más importante para Amber? ¿Incluso más que su propia vida?

No tardé más de un segundo en pensar la respuesta:

—Su familia. Las personas a las que atesora —dije sin dudar.

La pelirroja era un corazón con patas. Todo lo que la había llevado hasta ese momento tenía que ver con eso. Quería a los suyos con tanta intensidad que salió en busca de su amiga cuando aún no tenía ni las habilidades ni la fuerza necesarias para enfrentarse sola a los brujos. Y había más: el dolor por la pérdida de su abuelo y su padre. Esto la convirtió en algo sediento de sangre, capaz de destrozar a quienes le habían causado tanto daño. Sin ninguna duda, esa era la respuesta correcta.

—¿Qué tienes pensado? —pregunté intrigada.

—Traer de vuelta a la Amber que conocemos —contestó con determinación—. ¡Prepárate! Saldrás dentro de dos horas con un grupo de cazadores. Esta vez tú los comandas.

—¡¿Yo?! —Me quedé perpleja.

—Voy a estar fuera hasta mañana por la noche. —Se volvió a sentar y ya no era mi amigo, sino el líder de todos nosotros—. Necesito a Cameron y a los lobos en el castillo. Alguien de confianza tiene que investigar lo ocurrido cerca del pub; así mataremos dos pájaros de un tiro y ahorraremos tiempo. Y eso es justo de lo que carecemos ahora mismo.

—Yo soy una mestiza, Hayden. No tengo poder. Si hay un Sangre Pura detrás de los asesinatos, no podré hacerle frente. Ellos tienen habilidades…

—Y tú a Artemisa —me cortó, nombrando el bastón de metal mágico que llevaba en la cadera.

Si Artemisa tuviera pensamiento propio, estaría muy orgullosa de que la consideraran tan poderosa. A veces dudaba si eso era así realmente.

—De todas formas, Ryan estará con vosotros. Si algo se sale de lo habitual, solo tienes que llamarme. Volveré lo antes posible.

Ryan era uno de los pocos Sangre Pura que me caían bien. Solíamos trabajar juntos en las misiones que se llevaban a cabo en la ciudad.

Levanté las cejas y me crucé de brazos.

—¿Por qué me da la impresión de que te estás escaqueando para ir a una cita con la pelirroja? —Mis ojos se convirtieron en dos pequeñas rendijas.

Hayden me fulminó con la mirada.

—¡Vale, jefe! Ya me voy. —Me levanté sonriendo y me encaminé a la salida, pero antes de cruzarla me volví hacia él.

—¡Buena suerte! —tarareé y cerré la puerta tras de mí.

◆ ◆ ◆

Mis labios rojos resaltaban contra el mono negro y estrecho que me había enfundado como una segunda piel. Me habría puesto un vestido, dado el sitio al que íbamos, pero la sola idea de enfrentarme a un Sangre Pura me hizo tomar la mejor decisión.

Aun así, mis tacones de aguja siempre me acompañaban, junto a Artemisa en mi cadera.

Uno de los coches de trabajo ya nos esperaba en la entrada cuando atravesé la salida al exterior. El cielo se oscurecía más de lo habitual; las nubes presagiaban tormenta. Ryan estaba al volante, como casi siempre que nos acompañaba. Yo me senté en el asiento del copiloto y, justo a nuestra espalda, en los sillones traseros, estaban Nick y otro mestizo. ¿Cómo se llamaba? ¿Ben? ¿Beni? No tenía idea.

Tampoco cambiaba nada el conocerlo mejor. Muchos mestizos moríamos por la seguridad de los Sangre Pura. Era un asco, lo sé, pero así funcionaban las leyes de la comunidad. Y alguien tenía que hacer el trabajo sucio.

—¿Por qué vais armados hasta los dientes? —Levanté las cejas mirando a Nick. Varios shuriken colgaban de uno de sus cinturones; sabía manejarlos como si hubiera nacido para ello.

—¿No lo hacemos cada vez que salimos de caza? —preguntó Ryan, extrañado, mientras ponía el coche en marcha.

—Esta vez es diferente. No sabemos de quién se trata —repliqué—. Si es un Sangre Pura, podría escabullirse si nos ve

aparecer así. Tenemos que pasar desapercibidos hasta que notemos algo raro. Antes tengo que hablar con Mel. Puede que ella sepa algo más.

La mestiza, fan número uno de la pelirroja, trabajaba en el guardarropa del pub. Todavía recordaba la primera vez que la vio allí y la asustó con su entusiasmo. Tenía ojos y oídos por todas partes. Si algo pasaba en la ciudad, Mel sería la primera en saberlo.

La carcajada de Ryan a mi lado me hizo girarme hacia él.

—¿Y tú de qué te ríes? —pregunté desconcertada. No había oído a nadie decir nada que pudiera hacerle gracia.

—Estaba pensando en la cara de James si supiera que hoy ocupas el lugar de Hayden. Creo que resucitaría para morir de nuevo.

—Por suerte ya no está para verlo. Todo cerdo tiene su final —contesté con sinceridad.

Eso me acarreaba ciertos problemas con los demás, aunque no era la única que no soportaba a James. Era un tipo petulante y machista, que pegaba más en el bando de los vampiros superpoderosos que en el de los mestizos. De él solo quedó una simple cáscara vacía, gracias a los brujos y al círculo de poder en el que lo encerraron tras la trampa que nos tendió Adam la noche de la Luna de Sangre.

Aparcamos por fin en una calle a varias manzanas del pub y comencé a dar órdenes. Los chicos y yo nos separamos antes de entrar. Ellos buscarían cualquier cosa fuera de lo habitual; yo hablaría con Mel para esclarecer un poco más los hechos.

Pero cuando fui hacia el guardarropa, Mel no estaba allí.

Empujé la doble puerta que separaba la antesala del interior. El sonido de la música me envolvió y las luces tenues llenaron el espacio a mi alrededor. Para avanzar hasta la barra tuve que esquivar varios cuerpos que se movían en la pista.

Tras pedir una copa, observé a mi alrededor buscando una melena larga y rubia. De pronto, unas manos me agarraron las caderas desde atrás. Ya sabía quién era antes de volverme.

—Estás preciosa —susurró en mi oído. Sus dedos subieron, trazando círculos insinuantes sobre mi estómago—. Creí que te

habías olvidado de mí.

Me apetecía algo de diversión. Austin era un mestizo espectacular en la cama y me hacía pasar muy buenos ratos cuando necesitaba escapar del estrés y la rutina, pero aquella noche no estaba allí para eso. Me giré hasta quedar frente a él. Su mirada codiciosa resbaló por mi cuerpo mientras sus manos acariciaban mi espalda con deseo.

—Lo siento, cariño, pero hoy no he venido a jugar. —Le sonreí a la vez que deslizaba mis uñas por su mandíbula—. Dile a Mel que quiero hablar con ella. Ya —recalqué—. La estaré esperando en los reservados.

Austin fue a buscar a la mestiza, no sin antes lanzarme una mirada provocadora. Le encantaba que le diera órdenes. Y a mí, tener el control.

Subí las escaleras y me senté en uno de los sillones. Mel no tardó en llegar y colocarse frente a mí.

—¿Cómo está la nieta de Marcus? —preguntó, preocupada.

—Ella está bien…

—¿Y Hayden? ¿No ha venido contigo? —se extrañó.

—Está encargándose de unos asuntos en el castillo, pero no he venido a hablar de eso, sino de los asesinatos de anoche. Algunos vampiros salieron de aquí, ¿no?

Mel palideció. El pánico inundó su rostro.

Mel me contó todo lo que sabía. En resumidas cuentas, no era mucho más de lo que le habían explicado a Hayden. Volvimos a reunirnos para inspeccionar la zona donde habían encontrado los cuerpos despedazados, pero allí no había nada. La lluvia empezó a caer sobre nuestras cabezas y decidimos aplazar la búsqueda. Con suerte, la noche siguiente por fin encontraríamos algo.

Caminábamos por calles estrechas de regreso al coche mientras Ryan me hacía reír con alguna de sus estupideces cuando, de pronto, al pasar junto a una calle sin salida, Artemisa vibró en mi cadera. Frené el paso de golpe.

—¿Qué pasa? —preguntó el Sangre Pura al ver mi expresión de confusión. Todos se detuvieron.

Mi bastón solía avisarme cuando corría algún peligro, pero en ese momento no veía nada a mi alrededor que pudiera representar una amenaza.

—¿Kress…?

La voz de Ryan quedó atrás cuando me introduje despacio en la oscuridad. Artemisa volvió a vibrar, pero allí no había nada.

Mis ojos sobrenaturales captaron una pequeña ventana rota en una antigua fábrica abandonada. Entonces supe que lo que había allí dentro no era nada bueno. Cuanto más me acercaba a la abertura, mejor podía percibir el olor que escapaba del interior: un hedor a sangre y putrefacción me hizo querer vomitar.

Le hice señas a Ryan. Parecía que él también había captado lo mismo que yo.

Y así, sin saber qué nos encontraríamos allí, entramos.

CAPÍTULO 7

Amber

Sentada en mi cama, sostenía un plato sobre las rodillas. Destapé la hamburguesa para retirar los pepinillos, pero no estaban por ningún lado. Supuse que Lory los había omitido para quitar un poco de presión a mi estado de ánimo. Incluso me había preparado mi comida favorita, una manera de hacer más llevaderos mis últimos dos días.

Los mismos que llevaba encerrada en mi habitación. No dejaba entrar a nadie que no fuera Lory. Quería estar sola y, después de varias negativas, por fin lo entendieron y me dieron espacio. Sabía que estaba siendo cruel con las personas que me importaban, pero necesitaba tiempo para reflexionar y asimilar todo lo que había pasado: quién era yo en realidad y qué había desencadenado mi nacimiento. Todavía había muchas cosas que no entendía y otras que escapaban a mi control; las muertes de mi abuelo y de mi padre eran un ejemplo de ello.

Me había sumido en una especie de depresión sin darme cuenta. Daba pena mirar el estado en que me encontraba: mi pelo estaba peor que un nido de pájaros, y tenía la piel debajo de los ojos hinchada y amoratada. Vestía una camiseta vieja y deshilachada que había visto mejores tiempos, y un pantaloncito corto. Aun así, no olía mal; pero eso era gracias a Lory, que se encargaba de que mi baño estuviera listo y no aceptaba una negativa por mi parte. Me había dado cuenta de que podía ser incluso más cabezona que yo, que ya lo era bastante. Si decidía contradecirla, no dejaba de parlotear hasta arrastrarme a la bañera.

Solo el tiempo podía sanar la herida que habitaba en mi corazón. Estaba en un agujero tan profundo que se me hacía difícil ver la luz.

Añadí sin ganas la salsa a la hamburguesa y me dispuse a dar el primer bocado, pero el sonido de la puerta me descolocó. Todos sabían que no podían entrar aquí y Lory acababa de salir… ¿O se habría olvidado de algo?

El pomo giró muy despacio. Con la hamburguesa a medio morder, observé cómo la puerta se abría poco a poco. Me pareció una eternidad hasta que por fin vi aparecer una pequeña figura enfundada en una túnica azul marino. Su cabello era tan oscuro como sus ojos, los cuales me escrutaban desde la entrada. Era el niño que mi padre había adoptado. Si no recordaba mal, se llamaba Leus.

Con una tranquilidad arrolladora, entró en la habitación en silencio y apoyó la espalda contra la pared. Se cruzó de brazos y sostuvo mi mirada, desafiante. Me recordó a alguien en ese momento: un vampiro rubio y bipolar al que le gustaba más pegarse a las paredes que al propio Spiderman. Pero, sin darme cuenta, toda mi atención se desvió hacia su cicatriz.

Me quedé sin habla. No sabía cómo relacionarme con los críos. Los únicos con los que había interactuado eran los hijos de los clientes de la tienda familiar de los Wood, mi familia adoptiva. Y aun así, esas ocasiones se podían contar con los dedos de una mano.

¿Qué hacía él aquí, en mi dormitorio?

Ni siquiera me dio tiempo a preguntar cuando él rompió el silencio.

—Así que… es aquí donde te escondes. —Echó un vistazo alrededor, como si estuviera analizando la cárcel en la que me había encerrado por decisión propia—. Menuda decepción, no eres lo que esperaba. —Su mirada me recorrió con desdén.

¡¿Perdona?!

La hamburguesa se me resbaló de los dedos y cayó de nuevo al plato. No podía creer que quien me hablaba no tuviera más de siete años. Era como mantener una conversación con alguien de mi

edad… o incluso mayor. ¿Qué le había pasado a este crío para madurar tan rápido? ¿Su cicatriz tendría algo que ver?

—¿También te has quedado muda? —masculló con hostilidad. Me removí incómoda.

—¿No eres demasiado pequeño para ser tan grosero? —Le devolví la mirada desafiante—. Entras a mi habitación sin permiso y me faltas al respeto. ¿Qué es lo que quieres?

—¡Lo siento, majestad! Solo he venido a comunicarle lo que todos piensan y no se atreven a decir. —Enfatizó la burla con un gesto de sus pequeños brazos abiertos.

¡¿Pero qué demonios?!

Mi nariz se arrugó, sin saber si se debía al disgusto, o es que de verdad estaba flipando. Pero él no se cortó; no señor, siguió con su ataque gratuito.

—Me da rabia todo lo que dio tu padre por alguien que no lo merece. Una princesita que se encierra en su burbuja dejando que otros arreglen sus problemas.

¡Vale! Eso me había dolido.

Aunque sus palabras destilaban rabia, su porte tranquilo y calculador me inquietó.

—¡Tú no me conoces! —Apreté los puños y los dientes por la frustración. Me parecía absurdo discutir con un niño.

—En eso estamos de acuerdo. No te conozco. Todo lo que me contó Allan sobre ti no se parece en nada a lo que hay frente a mí. Según él, podrías ser la salvación de todos, pero lo que veo cuando te miro es a una niña mimada y cobarde que no es capaz de enfrentar la situación.

Mis lágrimas estaban a punto de desbordarse.

—¡Basta! —grité.

—No he terminado todavía… —replicó.

—¡Pues yo sí! ¡¿Crees que es fácil para mí seguir adelante después de perder a tanta gente por el camino?!

—No eres la única que ha perdido en todo esto. —Sus facciones se contrajeron.

Y ahí estaba. El dolor en sus ojos. Yo había perdido a mi padre, pero él también. ¿Cómo habría sido para ese niño saber cómo

acabarían las cosas? ¿Pasar los días pensando en esa persona amada que se iría para siempre y no poder hacer nada para impedirlo?

Y ahí estaba, de pie, enfrentándome con palabras que quizá necesitaba escuchar. A pesar de su corta edad, me había abierto los ojos a la fuerza, obligándome a mirar lo que no quería ver. Lo que no estaba dispuesta a admitir. Quizá el nudo que se apretaba en mi pecho se debía a que sabía que tenía razón. Era una cobarde, incapaz de enfrentar las verdades sobre mi vida. Había dejado a todos de lado sin importarme cómo se sentían ellos. No era la única que había dicho adiós a mi padre y a mi abuelo.

Entré en un estado de comprensión y aceptación.

—Tienes toda la razón. —Suspiré, cansada, y agaché la cabeza. Cuando volví a alzarla y miré sus ojos, estaban sorprendidos. Quizá no esperaba esa respuesta por mi parte—. ¿Le echas de menos? —pregunté tan bajito que no sabía si me había escuchado. Sin embargo, afirmó con un movimiento de cabeza.

—Allan era una buena persona. No permitas que su muerte haya sido en vano. —No era un consejo, sino más bien una orden, un desafío.

Me hubiera gustado ser la mitad de valiente que él. Admiré su coraje y determinación, aun siendo tan pequeño.

Antes de que pudiera decirle que no habría sido en vano, la puerta se abrió de repente. Un vampiro que me traía de cabeza atravesó el umbral. Clavó su mirada en mí y luego la desvió hacia el chico.

—La bruja te está buscando —le informó, haciendo un gesto con la cabeza para que saliera de la habitación.

Antes de que se marchara, llamé su atención.

—¡Ey! —Él se giró, esperando a que hablara—. Gracias, Leus.

—No tienes que dármelas. No soy tu amigo ni lo hago por ti.

Y, sin más, salió de mi habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Después de eso, Hayden ocupó su lugar en la pared. Vestía una camiseta negra de manga corta que se ceñía a sus brazos trabajados y un pantalón holgado del mismo color. Su rostro al

descubierto me gustaba más que su típico flequillo. Incluso su cicatriz me resultaba atractiva. ¿Por qué todo lo que se ponía lo hacía parecer tan sexi?

Se cruzó de brazos y me contempló en silencio. Supuse que evaluaba la situación y la reacción que tendría a continuación. ¿Pensaría que le tiraría algo a la cabeza? ¿Que me abalanzaría sobre él para estrangularlo? ¡Pues no!

En vez de eso, tragué saliva mientras recordaba nuestro último encuentro. Podía sentir sus manos sobre mi piel y el sabor metálico de la sangre. También otros recuerdos que incluían una cama y nuestros cuerpos desnudos.

¡Serás idiota, Amber! Deberías estar muy cabreada. Él te engañó, te ocultó quién era en realidad.

Mientras discutía con mi subconsciente, el vampiro bipolar decidió romper el silencio al ver que no era una amenaza.

—Ese niño debería ser el cabecilla de los brujos. ¿No crees? Es demasiado inteligente y…

—¿Qué has oído antes de entrar? —lo corté. Temía que hubiera escuchado demasiado.

—Lo suficiente para saber que no soy el único capaz de llevarte al límite. —Su pequeña mueca divertida me puso nerviosa.

—En eso te equivocas.

Desvié la mirada. Aunque una parte de mí odiaba que me hubiera mentido, la otra pedía a gritos que me estrechara entre sus brazos y no me soltara jamás.

De nuevo, un silencio incómodo se instaló entre nosotros. Hayden me volvió a estudiar, pensativo.

—Date un baño y cámbiate. Le diré a Lory que te ayude a preparar algo de ropa. Saldremos en una hora —informó, descruzando los brazos y separándose de la pared.

—¿A dónde vamos? —pregunté, sobresaltada. Me había acostumbrado a pasar tanto tiempo en mi habitación que temía salir de ella y enfrentarme por fin a todo lo que me rodeaba.

—Es una sorpresa. —Sonrió. O más bien curvó un extremo de su boca. En Hayden, eso era lo más parecido a una sonrisa.

—Espero que no sea como la última —solté sin pensar.

Un atisbo de dolor atravesó su mirada tan rápido que creí haberlo imaginado. Luego se volvió y agarró el pomo de la puerta para marcharse. Pero no llegó a salir. Dudó unos segundos antes de enfrentarme de nuevo.

—¿Tienes hambre? ¿Necesitas comer? —Me observó, esperando mi respuesta. Miré la hamburguesa ahora fría en el plato; la había dejado a un lado de la cama durante la conversación con Leus. Al ver el rumbo que tomaban mis ojos, se adelantó—. No me refería a esa clase de hambre.

—¡Oh! —susurré. Mi cara debió volverse un semáforo en rojo al comprender a lo que aludía.

—No me gustaría que te comieras a alguien por el camino. Eso me traería muchos problemas.

Y otra vez esa mueca burlona.

¡Idiota!

—Estoy bien, ¡gracias! —contesté, molesta, mirando mis manos para que no se percatara de la vergüenza que me producía pensar en eso.

—No tardes. Nos vemos abajo cuando hayas terminado.

Y así, sin más, salió de la habitación.

La verdad es que no sabía cómo contestar a eso. Solo había experimentado ese tipo de hambre una vez. Y, sin pensarlo dos veces, había hundido mis nuevos colmillos en su cuello.

◆ ◆ ◆

Me encontraba sentada en el coche, esperando a que Hayden terminara de hablar con Elijah, amigo de mi abuelo y cabecilla de una de las familias vampíricas más influyentes de la comunidad. Elijah nos interceptó justo antes de cruzar el portón de salida.

No me pasó desapercibido cómo Hayden se bajó del coche y me ordenó que me quedara dentro. Supuse que quería impedir que escuchara la conversación, pero ya no era la simple humana del

pasado. Mis sentidos estaban más desarrollados, así que podía captar algo.

La voz de Elijah sonaba preocupada. ¡Maldita sea! Hablaban tan bajo que me costaba diferenciar las palabras.

—Dame un poco de tiempo. Te avisaré cuando volvamos. — Eso fue todo lo que escuché de Hayden tras despedirse.

Tenía muchas preguntas y demasiadas dudas que esperaba resolver durante el viaje. Necesitaba averiguar de qué hablaban los dos vampiros a mis espaldas. Ya que no sabía adónde íbamos, al menos podría contarme qué demonios estaba pasando. Siempre había odiado que me dejaran al margen, y esta vez no iba a ser diferente.

Lory me había preparado una pequeña maleta con algo de ropa más abrigada. Ya comenzaba a hacer calor, así que no entendía por qué me haría falta un jersey de lana. Ella tampoco soltó prenda cuando le pregunté si sabía algo. Esquivaba todas mis preguntas con disimulo mientras recogía mi corto cabello en una pequeña coleta, maldiciendo no tener más tiempo para arreglarlo como era debido. No había dejado que me lo tocaran hasta entonces; no me sentía con fuerzas ni ganas para ello.

Por fin, Hayden volvió a encender el motor. Si tenía suerte y estaba de buen humor, tal vez obtendría las respuestas que buscaba.

CAPÍTULO 8

—¿Qué está pasando? ¿Tiene que ver con los problemas a los que se refiere Leus? —pregunté justo después de que Hayden arrancara el motor.

—Hablaremos de eso más tarde —contestó, seco y cortante. ¿Su cambio de humor se debía a la conversación que acababa de tener con el vampiro? Apostaba a que sí.

—Hayden… —Iba a quejarme, pero me cortó antes de continuar.

—No dejarás de preguntar en todo el trayecto, ¿verdad? —Suspiró, alternando la mirada entre mí y la carretera.

—No —contesté decidida.

El silencio entre nosotros duró varios segundos. Debatía consigo mismo cuánto podía contarme, hasta que finalmente decidió soltarlo:

—Está habiendo problemas con la sociedad vampírica. La sucesión de poder ha de hacerse cuanto antes. Tienes que ocupar el lugar de Marcus.

Aquello me cayó como un jarrón de agua fría. Sabía lo que mi abuelo esperaba de mí, pero nunca pensé que fuese tan pronto. Que él se iría de mi vida tan…

—No puedo ocupar su lugar —susurré, agachando la cabeza.

Hacerlo sería decirle adiós definitivamente, y eso me aterraba. Era aceptar que se había ido para siempre, algo que había intentado ignorar durante esos dos días encerrada en mi habitación.

¿Cuándo me había vuelto tan débil de nuevo? Ni siquiera me reconocía a mí misma. ¿Dónde había quedado esa chica fuerte y decidida de unos días antes? Algo en mi interior murió con ellos aquella noche.

—Tienes que hacerlo. Marcus lo quería así. ¿Sabes lo mal que se pondrá el asunto si un Sangre Pura como Adam sube al poder? No será nada fácil para los mestizos. —Su mandíbula se endureció y sus manos apretaron el volante. Sabía a qué se refería: si otro vampiro como él ocupaba el lugar de mi abuelo, todo se complicaría. Sin embargo, tanta responsabilidad me asfixiaba.

—Algunos no estarán de acuerdo —confesé lo que realmente pensaba. Había visto en sus rostros tanto miedo como aberración. Temían lo desconocido y el poder que se escondía tras el sello.

—Los mestizos no dejarán que nadie más ocupe tu lugar. Ese es el mayor problema que tenemos en estos momentos. —Posó su mirada en mí por un segundo—. No queremos una guerra entre nosotros, y eso solo se acabará cuando se celebre el ritual de sucesión. Además, tienes a muchos más Sangre Pura de tu parte de lo que crees.

—¿Cómo podría hacerme cargo de tanta gente ahora? ¡Ni siquiera sé cuidar de mí misma! No soy capaz. No puedo con esto sola, Hayden. —Me pellizqué las manos con nerviosismo y agaché la cabeza. Todo aquello me quedaba demasiado grande.

—No estarás sola. Yo estaré a tu lado. —Su determinación me hizo levantar la cabeza como un resorte. Su mirada verde bosque y su promesa se clavaron en lo más hondo de mi corazón—. Además, si no tomas el lugar que te pertenece, estoy seguro de que Marcus volvería a la vida solo para estrangularme.

Un extremo de su boca se curvó hacia arriba, aunque de forma muy sutil.

Una sonrisa tiró de mis labios al pensar en ello. Con lo cabezota y orgulloso que era mi abuelo, no me extrañaría nada que la suposición de Hayden se hiciera realidad. Era la primera vez que sonreía, y era gracias a él. Ahí estaba una de las facetas que más me gustaban del vampiro bipolar. Aunque su gesto era serio, intentaba animarme de la única manera que sabía.

Conocí a Chris siendo demasiado pequeña, pero supe de inmediato que era un chico especial y diferente. Al principio me causó curiosidad. Los primeros días tras conocerlo, me escabullía para contemplarlo a escondidas mientras entrenaba. Los vampiros con los que lo hacía le sacaban más de una cabeza y sus cuerpos eran el doble de grandes que su figura delgada y desgarbada. Pero él nunca tuvo miedo. Arremetía contra ellos con todo lo que tenía y, aunque terminaba comiendo suelo la mayoría de las veces, nunca se rendía; se ponía en pie y volvía a empezar.

Sí, mi pasatiempo favorito era seguirlo sin que me viera. Fue así como, en tan solo unos días, descubrí que ese chico valiente de pelo largo, que parecía una chica, también tenía debilidades. No sabía relacionarse con los demás, o quizá lo habían dejado solo y sin opciones, como a mí. Los niños me llamaban sangre sucia; a él ni siquiera se atrevían a mirarlo. En ese tiempo nunca entendí por qué, pero en este momento me quedaba claro al saber la habilidad tan poderosa que poseía Hayden.

Ahora que por fin había recuperado mis recuerdos, mi mente se deslizó por uno que no olvidaría jamás, la primera vez que me atreví a acercarme a su lugar seguro: su banco y sus libros. Recordaba que, tras ese día, contar las palabras que salían de sus labios se convirtió en un reto demasiado divertido para mí. Al principio solo eran monosílabos y un par de asentimientos, pero con el tiempo se transformaron en frases enteras y llenas de sarcasmo.

El chico serio y solitario se convirtió en mi refugio, y sus escasas sonrisas solo eran para mí. Ambos nos hicimos un pequeño hueco en el corazón del otro, hasta que el mío se llenó tanto de él que podía rivalizar con el amor que le tenía a mi madre y a mi abuelo.

Miré la ciudad embelesada, aunque ya no me parecía tan maravillosa como antes. Todo transcurría con normalidad, como si nada de lo que me había pasado importara. Las luces comenzaban a encenderse, avisando de que pronto llegaría la noche.

No tenía idea de adónde íbamos, pero no estaba asustada. Aunque el vampiro a mi lado me había mentido y me sentía traicionada, en el fondo confiaba en él. Sabía que nunca me pondría

en peligro. En ese momento era un cúmulo de emociones contradictorias que unían mi corazón y mi mente. Ni siquiera yo me entendía, ni sabía quién era realmente. Necesitaba valor… y tiempo para encontrarme de nuevo.

Pasamos la mayor parte del trayecto en silencio, algo que agradecí. Pero, cuando nos desviamos y nos adentramos en un verde profundo a cada lado de la carretera, una emoción me inundó de pies a cabeza. Conocía demasiado bien aquel lugar. Era mi bosque, mi sitio seguro, el que me había visto crecer desde los ocho años, cuando creía que el mundo no era tan cruel ni despiadado como me parecía ahora.

Quise llorar, gritar, pero no lo hice. Me quedé ahí, sin decir ninguna palabra, solo observando los árboles que pasaban a mi alrededor.

Todo cambió cuando nos acercamos a una edificación de madera de dos plantas, situada en mitad del bosque. Se podía apreciar la variedad de flores y enredaderas que le daban color al porche. Las luces estaban encendidas y, de pie en el centro, como si hubiesen aguardado mi llegada, dos figuras que reconocí al instante hicieron que mi corazón se saltara un latido.

—Espero que te guste la sorpresa —dijo Hayden a mi lado. Solté el aire que estaba conteniendo sin darme cuenta y, tras mirarlo solo un segundo, salí disparada del automóvil cuando por fin se detuvo.

Corrí hacia ellas para acortar el espacio que nos separaba, hasta que mis brazos las alcanzaron y algo dentro de mí se rompió. Me convertí en un mar de lágrimas descontroladas.

—Tranquila, mi niña. Ahora estás en casa. —La voz rota de Esme y los sollozos de Nana me recordaron cuánto extrañaba este lugar.

Ambas me estrecharon entre sus brazos y acariciaron mi corto cabello. El olor que me rodeaba era tan familiar que solo quería quedarme allí hasta que la oscuridad desapareciera de mi vida.

No podía hablar. Un nudo aprisionaba mi garganta mientras escuchaba una y otra vez cuánto me habían echado de menos y cuánto me querían. Hayden se quedó atrás, apoyado en el coche,

dándonos espacio e intimidad. Poco a poco, la emoción del momento se fue apaciguando y fue reemplazada por suspiros y miradas orgullosas.

—Deberíamos entrar en casa —dijo Nana, sonriendo con ternura.

Ellas me observaban de una manera especial, como si fuera lo más valioso que tenían en este mundo. Esme me rodeó los hombros y me condujo hasta la puerta. Antes de entrar, se volvió.

—¿A qué esperas, chico? Me refería a todos. —Miró a Hayden con amabilidad, invitándole a que nos siguiera.

—Creo que tenéis muchas cosas de las que hablar a solas. Mientras tanto, iré a dar una vuelta. —Su mirada se deslizó de Esme a Nana y terminó en mí. Su intensidad se hizo aún más evidente cuando clavó sus penetrantes ojos en los míos.

—Gracias, hijo. No sabes lo que esto significa para nosotras —dijo Nana con la voz temblorosa.

Hayden respondió con un asentimiento y luego se adentró en la espesura del bosque hasta perderse entre los árboles.

Las tres entramos en la casa. Una sensación familiar recorrió mi cuerpo al sentarme a la mesa donde tantas veces había comido y reído con ellas. Nana nos preparó un té de hierbas para los nervios y se sentó a mi lado, junto a Esme.

—Antes de que nos cuentes cómo va todo, me gustaría confesarte una cosa, hija —dijo Esme, mirándome con tristeza. Yo ya intuía lo que iba a decir—. Yo sabía que tu padre estaba vivo, y también conocía el poder que habita en tu interior. Si me dejas que te explique…

—Lo sé —la corté—. Mi padre me mostró toda la historia con sus visiones. No te sientas culpable, Esme. Me protegiste como lo harías con tu propia hija. Siempre has sido una madre para mí. —Las lágrimas empaparon sus mejillas—. Sois mi familia. No importa de dónde provenga. Eso nunca cambiará.

Le sonreí con amor, solté la taza y tomé su mano con cariño.

Después, les conté todo lo que había pasado desde que me fui del bosque: mi entrenamiento, las disputas con mi abuelo, la extraña sensación de reconocimiento cerca de Hayden y el porqué

me sentía así, ya que era alguien especial en mi pasado. Guardé para mí todo lo relacionado con temas amorosos; todavía no estaba cómoda al hablar de aquellas cosas tan personales. Terminé confesándoles que no estaba preparada para ocupar el lugar de mi abuelo.

—Todo me viene demasiado grande —suspiré, terminando el último sorbo de té frío que quedaba en la taza. La apoyé en la mesa con más fuerza de la debida y se hizo añicos.

—¡Oh, Dios! ¡Lo siento mucho! —Me tapé la cara, avergonzada por no poder dominarlo todavía—. ¿Veis? Soy un desastre. Ni siquiera puedo controlarme a mí misma.

—Podrás con ello, hija. Tienes un corazón fuerte y bondadoso —dijo Esme, agarrando mis manos—. No te sientas sola. Cuentas con tanta gente que te quiere que, incluso en los peores momentos, podremos darte impulso cuando lo necesites.

—Antes me hubiera sentido capaz, pero ahora… es una sensación rara. Ni siquiera sé quién soy en este momento.

Tenía ganas de llorar y gritar al mundo cómo me sentía. Pero las palabras de Nana fueron un antes y un después. Su significado fue como un ancla y una llama que se avivó en mi interior, dándome esperanza:

—Solo aquellos que llegan a tocar fondo en la oscuridad renacen con más fuerza y llenos de luz. Nunca olvides eso, mi niña. Eres un ave fénix que alzará el vuelo con un fuego verdadero en su interior. Has nacido para algo grande. Así lo quiso el destino. Solo debes dejarlo fluir. No se trata de la sangre que corre por tus venas, sino de lo que habita en tu interior. Tu alma tiene algo especial que ha tocado la de todos nosotros. Sabes quién eres en realidad; solo tienes que mirar dentro de ti y encender esa llama de luz que siempre estuvo ahí. Hacerla arder.

Quizá Nana tenía razón. No se trataba de que mi sangre ni mi poder estuvieran malditos. La cuestión era cómo y para qué los utilizaría. Era hora de salir del pozo oscuro en el que había encerrado a la verdadera Amber. Si no tenía una cuerda para subir, yo misma la crearía. Porque en realidad no estaba sola: contaba con mi familia,

mis amigos, personas que confiaban en mí y a quienes no podía defraudar.

—¿Interrumpo? —La voz de Hayden me sacó de mis pensamientos. Se encontraba apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados. No lo habíamos oído llegar. Miró la taza hecha añicos y después a mí, con la pregunta en la punta de su lengua.

—Se me ha ido un poco de las manos —admití, haciendo una pequeña mueca de desdén.

—Prefiero eso a que te comas a alguien. —Su típica cara de póker no dejaba adivinar si hablaba en serio. Antes de que pudiera quejarme, las carcajadas de Esme y Nana rompieron el silencio.

—No tiene gracia. Nunca os haría daño. —Las miré con reproche.

—Lo sabemos, hija —respondió Esme, mientras sacaba algo de comida del refrigerador. Aún seguía riendo e ignoraba por qué—. ¿Os apetece carne asada?

Después preparamos la cena. Nana y Esme me contaron cómo pasaban los días aquí desde que los demás estábamos en la ciudad. Varios integrantes de los clanes del pueblo venían a diario para cerciorarse de que ambas estuvieran seguras mientras Logan permanecía fuera, y también se encargaban de proteger el bosque hasta su regreso.

Disfruté de ese tiempo charlando y riendo con ellas. Hayden y yo ayudamos con las verduras que acompañarían el roast beef, aunque, como siempre, no faltaron sus piques habituales para sacarme de mis casillas ni mis amenazas de tortura si no dejaba de hacerlo.

Me resultó extraño compartir ese pedacito de mi familia con él, permitir que entrara en mi zona de confort. Imaginé cómo sería en un mundo normal: Hayden no sería un vampiro, yo no sería una llave poderosa que abría el Inframundo; solo una chica normal que acababa de presentarle a su familia. Por fin podía respirar, dejar de lado la realidad y sumergirme en un mundo inventado… aunque sabía que todo tendría que terminar y que en unas horas despertaría.

La cena estaba buenísima y la conversación entre Nana y el vampiro se volvía cada vez más divertida. No creía poder reír más con las preguntas de mi abuela y la expresión incómoda de Hayden. Desde si tenía novia o esposa, hasta cuáles eran sus planes a futuro. Cuando la cena finalizó, no me extrañó que él saliera a toda prisa de la casa, explicando que necesitaba un poco de aire fresco.

Me acerqué a la encimera para ayudarlas a recoger y dejar mi plato en el fregadero, pero Nana me lo quitó de las manos con una sonrisa pícara.

—¿Por qué no sales un rato y le haces compañía? —me preguntó. Dudé unos segundos, pero ella debió leer mis pensamientos—. Nosotras no iremos a ninguna parte, mi niña. Estaremos aquí cuando entres.

Ahora que por fin podía pasar tiempo con ellas, no quería desperdiciar ni un solo momento.

—Es guapo… y parece muy maduro para su edad —dijo Nana, observando mi reacción con una sonrisa.

—Nana… —Me sonrojé sin pretenderlo.

Ella siempre había visto a través de mí. Era como si leyera cada uno de mis sentimientos. En el pasado también había sabido de mi conexión con Ray, aunque prefirió callar lo que era evidente.

—Anda, sal —insistió—. Creo que os hace falta una conversación. Y si quieres mi opinión, ese chico merece la pena. No por quién es o lo que fue en el pasado, sino por cómo te observa. No lo hace con los ojos, mi niña, lo hace con el alma, y eso no se encuentra en cualquier parte. Hay personas que tienen que esperar varias vidas para experimentarlo. No dudes ni tengas miedo de abrir tu corazón. Estoy segura de que, si lo haces, él también se abrirá a ti.

Sin decir ni una palabra, salí al exterior. Al no verlo cerca de la puerta, rodeé la casa hasta llegar a la parte trasera. Al pasar, miré bajo mi ventana, el lugar donde solía sentarme cuando necesitaba respirar y contemplar el bosque que tanto me gustaba. Sin querer, los recuerdos me inundaron como si todo hubiera ocurrido ayer: el día en que mi mundo normal se cayó a pedazos, o cómo Ray, en su forma de lobo, me dio consuelo y cobijo bajo su pelaje.

Me introduje un poco más entre los árboles, buscándolo. Ahora mi olfato estaba más desarrollado, así que solo tuve que seguir su rastro. Lo encontré sentado de espaldas en un pequeño claro. Su figura me parecía tan perfecta que podría haberme pasado horas contemplándolo. No giró la cabeza hacia mí, pero supe que me había notado nada más llegar. Me senté cerca de él sin decir nada. Dejé que el silencio nos envolviera hasta que él decidió cortarlo.

—Ahora entiendo por qué este sitio es especial para ti. Esta paz es tan… —Suspiró antes de continuar—. Diferente al castillo.

Miraba al frente, hacia los árboles, pensativo. No dejaba de observar su hermoso perfil. Tuve que obligarme a detener el impulso de acariciar su cabello, su rostro, sus labios.

—Es muy fácil estar con tu familia. Saber que siempre tendrás un lugar al que volver.

Sus palabras rompieron algo dentro de mí al pensar en su significado. Hayden carecía de eso. Para él, aquel encuentro familiar había sido mucho más que una simple cena: algo que nunca había tenido. Recordaba que, cuando era pequeña, sus padres apenas compartían tiempo juntos. Solo su madre era su compañía… hasta que yo llegué a su vida.

—Creí que habías muerto.

Pellizqué mis manos con nerviosismo. Él dejó de observar el bosque para prestarme toda su atención.

—Escuché una explosión desde el pasadizo. Quise volver, pero mi madre me arrastró hacia la salida.

Mis ojos se llenaron de lágrimas al recordar ese dolor que me acompañó hasta que perdí mis recuerdos.

—Pensé que habías muerto, Hayden —repetí—. Por mi culpa. ¿Qué pasó ese día? Quiero saber qué te atormenta tanto. Habla conmigo, como hacíamos tantas veces en el pasado.

Sabía que la cicatriz se la había hecho Gael con magia. De no haber sido así, habría desaparecido gracias al don de sanación de los vampiros. Pero ¿qué pasó con sus padres? Se quedó en silencio y, cuando creí que no respondería, al fin lo hizo.

—Esa noche lo cambió todo, princesa. Me convertí en el monstruo que soy ahora.

Sus ojos verdes traspasaron los míos.

—¡Tú no eres un monstruo! —Apreté los puños.

—Yo maté a mis propios padres, Amber. ¿Qué clase de hijo haría eso? —Su mandíbula se endureció.

Me quedé sorprendida por su confesión, pero sabía que había algo más. Él no sería capaz de algo así. Amaba a su madre; de eso no me cabía duda.

—Tuvo que pasar algo para que…

—Mi padre era un traidor. Él fue quien dejó entrar a Gael. Querían llegar hasta ti. No podía permitirlo y… mi poder se descontroló. Mi madre era inocente. No se merecía aquello.

Su rostro atormentado me hizo arrodillarme entre sus piernas. Posé las manos en sus mejillas y lo obligué a mirarme a los ojos.

—Escúchame bien, Hayden. Tú no tuviste la culpa. Aún eras un niño. No podías controlarlo. No vuelvas a decir que eres un monstruo. Yo no te veo así.

Me mordí el labio inferior antes de decir lo que llevaba dentro. Reuní valor para confesar lo que sentía.

—Aquel día que fui a tu habitación lo hice porque amo todo lo que eres, Hayden. Aun sin saber quién eras en realidad, no me importaban tus secretos ni tus sombras. Solo quería que fueras tú.

Sus ojos indagaron en los míos, arrancando los secretos que guardaba en mi corazón.

—¿Sigues enamorada del chucho? —preguntó en un susurro.

—Nunca lo he estado. Si hubiera sido así, jamás me habría entregado a ti como lo hice. Creí que estaba enamorada, pero lo que sentía por él era otro tipo de amor. Solo me di cuenta de ello cuando lo sentí por primera vez. Contigo.

—Cuando te despediste de mí antes de la luna de sangre, pensé que lo que había pasado entre nosotros era para vengarte de él. Me dijiste que no había nada que explicar.

Su expresión dolida me reveló demasiadas cosas que quizá no quería ver.

—¡Porque no quería que me hicieras daño! Que me dijeras que solo era una más, igual que Kristel. ¿Por qué conmigo iba a ser diferente?

Con un solo movimiento, me tumbó de espaldas sobre la hierba. Su cuerpo encima del mío, su calor por todas partes, su rostro a centímetros de mis labios.

—¿Es que todavía no te has dado cuenta? Eres lo más puro y hermoso que ha entrado en mi vida. Cada día, cada hora y cada segundo desde que borraron tu memoria, saber que no me recordabas ha atormentado mis sueños. Cada pensamiento del día ha sido para ti. He hecho cosas de las que no me siento orgulloso, y que volvería a hacer solo para mantenerte a salvo. Así que no vuelvas a insinuar que no significas nada para mí. Eres todo por lo que lucho ahora, Amber. Y así será hasta que deje de respirar.

Mis lágrimas empaparon mis mejillas. Lloraba por todo lo que él había callado… y también de felicidad. Lo amaba; no había ninguna duda de que me había enamorado de él. Todos los recuerdos regresaron de golpe a mi mente: tantos momentos a su lado sin saber quién era en realidad. La primera vez que lo vi, creyendo que había salido de una pintura; su actitud distante al recogerme para llevarme al castillo. Todos esos instantes que se grabaron en mi memoria para siempre.

No dejé que terminara. Lo sujeté de las mejillas y lo besé como deseaba hacerlo a cada momento. Nos perdimos en un beso lleno de necesidad. Sus manos acariciaban mi cuerpo con ansia, haciendo que me abandonara un poco más a él.

Muy a mi pesar, el ambiente se rompió cuando el sonido de su móvil interrumpió nuestros jadeos. Hayden lo ignoró y siguió besándome con pasión, pero una segunda llamada hizo saltar las alarmas. Rompí el contacto.

—Hayden. Tienes que… cogerlo.

Mi respiración estaba acelerada y, aunque no quería que parara, sabía que debía ser algo importante.

Se levantó de mala gana y se sentó en la hierba para contestar.

—Espero que sea importante —amenazó.

Escuchó en silencio y, al colgar, se agarró el puente de la nariz. Sin necesidad de preguntar, supe que eran problemas.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, con miedo.

—Era Cameron. No saben dónde está Kress. Su móvil está apagado.

En ese momento rogué por no repetir lo que había vivido con Dana.

CAPÍTULO 9

Dana

Sentí los dedos de Esther acariciando mi espalda. Las dos estábamos desnudas en mi cama, en una de las habitaciones de invitados que me habían cedido los vampiros. Miraba la luna creciente a través de la ventana, pensativa. Ya había anochecido hacía varias horas y, aun así, no podía dormir.

—¿En qué piensas?

La voz dulce de Esther hizo que me girara para mirarla. Suspiré y me coloqué boca arriba, desviando la atención hacia el techo.

—Puedo hacer que te relajes, si quieres —añadió. Podía adivinar su sonrisa traviesa incluso sin mirarla.

—Estoy preocupada —admití. Era una sensación extraña la que me invadía.

—¿Es por Amber? —Esther se apoyó en uno de sus codos y me agarró de la barbilla para que la mirara. Sus ojos pardos buscaron los míos, expectantes—. Te ha dolido que ni siquiera a ti te permita entrar a su habitación, ¿no?

Recordarlo fue como una daga que volvía a atravesarme el corazón. La había echado tanto de menos que lo único que quería era compartir con mi amiga un poco del tiempo perdido.

—Solo quiero ser una buena amiga. Reconfortarla, demostrarle que no está sola en esto… pero son tantas las cosas por las que ha tenido que pasar, que temo que nunca vuelva a ser la misma.

—Dale tiempo. A veces lo necesitamos para sanar. Cada uno lo hace a su manera.

Apartó un mechón de pelo de mi rostro de una forma tan dulce que sentí mariposas revolotear en el estómago. Nunca había experimentado algo así por alguien.

—El rubiales la ha llevado al bosque con su familia. Creo que es el último cartucho que nos queda para salvarla y sacarla de donde está. —Suspiré. Nana era la única que siempre tenía las palabras adecuadas para ella.

—¿Crees que funcionará? —preguntó Esther.

Sonreí cuando mi mente voló al pasado.

—¡Verás! Cuando éramos pequeñas, tendríamos unos doce años por aquel entonces. Recuerdo llegar y encontrar a Amber muy triste y enfadada. Eso no pegaba para nada con ella. Siempre tenía una sonrisa para todo, como si viviera permanentemente en un cuento de hadas. Eso era lo que más me gustaba de ella.

Hice una pausa antes de continuar.

—Cuando le pregunté qué había pasado, me explicó que una de las mezclas de hierbas que hacía para la tienda familiar no quedaba como quería. Yo no entendía por qué tanto drama; para mí era algo absurdo.

Reí al recordar lo testaruda que podía llegar a ser.

—Cada vez que lo intentaba, el resultado era una masa pestilente y de un color horrible. Luego se echaba a llorar diciendo que no servía para eso. Pero entonces llegó Nana y le dijo:

«Solo tienes que creer en tus habilidades y pensar en lo que quieres conseguir mientras lo haces. Hagas lo que hagas, pon tu corazón en ello».

—Y entonces lo intentó de nuevo… y el resultado cambió. A veces creo que sus palabras son magia para ella. Espero que esta vez sea igual.

—Eso es muy bonito. —Esther sonrió y me dio un beso rápido en los labios—. Tengamos esperanza en que sea así. Tengo que enseñarle a controlar sus poderes lo antes posible. Toda mi vida ha girado en torno a eso: mis conocimientos, mi dominio de los elementos... Mi tío Allan quería que ella aprovechara todo esto y estuviera preparada cuando llegara el momento. Lo que sea que

esté por venir tiene que ser bastante malo para que ni siquiera él quisiera hablar de ello.

—¿No estás molesta? —solté, curiosa. Era un tema que me cuestionaba a menudo—. No me malinterpretes. Quiero a mi amiga y te agradezco todo lo que estás dispuesta a hacer por ella, pero entendería que, en el fondo, odiaras lo que eso ha supuesto para ti. Toda tu vida ha girado en torno a una causa, a un fin. Como un simple peón en una partida de ajedrez dirigida por otra persona.

—Desde fuera podría verse así, pero en realidad estoy muy agradecida. Si no fuera por mi tío, seguiría siendo la niña maltratada y débil que era cuando él llegó. Mi padre jamás habría permitido que una mujer se volviera tan poderosa. Mis primeros nueve años fueron una tortura. No solo era el saco de golpes de mi padre; mi hermano también descargaba a veces su frustración en mí.

»Pero eso cambió. No olvidaré jamás el día en que por fin pude hacerle frente. Todavía recuerdo el pánico en sus ojos cuando estuve a punto de asfixiarlo. Nunca volvió a ponerme una mano encima. Creo que estaba tan avergonzado que ni siquiera se lo contó a mi padre.

—Siento lo que has tenido que pasar. Nadie merece eso. —Apreté los dientes. Solo de imaginarlo me hervía la sangre.

Atrapé un mechón oscuro de su cabello corto y lo enredé con suavidad en mi dedo, pensando en lo diferente que había sido mi relación con mi familia. En lo afortunada que era.

—Tranquila, es algo que ya está asimilado. Mi tío llegó para traerme algo de paz. Con mi padre era otra historia; intentaba por todos los medios desviar su ira hacia cualquier sitio que no fuera yo.

De pronto, unos golpes en la puerta y una voz grave rompieron el momento tan especial que había entre Esther y yo.

—Dana, hija… ¿Puedo pasar?

—¡Joder! ¡Joder! Mi padre… —susurré, presa del pánico.

Salté de la cama y miré a la bruja con los ojos muy abiertos. Sin pensarlo dos veces, agarré su ropa y se la lancé. Luego busqué la mía y me vestí como alma que lleva el diablo. Al no encontrar el sujetador, improvisé con una de mis camisetas anchas.

—¡¿Dana?! —insistió mi padre.

—¡Un momento, papá! —grité antes de hacerle señas a Esther para que se escondiera. Ella alzó las cejas, incrédula.

—¿Estás de coña? No pienso meterme debajo de la cama. —Se cruzó de brazos.

Maldije por lo bajo antes de observar mi habitación y ver que estaba bastante decente. Luego me acerqué a la puerta y la abrí de un tirón.

—¡Hola, papá! —Puse la mejor sonrisa que pude.

Sus cejas rubias se fruncieron y sus iris azules, idénticos a los míos, me miraron con extrañeza.

—¿Te he despertado?

Imaginé que el estado de mi cabello tenía algo que ver con su pregunta. Sus ojos se desviaron hacia el interior de mi habitación y, antes de que hiciera algún comentario, decidí intervenir:

—Esther se está quedando en mi habitación, papá. Con todo el lío que hay desde que llegamos, todavía no le han dado una propia. Como es mi amiga y soy la única persona que conoce aquí, le ofrecí compartir la mía.

Esperaba que se lo tragara. Nunca había sido una buena mentirosa; se me daba mejor ocultar que inventar.

Mi padre apretó la mandíbula. Aunque en su día le expliqué que la bruja estaba de nuestra parte, sabía que jamás olvidaría que había sido partícipe de mi encierro. La desesperación que sufrió durante aquellos días de búsqueda sin descanso hizo mella en él. Yo era su niña, su pequeña Dana. Por muchos años que pasaran, siempre me vería así.

—Encantada de volver a verle, señor Dagger —saludó Esther con educación.

—Hablaré con Hayden para que solucione eso. Hay bastantes habitaciones de invitados vacías en este castillo.

Ni siquiera miró a Esther. Se notaba a leguas que la quería fuera de allí… y lo más lejos posible de mí.

—¿Qué querías, papá? Ya es bastante tarde para que sigas despierto. ¿Ha pasado algo? —intenté cambiar de tema.

—Nos han convocado abajo. Es algo importante. Tu hermano Aaron ya está con ellos. —Su voz se volvió más fría.

—Dame unos minutos. Me cambio y nos vemos en la sala —contesté.

Su mirada se posó primero en la bruja y luego en mí.

—No tardes…

Fue lo último que dijo antes de cerrar la puerta y marcharse.

El ruido de algo golpeando el suelo a mi espalda me sobresaltó. Al volverme, vi la maleta de Esther, la misma que había traído el día que escapamos del colegio de magia. Sin duda había utilizado el elemento aire para arrastrarla desde el armario. Comenzó a recoger las pocas pertenencias que había en mi habitación.

—¿Qué haces? —pregunté, sin entender nada.

—¿Qué hago? —La voz dulce de Esther se convirtió en todo lo contrario—. ¿Qué te parece que estoy haciendo? Recoger mis cosas. Me largo de aquí. Me voy a la habitación de Leus.

Seguía guardando sus pertenencias sin mirarme, o mejor dicho, tirándolas dentro de la maleta.

—¿Ahora qué demonios te pasa? —Levanté las manos, exasperada. No creía que se fuera a tomar tan en serio lo que había dicho mi padre.

Entonces me miró. La ira contenida en su expresión me dejó sin respiración.

—¿Una amiga, Dana? ¿En serio? —Casi me lo escupió a la cara cuando, por fin, me encaró.

—¿Qué querías que le dijera? —me defendí. No sabía ni por dónde empezar a explicarle mis razones.

—¡Lo que fuera que no me hiciera sentir como un sucio secreto! —me gritó—. ¿O qué? ¿Te avergüenza decirles a todos que te acuestas con una tía? Porque eso es lo que haces, y no parece que te desagrade en absoluto. Pensé que esto significaba algo más para ti, pero veo que me equivoqué.

Su voz se rompió, y yo me odié por ello. Entendía que estuviera dolida, pero todo era mucho más complicado.

Me acerqué y posé la mano en su mejilla. Las lágrimas en sus ojos pardos estaban a punto de desbordarse.

—Eres importante para mí, Esther. Más de lo que crees. No entiendes lo que supondría esto para mi padre si se enterara. Como

parte de una manada, mi destino es tener descendencia para que siga su curso. Él lo vería como una traición a todos ellos —intenté explicarle—. Necesito algo de tiempo. ¡Por favor!

—¿Tiempo para qué? —Apartó mi mano y dio un paso atrás, alejándose de mí—. Lo único que entiendo es que solo he sido un juego para ti. Una experiencia más antes de amarrarte a un lobo macho que sí encaje en los planes de tu padre.

Se agachó, cerró la maleta con fuerza y se dirigió a la puerta.

—¡Espera, Esther! Estás equivocada. —El pánico se adueñó de mis sentidos con solo imaginar perderla.

Se volvió hacia mí con la mano aferrada al pomo. Sus rasgos estaban contraídos por la ira y el dolor. Me dolió ser la culpable de ello.

—Lo siento, Dana, pero no voy a esperar a que decidas ser más valiente. Tengo miedo de aferrarme a algo que no va a terminar bien. Prefiero retirarme ahora antes que recoger mis pedazos más tarde.

—No te vayas, por favor —supliqué.

No fue suficiente.

Esther salió de la habitación llevándose una parte de mí. ¿Cómo podía explicarle que siempre había tenido sueños? Que los había dejado de lado por la manada. Había querido viajar, vivir aventuras como las protagonistas de mis libros, pero en el fondo sabía que no era una de ellas. En realidad, vivía en una cárcel invisible que yo misma había construido. La aceptación de mi padre era tan importante para mí que, hacía tiempo, dejé mis sueños en el fondo de un cajón.

En ese mismo instante, la puerta volvió a abrirse. Durante un segundo tuve la esperanza de que fuera ella, pero mis ilusiones murieron al ver a Dash aparecer en su lugar.

—¿Esa no era Esther Sallow, la bruja? —Levantó las cejas, curioso.

—No. Era su hermana gemela. —Rodé los ojos y me senté en la cama.

—¿Hay dos? —Abrió los ojos como platos.

—No hablaba en serio. Si fuesen dos, tendría el doble de problemas —suspiré.

—Muy graciosa —resopló, molesto—. ¿Qué le has hecho? Parecía bastante cabreada. Deberías tener cuidado; podría transformarte en rana.

Alzó las cejas y me apuntó con el dedo.

—Y créeme, no te daría un beso para traerte de vuelta.

Cuando me reencontré con Dash después de tanto tiempo, lo primero que hizo fue echarme la bronca por no haber escapado antes de que me atraparan. Lo segundo fue darme un fuerte abrazo. A los diez minutos ya estábamos discutiendo, como siempre.

—¿Y ahora me vas a contar qué te pasa? —Se sentó a mi lado.

—Nos están esperando abajo —intenté esquivar la conversación.

—Amber y el chupasangre amargado todavía no han llegado. Tenemos tiempo. Tampoco va a ser la primera vez que aparecemos los últimos en una reunión.

La verdad era que necesitaba hablarlo con alguien. Quizá una segunda opinión estaría bien.

Le conté todo a Dash lo más rápido posible y resumido: desde que conocí a Esther hasta la discusión que acabábamos de tener. Su silencio me puso aún más nerviosa, si eso era posible.

—¡Genial! Nosotros preocupados por ti y tú montándotelo con el enemigo —me reprochó.

—Esther no es el enemigo —resoplé.

—No me esperaba esto, la verdad. —Se quedó pensativo.

—Yo tampoco —suspiré. Aún no creía que me hubiera enamorado de una bruja—. ¿Y bien? ¿Qué piensas al respecto?

—Pienso que haríamos un trío estupendo —soltó el muy idiota.

Le di un codazo en las costillas.

—¡Dash! Hablo en serio —exclamé, molesta. Me levanté de la cama y me crucé de brazos.

—¿Quieres saber lo que pienso? —Levantó las cejas y me miró serio.

—¡Claro, Dash! Por eso te lo he contado —solté, exasperada.

—Está bien, te lo diré… Estás jodida. —Me miró con compasión—. En serio, Dan. Estás bastante jodida. No sé qué decirte.

—¡Muchas gracias por nada, Dash! Eso ya lo sabía. —Rodé los ojos y resoplé.

¿En qué momento perdí mi tiempo contándole nada a Dash? Ahora más que nunca necesitaba a Amber a mi lado. Para ella, las palabras de Nana eran mágicas. Para mí, lo eran las suyas.

CAPÍTULO 10

Kress

En el momento en que mis pies tocaron el suelo de la fábrica abandonada, un escalofrío trepó por mi columna vertebral. Era difícil que algo lograra ponerme nerviosa, pero lo que encontré allí dentro era algo que jamás había visto.

—¿Qué diablos…? —La maldición de Ryan resonó a mi espalda cuando él también atravesó la ventana rota por la que me había colado segundos antes—. Si un Sangre Pura ha hecho todo esto, tiene que estar muy loco.

—Esperemos que solo sea eso —respondí.

Nunca había rezado, pero en ese momento creí oportuno empezar a hacerlo, mientras miraba las paredes salpicadas de sangre y el suelo cubierto de trozos de carne y ropa desgarrada.

Varias maldiciones más se oyeron cuando Nick y el chico nuevo, Ben, entraron tras Ryan.

Caminé unos cuantos pasos y me agaché para pasar el dedo por una de las muchas manchas que cubrían el suelo.

—Esta todavía está caliente.

Seguí el rastro de sangre fresca que tenía a mis pies y alcé la vista. Varios metros más adelante, un cuerpo —o lo que quedaba de él— había sido arrastrado escaleras arriba hasta la segunda planta.

—Sacad las armas y no hagáis ruido —ordené después de desenvainar a Artemisa de mi cadera.

No es que las armas tuvieran mucho que hacer contra un Sangre Pura, pero podrían convertirse en una buena distracción mientras sus heridas cicatrizaban.

Un temblor invadió mi cuerpo por lo que pudiera pasar. No era miedo por mí, sino la sensación de que estaba conduciendo a mis compañeros hacia una muerte segura. Era la primera vez que Hayden me dejaba a cargo de una misión.

¿Sería lo suficientemente capaz de mantenerlos a salvo y de que saliéramos vivos de esta?

Comenzamos a subir con sigilo, un escalón tras otro, hasta que a Ryan le pareció oportuno romper el silencio.

—¡Joder, Nick, qué asco! ¿Acabas de pisar un ojo?

Nuestro amigo levantó el zapato y, con uno de sus shuriken, extrajo los restos pegajosos que quedaban en él.

—¿Qué parte de no hacer ruido no has escuchado, Ryan? —resoplé antes de retomar la marcha.

En ese momento supe que sería un milagro si salíamos de esta con vida.

Tras subir las escaleras, encontramos una sala enorme donde había más de lo mismo, salvo por dos figuras encorvadas al fondo, en la oscuridad.

—¡Mierda! —maldije.

No nos habían oído llegar; estaban bastante entretenidas disputándose lo poco que quedaba del cadáver que yacía en el suelo. Sus cuerpos eran casi tan grandes como los de nuestros aliados, los lobos, pero estos eran de color del ónix y no tenían pelo. Parecían perros salidos del infierno. Esperaba estar equivocada y que, en el fondo, Hayden no tuviera razón.

Por el silencio de los demás, supe que se habían quedado tan sorprendidos como yo. Tenía que sacarlos a todos de allí. Si apenas estábamos preparados para hacerle frente a un Sangre Pura, mucho menos a eso.

—Dime que el vampiro puede cambiar de forma y que estoy viendo doble. —Ryan tragó saliva.

—Estos no son vampiros —susurré para que los perros no me oyeran. No sabía cuánto tiempo les duraría la comida—. Bajad sin hacer ruido. Tenemos que avisar a Hayden y a los lobos.

Descendimos apenas la mitad del tramo de escaleras cuando otro más apareció en la planta de abajo, acechándonos.

Ahora pude fijarme más en sus facciones: orejas puntiagudas, una mandíbula poderosa, llena de dientes que no dudaba que podrían pulverizar toda clase de huesos, y de la que colgaba una baba viscosa y desagradable. Sus ojos, redondos y rojos como la sangre, nos miraban como si fuéramos su próxima comida.

—¡Joder! —dijo Nick con la voz temblorosa—. No volveré a ver más pelis de zombis en mi vida.

—Salgamos primero de aquí y luego ya veremos —contestó Ryan, preparado con una daga en cada mano.

Ben, en cambio, comenzó a temblar. No podía culparlo: era una de sus primeras misiones fuera del castillo y le había tocado esto.

—No os mováis hasta que dé la señal. Haré de distracción mientras llegáis a la ventana…

Pero mis órdenes murieron en mis labios cuando Ben se adelantó y salió corriendo, aprovechando su velocidad de vampiro.

—¡Maldita sea!

Todo pasó muy rápido. El chico no llegó a tocar la pared cuando el perro lo partió en dos. El crujido de huesos desató el caos. Los otros dos engendros del infierno aparecieron en lo alto de la escalera.

Estábamos acorralados.

—¡Ahora! ¡Moveos! —grité mientras me colocaba a Artemisa en la cadera y saltaba hacia el cuerpo del perro que obstaculizaba la salida.

Impacté contra él y rodamos por el suelo hasta que me estampé contra la pared. No me dio tiempo a levantarme cuando ya lo tenía a apenas un metro. Sus dientes anunciaban una muerte dolorosa.

A mi alrededor volaban los shuriken de Nick, mientras Ryan utilizaba su telequinesis para lanzar objetos olvidados de la fábrica contra ellos.

Me puse en posición de ataque, pero al palpar mi cintura, Artemisa no se encontraba ahí. ¡Diablos! ¿Qué más nos podía pasar?

Entonces mi móvil empezó a sonar en el suelo, justo a los pies del perro. Mi bastón mágico no era lo único que se había

soltado con el impacto. En la pantalla aparecía el nombre de Cameron. ¡Siempre tan oportuno!

El sonido llamó la atención de la bestia, lo que me dio el tiempo justo para rodar hacia un lado y agarrar una barra de metal que se encontraba entre el polvo de un rincón. El animal trituró entre sus dientes mi iPhone de última generación.

¡Iba a matar a ese bicho! Ya tendría tiempo de llorar después.

Atrapé la barra justo antes de que su cuerpo se me echara encima. Sus uñas se clavaron en mis hombros, pero el metal impidió que fuera su siguiente bocado. Grité de dolor cuando las hundió aún más profundo; sin embargo, no podía dejar de hacer fuerza ni de agarrar el metal: lo tenía atravesado en la mandíbula de la bestia y me servía de escudo.

Tenía que llegar hasta Artemisa, la única arma capaz de hacerle algo de daño a esta cosa, o eso quería creer. Miré a mi alrededor mientras el caos estallaba y oía las maldiciones de mis compañeros, ocupados con los otros dos.

—¡Kress! —La voz inquieta de Ryan me llegó desde algún punto de la sala—. ¡Las armas no funcionan con estas cosas!

¡Artemisa! ¿Dónde diablos estás?, grité mentalmente, desesperada.

Como si me hubiera escuchado, se alzó del suelo y se impulsó hacia mí a gran velocidad. En el proceso cambió de forma, estirando su longitud. ¿Desde cuándo se movía sola? Dejaría las preguntas para más tarde.

Tenía dos segundos antes de soltar el escudo y que la bestia me clavara los dientes, así que me moví. Solté el metal y agarré a Artemisa cuando llegó hasta mí, hundiéndola con fuerza en la cabeza del animal.

De pronto, sin avisar, explotó en mil pedazos y el cuerpo cayó inerte con un ruido sordo a un lado. Me limpié los restos malolientes del rostro antes de evaluar la sala.

Miré a mi alrededor y atisbé a una de las bestias arrinconando a Nick, ahora desarmado. Sus shurikens estaban clavados en el cuerpo de la criatura como si fueran simples espinas. Antes de que

el animal le atacara, me impulsé por pura adrenalina y salté sobre él para hundir de nuevo a Artemisa en su cabeza.

La explosión se repitió como la anterior. De nuevo, mi rostro y mi ropa se llenaron de restos viscosos y pegajosos. Hice una mueca de repulsión antes de girarme hacia Ryan.

El Sangre Pura lo llevaba mejor gracias a su telequinesis. Tenía a la bestia atrapada entre cadenas que había encontrado tiradas por la fábrica; muy inteligente por su parte.

—Recuérdame cuando salgamos de esta que quiero una de esas armas mágicas —dijo Ryan, esperando a que acabara de una vez con la última criatura. El sudor perlaba su frente por el esfuerzo de ejercer su poder para mantenerla a raya.

—Para eso, una vieja bruja tendría que volver a la vida, y no creo que esa idea le haga mucha ilusión. —Sonreí, girando a Artemisa en mi mano y colocándome en posición de ataque frente al animal. Solo tendría que acercarme lo suficiente para asestar el golpe final.

Comencé a rodearlo, acechándolo, y el perro hizo lo mismo. Destensó la cadena y dejó de tirar. Era listo; me estaba retando a acercarme. Ahora yo era su oponente.

Me gruñó y enseñó los dientes. Yo dejé que mis caninos se alargaran y los mostré.

—¡Vamos, Kress! No creo que pueda aguantar mucho más. —exclamó Ryan.

Me moví rápido y me acerqué tanto como pude, pero no fue suficiente: sus dentelladas frenaron mi ataque, así que esperé el momento oportuno. No había sido igual que con las dos anteriores. Las había cogido desprevenidas; esta no sería tan fácil.

En el momento en que decidí atacar de nuevo, escuché a Ryan maldecir:

—¡Mierda, Kress! ¡Cuidado!

Las cadenas se soltaron y la criatura quedó libre. Antes de que pudiera reaccionar, la tenía encima. La sorpresa me invadió cuando vi su mandíbula tan cerca de mi rostro. Levanté a Artemisa para detener el golpe, pero antes de que los dientes llegaran a rozarme, una luz cegadora me obligó a cerrar los ojos por el dolor.

Después sentí algo salpicarme la cara. Las exclamaciones ahogadas de mis compañeros y, luego, el silencio, fueron lo único que me convenció de que volviera a abrirlos.

La punta de una daga luminosa brillaba donde segundos antes había estado la cabeza de la criatura. El cuerpo cayó hacia un lado, descomponiéndose, y por fin pude ver al dueño del arma.

Su cuerpo era grande y musculado, y unas alas cubiertas de plumas blancas se levantaban imponentes a su espalda. Su cabello era del color del trigo y sus ojos, una mezcla de azul y blanco, como el mar cubierto de espuma. Era como observar una estatua bella pero letal.

Su mandíbula cuadrada se tensó al mirarme, y su boca se contrajo en una mueca de desdén.

—¿Qué creéis que estáis haciendo, hijos del infierno? —Su voz sonó grave y poderosa.

Por fin salí de mi trance.

—¿Acabas de llamarme hija del infierno? —Mi tono salió más molesto de lo que pretendía. Levanté el labio con hastío—. No vuelvas a compararme con esas cosas del demonio o te arrancaré las plumas para hacerme una bufanda.

Las exclamaciones ahogadas de mis compañeros no me detuvieron. Levanté a Artemisa y me puse en posición de defensa.

El tío ni se inmutó. Bajó las dagas y las guardó en un cinturón de combate que llevaba en las caderas. Luego se cruzó de brazos con una tranquilidad arrolladora. Estrechó los ojos al mirarme; por lo visto, no me consideraba una rival digna.

—No deberíais meteros en asuntos que no os conciernen. —Comenzó a dar vueltas, evaluando a las criaturas que había matado —. Esto os queda demasiado grande.

—Que yo sepa, no he pedido tu opinión. Esta es nuestra ciudad. Vosotros sois los que sobráis en nuestro mundo.

—Kress, ¿no crees que es hora de que nos vayamos? —Ryan tragó saliva. Ni él ni Nick se habían movido del sitio desde que apareció el ángel.

—¿En este mundo? —Soltó una carcajada cargada de ironía mientras seguía inspeccionando el lugar—. Tiene gracia, porque

somos nosotros los que venimos a limpiar la mierda que dejáis a vuestro alrededor. Gracias a una chica de tu mundo, como tú lo llamas, ahora está más podrido que antes, si eso era posible.

No tenía ninguna duda de que se refería a la pelirroja.

—¿Por eso intentasteis matarla? —escupí las palabras con rabia—. Me parece que los humanos os tienen demasiado altos en sus pedestales. Ángeles de la paz que solo hacen el bien… No me pareció eso cuando le clavaron a una inocente una espada en el estómago.

Me parecía un poco hipócrita la forma en que se creía mejor que los del otro lado. ¿Dónde empezaba y terminaba para ellos la línea del bien y el mal?

Él se volvió, molesto por mis palabras.

—Mi padre no dio esa orden. Uno de mis hermanos la vio como una amenaza y actuó. Aunque, si por mí fuera, esa chica habría dejado de respirar hace tiempo. Gracias a ella, la puerta del infierno se ha debilitado. Por no hablar de las múltiples brechas que ha abierto en el mundo… agujeros por donde cualquier demonio puede pasar sin que lo detectemos.

Me quedé lívida con la información. Y yo que creía que el gran problema era solo la sucesión de poder… Todo esto se estaba desmadrando. Se me ponía la piel de gallina solo de pensar en ver más cosas repulsivas como aquellas.

De pronto, el ángel se quedó observando a Artemisa. En dos zancadas se puso frente a mí para inspeccionarla más de cerca.

—¿De dónde has sacado eso? —me preguntó, con una mezcla de sorpresa y desconfianza.

—Eso tiene nombre. No creo que le guste que la llames de una manera tan despectiva. Y de dónde la haya sacado no es asunto tuyo. —Al ver que el rubio no era ninguna amenaza, di dos pequeños golpes en el extremo de Artemisa y esta volvió a su forma más corta. Luego la guardé en mi cadera.

—No deberías poder usar un arma angelical. —De un momento a otro, su arrogancia se transformó en enfado. Creí no haberlo oído bien.

—Pues Artemisa no creo que tenga ningún problema con eso. —Levanté la barbilla, desafiante. Él estrechó los ojos.

Pensé que la conversación ya estaba durando demasiado. Tenía información de sobra para poner a Hayden al corriente de lo que estaba pasando. Además, necesitaba hablar con Veca, la nieta de Sagara. Quizá ella sabía algo sobre Artemisa. ¿Por qué a la vieja se le habría ocurrido darme un arma que pertenecía a los ángeles? Ahora podía entender un poco de su poder y por qué parecía pensar por sí misma. Pertenecía a un plano bastante superior al nuestro.

Rodeé al ángel para salir de allí.

—Vamos, chicos, es hora de irnos —ordené.

El suspiro de alivio de ambos casi me hizo reír. Pero la voz del ángel me detuvo.

—Dile a tu amiga que se mantenga alejada de nosotros y no cree más problemas —amenazó.

Lo miré con los brazos cruzados y las cejas alzadas.

—¿Algo más? —Su arrogancia me resultaba estresante.

—Deja esa arma donde la encontraste. Es una ofensa para nosotros que alguien como tú la utilice.

¿Alguien como yo?

—Gracias por el consejo, pero la verdad es que no me importa ni una mierda lo que penséis. —Le guiñé un ojo y salí de ese sitio lleno de olor a descomposición.

—Estás loca, Kress. Creí que ese tío iba a matarnos.

Ryan suspiró, más tranquilo, mientras volvíamos al coche. Fue un alivio que siguiera lloviendo; el agua arrastraba algunos restos de mi ropa y mi cabello.

—Daos prisa, esta loca necesita un baño urgente.

Palpé el bolsillo de mis pantalones buscando el móvil, hasta que recordé que ya no lo tenía. Mi mala leche se intensificó. Necesitaba llegar al castillo cuanto antes y contactar con Hayden. Todo había cambiado desde la luna de sangre, tanto que se avecinaban días muy oscuros para todos.

CAPÍTULO 11

Amber

Mi visita al bosque había sido más breve de lo que pensaba. Teníamos que volver al castillo cuanto antes, así que me despedí de mi familia con pesar. Kress no aparecía y Cameron había descubierto algo que quería enseñarnos. No nos diría nada hasta que llegáramos.

Leus tenía razón. ¿Cómo podía estar tan ciega? La gente a mi alrededor ya afrontaba demasiados problemas como para que yo me encerrara en mi habitación e ignorara todo lo demás. Ya era hora de tomar el control de mi vida y dejar de llorar por las esquinas como una mártir. Ya no era una humana indefensa. Era poderosa; solo tenía que aprender a controlarlo.

¿Cuántas veces pedí que el sello se rompiera para poder proteger a los míos? Ahora tenía las habilidades para hacerlo y no iba a quedarme de brazos cruzados.

Esta vez, durante el regreso, disfruté más de las luces de la ciudad mientras me convencía de todo lo que tenía que hacer a partir de ahora. El trayecto en coche fue muy diferente entre nosotros. Después de abrir nuestro corazón y exponer nuestros sentimientos, nos habíamos quitado un gran peso de encima. Sentía el cuerpo más liviano y una paz indescriptible inundaba cada parte de mí.

Hayden miraba la carretera en silencio, mientras yo recorría sus rasgos y me preguntaba qué tan mal lo había pasado al saber que no lo recordaba, al tratarlo como a un desconocido. Una de sus manos agarraba el volante mientras la otra se deslizó despacio hasta buscar la mía y estrecharla con dulzura. La apoyó sobre mi pierna y

así recorrimos el camino hasta el castillo, cogidos de la mano, como si nada ni nadie pudiera separarnos a partir de ese momento.

¿Cómo podía un simple gesto hacerme tan feliz?

Después de traspasar el gran portón de las tierras de mi abuelo, recorrimos el sendero hasta llegar al castillo. Una figura, algo apartada de los guardias, nos aguardaba en la entrada. Ray se acercó al coche en dos zancadas cuando este se detuvo. Me abrió la puerta y esperó a que saliera.

Sus manos se apoyaron en mis mejillas con suavidad, como si fuera de cristal y pudiese romperme en cualquier momento. Me miró a los ojos y en ellos pude ver el cansancio y la guerra interna que se gestaba en su interior. Las ojeras marcadas y el ceño fruncido me indicaban que estaba bastante preocupado.

—¿Estás bien? —susurró con miedo.

Asentí, disfrutando del calor de sus manos y del amor que mi familia me profesaba.

—Te veo dentro. —Escuché la voz de Hayden mientras Ray me estrechaba entre sus brazos.

No esperó respuesta. Se introdujo en el castillo a la vez que mi hermanastro rompía el abrazo y volvía a mirarme.

—¿Has podido hablar con ellas? —Sabía a quiénes se refería.

—Me han dicho lo que necesitaba escuchar. —Sonreí con nostalgia.

—Bien. A veces pueden llegar a ser bastante convincentes. —Ray soltó una pequeña carcajada y yo hice lo mismo porque sabía que tenía toda la razón—. Nunca vuelvas a perder tu sonrisa, Am. Es algo que nos ayuda a los demás a ver lo bueno de las cosas, aunque a veces estén demasiado jodidas.

—Intentaré no hacerlo —prometí.

—Con eso me vale. —Me acarició el cabello con cariño—. Deberíamos entrar ya. Me sorprende que el vampiro no haya aparecido para meternos prisa.

Me tomó de la mano y tiró de mí hacia la entrada, pero lo detuve cuando una duda asaltó mi mente.

—¿Lo sabías? ¿Sabías quién era él para mí? —pregunté en un susurro.

Asintió, avergonzado.

—¿Desde cuándo?

—Hace años. Desde la primera vez que lo sorprendí en el bosque, observándote a escondidas.

Su respuesta me dejó confusa. ¿Hayden había ido a buscarme antes?

Me quedó claro que no lo hacía por Marcus. Solo tuve que sumar dos más dos para atar cabos.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Mi pregunta no era un reproche. Solo intentaba entender todo lo que había pasado a mi alrededor. Quería respuestas.

Ray suspiró antes de contestar.

—Al principio intenté convencerme de que era para mantenerte a salvo, Am. Pero luego… —Se apartó el cabello de la cara, nervioso—. Soy un egoísta, lo reconozco. Tenía miedo de perderte. De que eligieras quedarte a su lado.

Hizo una pausa y rio con ironía.

—Tiene gracia, ¿verdad? Al final he sido yo quien te ha apartado.

—No lo has hecho, Ray. Ya hablamos de eso. Somos familia; siempre estaremos unidos.

Agarré su mano.

—Lo sé, pero no de la manera en que deseaba. —Uno de sus dedos acarició el dorso de la mía—. Solo necesito tiempo para mirarte de otra forma, Am. Espero que puedas comprenderlo.

—Y lo harás, Ray. Megan te quiere y es una chica estupenda. Sé que serás feliz a su lado.

—Lo habrías elegido a él, ¿verdad? —me cortó—. Si hubieras tenido elección, ¿lo habrías hecho?

¿Cómo podía responderle sin hacerle daño?

—Yo ya sé la respuesta, Am. Lo supe mucho antes que tú. Solo necesito escucharlo de tus labios para poder seguir adelante sin remordimientos. O para dejar de pensar en un quizá que jamás habría sucedido. Respóndeme con sinceridad. ¿Lo habrías elegido a él? —Me sujetó de la barbilla e hizo que lo mirara.

Entendí las razones de Ray. Y, aunque supe que le haría daño, decidí darle lo que necesitaba.

—Lo habría hecho.

Me sinceré con él y conmigo misma, porque siempre elegiría a Hayden por encima de todo, aunque al principio no supiera reconocerlo.

—Gracias por ser sincera. Ahora puedo seguir adelante y, aunque me cueste decirlo, sé que te dejo en buenas manos.

Ray volvió a abrazarme y, juntos, de la mano, entramos en el castillo.

◆ ◆ ◆

El golpe del portátil al caer sobre el escritorio me puso aún más nerviosa. Cameron quería enseñarnos algo y sabía, muy dentro de mí, que no nos iba a gustar.

Cuando Ray y yo entramos en el despacho, todos estaban esperando: Hayden, Esther, el pequeño Leus, Dash, Logan, Dana, y el hermano y el padre de esta, Aaron y Thomas. Incluso ellos habían acudido a la reunión. Solo nos llevó unos cuantos minutos saludarnos antes de que Cameron nos interrumpiera con aquel caso urgente. Debía ser muy importante para que la desaparición de Kress quedara en un segundo plano.

Colocó la pantalla del portátil frente a todos.

—No vais a creer lo que he encontrado —dijo mientras trasteaba con su móvil para conectarlo—. Son imágenes sacadas de las redes sociales. Los humanos las subieron y, por suerte, pude descargarlas antes de que el Estado las borrara de inmediato de internet.

De un momento a otro, el vídeo empezó a reproducirse y la sala quedó en silencio. Los gritos de la gente corriendo ocupaban todo el espacio mientras observábamos la pantalla, horrorizados.

—¿Qué diablos está pasando? —La voz de Logan sonó tras de mí.

En la imagen, una guerra se desataba en el cielo. Las figuras no se distinguían con claridad debido a la distancia y a la rapidez con la que se movían; sin embargo, sí se podía apreciar cuáles eran los dos bandos. Puntos blancos y negros que chocaban entre sí. El cielo parecía una partida de ajedrez. Luz contra oscuridad.

—Esto ha sucedido en Roma —nos informó Cameron mientras detenía el video y reproducía otro—. Esto es España.

Esta vez en la imagen podían apreciarse unas grandes alas emplumadas de color blanco. El chico del vídeo hablaba en español, pero pude reconocer la palabra ángel.

Cameron nos mostró varias imágenes y clips de distintos puntos del mundo.

—¿Cómo ha podido pasar esto? —soltó Dana, horrorizada—. Los humanos jamás deberían enterarse de la existencia de ninguno de nosotros.

—Por suerte, solo unos pocos lo han presenciado —recalcó Cameron.

—Quizá escaparon la noche de la luna de sangre —intervino Dash.

—Eso es imposible. —Esta vez fue Logan quien habló, llevándose los dedos a la barbilla—. Solo los de la primera grabación ya eran más de la mitad de los que se presentaron cuando Amber abrió el portal. Tampoco sabemos si son los mismos demonios.

—Entonces, ¿por qué hay tantos y en varios lugares a la vez? —pregunté, todavía en shock. Me costaba asimilar que ángeles y demonios estuvieran pululando por nuestro mundo.

—Pero eso no es todo —intervino Cameron—. He estado investigando y hay algo raro en todo este asunto. Ha habido saqueos en iglesias y templos, aunque no se sabe por quién ni por qué. Han dejado suelos y paredes destruidos, pero no se han llevado nada. Es como si estuvieran buscando algo que aún no han encontrado. ¿Y sabéis qué es lo que me trae de cabeza? Que todos se han producido al mismo tiempo y en los mismos países donde se ha visto a los demonios. ¿Y si solo son una distracción para algo más grande?

Su comentario me puso la piel de gallina.

A mi alrededor, las voces de los presentes se entremezclaban intentando dar sentido a la situación, pero todos callamos de golpe cuando el sonido de la puerta al abrirse captó nuestra atención.

Kress apareció en el despacho acompañada de dos cazadores y, aunque me alegró saber que estaba bien, esa emoción fue reemplazada por unas ganas inmensas de vomitar. De su cuerpo emanaba un olor fuerte y desagradable. No fui la única en la habitación que tuvo arcadas.

—¿Dónde cojones estabas? Llevo una hora llamando a tu móvil y me sale apaga… —Cameron arrugó la nariz y se cubrió la mitad de su rostro—. ¿Y qué diablos es ese olor? ¡Huele peor que una mofeta!

—Gracias por recordarme lo que ya sabía, pero creo que es evidente que he estado bastante ocupada —soltó la vampira con desdén.

—¿Podemos ir al grano de una vez? —Hayden suspiró y se apretó el puente de la nariz.

Entonces, Kress y los dos cazadores nos relataron todo lo que habían averiguado, algo directamente relacionado con los vídeos que Cameron había descubierto.

Todos nos quedamos atónitos. Aún intentaba procesar que esas fisuras en el mundo habían sido causadas por mí.

—Tengo que arreglarlo —corté la conversación.

—Tú no tienes que arreglar nada, Am — saltó Dash, molesto —. Ya escuchaste que los ángeles no te quieren cerca del conflicto. Deja que ellos se encarguen y se pongan a trabajar. ¿Cuánto tiempo llevan vagueando en el cielo? ¿Milenios? Ni siquiera sabíamos que existían de verdad.

—La única que podría cerrar esas grietas es Amber, pero todavía no está preparada —dijo Esther tras un suspiro—. Puedo enseñarle a controlar su poder, aunque nos llevará algo de tiempo.— Yo he causado esto y lo arreglaré como sea. —Me levanté de mi asiento, decidida.

—No podremos hacer nada si los Sangre Pura y los mestizos estamos divididos. Creo que hay algo que solucionar antes —dijo Kress, centrando toda su atención en mí.

Se había quedado cerca de la puerta para no incomodar con el desagradable olor que desprendía.

Sabía a qué se refería, igual que los demás. La sucesión de poder.

—¿Amber? —preguntó Hayden.

Quería saber qué haría yo al respecto. Me estaba dando la oportunidad de elegir. Todos guardaron silencio, pendientes de mi respuesta.

—Organiza todo lo antes posible. Ocuparé el lugar de mi abuelo —respondí con determinación.

Un suspiro colectivo de alivio recorrió la sala. Hayden asintió. Me miraba con orgullo, y eso hizo que una sensación extraña revoloteara en mi pecho.

Ya no volvería a esconderme en mi habitación. Si había problemas, los afrontaría como los demás. Ya era hora de hacer arder esa pequeña llama que habitaba en mi interior.

—Pues, si está todo dicho, me voy a la ducha. No aguanto más este olor. —Kress arrugó la nariz, asqueada.

—¡Sí, por favor! Será un alivio para todos nosotros —dijo Cameron.

La vampira respondió alzando el dedo medio en su dirección antes de salir acompañada de los cazadores.

—Habla con Lory sobre tu vestido. Más tarde te informaré sobre el protocolo y de lo que se llevará a cabo durante la sucesión —dijo Hayden, dando por terminada la reunión.

Esperaba que no tuviera nada que ver con sacrificar algo vivo. Mi imaginación desbordante no tenía límites. De hecho, en mi mente ya empezaba a dibujarse un atuendo acorde con lo que quería transmitir. Los colores que llevaría para representar lo que era. Lo que siempre había sido.

CAPÍTULO 12

Contemplaba mi reflejo en el espejo mientras me daba fuerzas a mí misma. Lory se había marchado después de prepararme y darme ánimos, con la promesa de que todo saldría bien. Había arreglado con unas tijeras el desastre en mi cabello y luego lo había echado hacia atrás en un semirrecogido que quedaba mejor de lo que esperaba. Mis ojos verdes resaltaban ahora gracias a la sombra ahumada que tanto le gustaba. Quizá aquella oscuridad proyectaba una parte más de mí, una que no conocía y me daba miedo aceptar.

Observé mi rostro con detenimiento. Tras la luna de sangre, mis rasgos se habían vuelto más afilados, más maduros. No solo había cambiado por dentro; también lo había hecho por fuera. Volví a mirar mi vestido y sonreí con nostalgia.

—Lo siento, abuelo. Sé que te gustaría que representara a los Sangre Pura, pero esa no sería yo —susurré al espejo—. Quédate a mi lado solo esta noche, por favor. Dame un poco de tu fuerza, tu sabiduría y tu seguridad para que todo salga bien.

Algo se me instaló en la garganta, pero no iba a llorar. No volvería a romperme de nuevo. Una líder avanzaba sin mirar atrás y nunca retrocedía. Yo tenía que ser esa figura para ellos a partir de ahora.

—Te encanta saltarte el protocolo, ¿verdad?

La voz de Hayden irrumpió en mi habitación y casi hizo que se me saliera el corazón del pecho. Me giré hacia él... Sus ojos divertidos recorrían mi vestido.

—Creo que no soy la única.

Lo observé de pies a cabeza. Llevaba un esmoquin negro con camisa blanca; nada de rojo a la vista. Recordé la primera fiesta y en mi mente se formó su imagen, vestido completamente de blanco, con sus ojos claros y su cabello rubio. Pensé que parecía un ángel caído del cielo.

—¿Lista? —Su voz me devolvió al presente—. Todos están abajo.

—Te estaba esperando. ¿Podrías colocarme esto?

Abrí la palma de mi mano y le mostré el broche de estrella esmeralda que me había regalado. Se acercó en dos zancadas, hizo que me girara y me situó frente al espejo. Observé su reflejo mientras se concentraba en mi cabello. Sus dedos ágiles lo recorrieron con suavidad, ligeros como una pluma, hasta colocar el complemento.

Al cabo de unos segundos, sus ojos conectaron con los míos. Su mirada intensa me hizo ruborizar. Entonces sus dedos se deslizaron lentamente por mi clavícula desde atrás y su nariz acarició mi cuello mientras inhalaba mi aroma. Su tacto provocaba tantas cosas en mí que, a veces, era incapaz de pensar con claridad.

Levantó la vista, disfrutando de mi reacción. Luego me rodeó en silencio, como un animal acechando a su presa, a la misma vez que su dedo se deslizaba por mi piel expuesta. Por fin se colocó frente a mí. Sus manos descendieron por mis caderas con lentitud hasta mis muslos, buscando la abertura del vestido en una de mis piernas. Cuando sus dedos rozaron el interior, contuve el aliento.

Lo solté de golpe cuando Hayden se agachó ante mí y apoyó una rodilla en el suelo. De pronto imaginé una escena y abrí los ojos como platos. Puede que, en mi vida humana, hubiera visto demasiadas pelis de romance con Dana. El vampiro captó el cambio de expresión y arqueó las cejas.

—¿En qué estás pensando, pequeña diablilla? —comentó con picardía.

—¿Pequeña diablilla? ¿Es ese tu nuevo mote para mí? —Arrugué la nariz.

Su cuerpo tembló con una carcajada contenida. Luego me miró desde abajo mientras cogía mi pierna y la apoyaba sobre la suya, ahora flexionada. Sacó algo de detrás de su espalda y me lo entregó. Era la daga que me había regalado la noche de la luna de sangre. La giré entre mis dedos y observé las enredaderas talladas en el mango.

—¿Cómo…? —no pude terminar la pregunta.

Un sentimiento extraño me inundó. Creía haberla perdido para siempre, igual que tantas cosas aquella noche.

Hayden notó el cambio en mí y decidió cambiar de tema.

—Ahora que lo pienso, nuestro compromiso nunca se rompió. No aceptaste casarte con Connor, así que, según nuestras costumbres, sigo siendo tu prometido —dijo sin alzar la cabeza mientras colocaba el portadagas en mi muslo.

Por lo visto, aquel vampiro adivinaba demasiado bien mis pensamientos.

—Y ahora que lo recuerdo, nunca me lo pediste adecuadamente —recalqué.

—No fui yo quien escuchaba detrás de una puerta. Te adelantaste a mi propuesta —puntualizó.

Y tuve que guardar silencio, porque era cierto.

—Tenía ocho años —me defendí.

—Eras una niña demasiado lista para tu edad.

Me miró a los ojos y extendió la mano para que le devolviera la daga.

—Y tú siempre has tenido demasiado ego —contraataqué mientras se la entregaba para que pudiera colocarla en su lugar.

—En eso llevas razón, pero creo que ya tienes suficiente con todo lo que debes afrontar esta noche. No quiero darte más motivos para salir corriendo.

Su mueca divertida me arrancó una sonrisa. Estaba tan nerviosa…

Me dio dos toquecitos en el muslo antes de incorporarse.

—Ahora tú eres un arma más poderosa que la que llevas encima, pero creo que esto te hará sentir más tranquila y segura después de…

No terminó la frase. Su mandíbula se tensó y supe a qué se refería.

—Tú no tienes la culpa, Hayden. Nadie imaginó lo que tramaba Adam. Ni siquiera Connor, su hijo, sabía lo que le ocurriría a mi abuelo.

—Nunca debí dejaros solos. —Una guerra de emociones se desataba en sus ojos—. Creí que me volvería loco si no te encontraba.

Posó una mano en mi mejilla y levanté la mía para cubrirla. Por fin, Hayden empezaba a abrirse poco a poco a mí.

—Ahora estoy aquí. No voy a irme a ningún sitio —aseguré.

—Ni yo volveré a perderte de vista. Nunca más —juró.

—Nunca más —repetí.

Sabía a qué se refería. No solo hablaba de aquella noche, sino de todo el tiempo que habíamos estado separados desde que nos conocimos. Desde que me hicieron olvidarlo.

Ahora sabía a quién se refería Sagara. La mente olvida, pero el alma nunca lo hace. En aquel momento no supe comprenderlo, pero su frase tenía mucho sentido…

◆ ◆ ◆

La música clásica, como en casi todas las fiestas a las que había asistido, penetró en mis oídos. Una melodía de piano acompañada por un violín logró aplacar un poco mis nervios.

—¿Preparada? —preguntó Hayden antes de entrar en el salón.

Asentí y cuadré los hombros. Levanté el mentón y me preparé para ser alguien que mereciera el poder que me había cedido mi abuelo. Él creía en mí y yo tendría que empezar a hacerlo.

Me agarré al brazo de Hayden y comencé a descender las escaleras. Las lentejuelas de mi vestido negro resaltaban bajo la luz de la sala como si fueran estrellas. El símbolo de los brujos era una forma de honrar a mi padre y todo lo que había dado por mí. El

vestido se ceñía a mi cuerpo desde un escote asimétrico, con un hombro al descubierto, hasta caer a mis pies en un corte sirena. Bordados de enredaderas y hojas en tonos esmeralda recorrían la tela, recordándome de dónde venía: el bosque, la naturaleza, los lobos. Ellos eran importantes para mí y siempre serían mi familia y mi lugar de refugio.

Por último y para completar el conjunto y todo lo que representaba, una capa de satén nacía de mi cintura y se deslizaba tras de mí por los escalones como un manto rojo sangre. La misma sangre que mi abuelo había derramado en aquel suelo para proteger todo aquello en lo que él creía.

La melodía cesó a la vez que la multitud observaba expectante mi aparición. Jamás había visto a tanta gente reunida. Todos guardaron silencio y abrieron un pasillo que atravesaba la sala hasta el exterior. Hayden me soltó y siguió mis pasos a medida que avanzaba.

Reconocí a muchos de los presentes. Los Sangre Pura, vestidos de rojo o con alguna prenda que los representara; y al otro lado los mestizos, muchos más de los que nunca me habría llegado a imaginar.

Al salir al exterior, la noche me dio la bienvenida. El jardín estaba cubierto de pequeñas luces que flotaban en el entorno como luciérnagas. Miré el final del pasillo de personas que me observaban y comprendí que aquello no era una celebración cualquiera. Un estrado elevado aguardaba al fondo. No sabía cuándo ni cómo lo habían preparado; era como presenciar magia a mi alrededor.

Sobre la tarima nos esperaba Elijah, uno de los Sangre Pura más antiguos y amigo de mi abuelo. Intenté respirar con calma, procurando que no se notara lo nerviosa que estaba. Miles de ojos observaban mi reacción y, aunque quería ser fuerte, una pequeña parte de mí deseaba salir corriendo, tal y como Hayden había dejado caer minutos antes.

Me recogí el vestido y subí los pequeños escalones que conducían a la tarima. Saludé al anciano vampiro y miré a mi alrededor. Mi vista abarcaba el jardín al completo, lo que me hizo percatarme de quiénes se encontraban allí.

Los lobos. No solo mi familia, sino gran parte de los alfas que había conocido, miraban en mi dirección. Seguí recorriendo el espacio y un contraste de colores llamó mi atención. Una marea de capas negras salpicadas de estrellas ocupaba un rincón apartado. Veca, la nieta de Sagara, encabezaba a los demás brujos. Cuando nuestras miradas conectaron, asintió en señal de apoyo. Le devolví el gesto y me volví hacia Elijah, quien ya había comenzado a hablar.

—Bienvenidos a este día tan importante. La sucesión de poder. El final de un ciclo y el comienzo de otro…

CAPÍTULO 13

—Bienvenidos a este día tan importante. La sucesión de poder. El final de un ciclo y el comienzo de otro.

Mientras el vampiro daba la bienvenida a los presentes, me fijé en sus expresiones. Algunos Sangre Pura observaban mi vestido con repulsión. No todos, pero sí aquellos demasiado arraigados a las antiguas costumbres que les habían inculcado. Los brujos, por el contrario, lo hacían con admiración. Y los lobos…

Mi mirada se perdió en la sonrisa de uno de ellos. Logan, mi padre adoptivo. En su rostro se reflejaba la satisfacción al verme llevar una esencia de su bosque, una parte de ellos que siempre estaría en mí.

Perdí el contacto visual con la multitud cuando Elijah se acercó a un pequeño altar improvisado tras nosotros. Parecía antiguo, como si al mirarlo relatara una historia. Su base era de bronce y las patas formaban molduras entrelazadas que creaban una estructura elegante. Sobre él descansaba una mano de acero que sostenía una daga y, a su lado, una copa del mismo material con dibujos tallados. Según el relato de Hayden, era sagrada. Todos los líderes de los linajes más antiguos y poderosos habían bebido de ella. Mi abuelo había sido el último en hacerlo.

—Todos lamentamos la pérdida de Marcus. Fue un buen líder que veló por la seguridad de la sociedad vampírica. Esta noche, su nieta Amber, única descendiente de los Dankworth, ocupará su lugar,

tal y como era su deseo. Honraremos su memoria por todo lo que dio por nosotros.

Las palabras de Elijah eran sinceras. Él había sido uno de los pocos en quienes mi abuelo confiaba.

Todos los presentes guardaron silencio por su antiguo líder. Aquello me hizo sentir orgullosa de quién había sido él.

—¡Ahora, comencemos! —anunció Elijah, girándose hacia mí.

Me recogí el vestido y me arrodillé de perfil a la multitud. Recordé cada detalle que Hayden me había explicado sobre la sucesión. Sabía lo que debía hacer, aunque esperaba no cometer ningún fallo y estar a la altura. El vampiro albino se encontraba tras de mí, atento por si algo se salía de lo normal.

—Yo, Elijah Townsend, ofrezco mi sangre en representación de los Sangre Pura.

El anciano se cortó la palma y derramó el líquido rojo en la copa.

Observé la sangre y tragué saliva. Ya no me parecía tan asquerosa como en el pasado. Cosas que suelen pasar: un día comes carne y al siguiente despiertas siendo vegetariana. Qué ironía.

Unos pasos subiendo a la tarima captaron mi atención. Kress se colocó frente a mí y Elijah le entregó la daga y el cáliz sagrado. Era su turno.

—Yo, Kress Bauer, ofrezco mi sangre en representación de los mestizos.

Al igual que el anciano, derramó la suya. La única diferencia fue que, antes de bajar del estrado, me guiñó un ojo. Muy propio de ella.

Elijah se acercó y me tendió el cáliz.

—Amber Dankworth, ¿juras ante todos los presentes que tomarás cada decisión en favor y en base a la seguridad de la sociedad vampírica?

Incliné la cabeza y observé el contenido antes de contestar. En cuanto vi la sangre, dejé de escuchar lo que me rodeaba. Por un segundo, solo oí mi respiración. A la vez, varias imágenes de la luna

de sangre irrumpieron en mi mente: el salón estaba cubierto de ella. Solo veía rojo, polvo y restos de comida esparcidos por el suelo.

—¿Amber? —La voz de Elijah sonó lejana, como si me hubieran sumergido bajo el océano.

Todo mi cuerpo temblaba, pero entonces un susurro me sacó del trance y sentí una mano posarse en mi hombro.

Estoy contigo, mi pequeña zanahoria.

Y entonces volví de nuevo en mí. Él había escuchado mis plegarias.

Tenía ganas de llorar, pero en su lugar pronuncié las palabras que todos esperaban:

—Lo juro.

Bebí hasta dejar la copa vacía.

—El juramento está hecho. Desde ahora y hasta el momento de tu muerte, te deberás a todos nosotros —finalizó.

Elijah tomó la copa, me tendió la mano para alzarme y, acto seguido, se arrodilló ante mí. No tuve tiempo de decir palabra alguna cuando volví a sentir la mano de mi abuelo posada en mi brazo, pero esta vez, empujándome a mirar a la multitud.

Cuando lo hice, dejé de respirar.

Poco a poco, todos los presentes comenzaron a inclinarse, como una hilera de fichas de dominó que caían una tras otra. Incluso Logan me miró con orgullo e hincó una rodilla, demostrando respeto. Los demás lobos lo siguieron. Las capas de los brujos se plegaron ante mí; era como mirar un cielo salpicado de estrellas.

Y entonces lo sentí. El nudo en mi garganta.

Porque todo lo que yo deseaba representar esa noche estaba frente a mí. Ambas razas, unidas. En un futuro que prometía tormentas.

—¡Suéltame!

Un grito rompió el silencio.

En cuestión de segundos, Hayden ya estaba a mi lado. La multitud se alzó de golpe por la intromisión y los lobos avanzaron hasta colocarse cerca del estrado para protegerlo.

Un Sangre Pura de la alta sociedad se hizo hueco entre la gente. Tras él, dos guardias arrastraban a dos mujeres. No las

reconocí hasta tenerlas frente a mí.

—¡Soltadnos! ¡Os arrepentiréis de esto! —gritó la más joven, intentando zafarse del guardia.

—¡Clarens! ¿Qué significa esto? —exigió Elijah.

Yo solo podía contemplar con horror las dos figuras que tenía delante; tan demacradas y diferentes a como las había conocido en el pasado. Kristel y Elena, la hermana y la madre de Connor. Ambas llevaban collares para anular las habilidades y las manos encadenadas. Por sus cabellos sucios y alborotados, se podía adivinar que habían estado encerradas en una celda.

—Traigo un regalo para Amber —anunció Clarens, hablando a todos los presentes—. Estas dos traidoras se escondían en la ciudad como ratas. Después de la luna de sangre, se esfumaron al saber que el plan de Adam había fracasado.

A nuestro alrededor se escucharon exclamaciones de sorpresa.

—¡Mientes! —gritó Kristel, fuera de sí—. Ya te dijimos lo que sucedió. Esto es una injusticia.

—Hacedla callar —ordenó Clarens.

Uno de los guardias le colocó una mordaza.

Un dolor se instaló en mi pecho al recordar las palabras de Adam cuando pregunté por su mujer: Ella vendrá más tarde, había dicho. Nunca pensé que Elena fuera esa clase de persona. Todavía me negaba a aceptarlo. Miré a la madre de Connor buscando explicaciones, pero ella solo lloraba sin parar.

—¿Es cierto, Elena? —susurré con pena.

—¡Claro que lo es! —sentenció Clarens—. ¿Por qué si no se esconderían después de la traición de Adam? Sabían lo que él tramaba desde un principio.

—No te he preguntado a ti.

Mi voz sonó firme y autoritaria. La gente dejó de cuchichear. Clarens apretó la mandíbula, pero no volvió a abrir la boca.

Miré a Elena de nuevo.

—¿Sabías lo que haría tu marido? ¿Sabías lo que le pasaría a… Marcus? —Me costó pronunciar el nombre de mi abuelo; las imágenes de su muerte invadieron mi mente.

—¡Juro que no lo sabíamos! Adam nos obligó a permanecer en casa. Dijo que era por nuestra seguridad, por si Gael decidía atacar el castillo. —Elena miraba al suelo con resignación, con la voz quebrada mientras contaba su versión—. Aseguró que se sentiría más tranquilo sabiendo que estábamos seguras. Nunca pensé que fuera capaz de hacer algo así. —Su voz se rompió.

Y entonces me di cuenta de que yo era la razón por la que él no volvería a su lado.

—Entonces, ¿por qué os escondíais? —quise saber.

Elena levantó la vista y me miró a los ojos.

—Alguien de confianza nos advirtió de lo que había hecho Adam. Sabía que esto pasaría; que nos declararían traidoras. No sé si Connor está vivo o muerto. Solo me queda mi hija. ¿Qué harías tú por proteger a tus seres queridos, Amber? Aún no eres madre, pero cuando lo seas, podrás entenderme.

En sus ojos había verdad. Y la entendí. Porque daría todo lo que tenía por mi familia. No era madre, pero la mía había entregado su vida para salvar la mía.

—¡Por favor, Amber! Castígame a mí, enciérrame en una celda hasta que muera. Yo pagaré por lo que hizo Adam, pero deja ir a mi hija.

Elena se tiró al suelo, suplicando por Kristel mientras esta lloraba en silencio, intentando llegar hasta su madre. Negaba con la cabeza, como si no estuviera de acuerdo con su petición.

No pude soportarlo más. Ver esa escena fue demasiado para mí.

—¡Quitadles el collar y las cadenas! —ordené a los guardias.

—¿Pero qué…? No puedes hacer eso. ¡Están mintiendo! —rugió Clarens, rojo por la ira.

Cuando ambas estuvieron libres de ataduras, Kristel corrió a abrazar a su madre.

—¿Tienes pruebas? —Tensé la mandíbula y, por un momento, creí que mis dientes se romperían.

—¿Qué más pruebas se necesitan? —soltó el vampiro, chulesco—. Deberían pagar por lo que hicieron Adam y su hijo. —Me sostuvo la mirada, desafiante.

Hice un esfuerzo por respirar con calma y no lanzarle la copa a la cabeza. Eso no habría quedado demasiado bien en mi nuevo papel.

—¿Has capturado, encerrado y maniatado a dos de los tuyos sin ni siquiera escucharlos? ¿Sin pruebas de que mienten? —pregunté, observando a todos los presentes—. ¿Acaso somos culpables de lo que hagan otros? ¿Merecemos ser castigados por algo que no hemos cometido? Eso me parece demasiado injusto. Todos deberíamos tener el derecho a defendernos.

Apreté los puños con rabia e indignación.

Ellas no habían tenido siquiera la oportunidad de explicarse. ¿Qué clase de monstruos aceptarían algo así?

—Llevadlas al interior del castillo y que Lory les dé todo lo que necesiten —ordené a los guardias, que se pusieron en marcha al instante.

Clarens miró a la multitud y comenzó a reír, como si se hubiera vuelto loco.

—¿Os dais cuenta? Es el principio de una sociedad débil. Esto es lo que nos espera a partir de ahora.

Por el rabillo del ojo vi cómo Ray daba un paso hacia delante, pero antes de que avanzara hacia el vampiro, Logan lo detuvo. De pronto se escuchó una voz fría y despiadada.

—Tienes la lengua demasiado suelta.

Los ojos de Hayden se volvieron rojos como rubíes y entonces comenzaron los gritos. Clarens empezó a echar humo por la boca. Los demás vampiros observaban con miedo y horror lo que se desarrollaba ante sus ojos.

—Arrodíllate ante tu nueva líder —ordenó Hayden, fuera de sí.

El Sangre Pura seguía gritando de dolor.

—Hayden —llamé su atención para que se detuviera, pero estaba demasiado concentrado en torturarlo. Según la ley de la sociedad vampírica, se podía encerrar a un Sangre Pura, pero jamás acabar con su vida o, en este caso, mutilarlo.

—¿Tengo que ayudarte a hacerlo? —añadió antes de quebrarle las rodillas, haciéndolo caer al suelo.

—¡Ya basta! —grité.

Hayden por fin se detuvo y sus ojos volvieron a ser verdes de nuevo. Nos miramos y su expresión de incertidumbre hizo que algo ardiera dentro de mí. Lo más retorcido era que pensaba que no había hecho nada malo.

Por un momento temí que mis poderes se descontrolaran. Llevaba intentando calmarme desde que Clarens apareció con Kristel y Elena. Si no hubiera sido así, quizá una tormenta eléctrica nos habría hecho una visita. Estaba llegando a mi límite.

Aparté la mirada del vampiro bipolar, agarré mi vestido y bajé las pequeñas escaleras del estrado. Casi sin darme cuenta, ya había recorrido casi la mitad del pasillo a paso ligero, con cientos de ojos observándome.

CAPÍTULO 14

Kress

La pelirroja se esfumó como el humo tras la sucesión de poder. En el momento en que Hayden desató su poder, nadie se atrevió a abrir la boca. Clarens seguía arrodillado y llorando de dolor mientras sus piernas quebradas se reconstruían. La lengua, sin embargo, ya era otra cosa.

Frente a cientos de ojos, Hayden bajó del estrado y caminó lentamente hasta agacharse frente al vampiro Sangre Pura. Le agarró de la barbilla e hizo que lo mirara.

—Da las gracias a tu nueva líder de que aún sigas respirando. Vuelve a cometer otra imprudencia y no seré tan amable —susurró lo suficientemente fuerte como para que los demás vampiros lo escucharan.

Después lo soltó y se alzó, mirando a la multitud.

—Podéis continuar.

La música comenzó a sonar de nuevo y los presentes se esparcieron por todo el jardín. Los guardias se llevaron a Clarens fuera de la fiesta y Hayden habló de algo con Cameron para después perderse en el interior del castillo. Supuse que iría tras ella. Me reí al pensar en el panorama que se desarrollaría ahí dentro. Miré el cielo despejado y lleno de estrellas, intentando disfrutar de las vistas todo lo que pudiera antes de que la tormenta apareciera.

Me llevé la copa a los labios y le di un sorbo. Aunque la sangre era de bolsa, se podría decir que era bastante pasable.

—Y yo que creía que estas disputas solo se desarrollaban en los aquelarres. —Una voz suave y delicada me llegó desde atrás.

No hizo falta girarme. Esther se colocó a mi lado, observando cómo transcurría la noche.

—Siempre habrá guerra donde haya poder. Lo difícil es mantenerlo —respondí, pensativa.

Dana no dejaba de mirar en nuestra dirección. Lo hacía de un modo muy sutil, pero nada escapaba a mis ojos.

—Veo que Hayden tiene eso bastante controlado. Aunque creo que Amber ha hecho algo imposible casi sin darse cuenta: unir a tres razas enemigas. Esto jamás se había visto —manifestó Esther mientras sus ojos también se dirigían al lugar donde se encontraba la rubia.

—¿Qué pasa con vosotras dos? ¿Riña de enamoradas? —Una sonrisilla tiró de mis labios.

—Nosotras somos amigas —contestó nerviosa.

—Ya. ¿Crees que hay alguien que os haya visto juntas y se crea eso? —Volví a dar un sorbo a mi copa.

—¿Y te parecería mal si fuese así? —preguntó con voz fría.

—Me parece mal que intentes ocultarlo. Creo que en la época en la que estamos ya debería ser algo normal —solté lo que pensaba.

¿A quién le importaba con quién se acostara cada uno y lo que hiciera con su cuerpo? Somos libres de amar a quien queramos. Nadie puede decidir eso por nosotros.

—Pues díselo a Dana. Parece que ella piensa otra cosa. —Suspiró y bebió un trago de su champán.

—Creo que el asunto de Dana es diferente. Los lobos aún viven en la Edad de Piedra. —Me reí, y Esther me acompañó—. Dale tiempo para que pueda explicarse. Debe de ser difícil para ella —aconsejé a la bruja.

Cuando Esther iba a abrir la boca, una voz a nuestra espalda la interrumpió.

—¿Querías hablar conmigo?

Me giré y encontré a Veca, la nieta de Sagara, junto a varios brujos de su aquelarre tras ella.

—Hayden me dijo que era urgente. ¿De qué se trata? —preguntó curiosa. Sus ojos verdes y penetrantes indagaron en los

míos, buscando una respuesta.

—Es algo que deberíamos hablar en privado —le indiqué, mirando a nuestro alrededor tras desviar la vista de su clavícula, donde un gran tatuaje se extendía hasta el pecho. Siempre había tenido curiosidad por saber su significado.

—Entiendo —asintió.

Luego se volvió hacia su hermano menor, que se encontraba junto a los demás brujos, e hizo un gesto de advertencia.

—No tardaré. Intenta no meterte en problemas, ¿quieres?

Oliver resopló y Veca desvió la vista hacia una bruja de piel oscura y al famoso mastodonte, como lo había apodado Hayden. Creo que se llamaba Milo en realidad. Lo miré con hastío. No me caía bien, o quizá se debía a que todavía recordaba cómo me había lanzado contra una estantería el día en que murió Sagara.

—Mantenlo lo más alejado posible de los lobos. No quiero volver a tener que pedir disculpas por una de sus cagadas —le ordenó.

Me gustaba Veca. Tenía que tenerlos bien puestos para lidiar con todo un aquelarre y su alocado hermano. El hastío que este último sentía hacia los lobos se podía advertir con tan solo ver de qué forma los observaba.

Caminé hacia el interior del castillo y la bruja siguió mis pasos en silencio. Recorrí los pasillos hasta llegar a la puerta de la biblioteca; pensaba que sería el sitio idóneo para hablar de este tema. Me detuve antes de entrar y escuché a mi alrededor.

—¿Qué ocurre? —Veca se colocó a mi lado, extrañada.

—Nada. Pensaba que habría tormenta —contesté con una sonrisilla. Quizá a Hayden no le había ido tan mal.

Entramos en la gran sala. Miles de libros nos rodeaban, dispuestos en estanterías que ocupaban desde el suelo hasta el techo. Sabía que estaría vacía; solo Connor solía pasar tiempo aquí, tanto que se había convertido en su propio refugio. Como no nos llevábamos bien a causa de su aversión por los mestizos, yo entraba lo menos posible.

Llevé a Veca hacia una de las mesas de madera antigua del centro y la invité a sentarse. Me puse frente a ella y deslicé mi mano

hacia la cadera.

—¿De dónde demonios sacó tu abuela un arma angelical?

Dejé caer a Artemisa en la mesa, lo que provocó un ruido sordo que retumbó en el silencio. Veca se quedó mirando el bastón en su forma más corta.

—¿Un arma angelical? ¿De dónde has sacado eso? —La bruja rio, creyendo que le estaba gastando una broma.

Al ver que yo no la seguía, cambió su expresión.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio. —afirmé. Agarré a Artemisa y la giré en mi mano—. El mismo ángel con el que tuve un pequeño encuentro me lo dijo: para ellos, esto es un arma sagrada. Incluso se mostró molesto e intrigado. Según pude entender, no podría utilizarla como lo hago yo… a no ser que fuera uno de ellos.

—Artemisa fue creada por mi abuela desde cero. Es imposible que perteneciera a uno de esos seres en el pasado. Yo misma vi cómo trabajaba en ella. Tenía el don de conectarse con otros planos. A veces los espíritus le pedían cosas. Ese bastón fue uno de sus encargos.

La respuesta de Veca me descolocó.

—¿Puede que ese ángel estuviera equivocado?

Me mordí el metal que llevaba en el labio inferior. Era habitual que lo hiciera cuando estaba nerviosa.

—¿Y por qué me lo dio a mí? ¿A una simple mestiza? —Era una de las cosas que no entendía.

—Si quieres conocer mi opinión, aún sigo preguntándome eso. Nunca me he metido en las decisiones de mi abuela. Ella sabía por qué hacía las cosas. —Veca se quedó pensativa.

—¿Las armas mágicas que creáis tienen conciencia? ¿Pensamiento propio? —Intenté descifrar otro enigma que envolvía a mi bastón.

—¿Como si estuvieran vivas? —preguntó, y yo asentí—. No. Las armas que hechizamos solo poseen magia, como los collares que roban habilidades, pero no son más que materia. ¿Piensas que Artemisa podría ser diferente?

—No lo pienso, lo sé. Incluso puede escuchar mis pensamientos. Sagara dijo que me eligió. Hasta el encuentro con los demonios no supe a qué se refería.

Me eché hacia atrás algunos rizos que tenía sobre la frente. Estaba frustrada. Pensé que Veca podría darme respuestas, pero me equivoqué.

—Eso es un poco… ¿raro? —Ahora su expresión era la de quien mira a una chiflada a la que se le ha ido la olla.

—Voy a probar algo.

Volví a soltar el bastón en la mesa y me separé varios metros. La bruja me observaba intrigada.

—¡Artemisa! ¡Ven a mí! —grité mirando la vara de metal, pero no se movió ni un centímetro.

La cara de Veca era todo un poema. ¡Demonios! Por culpa de Artemisa estaba quedando como una completa pirada.

Una risa, proveniente de uno de los rincones de la biblioteca, me descolocó.

—Si dejaras de llamarla como a un perro, quizá te haría caso.

Leus emergió de la oscuridad. Veca abrió los ojos, tan sorprendida como yo. Ambas creíamos que estábamos solas. Ni siquiera lo habíamos detectado cerca.

—¡Ey, mocoso! ¿Nunca te han dicho que no se escuchan conversaciones ajenas? —Levanté las cejas.

—Yo llegué antes. Estaba leyendo en ese rincón de ahí cuando interrumpiste mi lectura —rebatió con calma.

—Deberías estar con Esther en la celebración —le reproché.

—Creo que el momento en el que el vampiro se vuelve loco y le fríe la lengua a otro no es algo que quisiera ver, gracias.

La forma de hablar del crío a veces me descolocaba un poco.

—¿Y tú cómo sabes eso? ¿No se supone que estabas aquí? —Me crucé de brazos, molesta.

—Yo sí, pero a ellos les ha parecido bastante gracioso. —Miró a su alrededor, aburrido.

—¿A ellos? —pregunté sin entender.

—Y ahora dicen que dejes de tratar a tu bastón como a un animal tonto y lo hagas con respeto. Quizá así decida apiadarse de ti

y no dejarte como una idiota delante de ella. —Apuntó a Veca con un dedo.

Esta se echó a reír mientras yo resoplaba.

—¿Hablas con los espíritus igual que mi abuela? —preguntó la bruja con curiosidad.

—Ellos me hablan a mí. A veces pueden llegar a ser algo molestos. —El chico suspiró, cansado.

—¿Puedes escuchar a Artemisa? —pregunté. Ya no tenía nada que perder. Por lo visto, el chico tenía dones que desconocía.

—Yo no, aunque ellos sí. Pídele lo que quieras, pero sé amable.

Se cruzó de brazos, esperando.

Veca me miró de nuevo, pendiente de ver qué pasaba si hacía lo que Leus me decía; aún no se creía que el bastón pensara por sí mismo. Suspiré y me centré en el arma.

—Artemisa, ¿podrías venir a mí? —dije apenas en un susurro.

—¿Eso es ser amable para ti? —Escuché la voz del brujo de nuevo.

Iba a matar a ese crío. Debería aprender primero a respetar a los mayores. Veca miraba de uno a otro tratando de contener la risa. Resoplé y lo intenté de nuevo.

—¿Podrías venir a mí, por favor? —dije un poco avergonzada, sabiendo que le estaba hablando a un trozo de metal.

Tuve que recurrir a mis reflejos sobrenaturales. Artemisa voló a gran velocidad hasta mí. La atrapé a tiempo antes de que se estampara contra mi rostro.

—¡Increíble! —Veca abrió los ojos como platos—. Es la primera vez que veo algo así sin recurrir a la magia.

Todo aquello era asombroso, pero yo seguía con las mismas dudas que antes.

Por el rabillo del ojo vi cómo Leus se acercaba a la puerta.

—¡Espera! ¿Adónde vas? —pregunté, agitada.

Quizá el crío tuviera algunas respuestas.

Este se volvió y me miró.

—¡De nada! Y ahora no pienso quedarme a leer aquí. Prefiero algo de tranquilidad.

—Y yo preferiría saber por qué demonios el bastón me eligió a mí. No te irás hasta que los espíritus te digan qué está pasando —le ordené.

—Nada es casualidad. Todo está hilado por el destino. Si supieras el futuro, las sorpresas ya no serían tan divertidas.

El pequeño sonrió de una forma tan macabra que me dio escalofríos.

—¿Ellos te han dicho eso?

—No. Ellos nunca te dirán lo que has venido a hacer. Tendrás que descubrirlo por ti misma y en el momento adecuado. Allan siempre odió su don, pero gracias a él pudo salvar a su hija. ¿Crees que es casualidad? Yo creo que no.

De un momento a otro, el chico desapareció en la oscuridad, gracias a uno de los dones que poseía.

—¿Qué edad tiene ese niño? —preguntó Veca, descolocada—. Por un momento pensé que quien hablaba era un anciano.

—A veces pienso que está poseído por un alma vieja. —Me dejé caer frente a la bruja—. Pues no me queda otra que esperar a que el destino decida mandarme una respuesta. Espero estar preparada para ver las señales.

CAPÍTULO 15

Amber

Golpeé el saco con fuerza y este salió volando por la sala hasta estrellarse contra la pared.

¡Mierda!

Puse los brazos en jarras e intenté controlar mi respiración. Desde que empecé a practicar este deporte por primera vez, supe que sería mi escape en momentos de estrés, pero me había dado cuenta de que ya no me serviría en un futuro, a no ser que el saco fuera de hierro.

Tener fuerza sobrenatural no era tan bonito como creía cuando era humana. Si bien había aprendido a controlarla un poco y a no doblar los cubiertos cada dos por tres, hacerlo cabreada ya era otra cosa. ¡Maldito Hayden y su vena psicópata!

—Por lo que veo, se ha convertido en una costumbre golpear sacos vestida de princesa.

Escuché su voz. No sabía si era real o me la había imaginando debido a lo frustrada que estaba.

—¡¿Y quién tiene la culpa esta vez?! —Lo miré iracunda.

—No entiendo por qué estás tan disgustada. Todo ha salido bien. Has ocupado el lugar de tu abuelo y ahora todos están contentos. —Su tranquilidad y su expresión de no haber roto un plato me sacaron de mis casillas.

—¡¿Que por qué estoy tan disgustada?! —Fruncí el entrecejo y levanté los brazos, exasperada—. ¡Acabas de freírle la lengua a un Sangre Pura de la alta sociedad, Hayden! Uno poderoso y respetado por el resto.

—La tenía demasiado larga. Le he hecho un favor; se habría atragantado con ella en un futuro. No está muerto, así que no te preocupes —contestó, impasible, como si eso debiera tranquilizarme.

—¡No puedes ir por ahí mutilando a todo aquel que diga algo que no te guste! ¡Eso está mal! Los demás vampiros estaban aterrorizados.

—Si esperas que diga lo siento, no lo haré.

—Claro que no lo harás, no esperaba menos de ti.

Resoplé y le di la espalda mientras recogía el saco hecho pedazos.

—No podía dejar que te hablara así. Si lo hubiera permitido sin consecuencias, otros tantos con las mismas ambiciones lo habrían seguido. ¿Crees que solo Adam ansiaba el poder? —Hayden se acercó, me agarró del brazo e hizo que lo mirara.

—¡Dios! ¿Es que no lo entiendes? —resoplé indignada—. ¡Quiero que me respeten, no que me tengan miedo!

—El miedo es más fuerte que cualquier otra cosa. Es lo que impide que otros lleguen a traicionarte. ¿Qué ves cuando ellos están en mi presencia? Mírame. —Me levantó la barbilla para que nuestros ojos conectaran—. Piénsalo. ¿Crees que es respeto? ¿Que tu abuelo no ha tenido que asegurar nunca su posición?

—¡Te volviste loco delante de todos! ¡Te ordené que te detuvieras y no lo hiciste! Quiero hacerlo a mi manera, no a la tuya. —Puse una mano en su pecho para apartarlo. Ese gesto provocó algo de dolor en su expresión. Luego tensó la mandíbula y pegó mi espalda a la pared. Se acercó tanto a mí que ambos parecíamos respirar el mismo aire.

—¿Ahora te parezco cruel y despiadado? Ni te imaginas todo lo que puedo llegar a hacer para mantener a salvo lo que me importa. Quizá no quieras ver esa parte de mí, pero existe y está aquí mismo, justo delante de ti. No soy un héroe, Amber. Nunca lo he sido. Siempre podrás decidir si tenerme a tu lado o no, pero no me pidas que sea algo que no soy.

Se apartó de mí bruscamente y me dio la espalda para marcharse. Mi pecho subía y bajaba, agitado por mi respiración acelerada y la frustración.

—Está bien, Hayden. ¡Vete como haces siempre! Yo, por lo menos, no huyo como una cobarde para ocultar mis sentimientos, ni me escondo tras un muro para que no me hagan daño. —Se detuvo frente a la puerta al escucharme—. Creo que hace mucho que te demostré que puedes bajar las barreras conmigo. Quizá no esté preparada para esto, pero lo que sí te puedo asegurar es que quiero ser yo misma y no esconderme tras una máscara de frialdad, como has hecho tú.

¡*Auch*! Eso tuvo que doler. Las palabras salieron de mí sin pensar. Tal vez había tocado su talón de Aquiles.

Hayden volvió a girarse hacia mí. No sabía qué esperar a partir de ese momento, pero lo enfrentaría. Mi ira al no ser comprendida era más fuerte que el amor que sentía por él.

Esperaba gritos, quizá una mirada fría por su parte; sin embargo, fue todo lo contrario. Hayden se pellizcó el puente de la nariz y suspiró, derrotado. Me estaba volviendo loca con sus cambios de humor, como de costumbre. Lo observé en silencio. Una guerra de pensamientos contradictorios se gestaba en su mente, hasta que decidió acercarse a mí de nuevo y hacer lo correcto. O lo que creía que sería adecuado.

—Siento si has tenido que ver algo que no querías. Supongo que no fue agradable para nadie.

Alzó su mano lentamente y la colocó en mi mejilla, como si tuviera miedo de que me apartara de su contacto. No lo hice. No temía a Hayden. Sabía que él nunca me haría daño.

¿Sería esta la primera vez que le había pedido perdón a alguien? Lo quería, y entendía en parte su oscuridad. ¿Qué haría yo a partir de ese momento para proteger a los míos? ¿Qué había hecho ya?

No sabía lo que me pasaba con él. A veces los sentimientos se desbordaban. Tenía ganas de estrangularlo y, al minuto, deseaba tocarlo y besarlo hasta consumirnos. No quise pensar más y dejé fluir esas sensaciones contradictorias: la furia y el afecto se unieron al unísono. Agarré el cuello de su camisa con fuerza y lo atraje hacia mí.

—No eres un héroe. Eres un idiota testarudo. No vuelvas a hacerlo o no me importará quién haya a nuestro alrededor. Yo misma haré que te detengas.

El vampiro sonrió ante la amenaza y entonces uní nuestros labios. Lo besé con rabia y con unas ganas como jamás había sentido. Él despertaba un animal salvaje en mi interior. Algo hermoso pero a la vez primitivo. Esta vez no quería que sus manos me acariciaran; quería que me hicieran arder. Mis besos no eran suaves ni amorosos. Eran una demanda de todo lo que necesitaba. Esta vez ansiaba su parte más oscura. Nada de delicadeza como las primeras veces, cuando aún era humana.

Mi cuerpo pedía más y Hayden supo leerme. Me empujó contra la pared hasta que sentí de nuevo la fría piedra tras mi espalda. Luego desgarró mi vestido hasta que este cayó al suelo. Yo rompí su camisa y me deleité con su pecho y brazos desnudos. Ladeó la cabeza para darme acceso a su cuello; sin embargo, yo quería otra cosa.

—No deseo tu sangre, Hayden. Te deseo a ti —pronuncié las palabras a pesar de la falta de aire y la respiración acelerada.

—Entonces toma lo que desees.

Su voz ronca por la pasión me encendió más aún y lo hice. Tomé todo lo que anhelaba.

Giré su cuerpo y lo pegué contra la pared con tal fuerza que la expresión de Hayden se convirtió en una mezcla de dolor y placer. Le gustó que desatara ese animal en mi interior y eso me hizo sentir poderosa. Deslicé mi mano por su abdomen y me atreví a experimentar con su goce como nunca antes. Me volví valiente y enterré los miedos y la vergüenza.

Desde ahí, todo se convirtió en una guerra de besos, mordiscos sensuales y caricias urgentes, como si de un momento a otro algo pudiera separarnos. Toda la ropa quedó hecha jirones en el suelo y, cuando ya no quedaban más partes del cuerpo que explorar, Hayden me agarró de las nalgas y me subió a su cadera.

Estaba tan encendida que creí morir si no terminaba con el dolor palpitante que se extendía por las zonas más sensibles de mi ser. No aguantaba más y él me dio lo que tanto ansiaba. Empujó con

tanta fuerza, que grité de liberación y hambre. Sus caderas se movieron por fin y yo lo seguí, buscando mi propia satisfacción.

El tiempo se detuvo mientras nuestros cuerpos se convertían en uno solo. No había forma de saber dónde empezaba uno y terminaba el otro. Me agarré a sus hombros y le clavé las uñas por la desesperación mientras ambos culminábamos entre jadeos. Después llegó el silencio y, con él, la calma. Una sensación de reconocimiento; una pieza que por fin encajaba en su lugar.

Un puzle perfecto.

CAPÍTULO 16

Miro mis pies descalzos y luego a mi alrededor. Estoy en la azotea del castillo. Un manto de estrellas corona el cielo cuando alzo la vista. Aunque me quedaría toda la eternidad observándolas, algo en mi interior me lo impide.

Empiezo a caminar bordeando la azotea. Es como si un hilo invisible tirara de mí. Mis pasos me conducen al invernadero de mi madre. La puerta está abierta, como una invitación a cruzarla.

Tantos recuerdos invaden mi mente en este instante que trago el nudo de mi garganta. Son demasiados los momentos compartidos con ella en este mismo lugar. ¿Cómo había podido olvidarlos? Antes de entrar, contemplo a través del cristal las pequeñas lucecitas brillantes que iluminan los pétalos… hasta que un movimiento capta mi atención. Hay alguien ahí. Y sé que es imposible. La única persona que tenía permitido estar aquí ya no está entre nosotros.

Eso me lleva a preguntarme quién cuidará ahora este lugar?.

Me adentro en el invernadero con sigilo, pero mis pies se detienen, incapaces de dar un paso más. Me cubro la boca para ahogar un sollozo y evitar que lo que estoy viendo se desvanezca.

Las lágrimas comienzan a mojar mis mejillas mientras observo su melena rojiza recogida en una coleta alta. Lleva un vestido celeste. Aunque está de espaldas, veo cómo acaricia una de sus enredaderas con dulzura.

No sé cómo, pero intuye que no está sola y se gira hacia mí. Me sonríe. Es una de esas sonrisas que solo me dedicaba a mí. Una que me hace retroceder a mi niñez.

—Por fin llegaste, princesa. Te estaba esperando.

Su voz cálida es poesía para mis oídos.

Observo los rasgos de su rostro, aquel que no aparecía en mis sueños, pero sí cuando recuperé la memoria. Sus ojos son tan parecidos a los míos… Es como mirarme en un espejo.

—¡Mamá! —Mi voz tiembla.

Sin decir nada más, corro hacia ella y me lanzo a sus brazos. Me estrecha con fuerza y entierro la cara en su pecho. Puedo disfrutar de su esencia de nuevo: una mezcla de rosas y jazmín que creí que no volvería a oler jamás.

Sus manos acarician mi cabello y luego me toma el rostro para mirarme.

—Mírate. Estás tan mayor… tan bella…

Coloca algunos mechones detrás de mi oreja.

—Esto es un sueño, ¿verdad?

Miro a nuestro alrededor. Todo parece tan real que tengo la esperanza de que mi madre se quede para siempre.

—Es tu sueño, princesa. Pero podemos aprovechar el poco tiempo que tenemos.

—Te he echado de menos. Siento haberte olvidado.

Una nueva lágrima escapa de mis ojos.

—Yo te hice olvidar para que pudieses empezar desde cero. Así sería más fácil para ti. No te culpes por algo que no podías controlar.

Me toma de la mano y me mira con tristeza.

—Me encantaría estar ahí para ti, darte consuelo…, pero me conformo con este instante. Y ahora dime, mi amor. ¿Qué te inquieta? Déjame ayudarte de la única forma en que puedo.

Suspiro. Mi madre tiene razón. Me conoce mejor que nadie. Cuando era niña, veía a través de mí. No había nada en mi interior que ella no descifrara.

—Necesito respuestas. Saber qué debo hacer. ¿Por qué yo?

Era la pregunta que solía repetirme.

—Nada es casualidad, cariño —dice mientras acaricia mi cabello—. El destino siempre tiene algo preparado para todos nosotros. Sé que ahora llevas una carga muy pesada sobre los hombros, pero has venido a hacer grandes cosas, Amber. Ayudarás a muchos, aunque ahora estés perdida. Sé que hallarás el camino y cumplirás con tu propósito.

—No lo entiendo. ¿Cuál es mi misión? Ni siquiera sé quién es mi enemigo ni a qué nos enfrentamos. Se habla de algo que va a ocurrir, algo grande… pero ¿qué?

Desde que mi padre me advirtió y me mostró sus visiones, supe que alguien movía los hilos desde la oscuridad. Buscaban algo. Me faltaban demasiadas piezas del rompecabezas.

—No puedo interferir ni darte respuestas certeras. Pero no es difícil encontrarlas si comienzas por el principio. Investiga nuestra historia. Nuestra creación. Allí hallarás lo que necesitas. ¿Quién podría buscar venganza? No todos los villanos nacieron con un corazón de piedra. A veces el amor puede volvernos egoístas y conducirnos a nuestra propia destrucción.

Un ruido taladra mis oídos y todo empieza a desvanecerse. Me los cubro a la vez que grito desesperada:

—¡No te vayas, mamá! Necesito saber qué debo hacer —suplico.

—Si supieras lo poderosa que eres… —Su silueta se deshace lentamente, igual que las flores a su alrededor—. Puedes hacer grandes cosas. Solo debes confiar en ti. Busca respuestas, sigue tu intuición. Eres una viajera entre mundos. Solo tienes que desear adónde ir.

Su voz se vuelve cada vez más lejana.

—¡Te quiero, mamá! —grito antes de que la oscuridad me trague.

Me desperté con el sonido estridente del despertador. Palpé la mesita junto a la cama y cogí el móvil para silenciar el ruido que taladraba mi cabeza.

Miré la hora: las siete de la tarde. El sueño había sido tan vívido que aún olía la esencia de mi madre. Sus últimas palabras se

grabaron en mi mente como un mantra.

Me recosté mientras analizaba nuestra conversación, pero la suave textura de la prenda que llevaba puesta me hizo sentir demasiado rara. La miré extrañada. Era de raso, de un blanco impoluto.

No caí en la cuenta hasta que por fin empecé a recordar cómo llegué a mi habitación. Hayden me había llevado en brazos, envuelta en su chaqueta. Una vez allí, me vistió con algo que encontró en mi armario. Yo estaba tan agotada por los nervios del ritual y lo que vino después que ni noté que era un camisón que había pertenecido a mi madre.

Nunca quise tocar sus cosas. Era como conservar su recuerdo intacto en un espacio que le había pertenecido a ella.

Y entonces una idea apareció en mi mente.

¿Tendría algo que ver con mi sueño?

Puede que me hubiese vuelto loca. O puede que no. Después de todo lo que había descubierto sobre mi vida y todo lo que me rodeaba, lo menos probable solía ser lo más acertado.

«Viajera entre mundos».

Tenía que averiguar qué significaba eso. También debía indagar en nuestra historia. Saber de dónde provenía mi abuelo paterno… y de quién nos estaba advirtiendo.

Me levanté y cogí la ropa de entrenamiento. El descanso se había terminado. Si algo nos acechaba desde la oscuridad, tenía que estar preparada.

Me di una ducha rápida y me enfundé la vestimenta negra a la que ya estaba acostumbrada. Me miré al espejo de nuevo. Un rostro más afilado y maduro me devolvía la mirada mientras peinaba mi corto cabello. Ese cambio era el resultado de algo doloroso. Una cicatriz. Igual que la que cruzaba mi vientre.

Unos toques en la puerta me sacaron del recuerdo amargo. Antes de abrir, ya sabía quién era. Su forma de llamar era inconfundible desde que teníamos ocho años.

Corrí y abrí de golpe. No esperé a que pronunciara palabra alguna y me lancé a sus brazos, como siempre había hecho cuando atravesaba un mal momento en la adolescencia. Aspiré su olor, ese

que me traía recuerdos del bosque, hasta que un sonido estrangulado salió de sus labios e hizo que rompiera a carcajadas.

—Yo también te extraño, Am, pero creo que todavía no eres consciente de la fuerza que tienes. Si me aprietas un minuto más, tendría que transformarme para recuperar mis costillas. —Dana se crujió el cuello antes de regalarme una sonrisa.

—Lo siento. Tengo que acostumbrarme —me disculpé.

No sabía cómo expresar lo mal que me sentía por no haber compartido tiempo con ella desde nuestro reencuentro. Había estado tan encerrada en mí misma que aparté a la gente que me importaba.

Su expresión cambió a una más seria. Tanto que supe, antes de que abriera la boca, que algo no andaba bien.

—Tengo que contarte una cosa. —Su voz tembló. Como aquella vez que me confesó que se iba a estudiar fuera, lejos de mí.

Varios escenarios cruzaron mi mente. ¿Volvería al bosque? ¿Logan le habría encargado una misión? Temía que se marchara de nuevo.

—Entra —la invité a pasar.

Cerré la puerta mientras se sentaba en el borde de la cama. Me quedé de pie frente a ella, esperando, hasta que me di cuenta de que le resultaba demasiado difícil empezar. Fui a abrir la boca, pero Dana se adelantó.

—Estoy enamorada de una chica —soltó de pronto.

Lo dijo como si se hubiera quitado un gran peso de encima; lo noté en su expresión.

—¿Eso era lo que tenías que decirme? —Suspiré aliviada—. Pensé que te ibas lejos de aquí.

—¿Has escuchado lo que te he dicho, Am? —Levantó las cejas, incrédula—. Me gusta una chica.

Me senté a su lado y agarré su mano.

—¡Vale! Te gustan las chicas. ¿Y cuál es el problema? Porque la dramática suelo ser yo, y por tu cara creí que era algo mucho peor. ¿Por qué no lo dijiste antes? Siempre has estado con chicos, incluso me has hablado de ello.

No entendía por qué me lo había ocultado tanto tiempo; para nosotras nunca hubo secretos, dejando de lado el mundo sobrenatural y esas cosas. Pero entendí sus razones. Sin embargo, esto era diferente.

Dana suspiró y miró al suelo.

—No te oculté nada, Am. Nunca me había gustado el sexo femenino… hasta que llegó ella. No sé cómo pasó, pero me enamoré.

—¿Dónde está el problema? —Le alcé la barbilla para que me mirara. No tenía que sentirse avergonzada por algo así. Éramos libres de amar—. ¿Ella te quiere?

Dana asintió.

—¿Entonces? —No entendía cuál era su preocupación.

—Ya sabes lo que pasa con los lobos. Lo que se espera de nosotros. Ya viste lo que ocurrió con Raylen. Si mi padre se entera de esto… Y además es una bruja.

—Si te quiere, tendrá que aceptarlo. No tienes que ser lo que otros quieran. Ray eligió lo que de verdad deseaba. ¿Qué quieres tú, Dan?

Le miré a los ojos. Ya sabía la respuesta, pero quería escucharla de sus propios labios. Una lágrima resbaló por su mejilla. Se la limpié con un gesto cargado de cariño y consuelo.

—La quiero a ella. —Su voz se quebró y se lanzó a mis brazos.

—Entonces no hay nada más que decir —susurré en su oído.

No sé cuánto tiempo pasó desde que la estreché entre mis brazos hasta que Lory irrumpió en mi habitación.

—Te reclaman en el patio. La bruja quiere que empieces el entrenamiento.

Cerró la puerta enseguida al darse cuenta de que había interrumpido un momento delicado. Pero al ver la expresión de Dana, entendí quién era la bruja que ocupaba su corazón.

CAPÍTULO 17

Dana

Mi corazón latía demasiado rápido al saber que nos encontraríamos con Esther. Desde nuestra discusión en la habitación, intentaba evitarme todo lo posible. Entendía su enfado. Hasta que no lo solucionara y reuniera el valor para confesarle a mi padre lo que sentía por ella, no quería crear falsas esperanzas entre nosotras.

La noche había caído sobre el castillo y la oscuridad engullía todo el terreno a su alrededor. Las ramas de los árboles se mecían con el aire cálido de la llegada del verano. Amber caminaba a mi lado por el sendero que nos llevaría a la colina más alta. Supuse que Esther había escogido un lugar alejado del castillo por si los poderes de mi amiga se salían de control.

No parecía consciente de que se pellizcaba las manos con nerviosismo mientras su mirada se perdía al frente, pensativa. Tenía miedo de sí misma. De lo que se ocultaba bajo su piel.

También estaba preocupada por la partida de cazadores comandada por Hayden que había salido hacia la ciudad una hora antes. Aquello aumentaba su inquietud, ya que mi padre y Logan se habían unido a la expedición. La aparición de demonios por todo el mundo nos traía de cabeza.

Dos siluetas envueltas en túnicas nos esperaban en la cima. Una era mucho más pequeña que la otra.

Leus.

Esther me miró de reojo y luego apartó la vista con fría indiferencia. Ese gesto me caló hasta los huesos. Después se dirigió a mi amiga:

—Hayden me pidió que empezáramos hoy a trabajar tus habilidades —informó.

Amber asintió.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó nerviosa, abriendo y cerrando las manos a sus costados.

—Los brujos suelen estudiar el desarrollo de la magia antes de invocarla. Mediante un hechizo pronunciado, pueden hacer uso de los elementos. Al principio trabajamos con los cuatro principales: agua, tierra, fuego y aire. Cada brujo conecta de una forma asombrosa con uno de ellos. Leus, por ejemplo —apuntó al pequeño —, es afín al aire, como yo. Podemos invocar los tres restantes, pero la energía que proyectamos no es igual de poderosa.

—Creí entender que Leus dominaba más de uno. Lo vi con mis propios ojos en el torneo —interrumpí.

Esther me sostuvo la mirada un segundo antes de resolver mis dudas:

—A eso quería llegar. Leus domina la oscuridad. Solo los brujos más poderosos pueden invocar elementos sagrados.

Ahora me quedaba más claro por qué el pequeño brujo, a su corta edad, ya vestía una túnica azul oscuro. Recordé la explicación que Esther me dio en el colegio, aquel día en que sentí curiosidad por la diferencia de color en la vestimenta de los alumnos.

—Pero… ¿cómo se supone que debo hacer magia? No sé invocarla. Estudiar cada elemento nos duraría meses, tiempo del que no disponemos —dijo Amber.

—Tu caso es distinto. No necesitas invocar el poder: lo llevas dentro. La habilidad que te cedió tu madre es una conexión con la naturaleza, el elemento tierra. Solo tienes que llamarlo y él vendrá a ti. No nos hace falta trabajar con los demás porque ya sabemos cuál predomina.

—¿Y los rayos? —pregunté, intrigada.

El poder de Amber cada vez me asombraba más.

Ella miró a Esther con la misma duda.

—Los rayos son otro elemento sagrado. Pero tú no los creas. Produces tormentas. —Esther sonrió, emocionada—. Y eso, querida prima, no lo hace ningún brujo. Ese poder solo proviene de los

ángeles. Son los únicos capaces de manipular el clima. Asmodeo es un demonio, pero también un ángel caído. Sellamos parte de tu oscuridad, pero el resto sigue en ti para que puedas utilizarlo.

—Y controlarlo.

La voz de Dash a mi espalda me sobresaltó. Estaba tan metida en la explicación de Esther que no había escuchado sus pasos.

—No queremos que nos frías sin querer, Am. —Sonrió, burlón.

—Gracias por ponerme más nerviosa aún. —Amber miró a su hermano y puso los ojos en blanco.

Mientras Esther seguía explicando cómo empezarían, Dash me contaba qué hacía en el castillo. Su padre se había negado a que los acompañara a la ciudad. Con demonios en el juego, la situación cambiaba. Suponía demasiado peligro para un lobo tan joven. Aun así, Dash no estaba molesto; parecía entretenerle más ver cómo Amber aprendía a utilizar sus poderes.

Detuvimos la conversación cuando Esther formó dos esferas, una en cada mano. Se movían en espiral, imitando una corriente de agua que no dejaba de girar. Sin previo aviso, las lanzó contra Amber sin contemplaciones; ella las esquivó una y otra vez con su velocidad de vampiro.

—Quiero que te defiendas, no que las esquives —exigió la bruja, molesta—. Llama a tu poder. Está dentro de ti. Solo tienes que sentirlo y hacer que te obedezca.

Esther siguió arremetiendo contra ella e incluso Leus se sumó al ataque para provocarla, pero nada cambió. De pronto, Amber le hizo frente a una de las esferas sin apartarse. El impacto la tiró al suelo y la arrastró varios metros por la tierra y la vegetación.

—¡*Auch*! Eso ha tenido que doler —comentó Dash, arrugando la nariz.

Amber se levantó empapada de pies a cabeza. Se palmeó las rodillas para quitarse los restos de barro que se habían adherido a su uniforme y volvió a colocarse en posición de defensa. Estaba siendo más difícil de lo que creíamos.

—Esto no funciona. —Esther resopló.

Se quedó pensativa un momento. Luego levantó las manos y susurró un hechizo, a la vez que un humo gris y denso envolvía su cuerpo. Cuando se disipó, donde segundos antes había estado ella, una persona muy diferente ocupaba su lugar, mirando de frente a Amber.

—Dime que esto no está pasando. —Dash se removió incómodo a mi lado.

—Nos encontramos de nuevo, sobrina.

La voz grave de Gael retumbó en mis oídos. Sus ojos la miraban como si nunca se hubiera ido. El solo hecho de volver a verlo hizo que mi animal se agitara en mi interior. Sabía que era Esther, pero su hechizo era tan bueno que parecía que el propio Gael hubiese regresado de la muerte.

El rostro de Amber se quedó tan pálido que pensé que tal vez la bruja se había equivocado en su elección.

—¿Te alegras de verme? ¿O quizá habrías preferido que fuera tu padre quien te visitara? —Gael soltó una risa burlona que me puso los vellos de punta.

—Esther, ¡ya basta! —intenté detenerla.

Pero ella ni siquiera miró en mi dirección. Estaba completamente imbuída en su papel.

Amber apretó los puños, pero de su boca no salió nada.

—Mi hermano era un idiota. Dar su vida por una mestiza. Qué decepción —seguía burlándose.

—¡Cállate! —rugió Amber.

Un trueno retumbó en el cielo. Las nubes se oscurecieron. La tierra comenzó a temblar.

—¿Por qué tengo la sensación de que esto no va a acabar bien? —soltó Dash con ironía.

—Pobre Allan, el brujo más poderoso, asesinado por una simple daga.

Rompió a carcajadas, pero su risa fue sofocada por el estruendo de un segundo trueno, que retumbó sobre nuestras cabezas.

Los ojos de Amber se volvieron tan oscuros como el ónix y las enredaderas comenzaron a emerger a la superficie. No eran tan

rojas como la noche de la luna de sangre, pero sus espinas podían ser igual de mortíferas. Giraban en espiral, suspendidas en el aire, como si esperaran una orden.

La lluvia cayó con tal fuerza que empapó mi cabello en cuestión de segundos.

—¿Tienes miedo de ti misma? ¿O eres tan endeble que dejarás que muera más gente que te importa?

La voz de Gael fue interrumpida por el crujido de las enredaderas al avanzar en su dirección. Él levantó la mano y formó un escudo a su alrededor que impedía que lo alcanzaran.

—Creo que deberíamos parar esto —susurró Dash. Su expresión bromista cambió de repente.

Esto no estaba bien. Ella no estaba bien. Ambos conocíamos muy bien a Amber y sabíamos que aquello la estaba haciendo pedazos. Justo cuando decidí intervenir y di un paso adelante, la voz de Gael me detuvo:

—¡Leus!

Acto seguido, me vi envuelta en un pequeño remolino que me elevó hasta dejar mis pies suspendidos en el aire. Escuché una maldición a mi lado; era Dash, en la misma situación que yo. No sabía qué pretendía Esther, pero al parecer nosotros entrábamos en sus planes.

—¿No tienes nada más? ¿Dejarás que ellos resulten heridos?

—¡Suéltalos! Ahora —ordenó Amber.

Su voz era demasiado grave, como salida del infierno. Y sus ojos, sin pupila, demasiado oscuros. Una parte de ella estaba emergiendo a la superficie.

—¡Oblígame! Haz que la naturaleza te obedezca y traspasa mi barrera.

Y lo hizo. Los relámpagos se hicieron tan intensos que creí que la tierra misma se partiría bajo nuestros pies. Los rayos envolvieron a mi amiga y se concentraron, en su mayoría, en sus manos. Las enredaderas comenzaron a vibrar, cargadas de electricidad estática. Como un cable de chispas que se extiende en todas direcciones.

Entonces todo explotó sin previo aviso, como si la tormenta nos hubiera engullido.

Sentí un tirón hacia abajo, una presión que me hundía en la tierra. Grité ante la sensación de ser aplastada por algo pesado. Durante varios segundos no pude respirar.

Cuando por fin mis pulmones volvieron a llenarse de aire, tosí tanto que creí que el hígado se me saldría por la boca. Abrí los ojos e intenté que se adaptaran al entorno. Un silencio lo envolvía todo, como sucede con la calma después de la tormenta.

Estaba metida en una especie de espiral oscura que giraba y giraba sin control, similar a una mariposa encerrada en su capullo antes de romperlo. Me miré de arriba abajo y, aunque no tenía ningún rasguño, el fantasma de la presión en mis costillas seguía ahí.

De pronto, el pánico se adueñó de mi mente. Sabía que el escudo de poder que me envolvía era el de Leus. Lo había visto antes en el torneo… Pero ¿y los demás? No podía ver nada a mi alrededor.

CAPÍTULO 18

Amber

Ver de nuevo ese rostro y escuchar su voz me había paralizado. La actuación de Esther fue tan buena que llegué a creer que quizá él había vuelto de entre los muertos.

Su sola presencia era un recordatorio de mis últimos meses, de esas imágenes que me atormentaban antes de dormir y al despertar. Aunque intentaba borrarlas, no se iban. Llegaban cuando menos lo esperaba. Sin previo aviso.

Su maldita sonrisa seguía ahí. Su asquerosa mirada, capaz de perturbar mi alma y hacerla pedazos. Entonces ya no supe diferenciar qué era real y todo se convirtió en un amasijo de recuerdos a los que no quería enfrentarme.

Algo dentro de mí me gritaba que tomara lo que era mío. Esa voz repetía una y otra vez: «juntas lo haremos volver al lugar del que no debió salir». Entonces tiré de ese hilo que me conectaba con mi interior y le di permiso para actuar.

La rabia, la tristeza y el dolor que intentaba encerrar se desbordaron como un río al alcanzar su máximo nivel. Ver a Dana y a Dash como marionetas a su merced hizo que el poder pulsara dentro de mí como un segundo corazón.

No sabía cómo había podido contener tanta ira. Cuando explotó, lo hizo alrededor de mí. Había traído la tormenta conmigo y la había desatado sobre la tierra.

¿Qué clase de criatura podía hacer eso?

Yo misma me asusté de mi propio poder.

Caí de rodillas, exhausta, y apoyé las palmas en la tierra irregular. La hierba verde había desaparecido, sustituida por un suelo

seco y resquebrajado. Los rayos habían quemado gran parte de la colina.

Un silencio aterrador lo ocupó todo y busqué desesperada a mi alrededor.

Miré hacia el frente mientras mi respiración se acompasaba y mis latidos volvían a su ritmo habitual. Por fin suspiré de alivio. Todos estaban bien. Fueron apareciendo poco a poco tras unas esferas oscuras. No tuve que pensar mucho para saber que había sido Leus quien había formado un escudo para protegerlos.

El silencio desapareció cuando Dana se levantó de golpe y encaró a Esther.

—¿Pero a ti qué diablos te pasa? ¿Te has vuelto loca?

La fulminó con la mirada y luego corrió hacia mí para comprobar cómo estaba. Me hizo gracia, ya que era yo la que casi los había convertido en carne a la barbacoa.

Intenté levantarme, pero había quedado tan drenada de energía que me fue imposible. Incluso notaba la lengua un poco pastosa y me resultaba difícil pronunciar las palabras.

Esther se acercó a nosotras mientras Dash y Leus permanecían en segundo plano.

—Esto era necesario. Quería comprobar algo —dijo la bruja con calma.

—¿Merecía la pena ponernos a todos en peligro para aclarar tus sospechas?

¡Oh, Dios! Dana estaba bastante cabreada. Solo la había visto así una vez: cuando teníamos quince años y Dash le contó a su hermano que se veía a escondidas con un chico. Lo tomó como una traición imperdonable. No recuerdo cuánto tiempo estuvo sin dirigirle la palabra.

—Sí, ha valido la pena. Ahora sabemos hasta dónde puede llegar su poder con la otra mitad sellada. Leus sabía lo que tenía que hacer. Era mi segunda opción y tuve que recurrir a ella si quería resultados. No sabemos qué está por llegar y el tiempo se nos acaba.

Se cruzó de brazos.

—¿Y no se te pasó por la cabeza avisarnos de que entrábamos en tus planes como conejillos de indias?

El rostro de Dana se ponía cada vez más rojo. Creía que mi amiga explotaría como un globo en cualquier momento o, peor aún, que sacaría a su loba e iría directa a por su yugular. Al parecer, mi humor interno había vuelto. ¿Tendría algo que ver con que hubiera estallado como una bomba de relojería minutos antes? La verdad es que me sentía más liviana. Más yo.

—¡Vale, Dan! Tranquilízate. —Dash se colocó entre ellas—. Estamos todos bien. Ahora una cena deliciosa para calmar el estrés y luego a dormir.

Típico de mi hermano: aliviar las asperezas con un poco de humor. Comencé a reír y todos me miraron extrañados. ¿Qué demonios me pasaba? No era momento para eso.

¿Un chute de electricidad podía dejarme medio drogada? Debería estar intentando detener la discusión, pero me sentía en una nube. Como si hubiese subido y bajado en una montaña rusa y descargado toda la adrenalina.

—¿Estás bien? —Dash arrugó la nariz.

Supongo que estaban tan acostumbrados a verme amargada últimamente que mi risa era inusual. Asentí mientras tragaba un poco de saliva. Era un poco extraño, como tener pasta de dientes dando vueltas por mi boca.

—Estoy bien —logré decir.

Mis músculos por fin respondían y, con ayuda de Dana, conseguí ponerme en pie.

—Ahora deberías descansar. Por hoy hemos terminado —dijo Esther—. Yo iré a la biblioteca. Seguiré buscando información sobre los demonios que pueda sernos de utilidad.

—¡Ni hablar! Ya he descansado bastante —solté, decidida—. Te ayudaré con eso.

Tenía que investigar sobre el inicio de nuestra historia, tal como había dicho mi madre. Ella solo podía dejarme pistas, y quizá las respuestas que necesitábamos estaban allí.

—Deberías descansar, Am. Nosotros podemos encargarnos de ello —repitió Dana, reforzando las palabras de Esther. Todavía seguía

molesta.

—Me vendrá bien algo de ayuda. Aunque antes necesito hablar con Amber. —Esther los miró a todos—. A solas.

Dana iba a replicar, pero Dash le pasó un brazo por los hombros y se la llevó con la excusa de que tenía hambre. Leus los acompañó a regañadientes. Sin duda, prefería la compañía de Esther.

La bruja —la prima que no sabía que tenía hasta hacía poco— me miró con una sonrisa tímida y me invitó a dar un paseo antes de volver al castillo. Acepté con gusto; todavía me sentía culpable por lo sucedido justo después de despertar.

—Siento cómo te traté el primer día. Pensé que eras una amenaza —me disculpé.

—No importa. Entiendo que estuvieras bastante desorientada. Ocurrieron muchas cosas antes de eso —suspiró—. Pero no era de esto de lo que quería hablarte.

—¿Entonces…?

Caminábamos a paso lento por el sendero de vuelta. Se notaba la diferencia entre la vegetación que pisábamos en ese momento y el suelo que habíamos dejado atrás, reducido a cenizas.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó—. Me refiero físicamente.

—Es un poco extraño. Después de la pérdida de energía, es como si me hubiese recargado muy rápido. Incluso me siento más ligera, como si me hubiera quitado un peso de encima y respirara mejor.

—Los vampiros de sangre pura que nacen con habilidades necesitan descargar su poder de vez en cuando. Por eso tu padre tenía que deshacer el sello. Sabía que, si no lo hacía, te consumiría. Necesitas utilizarlo, Amber. Por eso has estado tan mal últimamente. No hacerlo puede volverte loca. El cuerpo y la mente están conectados de una forma que ni te imaginas.

—El problema es cómo usarlo sin dañar a nadie —puntualicé.

Era una de las cosas que me aterraba. Que todo se saliera de control.

Me pellizqué las manos, nerviosa. Cuando era humana y quería ser más fuerte, jamás me imaginé lo difícil que sería

sobrellevar esto.

—Me he dado cuenta de una cosa. Era lo que quería averiguar: el porqué no puedes controlar tu poder. —Esther suspiró cansada—. El problema está dentro de ti, Amber. Demasiada ira, culpa y rabia contenida.

No sabía qué contestar; tenía razón. Solo pude acceder a mis habilidades cuando esos recuerdos me arrasaron por dentro. Ni siquiera sabía controlarlas; solo dejé que esa rabia tomara el mando.

Llegamos a uno de los bancos cercanos al castillo y Esther me pidió que me sentara a su lado. Sabía que aquel era un tema complicado para mí.

—Para dominarlo, necesitas sanar esa herida. Soltar la culpa y perdonar. Es la única forma.

—No sé cómo hacerlo. —Bajé la vista hacia mis manos. Me había clavado las uñas en las palmas sin darme cuenta.

—Lo primero es convencerte de que no podrías haber hecho nada más. Todavía tienes a muchas personas a las que proteger y deberías centrarte en eso. Dejar ir el pasado. Vivir el presente. No pensar en el futuro. Tienes que encontrar el equilibrio dentro de ti, Amber. Tienes que abrazar esa parte de ti misma que siempre te ha pertenecido. Esa es tu mayor misión ahora mismo.

Esther me agarró de la mano y me miró a los ojos.

—Yo también tuve que sanar mis heridas para usar mi magia en todo su potencial. Eso me lo enseñó tu padre. Sé que tú también podrás hacerlo.

—¿Me ayudarás?

Apreté su mano con fuerza. Esther asintió.

—Para eso estoy aquí.

No hablamos más durante un buen rato. Solo nos quedamos en silencio, de la mano, mirando las estrellas. Imaginé que sus pensamientos vagaban por las cosas que alguna vez la torturaron. Los míos, por las que aún lo hacían.

CAPÍTULO 19

—¿A nadie se le ocurrió ordenar los libros por categorías? —Dash resopló, molesto—. Solo hay historias de vampiros antiguos. ¿A quién le importa dónde y cuándo le hincaron el diente a alguien? Es asqueroso. —Arrugó la nariz con desagrado.

Nos encontrábamos en la biblioteca, buscando algo sobre los demonios que nos ayudara. Yo estaba sentada, apoyada en una de las mesas de madera antigua. Dana, Esther y Dash se repartían en distintas mesas cerca de las estanterías que les había tocado investigar.

—Son diarios, Dash. A los vampiros les parece interesante saber la historia de sus antepasados —expliqué.

Aunque él creyera que no, el diario de Alexander Russ me sirvió bastante para descubrir quién era Kali, la reina de las ninfas, quien supuestamente me había ofrecido un trato. Un ejército. Ahora comprendía mejor para qué me haría falta llegado el momento.

Aquello me hizo recordar que tenía la piedra del llamado olvidada y escondida en mi armario; todavía no sabía qué tendría que dar yo a cambio. Con todo lo que había pasado, ni siquiera contaba con ello.

La voz de Esther me trajo de vuelta a la biblioteca:

—Llevo días buscando y, aparte de vampiros, solo he encontrado algo sobre brujos y lobos. Ningún otro ser sobrenatural.

Colocó un libro en la estantería y cogió otro. Yo seguí pasando páginas por si algún vampiro hablaba de algo relacionado

con demonios, pero no habían aparecido hasta ahora. ¿Y quién tendría la culpa? Resoplé, molesta por el cansancio; ya había perdido la cuenta de cuántos libros había revisado.

—Si Connor estuviera aquí, ya habríamos encontrado algo —solté sin pensar.

Una punzada de dolor atravesó mi corazón. Le había tomado cariño a mi profesor. Su traición me había dolido más de lo que me gustaría.

Aunque lo había susurrado para mí, la habitación se quedó en silencio. El sonido de las páginas al pasar se detuvo. Los demás me habían oído. Seguí hablando para cortar el silencio incómodo.

—Él me dijo que no me había enseñado nada sobre ellos porque era irrelevante. Eso me hace pensar que tiene que haber algo por aquí. Connor dudaba de si en realidad existían o si alguien se había inventado la forma en que fuimos creados.

—Pues ahora mismo nos vendría muy bien su ayuda. —Dana suspiró agotada—. ¿Se ha oído algo sobre su paradero?

—Kress me dijo que desapareció aquella noche —les conté—. Desde entonces nadie sabe nada. Es como si se lo hubiera tragado la tierra. La sociedad vampírica lo busca por traición.

La intención de Connor nunca fue hacernos daño ni a mí ni a mi abuelo, pero me sentía decepcionada. Su obsesión por casarse conmigo fue un anzuelo para los planes de su padre; y, aunque no fue por su mano, era cómplice de todo lo que sucedió y de lo que vino después.

Esther bostezaba mientras pasaba una página tras otra. Miré la hora: las doce y cinco de la madrugada. Abrí los ojos con sorpresa. El tiempo había volado desde que entramos a la sala; era demasiado tarde para ellos.

—Deberíais ir a dormir —les aconsejé—. Yo seguiré buscando hasta que amanezca y me vaya a la cama.

Los demás no se opusieron en ningún momento; el sueño les podía. Dash salió, frotándose los ojos con un «hasta mañana»; Dana me dio un abrazo antes de irse; y Esther fue la última en abandonar la habitación, aunque antes de eso la detuve. Quizá ella conociera algo sobre lo que había insinuado mi madre.

—¿Qué sabes sobre los viajeros entre mundos? —pregunté.

A veces no sabía si los sueños eran más que mi imaginación o si estaba buscando algo que yo misma había inventado.

—Estudié sobre ellos en el colegio de magia. Hay muy poca información, ya que no han sido muchos los que han nacido con ese don. Son brujos con el poder de viajar entre dimensiones a través de los sueños. Su alma pasa con facilidad a otros planos a los que es imposible acceder. No hay explicación de cómo lo hacen ni de qué ritual utilizan. Es algo que siempre me ha despertado curiosidad. ¿Por qué lo preguntas?

—Lo vi una vez por casualidad en un libro y me llamó la atención —mentí—. Alguien los mencionaba. Pensé que a lo mejor tú sabrías quiénes eran.

¿Cómo podía decirle que había soñado con mi madre muerta y que esta me había dado información? ¿O que una ninfa intentaba hacer un trato conmigo? Era de locos, y hasta que no tuviera la certeza de que no me estaba volviendo tarumba, lo mantendría en secreto.

—Espero haber resuelto tus dudas. Hay un libro sobre ello en el colegio. Pronto iré a ver a los niños. Si quieres, puedo traerlo.

Esther me sonrió con dulzura. Era sorprendente la calma que transmitía solo con su voz.

—Gracias. Buenas noches, Esther. —Le devolví la sonrisa.

—Buenas noches, Amber —se despidió y salió.

Las horas corrían en el reloj y yo aún no había encontrado nada. Hayden, Kress y los demás cazadores tampoco habían vuelto. El único que apareció un par de veces fue Cameron; su búsqueda se centraba más en las redes sociales, pero aparte de la historia sobre el cielo y el infierno que Logan me contó una vez, no había nada más. La mayor parte de la información se encontraba en textos antiguos, pero… ¿dónde diablos estaban esos escritos?

Ya casi no veía las letras; a decir verdad, dormitaba frente a las páginas. El cansancio de tantas horas de lectura había hecho mella en mí. Apoyé el brazo derecho en la mesa y me froté los ojos.

El estruendo de algo golpeando el suelo me hizo abrirlos de repente. Miré hacia uno de los pasillos oscuros, me levanté y me

acerqué despacio al lugar de donde había venido el ruido.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —pregunté, descolocada.

¡Claro que no había nadie! Llevaba demasiado tiempo allí, frente a la puerta, como para no haberme dado cuenta de que tenía compañía.

¿Y si eran fantasmas? La piel se me puso de gallina con tan solo pensarlo. Era una gran cobarde cuando se trataba de ese tema. Recordaba la última vez que había visto una película de terror, una en la que una niña salía de un pozo y traspasaba la televisión. Menos mal que en casa de los Wood no había ninguna; si no, hubiese pasado semanas sin mirarla. Desde entonces, había vetado películas de ese estilo en el cine con Dana.

Le eché valor y me metí en uno de los pasillos más alejados y olvidados de la biblioteca. El olor a viejo y a polvo en el ambiente se hacía más intenso a cada paso. Miré las estanterías: se notaba que los libros no se habían utilizado en muchísimo tiempo. Y al observar el final del pasillo, vi al culpable del estruendo.

Un ejemplar se encontraba tirado en medio del corredor. ¿Cómo demonios se había caído solo? Dudé entre acercarme o salir corriendo, pero la curiosidad podía conmigo la mayoría de las veces, así que me agaché y lo recogí. No era un libro común, sino un códice antiguo. Soplé la cubierta para quitar el polvo adherido y observé su título en cursiva:

Aetas Angelorum lapsorum.

Era latín. ¿Por qué diablos no lo había estudiado?

Abrí sus páginas amarillentas con miedo a que se desintegraran; estaban hechas con piel de animal. En su interior, la letra era pequeña y estaba escrita con tinta negra. Por mucho que quisiera leer los textos, me resultaría imposible a no ser que los tradujera; cosa que me llevaría una eternidad, especialmente sin saber si contenían algo que nos pudiera servir.

Volví a mirar las estanterías y el lugar donde había caído; todo me resultaba bastante extraño. Me llevé el códice a la mesa, agarré mi móvil y busqué la forma de traducir su título; quizá me desvelaría algo de su contenido.

Metí las palabras en el traductor y, cuando la traducción apareció en mi idioma, casi me caigo de espaldas:

La era de los ángeles caídos.

Ahora sabía que nada era casualidad. Algo me decía que allí se encontraba lo que llevaba horas buscando. Alguien, o algo, lo había dejado para mí a propósito.

CAPÍTULO 20

Kress

La noche prometía un gran escenario de demonios hambrientos. Veca había llamado a Hayden con urgencia: los brujos habían localizado más brechas, esta vez en diferentes puntos del parque Hampstead Heath. Habían creado un escudo a su alrededor para contenerlos mientras sacábamos a los pocos humanos que quedaban allí a esa hora de la madrugada.

Cada noche, esas cosas surgían desde el infierno para arrasar con todo lo que encontraban a su paso. No solo sucedía en Londres; en otras partes del mundo, los vampiros enfrentaban la misma amenaza antes de que los humanos se dieran cuenta de lo que realmente ocurría, y mucho antes de que los ángeles decidieran aparecer para encargarse de la situación.

Muy propio de ellos: llegaban con sus aires de grandeza y arreglaban lo que quedaba del desastre, como si nosotros no hubiésemos acudido primero a ahorrarles el trabajo.

Si esto seguía así, los seres sobrenaturales ya no seríamos un secreto. Los humanos sabrían de nuestra existencia y nos darían caza, tal como hicieron en el pasado con las brujas que arrojaron a la hoguera. Por suerte, hasta el momento solo unos pocos habían presenciado el caos nocturno antes de que nos deshiciéramos de ellos; las autoridades aún podían tomarlo como una alucinación debido al alcohol o a las drogas.

El problema era que cada día emergían seres diferentes, algunos más difíciles de matar que los anteriores. Todos llegamos a la misma conclusión: alguien los estaba dejando pasar. La pregunta siempre era la misma: ¿qué pretendían con ello?

Esperaba que la pelirroja estuviera preparada para cerrar las brechas lo antes posible; si no, nada volvería a ser igual.

—¡Cuidado! —gritó Veca.

Me agaché justo a tiempo, antes de que un ser encorvado con una enorme boca llena de colmillos me pusiera las garras encima. La bruja invocó al elemento fuego y lo convirtió en demonio a la barbacoa. Me tapé la nariz por el desagradable hedor. ¿Quién decía que los lobos eran los únicos con el olfato altamente desarrollado?

Lo bueno de todo esto era que ambas razas estábamos más unidas y, poco a poco, descubríamos sus debilidades. Cortarles la cabeza o hacerlos arder eran algunas de ellas. Los lobos atacaban en manada: cada uno tiraba de una extremidad hasta que partían al demonio en dos. No era una estampa agradable, pero sí una forma segura de que no volvieran a levantarse.

Hayden utilizaba su habilidad para destruirlos desde dentro y yo recurría a la última de todas: las armas angelicales. No importaba hacia dónde apuntara con Artemisa, mi bastón mágico; cualquier demonio que entrara en contacto con él se descomponía o explotaba. Era un asco si me paraba a pensar en la cantidad de restos que acababan en mi uniforme.

Localicé a una chica escondida tras un arbusto; su llanto y sus gritos habían atraído a uno de los demonios. Creía que ya no quedaba nadie por la zona, pero me equivoqué. Tenía que sacarla de allí antes de que uno de esos perros del infierno la usara como comida.

Me lancé hacia el animal y chocamos con tal fuerza que ambos rodamos por la hierba. Le enseñé mis caninos a modo de desafío para dejarle claro que la chica no era su oponente, sino yo. Quería que centrara toda su atención en mí, y así lo hizo. Caminé en círculos, esperando a que la bestia fuese la primera en atacar y, como predije, avanzó hacia mí movida por el hambre.

Saltó hacia mi cuello, y sin darle tiempo a esquivarme, patiné sobre la hierba hasta que mi espalda tocó el suelo. Giré a Artemisa en mi mano, la empujé hacia arriba y la hundí en su costado. El animal profirió un alarido de dolor antes de caer inerte. Prefería esta

forma: si hubiese apuntado a su cabeza, habría explotado en mil pedazos.

¿He mencionado ya el asco que me dan los demonios y sus vísceras?

—¡Veca! —llamé a la bruja. Estaba bastante ocupada con una especie de monstruo con alas de murciélago—. Quema los cuerpos. Voy a sacarla de aquí.

Apunté hacia los arbustos y me acerqué a la chica. El miedo la hizo encogerse. Tendría entre diecinueve y veinte años. ¿Dónde estaban sus amigos?

—Oye. —Me agaché para ponerme a su altura—. Ahora necesito que colabores y esto solo será una pesadilla. ¿Entiendes? ¿Quieres salir de aquí?

Ella asintió. Estaba aterrorizada.

—Quiero que te subas a mi espalda como si fuera tu bote salvavidas. Cierra los ojos y, cuando te dé la señal, bajarás y correrás hasta la entrada del parque. Allí habrá algunas personas que te sacarán de aquí. ¿Lo has entendido?

La chica se levantó del suelo. Agarré su mano temblorosa y la subí a mi espalda con cuidado; luego, hice que se aferrara a mi cuello con fuerza. Gracias a mi velocidad de vampiro, podría recorrer el parque con rapidez hasta llegar al escudo que habían trazado los brujos.

Antes de salir a la carrera, miré a ambos lados. Los demonios estaban bastante ocupados con los demás, así que aproveché la distracción. Empecé a esquivar árboles y arbustos a toda velocidad para llegar cuanto antes al escudo, pero el suelo bajo mis pies comenzó a temblar.

Algo surgió de la tierra, me desestabilizó y me hizo caer hacia atrás. Rodé por la hierba mientras intentaba proteger a la chica que llevaba a la espalda.

Debió de tomarse demasiado en serio lo de que yo era su bote salvavidas, porque ni siquiera tras el temblor dejó de agarrarse a mi cuello. Aunque lo de cerrar los ojos no debió oírlo, ya que sus gritos me taladraron los oídos cuando ambas vimos al ser que estaba frente a nosotras.

Era una especie de ciempiés gigante. No tenía ojos, solo una abertura repleta de dientes. Estaba segura de que, si repetía tres veces el nombre de Beetlejuice, aparecería un señor con el pelo verde y traje de rayas blancas y negras. Aquellos bichos podían competir en tamaño con los gusanos de la película.

—Ahora es el momento. Corre hasta la entrada del parque. ¡Ya! —grité, mientras desenvainaba a Artemisa de mi cadera.

La chica echó a correr hacia el sendero que la llevaría a la salida, algo que llamó la atención de la cosa con patas. No tenía ojos, pero percibía el movimiento. ¿Por qué me tocaban los bichos más asquerosos?

Sin pensarlo, salté sobre su viscoso cuerpo y le clavé las uñas de una mano, mientras con la otra hacía girar a Artemisa para darle el golpe final. El monstruo se retorció tanto que parecía que estaba montada en una atracción de «toros locos». A decir verdad, me habría venido bien una cuerda.

Lo bueno: la chica logró escapar hacia la salida. Lo malo: salí volando hacia uno de los estanques profundos del parque.

Mi cuerpo impactó contra el agua y me hundí tanto que coloqué a Artemisa en mi cadera y empecé a nadar hasta la superficie en busca de un poco de oxígeno. Era vampira, no una sirena. Estar en el agua era una de mis debilidades.

Emergí y aspiré aire con urgencia. Luego miré al otro lado del estanque, donde se encontraba el demonio. Solo pude atisbar la mitad posterior de su cuerpo; el resto ya estaba sumergido para venir en mi busca.

—¡Joder! ¡Joder!

Comencé a nadar lo más rápido posible hacia la orilla. Mis peores pesadillas se habían hecho realidad: el monstruo no solo podía desplazarse bajo tierra, también lo hacía por el agua. La superficie se movía como si un gran torbellino la estuviera sacudiendo.

Solo podía pensar en tener el tiempo suficiente para tocar suelo firme con el pie. No se me daba mal nadar, pero desde luego no era ninguna profesional.

Un poco más, un poco más.

Todo ocurrió tan rápido que fue como un relámpago. Noté que ya casi tenía a la bestia encima de mí. Hice pie, agarré a Artemisa y me giré para defenderme, pero antes de encontrarme cara a cara con el ciempiés, algo me sujetó por los brazos y me vi suspendida en el aire. Fue tan rápido que no me dio tiempo ni a parpadear.

El batir de unas alas a mi espalda me dejó descolocada. Solo me di cuenta de lo que había pasado cuando el ángel me depositó en tierra firme y retomó el vuelo. Sus alas blancas resplandecían entre tanta oscuridad, igual que la espada de luz que desenfundó de su espalda. Trazó un arco perfecto y la clavó en la cabeza del demonio. Este se desintegró al momento y sus restos se hundieron en el fondo del estanque.

Aterrizó a mi lado mientras me levantaba del suelo. La mala suerte me acompañaba: era el mismo ser alado, rubio y egocéntrico con el que había discutido la vez anterior.

Resoplé cuando su gran cuerpo se plantó frente a mí. Tal como lo recordaba de la primera vez, sus alas se desplegaban a su espalda y su pecho estaba al descubierto, con un tahalí cruzado sobre unos poderosos músculos y una piel dorada.

Aunque los pantalones de lino eran sueltos, se adivinaba que sus piernas estaban igual de trabajadas que el resto de su anatomía. Enfundó de nuevo su gran espada de luz antes de mirarme, como si esperara algo.

Coloqué a Artemisa en mi cadera y recorrí su cuerpo con hastío.

—¿En el cielo no os dan camisetas? —Le dediqué mi mejor gesto de repulsión.

Miré hacia arriba. Varios ángeles descendían sobre distintas zonas del parque, como si formaran parte de un pequeño ejército.

—Un gracias estaría bien. Es la segunda vez que te salvo, hija del infierno —dijo con orgullo, tensando la mandíbula.

¿En serio esperaba que le agradeciera? Y otra vez con ese apodo de mierda.

—Lo tenía todo controlado, ángel engreído. Además, habéis llegado un poco tarde, ¿no te parece? Hemos hecho casi todo el

trabajo nosotros. Y un consejo: no vuelvas a llamarme así. De lo contrario…

—Sí, lo sé. Te harás una bufanda con mis plumas —terminó por mí, con una mueca burlona. ¿Quién hubiera pensado que sabía hacer eso? Aparte de egocéntrico, el tío era un sieso—. Lamento decepcionarte, pero no creo que puedas acabar conmigo tú sola si ni siquiera has podido con un Drakwom.

—Podría haberle dado el golpe final si no te hubieras entrometido. —Me crucé de brazos, molesta. Odiaba su fanfarronería —. Ya había acabado con seis demonios cuando apareciste.

—Para tu información, me he ahorrado una molestia a mí mismo. Si te hubiese dejado darle el golpe final, como tú dices, ahora no habría uno, sino dos Drakwom. Si no destruyes su cerebro y te equivocas, su cuerpo se reproduce creando más de esas criaturas. Por eso no estáis capacitados para este trabajo —respondió, altivo.

—Si aparecierais cuando se os necesita, no tendríamos que encargarnos nosotros, ángel de pacotilla —escupí las palabras con desdén.

Mi pelo y mi uniforme estaban empapados, por no hablar de los restos de demonios que me cubrían antes de acabar en el estanque. Y él hablaba como si solo fuéramos un estorbo.

—No soy un ángel corriente. Soy un arcángel, un ser superior al que se le debe respeto, si es que sabes lo que es eso.

—¡Oh! ¿En serio? —Abrí los ojos con fingida sorpresa y me coloqué una mano en el pecho, dramática—. Lo siento mucho, venerado arcángel… —Hice un movimiento con la mano, invitándolo a continuar.

—Michael —respondió, cruzándose de brazos—. Arcángel Michael.

—Eso. Arcángel Michael. Yo soy Kress, reina de las mestizas y de las calles de Londres —me reí con sarcasmo.

El tipo puso cara de estreñido y resopló.

—Eres estresante, mujer.

Sus alas se estiraban y contraían como si revelaran sus emociones.

—Gracias por el cumplido. Y ahora que ambos sabemos que no nos soportamos, ¿podríamos ir a lo importante? ¿Por qué hay tantos demonios escapando de las brechas? —quise saber—. Pensamos que hay alguien que los deja salir adrede.

—Y no os equivocáis. Son una distracción —respondió, sincero. Por fin habíamos aparcado nuestras diferencias. Quería sacarle alguna información que nos fuera útil hasta que la pelirroja lograra cerrar esas fisuras en nuestro mundo—. No es fácil para nosotros estar en todas partes y acabar con la amenaza. Así disponen de tiempo para buscar.

—¿Por esa razón saquean templos e iglesias? ¿Qué están buscando?

—Esa es una respuesta que no os concierne. Nunca encontrarán lo que quieren. Pero si lo hicieran, despídete de tu mundo tal y como lo conoces.

El batir de unas alas sobre nosotros removió mi cabello. Uno de los ángeles aterrizó a nuestro lado. Tenía el cabello negro y largo hasta la cintura, y los ojos de un dorado brillante. Sus alas eran un poco más pequeñas que las de Michael. Me dedicó una breve mirada antes de dirigirse al arcángel:

—La amenaza ha sido destruida. Estamos preparados para partir al siguiente punto.

Michael asintió y desplegó de nuevo las alas.

—¿No piensas decirme nada más? —pregunté, exigente.

Me miró de reojo antes de responder.

—Ya nos veremos, Kress, reina de las mestizas y de las calles de Londres.

¿Se estaba riendo de mí? Cretino antipático.

De un momento a otro, se impulsó hacia el cielo con la velocidad de un rayo. El ángel de cabello oscuro me miró sin ninguna expresión en el rostro y lo siguió segundos después.

—¿Haciendo amigos? —La voz de Hayden a mi espalda me sobresaltó.

Me giré hacia él, poniendo los ojos en blanco.

—Si tener ganas de sacarle los ojos cuenta como hacer amigos, entonces sí.

—¿Has conseguido algo de información?

—Solo lo que intuíamos. Están buscando algo. Aunque no ha querido decirme qué.

—Tendremos que averiguarlo nosotros mismos. Ahora volvamos al castillo. Me temo que nos queda mucho trabajo por hacer.

Seguí a Hayden a través del parque mientras pensaba en las palabras de Michael. Si los demonios encontraban lo que querían, nuestro mundo ya no sería el mismo. ¿A qué se refería el arcángel? Las cosas ya estaban cambiando desde que la pelirroja abrió ese portal. ¿Qué más nos esperaba?

CAPÍTULO 21

Amber

Camino por pasillos tan cálidos y brillantes que creo que estoy en un cuento de hadas. El suelo es de mármol blanco, como todo a mi alrededor. Me acerco a uno de los grandes ventanales de mi izquierda,desde donde se puede ver el exterior.

Estoy en un castillo suspendido entre las nubes. Desde aquí, veo las imponentes torres de los laterales, en las que se refleja la luz del sol como si fueran cristales, y en su superficie se dibujan las sombras de las aves al pasar. Son palomas: algunas sobrevuelan el cielo, otras descienden hacia un jardín tan verde y colorido que hace que mis manos piquen por la urgencia de tocar sus flores.

Varios senderos de grava blanca serpentean entre los olivos y árboles frutales repartidos por el espacio. Mi vista se pierde más allá, donde fuentes de piedra antigua se rodean de bancos para el descanso y la admiración de tan bello paisaje.

—¿Dónde estoy? —me pregunto.

Sin duda, este es el lugar donde querría quedarme para siempre. No es solo por su apariencia, sino también por el aire y lo que me transmite: calma, paz y calidez. Un cóctel de sensaciones que hace que el corazón y los pensamientos sean menos pesados. Y aunque me quedaría más tiempo admirando todo lo que me rodea, algo tira de mí hacia delante.

Sé que estoy en un sueño; ya me he acostumbrado a esta percepción. Demasiado bonito para ser real. Hay algo que debo ver o escuchar, así que me pongo en marcha y recorro el amplio pasillo. Sigo ese hilo que me guía hasta una puerta de madera clara, tallada

con hojas y enredaderas, tan alta que hasta el mismísimo Goliat podría pasar sin problemas por ella.

Entro en una sala gigantesca, sin lujos ni tronos, solo con altísimas columnas y luz, mucha luz. Avanzo un poco más y me sitúo detrás de una de ellas para descubrir la voz que retumba en la estancia. Aunque parece una reprimenda, está cargada de mucha serenidad.

Escondida, contemplo todo lo que se desarrolla ante mis ojos: varios seres celestiales de grandes alas blancas y armados hasta los dientes rodean a seis de ellos en el centro. Es la primera vez que veo a un ángel; son tan fascinantes que me quedo embobada con sus rasgos hermosos y sus plumas espesas y esponjosas.

Uno llama mucho mi atención. Todos son bellos, pero él posee una luz diferente a las demás. Sus ojos son grises como un día de lluvia y su cabello largo hasta los hombros, de tono dorado y brillante. Está más adelantado que los otros cinco, como si diera la cara por ellos.

El resto mantiene la mirada gacha. Les delata la vergüenza que sienten por algo que no entiendo todavía. Miro a otro de los ángeles del centro, que me resulta bastante familiar. Su flequillo negro azabache cae por su frente, pero cuando quiero fijarme bien en sus rasgos, la voz anterior me hace apartar la mirada.

—Vuestra misión siempre ha sido protegerlos, enseñarles amor y compasión. Sin embargo, os habéis convertido en sus verdugos. —Una luz cegadora les habla. No tiene cuerpo, solo es un eco en el gran salón—. ¿Qué habría pasado si no os hubiera detenido?

—¡Mírame, padre! Soy tu hijo predilecto; todo esto lo he hecho por todos nosotros. Tus nuevas creaciones destruyen todo lo que tocan, no merecen vivir en el paraíso que has creado para ellos —explica el ángel dorado con rabia.

—Siempre seré tu padre. Todos sois mis hijos por igual, pero tu obsesión te ha cegado. Has corrompido tu alma pensando en dañar a otros. Un alma bella y limpia, creada para hacer el bien, para sanar. Su existencia es diferente a la tuya. Vida tras vida, son

una evolución y un aprendizaje. ¿Cómo pretendes guiar a otros si tú mismo estás perdido? —pregunta.

El ángel dorado aprieta los puños y endurece la mandíbula.

—Nunca serviré a esos seres imperfectos e inferiores. Nosotros somos mejores que ellos. Deberían estar a nuestros pies —escupe con desprecio.

—En mi reino todos somos iguales, pero con diferentes fines —explica el ser de luz.

—Si todos somos iguales, ¿por qué no ocupo yo tu lugar y tú te limitas a limpiar sus pecados y a sembrar ese amor del que tanto predicas? —Sonríe con malicia.

Susurros de sorpresa llenan la sala. Los otros ángeles armados están horrorizados por sus palabras y el desafío en su voz.

—Tu orgullo y soberbia te ciegan, hijo. ¿Son esas tus últimas palabras? ¿Prefieres permanecer en el infierno y arrastrar a tus hermanos contigo antes que enmendar tus errores?

—Si mi error es querer ser libre para decidir mis propias acciones, que así sea. —Su voz ahora toma otro matiz, más orgulloso y frío.

—Si esa es tu decisión, no hay nada más que hablar. —Concluye su padre.

De pronto, sus alas comienzan a cambiar de color. La claridad que las envolvía se disuelve para dar paso a algo oscuro. No hay dolor en ello, solo una pérdida de ese brillo que ya no está. No queda nada de esos seis ángeles; ahora sus plumas son tan negras como el ónix, como las de los seres de las películas que habitan en el inframundo.

Algo sale de la luz del creador y se condensa para dar paso a dos piedras idénticas. Su forma es irregular, quizá mida un poco más que mi mano, y es de un rojo vivo, brillante. En su superficie, hay varios símbolos tallados que resplandecen. Una de ellas se fragmenta y forma brazaletes que se adhieren a las muñecas del ángel de cabellos dorados. La otra sigue flotando en el aire.

—A diferencia de tus hermanos, y como cabecilla de la rebelión, serás castigado sin poder cruzar las puertas del infierno. Esa será tu condena.

—¿Piensas tenerme prisionero, padre? —Su carcajada resuena en la sala.

—Pienso darte un lugar para que medites tus errores y aprendas de ellos. —La voz del creador se vuelve más severa.

Un portal oscuro se abre frente a ellos. El ahora demonio dorado es el primero en avanzar para cruzarlo, pero el ser de luz lo detiene con sus palabras:

—Lucifer. Siempre tendrás tu casa si decides regresar en paz y armonía. —Aunque es una despedida, su voz mantiene un matiz de esperanza.

Yo me encojo más detrás de la columna al escuchar su nombre. Ese que ha persistido en el tiempo durante siglos. Ahora me hago una idea más clara de lo que está pasando. De las historias que he escuchado desde que era una niña. Pero… ¿No eran siete?

Lucifer se vuelve y enfrenta a la luz con la mandíbula apretada y un odio en la mirada que me hiela la sangre.

—Regresaré, padre… Pero el día en que lo haga, destruiré todo lo que amas y atesoras con tanto ímpetu. Te haré recordar el momento en que me diste la espalda. En el que los elegiste a ellos.

Su amenaza se hace eco en el salón. Incluso los ángeles blanden sus armas contra él. Lucifer ni siquiera hace el amago de mirarlos; cruza el portal con paso decidido y orgulloso. Los cinco restantes lo siguen, pero el último de ellos duda. Mira hacia atrás una última vez. Entonces lo reconozco por fin.

Es el mismo ser que advirtió a mi padre, que me contó una historia en el bosque cuando era pequeña. Una historia sobre mí misma. Porque el último ángel caído, el que titubea antes de cruzar ese portal, es mi abuelo, Asmodeo.

Ahora tan solo veo su espalda al perderse en el vacío. ¿Por qué siento tanta pena por ellos? El creador les dio la oportunidad y el perdón, pero los celos y el orgullo ganaron la batalla.

Un silencio ocupa el espacio cuando el anillo del abismo se cierra. Después, uno de los ángeles se acerca y agarra la piedra que flota entre sus manos. Es muy parecido a Lucifer, pero su cabello tiene un par de tonos más oscuros, como el trigo, y sus rasgos son algo más toscos.

Su vestimenta es similar a la de todos ellos: túnicas de colores y brazaletes. Pero a diferencia de los demás, su porte es el de un guerrero. Lleva una coraza dorada y, tras su espalda, una gran espada de luz entre sus alas, sostenida por un tahalí. En su cadera, una banda dorada a juego, de la que salen dos dagas a cada lado.

—Michael —lo llama el creador—. Oculta la piedra sagrada donde ninguno de ellos pueda encontrarla. Si alguna vez el velo entre planos se debilita, no hay duda de que sus hermanos aprovecharán para buscarla.

—¿Crees que entrará en razón, padre? —pregunta Michael.

—Tengamos fe en ello… y que sea yo quien lo libere de su prisión —suspira, derrotado.

—¿Y si quiere cumplir con su amenaza?

—Estaremos preparados para que el velo que separa el infierno del mundo humano nunca se debilite.

Abrí los ojos mientras daba una bocanada de aire, como si hubiese estado mucho tiempo sin respirar. Cada vez, los sueños se volvían más vívidos, como si yo misma estuviera allí.

Me encontraba en la biblioteca, en la misma mesa en la que recordaba estar antes de que el cansancio me venciera. El códice que había hallado estaba debajo de mi palma. Volví a leer su título: *Aetas Angelorum lapsorum*.

«La era de los ángeles caídos». Ahora comprendía lo que había visto. El día en que los ángeles se rebelaron contra su creador.

Recordé las palabras de mi madre, lo que quería que yo entendiera:

Busca nuestra historia. Nuestra creación. Allí hallarás lo que necesitas. ¿Quién podría buscar venganza? No todos los villanos nacieron con un corazón de piedra. A veces, el amor puede volvernos egoístas y conducirnos a nuestra propia destrucción.

¿Quién, si no, querría abrir un portal desde el infierno por venganza? Un escalofrío recorrió mi espalda.

¡¿Qué demonios?!

Nunca mejor dicho: mi maldición estaba en lo cierto. ¡Íbamos a enfrentarnos al mismísimo Lucifer! Ahora entendía la importancia del ejército de las ninfas, pero… apoyé la cabeza en la mesa y suspiré.

¿Qué podía hacer yo contra un rey demonio? Era una insignificante mestiza que apenas controlaba su poder. ¿Qué diablos se esperaba de mí? ¿Y en qué maldito momento se le ocurrió al destino ponerme en esta situación?

Estaba tan perdida, preguntándome tantas cosas, que el estruendo de la puerta al abrirse casi hizo que el corazón se me saliera del pecho.

—Acabo de perder la conexión con Hayden y Kress. La última vez que hablé con ellos patrullaban la ciudad. —Cameron levantó las cejas al ver mi expresión—. ¿Se ha muerto alguien o has desistido en buscar algo que nos sirva?

—¿Te refieres a algo como esto?

Levanté el códice para mostrárselo. Abrió los ojos como platos y se acercó con rapidez para leer el título.

—¿Latín? —preguntó.

Luego lo ojeó y se centró en sus páginas y en la delicada caligrafía.

—Dime que puedes traducirlo. —Lo miré con esperanza.

—No soy tan viejo como para saber latín. —Arrugó la nariz—. ¿Cuántos años crees que tengo? Soy un mestizo, no un Sangre Pura. ¿Y cómo nos ayudará esto si no entiendes lo que pone?

Levanté el móvil frente a sus ojos.

—No eres el único que sabe manejar internet. ¿Sabes qué dice el título? La era de los ángeles caídos, ¿eso te suena?

—Los ángeles caídos son los siete príncipes demonios del infierno. Antes de eso eran arcángeles que se rebelaron contra Dios —explicó—. Solo necesitamos un brujo para traducirlo. Sus hechizos se pronuncian en este idioma.

Le pediría a Esther que se encargara. Quería leerlo yo misma y asegurarme de que mis sueños no eran solo eso. Que no estaba equivocada al pensar que el otro jugador en ese tablero de ajedrez del que hablaba Sagara era el rey del infierno.

Miré a Cameron para observar su reacción tras mi pregunta:

—¿Qué harías si el responsable de estos ataques y saqueos a los templos no fuera un demonio corriente? ¿Y si fuera Lucifer?

Cameron me observó un momento antes de contestar:

—Me cagaría encima. Si el rey demonio saliera del infierno, me gustaría estar lo más lejos posible de aquí. Aun así, no habría donde esconderse. Así que no digas su nombre. Ya bastante tenemos con los demonios que escapan por las fisuras.

Esperaba que todo fuera mi imaginación desbordante y simples sueños creados por mi subconsciente. Pero… ¿cómo podría haberme inventado la existencia de los viajeros entre mundos? Ahora la duda era si había soñado con mi madre o si ella en realidad me enviaba un mensaje.

—Ya está amaneciendo. Deberías irte a dormir. Estarás agotada tras tanta búsqueda —aconsejó Cameron—. Yo esperaré a Hayden y a los demás.

—Tienes razón, me caigo de sueño.

Me froté los ojos. Desde que el sello se rompió y dejé de ser humana, cuando el sol aparecía en el cielo me debilitaba. Ahora entendía a los vampiros. La luz del día absorbía parte de nuestra energía.

Guardé el códice en un cajón del tocador y me metí en la cama. Poco a poco, mis ojos se cerraron hasta que la oscuridad me atrapó.

◆ ◆ ◆

No sabía cuánto había dormido cuando el colchón bajo mi cuerpo se movió. Me di la vuelta y casi me caigo de la cama; un pequeño gemido escapó de mis labios.

—¡Dios! Me has dado un susto de muerte.

—No soy Dios, pero no sabía que te parecía tan horrendo —contestó Hayden acomodándose junto a mí. Su cabello estaba húmedo y su pecho desnudo. La mitad de su cuerpo inferior se encontraba tapada por la fina sábana que también me cubría a mí—.

Esperaba otra clase de reacción. Que me usaras de muñeco de peluche o que me llamaras pervertido, como la última vez. —Exploté en carcajadas al recordar ese momento—. Aunque lo dejé pasar porque no te acordabas de cuántas veces te metías en mi cama años atrás cuando no podías dormir.

—¡Buen punto! —Lo miré y sonreí con cariño. Chris había sido mi refugio en el castillo. Su olor me reconfortaba cuando mi madre desaparecía. Ahora sabía la razón: sus encuentros con mi padre habían sido constantes sin que nadie se enterara.

Hayden me hizo espacio bajo su brazo y posé mi cabeza en su torso.

—Te he echado de menos —suspiré, inhalando su aroma.

—No sé si debería estar asustado. Que no te refieras a mí como idiota o vampiro bipolar me suena demasiado raro. —Hizo una pequeña mueca burlona.

—Eso me lo reservo para cuando me saques de mis casillas, como haces la mayoría de las veces. Así que no te acostumbres —dije, acurrucándome más a su lado—. ¿Qué tal la noche? ¿Todos están bien?

—Cada vez hay más demonios, pero hasta ahora todo está controlado. Sé que te gustaría ir con nosotros, aunque es más importante que antes sepas controlar tus poderes. Ahora mismo eres más peligrosa que cualquier demonio del inframundo. —Sonrió a la vez que apartaba un mechón de cabello de mi rostro.

—Gracias por los ánimos. —Arrugué la nariz, molesta.

—Es que es tan fácil cabrearte y estás tan sexy que me tientas a hacerlo continuamente.

De repente, se colocó encima de mí. Antes de que pudiese replicar, me robó un beso apasionado. Cuando separó sus labios de los míos, su sonrisa era tan cálida que hizo temblar mi corazón. Era una de esas pocas veces en que había visto esa expresión de felicidad en su rostro. Yo, sin embargo, pensé en todo lo que podría perder si mis teorías eran ciertas y Lucifer estaba detrás de todo esto.

—Tengo miedo. ¿Crees que seré capaz de controlar la oscuridad? ¿Que podré cerrar los portales sin hacerle daño a nadie?

—confesé, dejando escapar mis temores más profundos.

Hayden me miró a los ojos. Me perdí en ellos profundamente.

—Creo que eres la persona más capaz de hacer lo que te propongas. Me encantaría que vieras lo que yo veo cuando te miro. Eres fuerte, princesa. Es hora de que empieces a creerlo tú misma.

Después de eso, me colmó de besos y caricias. Yo decidí olvidarme de todo lo que rondaba por mi cabeza. No sabía lo que nos depararía el futuro, pero quería disfrutar de mi presente.

CAPÍTULO 22

Salí del baño con el cabello empapado y me tiré en la cama, exhausta. Un nuevo sol comenzaba a asomar a través de la ventana de mi habitación.

Los días pasaban como un borrón. Vampiros, lobos y brujos seguían dando caza a los demonios hasta que los ángeles aparecían.

Yo todavía no había tenido la buena o la mala suerte de ver a ninguno, porque, cuando los seres del infierno aparecieron por primera vez, a mí se me había ido la olla totalmente. Desde ese momento, mi memoria estaba más blanca que un papel. Por mucho que lo intentase, no podía llegar a imaginarme comandando a esas cosas en plan apocalipsis.

Todavía se me ponía la piel de gallina cada vez que alguno de ellos sacaba ese tema, sobre todo Dash. Le encantaba bromear con que casi se mea encima al ver cómo abría el portal. Luego se sintió aliviado cuando Logan lo mandó al otro edificio a proteger a los niños del colegio.

Esther pasaba las horas encerrada en la biblioteca traduciendo el códice. Solo salía para comer, dormir y enseñarme a controlar mi poder. A medida que avanzaba y descubría lo que ponía en sus páginas, su rostro delataba cada vez más preocupación; no quería desvelar nada hasta llegar al final.

Y aunque algunas cosas no habían cambiado, otras sí lo habían hecho.

Todos los días eran iguales. Aparte de hacer ejercicio, también me encargaba de las labores del castillo como nueva líder de la sociedad vampírica. Eso sí, siempre que Hayden se encontraba ausente, contaba con la ayuda de Elijah. Estas tareas abarcaban desde arreglar disputas entre mestizos y puros, hasta gestionar la empresa de sangre en bolsas que llegaba desde la ciudad.

Poco a poco logré establecer algo de equilibrio en mi interior. Cuerpo, mente y espíritu. Meditar, sanar el dolor de la pérdida y encontrarme a mí misma formaban parte de un entrenamiento más, donde la balanza dentro de mí se equilibraba entre la luz y la oscuridad: dominar mis habilidades sin dejar que ellas me dominaran a mí.

Los pensamientos y el control eran tan importantes cuando tiraba de esos hilos, que tuve que aprender a dejarlos fluir sin recurrir a la rabia. Nunca podría perdonar a los que me habían hecho tanto daño, pero sí darme cuenta de que no había sido por mi culpa, de que todo tenía un porqué , una razón para el rol que me había tocado. Solo me faltaba descubrir cuál era mi propósito, el papel que debía afrontar.

No había sido fácil, sobre todo si hablamos de las primeras veces en que estuve a punto de ensartar a Esther, Leus, Dana y Dash con algunas de mis enredaderas cubiertas de espinas, o incluso freírlos tras convocar una tormenta eléctrica. Pero ese mismo miedo me hizo aceptar que yo tenía el control. No sabía qué pasaría en el futuro, aunque sí lo que quería en el presente.

Me hice dueña de mí misma y de mis acciones, una guerra interna de la que por fin salí victoriosa. Ahora ese poder me obedecía. Cada pensamiento estaba ligado a él. Solo quedaba una cosa por hacer, para la que aún no estaba preparada: romper el último sello y dejar escapar la oscuridad que Esther y Leus habían vuelto a encerrar en mi medallón. Ya sabía las palabras adecuadas en latín para activarlo; la pregunta era: ¿cuándo sería capaz de hacerlo?

Como prometió, Esther me trajo el libro donde pude recabar información sobre los viajeros entre mundos. Gracias a Dios, estaba

en mi idioma. No obstante, no había nada más de lo que ella ya me había contado.

Solían viajar a través de los sueños, atravesar los finos velos que dividían cada plano del universo. Por lo que había entendido, eran mundos distintos, pero todo estaba conectado. Lo que pasaba en uno podía afectar a otro de una manera diferente que no era predecible.

Pero nada explicaba cómo lo hacían o de qué forma podían ir a donde deseaban. Algunos de ellos llegaron a desarrollar tanto el don que lo hacían despiertos.

Eso me hizo pensar en una teoría, si no me había vuelto tarumba y veía cosas donde en realidad no había nada. El sueño con mi madre y su camisón, o el de los ángeles y el códice. Quizá había viajado hasta la historia de lo que estaba escrito ahí.

En esas dos ocasiones, mi cuerpo había estado en contacto con algo que conectaba los sueños. ¿Y si solo tenía que tocar algo y desear ir hasta allí?

La puerta se abrió de golpe y Lory apareció en mi habitación. Llevaba el cabello oscuro recogido en un moño bajo y, como de costumbre, el uniforme rojo y el delantal blanco de las sirvientas, aunque nunca me había gustado ese nombre; yo prefería llamarlas empleadas del hogar. En sus manos portaba una bandeja con algo de comida. Como siempre, irrumpía en cada estancia sin pedir permiso. A veces pensaba que ni siquiera se daba cuenta.

—Te he traído algo de comer antes de dormir; si fuera por ti, te pasarías días sin probar bocado —me amonestó.

—Si fuera por ti, no cabría por la puerta de mi habitación —respondí riendo a la vez que me levantaba para hacer espacio a la bandeja en mi cama.

—Muy graciosa. —Arrugó el entrecejo—. Pero estás trabajando mucho en tus poderes y eso te desgasta. Necesitas reponer energías.

Me daba la impresión de que Lory solo estaba pendiente de mí. Sabía que tenía más labores en el castillo, pero siempre aparecía cuando la necesitaba. Era como si mis pensamientos la llamaran.

—¿Alguna vez te has preguntado para qué estás aquí? ¿Cuál es tu misión en la vida? —pregunté mientras ella se perdía en el baño para recoger la ropa sucia que había dejado minutos antes.

Un silencio invadió el espacio. No sabía si se debía a que ella se hacía la misma pregunta. Cuando pensaba que no iba a responder, salió del aseo, dejó el cesto de la ropa junto a la puerta y se sentó a mi lado.

—Sé muy bien para qué estoy aquí y cuál es mi misión. —Su rostro perdió la sonrisa—. Espero cumplir bien con mi propósito hasta que ya no sea necesario.

—Tú siempre serás necesaria en este castillo. —Cogí su mano entre las mías—. Siempre has estado cuidando de todo el mundo y, sobre todo, de mí desde que llegué aquí. No sabes lo importante que ha sido tener tu apoyo cuando solo era una chica asustada en un lugar nuevo y desconocido.

—Esa siempre ha sido mi misión, Amber: cuidar de ti. Quizá algún día pueda explicarte muchas cosas —me confesó.

—Y yo estaré dispuesta a escucharte. —Le sonreí con cariño.

Lory se levantó de la cama, agarró el cesto de la ropa y se aproximó a la puerta para salir. Respeté su silencio. Todo el mundo tenía secretos. Esperaba que algún día ella confiara en mí para contarme los suyos.

—Sigue tu intuición. Si no sabes el camino, ella te dará las respuestas. Tienes demasiada magia en la sangre. Utilizarla puede ser un buen comienzo.

Y sin más, cerró la puerta y me dejó pensando en sus palabras. En mi teoría de los sueños. Quería respuestas, saber con qué objetivo había nacido. Si mi cometido solo era cerrar los portales.

Eso rondó mi cabeza mientras comía la sopa con verduras y carne que Lory solía prepararme con tanto cariño. Me levanté de la cama y dejé la bandeja en el tocador. Luego me aproximé al gran armario empotrado que pertenecía a mi madre y en el que había hecho un pequeño espacio para mi ropa.

Busqué por los bolsillos de una de las chaquetas que Lory había comprado para mí al llegar al castillo y que aún no había

estrenado. Cuando mi mano se deslizó por una de las aberturas y no encontré nada, una sensación de pánico se adueñó de mí. Esperaba que no le hubiese dado por lavar la prenda.

Comencé a temblar mientras volvía a introducirla en el otro bolsillo. Nada. Entonces me faltó tirarme de los pelos, y eso que ya no había tanto donde tirar. ¡Dios! No podía haberlo perdido. Saqué la chaqueta negra, hiperventilando, y la sacudí encima de la cama. Estaba casi segura de que lo había dejado ahí.

Volví a rebuscar, hasta que me di cuenta de que contaba con otro bolsillo más en su interior. Cuando mis dedos alcanzaron algo duro y frío, respiré de alivio. Creo que el susto me había quitado años de encima. Me maldije por ser tan despistada y dejar una cosa tan valiosa en cualquier parte.

Observé la Piedra del Llamado, así la había mencionado Alexander Russ en su diario, aunque la suya tenía una forma distinta. Me pareció que había pasado una eternidad desde la última vez que la sostuve en mis manos. Seguía igual que la recordaba: su tono violeta resaltaba bajo un entramado de plata a su alrededor que asemejaba a un árbol, el mismo del que había surgido.

Sin pensarlo dos veces, me acerqué a una de las botas militares que se encontraban cerca de mi uniforme y extraje uno de los cordones negros. Ya me encargaría de pedir un recambio; no era la primera vez que destrozaba uno. A decir verdad, había roto bastantes cosas cuando aún no sabía controlar mi fuerza sobrenatural. Si no hubiese trabajado en ello, apuesto a que habría gastado toda la herencia de mi familia en reformas para el castillo y cubiertos nuevos de plata.

Enlacé la cinta alrededor de los intrincados de plata y la até con fuerza a mi muñeca izquierda con ayuda de los dientes. Después de unos minutos, la había transformado en una hermosa pulsera. Era una forma segura de llevarla conmigo y evitar que se perdiera; no volvería a cometer el error de dejarla en cualquier parte de nuevo.

Puse el despertador a las siete de la tarde y me dejé caer en la cama mientras los problemas y la incertidumbre carcomían mi interior. No sabía qué tenía que hacer, cómo podía cerrar los

portales. Ni siquiera Esther poseía la certeza de que, al retirar el último sello, fuera capaz de hacerlo. Mi padre se había ido de este mundo dejando apenas algunas pistas. Era como ir a ciegas por un camino oscuro sin prever el precipicio.

Deslicé los dedos de la mano derecha por la piedra. Esperaba que Kali, la reina de las ninfas, resolviera mis dudas y me diera un poco de luz en esa oscuridad. Así que hice caso a las palabras de Lory. Seguí mi intuición. Cerré los ojos y pedí con todas mis fuerzas viajar en una dirección. A un lugar en el que ya había estado antes. Si de verdad me despertaba allí, sabría que no estaba tan loca como creía en un principio.

◆ ◆ ◆

Oigo el canto de los pájaros a la vez que abro los ojos y acaricio la hierba bajo mis manos. Lo primero que veo es un cielo azul cubierto de nubes blancas y esponjosas que me dan la bienvenida. Otra vez estoy aquí; mi deseo se ha cumplido. Me incorporo y me siento, esperando ver las mariposas que me guiaron la última vez, pero…

¡Dios!

Me echo hacia atrás del susto y maldigo mientras mi mano busca una de mis dagas en la bota. Entonces me doy cuenta de que estoy descalza y llevo la misma ropa que me puse antes de dormir: pantalones cortos y una blusa de tirantes.

¡Mierda!

Me quedo lo más quieta posible observando si lo que veo no son alucinaciones. Tengo ante mí una impresionante cobra blanca de ojos rojizos que me observa con detenimiento. En casa de los Wood, mi pasatiempo no era únicamente leer libros sobre plantas. A veces también caía alguno sobre animales y su entorno.

Sabía que esta clase de serpiente se alza para intimidar a su oponente o cuando se dispone a atacar, pero está tan quieta que parece una estatua de marfil. La única diferencia es que su lengua

rosada aparece y desaparece a su antojo. Sin contar con que da la sensación de que sonríe.

¿Las serpientes pueden sonreír?

No quiero recurrir a mis habilidades y tampoco sé si en este plano funcionarán, pero, si decide atacarme, no me quedará más remedio que intentar usarlas.

No sé cuánto tiempo llevo observándola, esperando su próximo movimiento, pero cuando creo que va a atacarme, se gira y comienza a reptar en dirección contraria. La observo y rezo en silencio para que se marche lo más lejos posible.

De pronto, se detiene y vuelve a alzarse hacia mí. Por un momento me quedo absorta en la forma de su cráneo; sus bordes emiten destellos dorados bajo los rayos suaves del sol. Sus ojos siguen fijos en los míos, esperando.

¿Y si tal vez...?

Entonces decido levantarme y dar unos pasos en su dirección. Ella, una vez más, reanuda la marcha. Hago caso a los consejos de Lory, me dejo guiar por mi intuición y esta me dice que debo seguirla. Ella me llevará a mi destino.

Camino varios minutos tras ella, siempre dejando un margen de distancia por si acaso. Mientras avanzo, disfruto de todo lo que me rodea. Los pájaros y la vegetación siguen mostrando colores vibrantes y llenos de vida. Noto la tierra y la hierba bajo mis pies, pero es una sensación agradable. Este lugar sigue transmitiendo la misma armonía que sentí al estar aquí por primera vez.

No me detengo hasta que, por fin, encuentro lo que buscaba: un árbol muy antiguo que me resulta bastante familiar. Se levanta imponente frente a mí, y otra vez siento el impulso de tocarlo. La cobra se desliza lentamente por su tronco y se enrosca en una de sus gruesas ramas. Sin duda, su cometido era guiarme hasta aquí.

—Llevo tiempo esperándote, hija de luz y oscuridad. —Una voz conocida resuena a mi espalda.

Cuando me giro, ya no veo a una niña pequeña. Ahora Kali, reina de las ninfas, se presenta con su verdadera apariencia.

—Tenemos un trato que cerrar.

Me sonríe, pero algo me dice que nada es tan fácil como parece.

CAPÍTULO 23

La apariencia real de Kali es tal y como Alexander Russ la retrató en su dibujo, aunque con carboncillo no se podía apreciar la mezcla de colores que, en realidad, resaltan en la ninfa. Es como una mujer nacida de un árbol. Sus extremidades y todo su cuerpo están dotados de una corteza fuerte y robusta, rodeados de hojas verdes y musgo que realzan el color negro de sus ojos, sin pupila. Su cabello está hecho de esas mismas enredaderas y sus orejas son tan puntiagudas como las de los duendes que aparecen en los cuentos que leía de niña.

Me quedo absorta en ella. Sé que es de mala educación, pero me resulta tan fascinante que me es imposible apartar la mirada. Aunque a estas alturas parezca una tontería, aún me sorprende la cantidad de seres diferentes que existen en realidad y que la humanidad desconoce. Si hace un año alguien me hubiera contado todo lo que verían mis ojos hasta ahora, habría pensado que a esa persona le faltaba un tornillo, o quizá dos.

—Llevo tiempo esperándote —dice Kali—. Creí que tendría que traerte yo misma de nuevo.

Su voz suena exigente, algo que no me gusta nada. Recuerdo que Connor me habló de ellas; dijo que no eran tan buenas ni bondadosas como las pintaban en los cuentos. Sé que tengo que tener cuidado y no confiar en ninguna. Aprieto los puños con rabia y escupo las malditas razones por las que no había regresado antes.

—He estado bastante ocupada llorando a mis seres queridos e intentando que no me maten. Por no hablar de que ni siquiera sabía cómo llegar hasta aquí. No habría estado mal que me hubieras avisado de todo lo que pasaría después de darme esta piedra —levanto la mano y le enseño mi pulsera improvisada— qué es o para qué la necesito. Es algo que he tenido que descubrir por mí misma, así como la forma de volver. Quizá se te olvidó decirme que soy una viajera entre mundos.

Los reproches salen de mis labios sin poder contenerlos. Desde que averigüé lo que era, he desperdiciado un tiempo valioso yendo a ciegas y sin rumbo. ¿Y si hubiera podido cambiar algo conociendo las respuestas?

La ninfa se acerca en silencio y se sienta en una de las rocas cercanas al gran árbol. Sus pies se deslizan de una forma tan suave que parece caminar sobre el agua.

—No puedo alterar el destino a mi antojo y no estabas preparada aún para escuchar. —Su voz calmada hace que me hierva la sangre.

—¡Nunca se está preparado para decir adiós a quien quieres! —Levanto la voz. El vacío y la herida siguen escociendo, aunque haya aprendido a sobrellevarlos.

—Sus muertes eran necesarias. El destino quiso ponerte ahí por un motivo. —No me mira al hablar. Parece más interesada en las enredaderas que se mueven entre sus manos a su antojo.

—Puedo entender lo de mi padre, pero… ¡¿Qué sentido tiene la pérdida de mi abuelo?! Su muerte no ha conseguido cerrar los portales. ¡Ni siquiera sé si yo misma podré hacerlo! ¿Qué diablos es lo que se espera de mí? ¿Vas a decírmelo? ¿O tendré que perder a más gente para que alguien decida darme respuestas?

Kali me mira a los ojos antes de hablar; parece que por fin he captado su atención.

—Por lo que veo, todavía no lo has entendido. —Hace una pausa mientras me observa—. Lo que se espera de ti ya lo estás haciendo casi sin esfuerzo. Y no se trata solo de cerrar las fisuras que hay entre el infierno y la tierra.

Mi expresión de «no tengo ni puñetera idea de lo que hablas» la hace resoplar aburrida. Ahora me hace parecer más tonta de lo que me había sentido jamás. ¿De qué está hablando?

—Tu misión, Amber, desde que naciste, es unir a todas las razas para lo que vendrá. Una mestiza, mitad vampira y bruja, respetada y querida por los lobos. Capaz de hacer que los enemigos se vuelvan aliados por un bien común. Tu nacimiento no es casualidad. El destino pone sus piezas donde más le conviene. Si queréis que haya un mundo para todos vosotros después de que él llegue, tendréis que luchar juntos. Te he ofrecido mi ejército; tú tendrás que formar el tuyo. Es la única manera de hacerle frente.

—No puedo unir a las razas si desconocemos a qué nos enfrentamos. Necesito respuestas: saber quién es él y lo que pretende hacer en nuestro mundo.

—No puedo decir su nombre. Aunque no lo quieras reconocer, sabes de quién te hablo. Traerá su ejército desde el infierno y destruirá todo lo que encuentre a su paso.

Y sí, aunque me cueste aceptarlo, sé de quién habla.

—¿Por qué no lo ha hecho ya? ¿A qué está esperando? —pregunto, como haría cualquiera con sentido común.

—Está encerrado en el inframundo. Las esposas que le impuso el Creador lo obligan a permanecer allí. La otra mitad tiene forma de piedra. —Recuerdo lo que vi en mi sueño. Sé de qué piedra habla—. Es solo cuestión de tiempo que la encuentren, al igual que la sangre angelical del guardián que romperá el hechizo que lo mantiene prisionero.

Algo hace clic en mi cabeza.

—¿Es eso lo que buscan? ¿Por esa razón están saqueando templos e iglesias? —Ahora todo tiene sentido.

—Tienen que encontrarla antes de proceder con el ritual: un lugar sagrado y una noche donde el pliegue entre el infierno y la Tierra esté más debilitado. La siguiente luna de sangre.

Trago saliva y me echo a temblar al escucharla. Tanto que he luchado por mantener el equilibrio en mi interior y de pronto se resquebraja con cuatro simples palabras. La luna de sangre. La maldita luna de sangre. ¿Cuántas podría haber en un año?

Intento vaciar mi cabeza de pensamientos, como Esther me enseñó, y me centro en lo importante: dejar el pasado atrás y vivir el ahora. Encontrar una solución en mitad del caos que estamos viviendo.

—¿Y si encontramos la piedra antes que ellos? Podríamos protegerla hasta que pase la… —trago saliva— esa noche. Podríamos impedir que lo traigan de vuelta.

Termino la frase con esfuerzo.

—¿Tú sabes dónde está? —pregunto esperanzada, aunque ya sé la respuesta. Si sabe algo, se andará con rodeos y acabaré tirándome de los pelos para encontrarla yo misma.

—El arcángel que la escondió se aseguró de que nadie, ni siquiera seres de otros planos como yo, la rastreara. —Como me temía, esto y nada es lo mismo—. Pero puede haber una forma…

Kali posa dos dedos en su barbilla, pensativa. A mí me va a dar un ataque de ansiedad con tanta pasividad. El tiempo se agota y yo tendré que volver de nuevo a mi realidad, al castillo y a mi cama. La paciencia nunca ha sido mi fuerte. De pronto, me mira como si hubiera obtenido la respuesta.

—Hay más brujos como tu padre, como la vieja Sagara. Búscalos; quizá ellos te digan dónde está. Pueden ver más allá de lo que hay a simple vista.

Se me ponen los vellos de punta solo de pensar en volver a estar junto a otro brujo como Sagara. Mi visita a la anciana no salió como ninguno esperábamos. Ella terminó ardiendo y yo, a punto de morir desangrada cuando aún era humana.

—¿Y qué haremos si llegamos tarde? —pregunto, poniéndome en la peor situación.

—Aunque encuentren la piedra y abran el portal, jugamos con ventaja. No sabrán que las razas estamos unidas y, lo más importante, tanto ángeles como demonios desconocen tu verdadera procedencia. Piensan que eres una mestiza, mitad vampira y bruja, pero no saben quién es tu verdadero abuelo, ni que portas su misma sangre. Él se encargó de ocultarte demasiado bien.

No sé en qué podría beneficiarnos eso, pero debo encontrar esa piedra antes de que sea tarde.

—Ahora que he aclarado todas tus dudas, solo queda algo por hacer.

La ninfa se levanta de la roca y se acerca a mí. Yo no retrocedo ni un paso. No quiero demostrar debilidad. Alza su mano y agarra la mía para observar la piedra en mi muñeca, luego clava sus ojos negros en los míos.

—Tienes que cerrar el trato —continúa—. Una promesa. La Piedra del Llamado solo funciona si tú estás de acuerdo con las condiciones.

—¿Qué ganas tú en todo esto? —pregunto desconfiada mientras retiro mi mano.

—Mi misión es proteger la naturaleza de algunos de los planos que existen en el universo. La destrucción de tu mundo puede afectar a los demás. Creo que ambas salimos ganando.

Su sonrisa ladeada me da mala espina. Hay algo que se me escapa o que aún no me ha contado. Las palabras de Connor siguen resonando en mi mente como un mantra: «No hay que fiarse de ellas. No son lo que parecen». Entonces, decido dejar las cosas claras y no andarme más con rodeos.

—Tú me proporcionas un ejército. ¿Qué quieres de mí a cambio?

Endurezco la mandíbula y me transformo de nuevo en la líder de la sociedad vampírica. No es la primera vez que negocio algo. Llevo varias semanas adoptando ese rol en el castillo; ya casi se me hace tan fácil como respirar.

Kali se ríe antes de contestar.

—Eres más lista de lo que pensaba —confiesa. Levanto las cejas, incrédula.

¿Debería decir gracias? Parece más un insulto que un halago.

—Siempre hay que equilibrar la balanza, la naturaleza es así. Si tomas algo, debes devolverlo de alguna forma —aclara.

Me parece algo injusto, ya que, como ella ha dicho antes, ambas salimos ganando si Lucifer se queda en el infierno para siempre. Pero decido escuchar su propuesta…

◆ ◆ ◆

Cuando abrí los ojos, estaba de nuevo en mi cama; la diferencia era que un brazo enorme rodeaba mi cintura: Hayden.

Me di la vuelta y contemplé sus facciones relajadas. Pasé mis dedos por su cabello y sonreí al ver que estaba sumergido en un sueño profundo. Su respiración era lenta y pausada. Debía estar realmente cansado después de una noche manteniendo a raya a los demonios en la ciudad.

Solo se permitía bajar la guardia en mi presencia. Yo era como su refugio personal, donde las caretas y los personajes no existían entre nosotros.

Observé la pulsera en mi muñeca y seguí dándole vueltas a lo mismo una y otra vez. No había cerrado el trato con la ninfa todavía. Precisaba saber si llegaría a necesitar su ejército y si valdría la pena lo que tendría que dar a cambio. Era una decisión difícil.

Yo era la líder de la sociedad vampírica y ellos dependían de mí. Hice un juramento de velar siempre por su seguridad hasta el día de mi muerte, y ahora, varias cosas podrían cambiar.

La habitación se encontraba en penumbra, señal de que estaba anocheciendo y pronto sería la hora de ponerse en marcha. Necesitaba contarle a Esther todo lo que había averiguado, sin que eso me hiciera parecer una loca.

No quería hablarles de Kali todavía. Era un asunto que debía mantener en secreto por ahora. Según la ninfa, nuestros enemigos tenían oídos en todas partes. Su ejército era un as en la manga, al igual que la sangre que portaba en mi interior.

No sabía a qué se refería Kali, pero eran tantas cosas que no podría haber digerido nada más. Si no había trato, tampoco habría ejército. Quizá el códice tuviera alguna pista más que nos ayudara a impedir que Lucifer abandonara el infierno.

—¡Hayden! ¿Estás ahí? —El grito de Kress en el pasillo y la forma en que aporreaba la puerta nos sobresaltó a ambos.

En dos zancadas, él llegó antes que yo y abrió la puerta con urgencia.

Me asomé tras él y entonces vi el rostro sin color de la vampira. Antes de que hablara, ya sabía que algo muy malo había sucedido.

Su mirada se alternaba entre los dos mientras hablaba:

—Nos necesitan. A todos. Están atacando Chessington. —Incluso la voz de Kress tembló—. Es el parque de atracciones, Hayden. Está siendo una masacre. Hay niños y familias allí.

CAPÍTULO 24

Chessington World of Adventures era uno de los varios parques de atracciones que se encontraban en Londres. Siempre había querido visitar alguno, pero, dado que se me permitía salir poco y nunca sin la compañía de Ray, no tuve oportunidad.

Hayden y yo nos vestimos lo más rápido posible para reunirnos con los demás abajo. En cuestión de segundos, todos estábamos en la sala del despacho, enfundados en nuestros uniformes negros de combate.

—No llegaremos a tiempo —se lamentó Kress—. Hay cerca de una hora en coche. Treinta y cinco minutos si vamos más rápido, pero ya será demasiado tarde para todos ellos. Hay niños, Hayden; no quiero ni pensar lo que encontraremos.

La vampira apretó los puños de impotencia, al igual que yo. Me gustaría tener alas en ese momento o viajar de un lugar a otro como hacía en mis sueños gracias a mi nuevo don recién descubierto.

—Algunos alfas están allí con sus manadas —informó Dana—. Logan, Raylen y mi padre, junto a mi hermano, ya han salido para allá. Veca y parte de su aquelarre también se han puesto en marcha antes que ellos. Quizá puedan contenerlos hasta que los demás lleguen.

—Esto es muy raro, nunca escapan de las fisuras hasta que cae la noche. Hay mucha luz todavía. —dijo Esther, mirando su reloj —. Son las 17:33.

Como dijo la ninfa, esto solo era el principio de lo que vendría después. Yo había debilitado el fino velo entre el infierno y la Tierra en la primera luna de sangre. Algo peor llegaría en la segunda si lograban encontrar la piedra sagrada y la sangre del arcángel que la custodió.

—¿Has reunido a todos los cazadores? —preguntó Hayden a Kress. Ella afirmó con un movimiento de cabeza.

—Algunos coches han salido ya. Solo faltamos nosotros —respondió, mirando a los demás.

—¡Pues en marcha! —ordenó el vampiro. Todos nos movimos hacia la salida, pero, antes de llegar al último corredor, Hayden me agarró del brazo—. ¿Estás segura? Puedes quedarte en el castillo si no te ves preparada aún.

—Estoy más que preparada —dije, tensando la mandíbula—. No dejaré que hagan daño a personas inocentes mientras me quedo aquí sentada.

Lo miré con determinación. Él asintió y me dio un pequeño beso en los labios, un solo roce que me hizo comprender lo que sus palabras no decían. Por su expresión, estaba preocupado, pero él me respetaba como a un igual. Siempre me había dado la opción de decidir por mí misma. Nunca me dejaría atrás y eso me hacía sentir válida, una más entre ellos. No quería protegerme, prefería luchar a mi lado.

Quizá otra persona no entendería mis sentimientos, pero, después de pasar la mitad de mi vida encerrada en una burbuja y protegida por Ray, una de las razones por las que discutíamos la mayoría de las veces, ahora me sentía libre. Quería un compañero que apoyara mis decisiones, no que me salvara.

Cuando traspasamos la puerta, una voz nos hizo detenernos.

—¡Esperad! —Leus se encontraba tras nosotros—. Hay una forma más rápida de llegar.

El chico miró a Esther con la pregunta en sus ojos.

—No puedo teletransportarnos a todos yo sola —dijo negando con la cabeza—. Es imposible.

—Tú sola no, pero sabes que juntos sí podríamos hacerlo —rebatió el pequeño.

—¡No, Leus! Tú te quedas aquí —replicó Esther, cabreada.

—Has dicho que hay niños allí. No puedo quedarme aquí sin hacer nada. —Su mirada cargada de ira hizo que respetara aún más al joven brujo. ¿Por cuántas cosas habría pasado Leus para tener esa cicatriz en su rostro?—. Sabes que puedo ayudar. No vais a llegar a tiempo. Podemos intentarlo.

—El crío tiene razón. Estamos perdiendo el tiempo —alegó Dash.

Esther lo miró un segundo en silencio antes de suspirar.

—Si conseguimos hacerlo, no te separes de mí, ¿de acuerdo? —ordenó, preocupada.

Esther y Leus nos indicaron las posiciones que debíamos tomar antes de bajar la escalera de la entrada y pisar tierra firme bajo nuestros pies. Luego formamos un círculo perfecto. Dana, Kress, Dash, Hayden y yo nos tomamos de las manos para crear una cadena de energía que nos conectara a todos. Esther y Leus se unieron los últimos, uno frente al otro, para hacernos de ancla.

—¿Y qué pasa si no funciona? —preguntó Dash, desconcertado.

Miró a la bruja a su lado.

—Reza para que eso no suceda y, bajo ninguna circunstancia, te sueltes de las manos —contestó Esther demasiado seria—. Podrías quedar vagando en el vacío.

—Gracias por la aclaración. —Dash se quedó blanco y tragó saliva.

—No te preocupes, no te soltaré —prometí, agarrando su otra mano con fuerza.

—Ahora cerrad los ojos y repetid en vuestra mente adónde queréis ir —ordenó Leus.

Esther comenzó un cántico en latín y el pequeño brujo se unió a ella. Me concentré en el nombre del lugar y deseé estar allí, llegar a tiempo para poder impedir una masacre.

Mis ojos estaban cerrados, pero pude percibir cómo un remolino de viento nos envolvía de repente.

Todo pasó muy rápido. La presión en el pecho, el silencio y la falta de aire; sin embargo, nada logró desviar mi objetivo: no dejaría

que mi hermano ni Hayden se soltaran de mis manos. Me agarré a ellos como si fueran una extensión más de mí misma.

Después, ese silencio se desvaneció para dar paso al caos. Gritos y estruendos casi taladraron mis oídos al escucharlos de golpe.

Mis párpados se abrieron una vez que cogí aire de nuevo. Como todos los demás, llegué un poco aturdida, pero lo habíamos logrado.

—Ya puedes soltarme, Am. —Escuché a Dash a mi lado a pesar del ruido—. No recordaba la fuerza que tenías.

Balanceó la mano con dolor tras soltarlo. Quizá me había pasado un poco, pero no me dio tiempo a pedir disculpas: a varios metros de donde estábamos localicé a algunos brujos del aquelarre de Veca. Supuse que habían llegado de la misma forma que nosotros. Se encontraban exterminando a todo aquel demonio que intentaba salir de allí volando. Eran como una primera línea de escudo para proteger al resto de la ciudad.

Corrimos hasta ellos sin pensarlo dos veces para introducirnos en el parque de atracciones.

—¡Vamos a entrar! —les gritó Hayden para avisar de que ya estábamos allí.

—Están agrupando a las personas en un sitio seguro dentro del parque —nos informó uno mientras nos acercábamos a la carnicería.

Nunca había visto a un demonio, pero las imágenes en mi mente cuando pensaba en ellos no les hacían justicia. El cielo se llenaba de seres oscuros que volaban en círculos y caían en picado. Sus cuerpos enfermizos y esqueléticos ponían los vellos de punta. Sus alas eran como las de los cuervos, pero mucho más demacradas, como si se les hubiera arrancado la mitad de ellas.

—El fuego y cortarles la cabeza es lo único que acaba con ellos —nos informó Kress mientras cruzábamos la primera calle. Nos dirigíamos hacia los gritos de la multitud. Muchos animales escapaban despavoridos sin notar nuestra presencia.

Recordé en ese momento, al mirar los carteles, que este parque de atracciones contaba con un acuario y un zoo en su

interior.

De lejos pude ver cómo los brujos metían a las familias en un resort que se encontraba en el interior del parque. El edificio se veía inmenso desde fuera, capaz de abarcar a un gran número de personas. Algunos lobos custodiaban la entrada e intentaban impedir que los demonios entraran.

—¡Desplegaos y buscad supervivientes, hay que traerlos hasta aquí! —ordenó Hayden, a la cabeza del grupo.

Una luz dorada a mi lado me deslumbró. Ya no veía a Dash ni a Dana. Ahora dos lobos enormes ocupaban su lugar. Todavía mesorprendía su tamaño. El pelaje de mi amiga era precioso, de un blanco tan puro como las alas de los ángeles, y el de Dash era del color del humo, un gris como las nubes que anunciaban tormentas. Sin duda, su envergadura era mayor que la primera vez que lo vi. Mi hermanito se estaba convirtiendo en todo un adulto.

Nos movimos en distintas direcciones, pero antes de dar un paso más, Hayden me agarró del brazo y me empujó hacia su pecho. Sus ojos verde bosque me miraron con súplica cuando habló.

—Te quiero de vuelta sana y salva.

Aun así, su tono de voz sonó más a orden. Acercó sus labios a los míos y me dio un beso corto pero salvaje. Cuando despegó su boca de la mía, le di mi respuesta.

—Yo también te quiero de una pieza —solté ante su sonrisa traviesa.

Él no temía más por mí que yo por él. Era poderoso, pero no invencible; pude darme cuenta de eso cuando Gael traspasó parte de su pecho con una espada a plena luz del día. Eso me recordaba la debilidad de los vampiros ante la luz, sobre todo en este momento.

Y así nos metimos de lleno en el caos. Yo tomé un camino hacia la izquierda, adentrándome más en la zona de atracciones. Este parque era inmenso, rodeado de abundante vegetación, dotado de un aura salvaje, como si se hubiera construido en mitad de un bosque.

Todos mis pensamientos se esfumaron de golpe cuando vi lo que se desarrollaba a mi alrededor. La sangre salpicaba por todos

lados y los cuerpos, desperdigados y sin vida, cubrían el suelo. Un nudo se formó en mi pecho.

¡No mires, Amber!

Trataba de no observar a quién pertenecían los cadáveres. La ira se encendió en mi interior, pero intenté controlarla como me habían enseñado. Era el momento de demostrarme a mí misma que era capaz de mantener mis emociones a raya y el poder que albergaba en un estado de equilibrio.

Seguí corriendo, adentrándome más hacia el ruido, y por fin me introduje en la trifulca. Los lobos arremetían contra los demonios en una lucha sangrienta. Los brujos quebraban sus alas con fuego y, una vez que caían, la manada aprovechaba para despedazarlos con sus fuertes mandíbulas. Sus gruñidos eran un eco en medio de tanto caos y destrucción.

Miré a mi alrededor buscando supervivientes para ponerlos a salvo, pero no había más movimiento que la lucha entre los demonios y nosotros. Solo los gritos en el cielo, varios metros más adelante y más arriba, hicieron que mis pies se movieran de nuevo.

Allí, en lo alto de una atracción de caída libre, se encontraban personas aún montadas en sus sillas. Esta se había detenido, pero ellos se habían quedado atrapados en la cima. Sus gritos de ayuda calaron muy dentro de mí cuando vi a los demonios volando a su alrededor. Aunque los brujos ya estaban tomando medidas y eliminando a algunos de esos seres, los humanos seguían en peligro. Sin los ángeles aquí, nos costaría llegar allí arriba para traerlos a tierra firme.

Cuando estaba dispuesta a llegar hasta ellos, varios llantos llamaron mi atención y miré hacia mi derecha. Provenían de un carrusel de tazas y caballitos. Me acerqué veloz hacia el ruido y quité la chaqueta que ocultaba una de las tazas giratorias.

Ahí, escondidas, se encontraban dos niñas pequeñas casi idénticas. Me fijé en sus coletas rubias, casi deshechas, y en sus vestidos color pastel. Cuando me acerqué a las gemelas, ellas se encogieron más, aferrándose la una a la otra. Tendrían apenas unos dos años de edad. Su madre debía de haberlas escondido allí cuando fueron sorprendidos.

Sabía que no tenía tiempo y que en cualquier momento algún demonio vendría a por nosotras. Puse la voz más dulce que podía en ese instante, aunque la rabia quemaba en lo más profundo de mis entrañas.

—Tranquilas, voy a sacaros de aquí —les susurré, e intenté que agarraran mis manos.

Una de ellas lloraba llamando a su madre; sin embargo, la otra se alzó para que la cogiera, sin soltar la mano de su hermana para que la siguiera. Coloqué a las dos pequeñas a cada lado de mi cuerpo mientras sus brazos se aferraban a mi cuello.

Los gritos de las personas atrapadas quedaron a mi espalda, pero antes debía poner a salvo a las niñas. ¡Demonios! Era la primera vez que había querido tener el poder de estar en dos sitios a la vez. Tampoco podía recurrir a mi velocidad vampírica. Hasta que el sol cayera, nuestras habilidades y nuestra energía eran absorbidas por la luz. Los vampiros nos volvíamos más lentos, torpes y vulnerables de lo que realmente éramos.

Regresé en dirección contraria a la que había seguido para llegar al hotel, pero, antes de cruzar la primera calle, una ráfaga de viento y el grito de un demonio hicieron que me detuviera en seco.

En apenas unos segundos ya lo tenía encima. Sabía que no me daría tiempo a apartarme, así que me agaché para formar un escudo y proteger a las niñas con mi cuerpo. Ya no era humana y cada golpe o herida se cerraría en cuestión de segundos. Solo esperaba el primer impacto. Después de eso, ya no habría otro, pues reduciría a cenizas a ese ser y lo devolvería al infierno del que no debió haber salido.

CAPÍTULO 25

Esperé el impacto con la intención de proteger a las pequeñas, y aunque intentaba controlar mis habilidades, estas respondían a mis más profundos deseos.

Sin esperarlo, las enredaderas salieron disparadas y veloces de la tierra, creando un manto alrededor de mis brazos y ocultando a las gemelas en su interior. Era fascinante la conexión que había obtenido en este tiempo de entrenamiento con ellas, pues ninguna contenían espinas que pudiesen lastimarlas.

Sin embargo, el demonio nunca llegó hasta mí. Sentí un gran calor a mi espalda, a la vez que unos gritos de agonía taladraban mis oídos.

Y ahí, a nuestro lado, se encontraba Veca. La bruja lucía un vestido negro de cuero hasta los muslos y un escote que dejaba ver parte de su tatuaje en el pecho; la otra, la tapaba una capa negra con estrellas. Sus ojos verdes y llenos de furia resaltaban con el maquillaje oscuro y labios pintados del mismo color.

De sus manos surgían esferas de fuego, las mismas con las que había quemado al demonio tras de mí. Sus restos y parte de las cenizas cayeron al suelo mientras me alzaba para coger a las niñas de nuevo.

Las enredaderas volvieron a su lugar de una forma tan delicada que apenas rozaron a las gemelas. Las niñas no paraban de llorar y se agarraron a mí como si fuera su única salvación.

No hicieron falta palabras cuando Veca me miró a los ojos. No teníamos tiempo para agradecimientos, pero sabía que había cumplido con su palabra frente a mi abuelo cuando la conocí. Podía contar con ella; me había demostrado su lealtad desde el primer momento.

Milo, el mastodonte como lo llamaba Hayden, se acercó a nosotras a toda velocidad. Las gotas de sudor resbalaban por su cuerpo grande y musculoso.

—Pon a las niñas a salvo —ordenó Veca.

Él se acercó a mí para que se las entregara, y aunque me costó soltarlas, sabía que él las llevaría seguras hasta el resort.

—Tranquilas, estaréis bien —susurré, ayudando a Milo a tomarlas de mis brazos.

El mastodonte tuvo que hacer un poco de fuerza; las gemelas no querían separarse de mí, y eso hizo que el dolor me desgarrara. Si yo me sentía así por unas niñas que apenas conocía, ¿cómo se habría sentido mi madre al tener que dejarme?

Un crujido de metal retumbó por el parque y los tres miramos la torre. La estructura de la atracción donde estaban los humanos se resquebrajaba poco a poco, tras las sacudidas de los demonios a su alrededor.

—El metal no aguantará mucho más tiempo. Tenemos que sacarlos de ahí. Son los únicos que quedan en las atracciones —soltó la bruja, saliendo a la carrera.

Con mucho pesar, solté a las niñas y las dejé en brazos de Milo. Sus manitas se estiraban en mi dirección cuando corrí tras Veca.

Los gritos desde arriba ponían los vellos de punta. Este día sería otro más que no podría quitar de mi cabeza. Otro más en la larga lista desde que me enteré de lo que era, de lo que se escondía bajo nuestras narices.

Antes de llegar a los pies de la atracción, la torre volvió a crujir y se inclinó hacia un lado mientras se oían gritos desesperados. Varios brujos escalaban por la estructura de metal y los cables para llegar hasta ellos y ayudarlos a bajar de sus sillas, pero los demonios no les daban tregua. Querían carne fresca, llenar

sus estómagos hambrientos. No era difícil darse cuenta de ello al escuchar sus sonoros gruñidos.

Tragué saliva e intenté pensar. Mis habilidades de vampira eran más débiles bajo la luz, al igual que mis enredaderas; pero yo no era una vampira cualquiera. Mi cuerpo y mi poder contenían sangre angelical y demoníaca, así que, si la noche no llegaba aún, yo la traería hasta nosotros.

Me concentré en ese hilo de energía y tiré de él. No hizo falta mirarme en un espejo para saber que mis ojos se habían vuelto negros; lo sentía en cada fibra de mi piel: la oscuridad, esa parte de ella que aún seguía en mí.

Un trueno rugió en el cielo cuando las nubes comenzaron a volverse grises, ocultando el sol. No dejé de tirar de ese hilo hasta que la luz desapareció y los relámpagos se hicieron presentes.

En el pasado me hubiese dado miedo hacer daño a alguien, pero tras tanto entrenamiento físico y mental, lo tenía todo bajo control. Yo era el catalizador de esa energía; aquella que la manejaba a su antojo.

La lluvia comenzó a caer y respiré aliviada; me pasaba cada vez que liberaba energía de mi cuerpo. Según Esther, era necesario.

Sentí como mis habilidades vampíricas se recargaban, pero los chirridos de metal se volvieron ensordecedores cuando la base de la atracción se rompió frente a mí. La estructura colapsó hacia un lado, precipitándose al vacío con todas aquellas personas en la cima.

Ni siquiera lo pensé; me dejé llevar por mi intuición. Solo un pensamiento, una orden, y miles de enredaderas surgieron de la tierra y se enroscaron alrededor del metal, sujetando la estructura.

—¡Gracias por los escalones, pelirroja! —Un borrón pasó a mi lado a gran velocidad.

Una melena negra y muy rizada apareció en mi campo de visión. Kress subía con ayuda de mis plantas trepadoras mientras blandía su bastón con una sola mano, derribando uno a uno a cada demonio que se encontraba hasta llegar a la cima.

De pronto, un gran remolino de viento apareció engullendo a las personas atrapadas. No sabía qué estaba pasando. Kress se tambaleó cuando la vagoneta se desprendió de la atracción,

llevándose a los pasajeros con ella. Pero el remolino descendió hasta el suelo con delicadeza, depositando a los humanos sanos y salvos en tierra firme para que los brujos pudiesen soltarlos de sus asientos.

¡No podía ser! Ese remolino no era magia elemental. Era una habilidad. Yo conocía muy bien ese poder. Busqué a mi alrededor una prueba de que no me había vuelto loca, y ahí, a gran distancia, a través de la lluvia, distinguí la espalda de un hombre que se perdía entre las atracciones. Esbelto, de cabello negro y largo hasta los hombros.

Aunque se hubiese tapado con capucha antes de desaparecer y lo hubiese visto solo un instante, lo conocía demasiado bien como para saber de quién se trataba: Connor. ¿Dónde demonios se había escondido hasta ahora? ¿Y por qué nos ayudaba desde las sombras?

La rabia recorrió mi cuerpo cuando di el primer paso para ir en su busca. Quizá estaba demasiado obsesionada con encontrarlo y hacer justicia, pero antes tenía algo pendiente. Miré a Kress, ya segura en el suelo y ayudando a los demás a llevar a los humanos hacia el resort.

Fue entonces cuando desaté mi poder. Los relámpagos que contenía estallaron con fuerza, iluminando las nubes grises. Los demonios volaban despavoridos, pues no paré hasta reducir a varios de ellos a cenizas. Ya no era una vampira, ni una bruja. Me había convertido en la tormenta misma, lista para arrasar con todos ellos.

Pero todo pasó tan deprisa que no tuve tiempo de reaccionar. Unas garras me atraparon por la espalda y me vi suspendida en el aire. Las uñas de un ser del inframundo escarbaron en mis hombros; tanto, que un alarido de dolor escapó de mis labios. Puede que la herida se cerrara más tarde, pero dolía como el demonio.

El cretino nos estrelló contra una estructura, rompiendo el techo en el proceso. Sentí mi espalda crujir, pero en un segundo mis huesos se recomponían a medida que intentaba levantarme.

Miré hacia un lado y vi a un muñeco tocando un piano; el ambiente tétrico me rodeaba. Tenía gracia: había caído en la zona de Transylvania, para ser más exactos, en el interior de la atracción

Vampire. Ese que tocaba el piano, supuestamente era Drácula. Qué ironía.

El dolor de un recuerdo fugaz me golpeó al pensar en ese nombre, pero lo aparté de mi mente de inmediato. Solía apodar así a mi abuelo en mis pensamientos cuando llegué al castillo, pero no era momento para eso.

El demonio avanzaba hacia mí mientras otro descendía del cielo y se unía a él. ¡Dios! Mis poderes no eran ilimitados y ya sentía la falta de energía en mi interior; pronto estaría en problemas si no contaba con ellos. No podía hacer nada con unas simples dagas… ¿o sí?

Ahora tenía más fuerza; podría rebanar sus cuellos si quisiera. Seguía subestimándome a mí misma. Ya no era humana, aunque a veces se me olvidara ese detalle.

Ambos se acercaron listos para atacar y pude fijarme en sus rasgos. Daba asco solo mirarlos: sus cuerpos demacrados olían a piel podrida, ya que parecían estar a medio descomponer. De sus cabezas calvas brotaban dos pequeños cuernos rojos, y sus ojos eran dos pozos sin fondo, tan negros como se volvían los míos cuando abrazaba la oscuridad. No tenían nariz, solo dos pequeños agujeros que me recordaban a los de una calavera; pero lo que llamó más mi atención fueron sus colmillos. Era lo único que conservaban mejor: afilados y puntiagudos para desgarrar a sus presas.

Eché mano a mis botas y saqué mis dagas por si mi poder no daba más de sí. La de Hayden la dejaría escondida en mi muslo para otro momento. No quería mancharla de sangre asquerosa y podrida; era demasiado valiosa.

Me puse en posición de defensa y esperé a que llegaran. El olor se volvía peor con su proximidad.

—¿Nadie os ha dicho que apestáis a cloaca? —Arrugué la nariz. Uno de ellos ladeó la cabeza, desconcertado.

Los demonios se lanzaron hacia mí, y aunque estaba preparada para ello, sin esperarlo, algo oscuro y grande los arrolló con una fuerza brutal hasta estrellarlos contra una de las paredes.

¿Qué demonios…?

El aire se llenó de partículas fragmentadas y escombros. Me tapé la cabeza y los ojos pensando que quizá fuera Ray, pero… ¿desde cuándo un lobo podía volar? Era imposible. Esperé a que el polvo se disipara y, cuando mi visión se acostumbró al entorno, lo vi frente a mí.

Una criatura oscura me daba la espalda, enfrentándose a los otros dos demonios. Era el doble de grande que ellos; solo con sus alas de murciélago extendidas ya superaba con creces la envergadura de los otros dos seres esqueléticos. Su piel, de un color negro acerado, brillaba a pesar del polvo que se adhería a su cuerpo. ¿Qué diablos estaba pasando?

Una de las criaturas se levantó y avanzó en mi dirección, pero la enorme mole negra lo agarró de la cabeza y lo estampó contra el suelo. Al girar su cuerpo, pude observar sus rasgos: no tenía ojos, solo dos pequeñas rendijas por nariz y una boca llena de dientes que enseñaba como advertencia a sus oponentes.

¿Me estaba volviendo loca o es que la mole no veía bien a quién atacaba? Yo era su enemiga, no ellos. ¿Me acababa de meter en una pelea entre demonios? Me quedé desconcertada; aquella bestia no permitía que ninguno me pusiera las garras encima.

Di un paso hacia la salida con la intención de que se mataran entre ellos, pero me detuve cuando un alarido de dolor penetró en mis oídos y algo se removió en mi interior. Era una sensación rara, como si estuvieran dañando una parte de mí; algo que me pertenecía.

Me giré y observé cómo se desarrollaba la lucha encarnizada. Aunque la mole era mucho más grande y fuerte que ellos, los otros dos jugaban con ventaja: uno agarraba sus alas mientras el otro le hincaba los colmillos. Sin embargo, el gran demonio apenas se movía, intentando hacer de barrera entre ellos y yo. ¿Por qué me protegía? Alas de murciélago… ¿Podría ser..?

No sabía si había perdido la cabeza, pero no podía irme sin más. Tiré nuevamente del hilo que me conectaba a mi magia y las enredaderas surgieron del suelo, rompiendo todo a su paso hasta atrapar los cuerpos esqueléticos. Solo tuve que dar una orden: las espinas crecieron y se aferraron a ellos. Apreté tanto sus asquerosos

cuerpos que acabaron siendo nada más que restos de carne y huesos.

Después, todo quedó en silencio.

La mole se giró hacia mí y se postró de rodillas en el suelo, como si yo fuera su dueña, su reina. Su cuerpo estaba bañado en un líquido negro y espeso; era su sangre. Respiraba con dificultad mientras parecía observarme, a pesar de no tener ojos en el rostro.

Mi cuerpo comenzó a temblar. Había gastado demasiada energía en muy corto espacio de tiempo y esta me había abandonado por completo. Me apoyé en la pared sin quitarle el ojo de encima a la criatura. Como intuía, me había protegido de esos dos seres. ¿Habría detectado la sangre de su creador en mí? El ejército de Asmodeo… ¿Sería uno de ellos?

Sabía que debía matarlo —era un demonio—, pero… simplemente no podía hacerlo. Sentía el dolor de sus heridas en ese instante. ¿Por qué? No sé cuánto tiempo pasamos frente a frente mientras me debatía en una guerra interna entre mi instinto y mi deber.

Todos esos pensamientos se esfumaron cuando una luz cegadora cortó su cuello. Su cabeza rodó por el suelo. Tras su espalda, aparecieron unas alas tan grandes y blancas que resaltaban aún más la diferencia entre ambos seres. El cuerpo de la mole se desmoronó frente a mis ojos mientras estos se abrían como platos por la impresión.

No me dio tiempo a decir ni una sola palabra. El ángel se abalanzó hacia mí y me agarró del cuello. El color de sus ojos era una mezcla entre blanco y azul. Sabía quién era: lo había visto en mi sueño, cuando el creador le entregaba la piedra sagrada.

Michael.

—¿Cuándo pensabas matarlo? —preguntó con desconfianza. No ejercía presión en su agarre, solo me mantenía inmovilizada.

—¿Es que acaso no puedes verme? Apenas me mantengo en pie. —mentí.

Esa no era la verdadera razón, pero bajo ninguna circunstancia los ángeles o los demonios podían enterarse de mi

naturaleza. Creían que mi don era el resultado de una mezcla entre razas; no sabían que mi oscuridad escondía un secreto.

—Le advertí a tu amiga que te mantuvieras al margen —escupió con furia contenida. Aun así, seguía sin hacerme daño.

—No puedo hacerlo si hay personas en peligro. Si piensas matarme, hazlo; de lo contrario, ¡quita tus manos de mi cuello ahora! —Deslicé mis colmillos en una clara amenaza, pero un grito desgarrador se escuchó desde algún punto del parque. Conocía esa voz.

¡Dana!

CAPÍTULO 26

Dana

Mis patas golpeaban la tierra a un ritmo que no requería pensar; había nacido para ello. No corría, fluía, dejándome llevar por mi instinto. Mi pecho se hinchaba con cada bocanada de aire mientras mi gran cuerpo esquivaba las estructuras de las atracciones y los árboles que me rodeaban. Dash se mantenía a mi lado: los lobos, unidos, éramos más fuertes. No podríamos poner a salvo a toda la gente, pero sí seríamos sus escudos. La parte inferior de mis extremidades ya no era blanca; un tono rojo escarlata se había adherido a mi pelaje, la sangre de los que ya habían caído antes de nuestra llegada.

Un lugar que prometía un día de diversión se había convertido en un maldito infierno. El paisaje era desolador y, aunque intentaba mantener la vista al frente, me resultaba imposible no ver los cuerpos que yacían en el suelo. Algunos de los míos habían caído, pero otros seguían luchando con uñas y dientes. Dash y yo nos unimos a las manadas que se encontraban allí.

Cuanto más trabajaba junto a los brujos, más fácil era notar lo efectivos que éramos en grupo. Congeniábamos a la perfección con un simple pensamiento; cada uno sabía qué hacer sin estorbar al otro. Juntos, éramos imparables.

Algunos ponían a salvo a los pocos humanos que quedaban; otros invocaban sus elementos hasta derribar a los demonios del cielo como si fueran simples aviones de papel. Nuestra misión consistía en acabar con ellos una vez que llegaran abajo.

No lo pensé cuando uno cayó al suelo con las alas quebradas. Me impulsé con mis patas traseras y hundí mis colmillos en su cuello

para desgarrarlo. No mentiré diciendo que fuera agradable; aquellos demonios olían a podrido y el sabor de su sangre era aún peor, pero los impulsos y la rabia de mi animal interior, alimentados por la carnicería que habían provocado, eran mayores que todo lo demás. Mi loba y yo ardíamos en furia y desdén por todas esas muertes inocentes.

Dash y otros lobos de una manada distinta tiraron de los extremos de la carnada. En un abrir y cerrar de ojos, ya solo quedaban restos de aquellos seres repulsivos. Así, uno tras otro, iban cayendo como moscas. Los brujos tejían la telaraña y nosotros dábamos el golpe final.

No sé cuánto tiempo pasó; no llevaba la cuenta de los demonios que habíamos exterminado. Parecían reproducirse sin fin.

De soslayo vi cómo Leus los cazaba. Era impresionante observar al pequeño en acción: su oscuridad los envolvía en el cielo y, una vez cegados, su ráfaga de viento los forzaba a caer en picado hasta estamparse contra el suelo. Los brujos solían usar el aire, el fuego y el agua. Este último elemento los hacía ahogarse y volar perdidos hasta acabar estrellándose con alguno de los árboles.

Mi mente estaba puesta en cada objetivo que caía a tierra; aun así, cuando me transformaba en mi otro yo, el instinto de protección que teníamos los lobos era difícil de controlar. A veces mi vista se perdía buscando a Leus, segura de que Esther estaría cerca. La bruja se movía de un lado a otro dominando los elementos a la perfección. Entonces comprendí por qué Allan, el padre de Amber, la había elegido.

Esther era una persona dulce; su voz, suave y sedosa, era capaz de calmar hasta las peores bestias. Sin embargo, también tenía carácter. Era como las dos caras de una misma moneda. Mentiría si dijera que no amaba cada parte de ella; que la tristeza y las ganas de besarla me quemaban desde nuestra última pelea. ¿Por qué se me hacía tan difícil contarle la verdad a mi padre?

El rubiales y Kress traían gente hasta el resort, pero el primero se afianzó junto a los lobos en la puerta, quebrando a cualquier demonio que intentara entrar.

Mis patas se movían veloces mientras atrapaba y despedazaba a esas alimañas. Varios cazadores vampiros empezaron a llegar y, juntos, conseguimos reducir su número.

Un trueno rugió en el cielo y las nubes se oscurecieron. Sabía que era Amber quien estaba creando la tormenta. Había pasado demasiado tiempo con ella en sus entrenamientos para saber que lo tenía completamente dominado.

Gracias a la escasez de luz, nuestros aliados de colmillos largos se volvieron más rápidos, fuertes y efectivos. Ya no eran cazadores; eran sombras veloces a nuestro alrededor, una ventaja a nuestro favor. Mi amiga era demasiado lista.

Un crujido de metal retumbó por todo el parque, acompañado de gritos de terror. Mis orejas se irguieron de golpe al escuchar a uno de los brujos:

—¡Hay personas atrapadas en una de las atracciones! ¡Intentad que esos seres no lleguen hasta ellas! —informó.

Algunos comenzamos a correr hacia allí, mientras otros se quedaron protegiendo el resort. Una parte de mí no quería perder de vista a Esther, pero sabía que estaría más segura cerca del rubiales y de Leus. A mí me necesitaban en otro punto.

Solté un último gruñido de frustración mientras debatía con mi otro yo, el más protector, las razones por las que debíamos acudir a ayudar. Mi loba quería quedarse junto a ella; yo, terminar de una vez por todas con aquellas alimañas y poner a la gente a salvo.

Zigzagueé entre la maleza, aguzando el oído para llegar hasta la atracción. Otro crujido metálico, nuevos gritos de pánico y la tierra tembló bajo mis patas. Varias grietas se abrieron a mi alrededo; no podía ver a Am, pero sabía que eran sus enredaderas abriéndose paso bajo el suelo.

Algo pasó veloz sobre mi cabeza. Brinqué a la derecha y mis patas se deslizaron justo cuando uno de ellos se estrellaba contra un árbol. El demonio se levantó con un gruñido, esperando mi ataque, pero dos lobos aparecieron a mi espalda y arremetieron contra él de un salto. Uno era Dash; sus potentes mandíbulas se aferraron a sus extremidades y las desgarraron. Supe que la situación estaba controlada y que tenía que avanzar.

Antes de moverme, los rayos estallaron y entendí que Amber había desatado su tormenta. Los demonios caían en picado por todas partes mientras llegaba a mi objetivo.

Los humanos estaban bien, ayudados por los brujos a salir de sus asientos; pero lo que cortó mi respiración fue ver al ser que se llevaba a mi amiga volando entre sus garras. Su vuelo fue tan rápido que los perdí de vista, hasta que el estruendo de su colisión contra una edificación me llenó de urgencia.

Sabía que Amber ya no era humana, pero si mi loba se ponía histérica por proteger a Esther, con ella era peor. No era mi amiga, era mi hermana, y ese lazo que nos unía era más fuerte que la sangre.

Habría llegado a tiempo; ya estaba muy cerca de la entrada de la atracción de Transilvania, pero algo oscuro llamó mi atención. Su cuerpo era grande y robusto y sus alas, poderosas y con forma de murciélago, surcaban el cielo en esa dirección.

Conocía a ese demonio: era uno de los primeros que escaparon del portal. El ejército de Asmodeo. Sin darme cuenta, me distraje de mi objetivo y apagué todos mis instintos, incluso el de protección.

No lo vi venir…

—¡Dana!

El grito de Esther penetró en mis oídos mientras giraba la cabeza. Lo único que vi antes de salir despedida por una gran fuerza fue al demonio que venía hacia mí cambiar de dirección.

Todo ocurrió muy rápido, pero lo sentí como si el mundo se detuviera: el poder de Esther al apartarme, sus ojos pardos llenos de sorpresa al ver que el ser se acercaba, sus labios intentando pronunciar un conjuro nuevo para protegerse a sí misma que no llegó a finalizar. La embistió hasta estrellarse con ella en una de las estructuras.

Él salió volando de nuevo; ella… no lo hizo.

No recuerdo cuánto tardé en reaccionar, si pasaron segundos o minutos, hasta que por fin mis patas respondieron y mi gran cuerpo se alzó del suelo. A mi alrededor había alboroto y alas blancas que aterrizaban, pero mi conciencia solo estaba puesta en

aquella casa de comida destruida. Un lateral de la taberna, convertida en escombros.

Mis primeras pisadas, temerosas, fueron lentas y pausadas; pasaron de cuatro patas a dos pies. Un frío gélido recorrió cada parte de mi cuerpo desnudo, sumándose al que ya sentía. Era miedo. Miedo de saber lo que podía encontrar.

Ella era bruja, pero también humana, su cuerpo no podía haber resistido aquello.

Y entonces corrí, cayendo de rodillas y apartando escombros como una desquiciada para encontrarla. No tardé demasiado. Su cuerpo yacía bajo el polvo y algunos ladrillos.

—¡Idiota! ¿Por qué siempre tienes que meterte en medio? —grité frustrada, con la voz quebrada mientras recordaba cómo se interpuso entre su padre y yo.

Sentí que alguien echaba una capa sobre mi cuerpo desnudo. Yo limpiaba los restos de suciedad de su rostro, esperando que despertara. Kress se agachó a mi lado, en silencio, y con dos de sus dedos le tomó el pulso. Miró a alguien detrás de mí y negó con la cabeza. ¿Qué quería decir?

—Vamos, Esther, ¡despierta! No me gustan estas bromas.

Creí que mis cuerdas vocales se desgarrarían. Alguien me tomó del brazo para apartarme de su lado. No supe que era mi padre hasta que escuché su voz.

—Está muerta. Tienes que dejar que los brujos se la lleven.

No me había dado cuenta hasta entonces, pero todos estaban alrededor de nosotros. Incluso Logan me miraba con lástima.

—¡No! —Me solté de su agarre de un tirón—. Ella no puede morir, papá. —Mis labios comenzaron a besar su frente y la estreché más fuerte entre mis brazos—. ¡Necesitaba tiempo! Tiempo para decirte que la amo. Amo a una bruja, papá.

Él no dijo nada. El silencio a mi alrededor era peor que el caos que habíamos vivido minutos antes.

Cuando toqué su pecho, la realidad me golpeó. No se movía. No respiraba. Esther… estaba muerta.

Lloré y grité de rabia sin soltarla, hasta que la voz de Kress captó mi atención:

—¡Haz que despierte! —ordenó a un hombre de grandes alas blancas—. Sé que podéis hacerlo.

El ángel negó con la cabeza.

—¡Hazlo, maldito seas, Michael! —escupió con rabia sin apartar sus ojos de los suyos. Sus colmillos estaban a la vista, amenazantes.

Él, por fin, le prestó atención.

—Va en contra de las reglas. No puedo hacer nada —respondió con sinceridad.

Hasta que una voz se abrió paso entre la multitud.

—Pero yo sí.

Apenas fue un murmullo, débil y sin fuerzas, aunque con un tono lo bastante desafiante como para que los demás la miraran.

Su uniforme estaba hecho jirones en los hombros y el costado y sus piernas temblorosas apenas la mantenían en pie. Se acercó a nosotras a paso lento y con esfuerzo.

De pronto, sus ojos se volvieron negros, sin pupila, como los mismos demonios que acabábamos de combatir. Un trueno rugió en el cielo y supe que Amber, mi amiga, mi hermana, había traído la tormenta de nuevo.

CAPÍTULO 27

Amber

Tras los gritos de Dana, Michael soltó mi cuello y se preparó para alzar el vuelo. Quise salir corriendo, pero mis músculos no respondían como hubiera deseado. Miré la ancha espalda del ángel guerrero, listo para impulsarse hacia el cielo. Ni siquiera lo pensé; no había orgullo cuando mi familia estaba de por medio.

—Necesito ir… —un susurro roto salió de mis labios, lo bastante alto para que Michael lo escuchara.

Se giró mostrándome su perfil. No me miró de frente; su vista estaba perdida en el vacío a nuestro lado, pero pude ver cómo sus puños se cerraban con fuerza a sus costados por la indecisión.

—¡Por favor! —Di un paso al frente, temblorosa. Odiaba sentirme vulnerable, pero sabía que tardaría demasiado si iba sola—. No soy tu enemiga.

Creo que pudo ver en mis ojos el dolor y la desesperación porque, tras apretar la mandíbula, suavizó sus facciones y suspiró. En dos zancadas se acercó a mí y se inclinó a mi altura. Era mucho más grande que yo, sin contar la envergadura de sus extremidades emplumadas. Tras un silencio incómodo, me levantó con firmeza en un solo movimiento, sujetando mis rodillas y mi espalda. Sin previo aviso, preparó sus alas y nos impulsamos hacia el cielo.

No me miró ni habló; yo tampoco lo hice. Ni siquiera sentí nada al volar. Lo único que recorría mi cuerpo era miedo ante lo que podía encontrar al llegar a mi destino.

No estábamos muy lejos de los sollozos de Dana. Mi mente giraba pensando en los míos, aterrorizada ante la posibilidad de que alguno de ellos estuviese herido. Lo primero que vi fue el círculo

cerrado que formaban alrededor de Dana. Brujos, vampiros y lobos contemplaban la escena en silencio. No podía ver nada desde mi posición.

Michael plantó los pies en el suelo antes de soltarme con delicadeza y perderse entre el muro de personas para llegar al centro. Quise hacer lo mismo, pero mis pasos eran más lentos y la fuerza de mis músculos, casi nula. Aun así, logré meterme en el bullicio.

—¡Haz que despierte! —Oí la voz de Kress—. Sé que podéis hacerlo.

No hizo falta llegar hasta ellos para ver lo que se desarrollaba frente a mí. «¡No!», grité por dentro cuando el miedo se convirtió en dolor. Otra vez esa misma sensación de vacío y pérdida. Tragué saliva y cerré los ojos para dejar de ver a Dana sosteniendo a Esther entre sus brazos, esperando a que despertara. Pero todos sabían que no lo haría.

—¡Hazlo, maldito seas, Michael!

La amenaza de Kress retumbó en mis oídos y una llama de esperanza se encendió en mi pecho.

—Va en contra de las reglas. No puedo hacer nada —respondió él, sincero y con la mirada gacha.

Pero yo no era un ángel, no tenía que rendir cuentas ante nadie. No me conformaría con decir adiós.

Una idea llegó veloz a mi cabeza y me aferré a ella como a un clavo ardiendo. Si aún quedaba algo de esperanza, lo intentaría. Quemaría hasta el último cartucho para traerla de vuelta.

—Pero yo sí. —Mis palabras salieron sin esfuerzo. Michael dio un paso para detenerme, aunque Kress lo detuvo agarrando su brazo. Una orden silenciosa…

Busqué ese hilo que me mantenía ligada a mi magia. Sabía que ya no quedaba apenas nada y, sin embargo, recurrí a la última alternativa: la rabia. Tanto tiempo entrenando para controlarla y adquirir un equilibrio, y ahora daría dos pasos atrás; la dejaría libre para que explotara a sus anchas. La rabia me cegaba, pero también me hacía más fuerte. Esto podría acabar mal, muy mal, aunque… ¿qué nos quedaba por perder?

Comencé a tirar de ese hilo o, mejor dicho, lo forcé hasta estrangularlo. Un trueno rugió en el cielo; ahora solo tenía que soltar toda la agonía y la oscuridad de mi otra mitad.

—¡Apartaos! —ordené a todos.

Ya sabía lo que iba a pasar. Dash también, pues agarró a Dana e intentó alejarla del cuerpo de Esther. Su mirada encontró la mía en un ruego silencioso, y yo le dije sin palabras que confiara en mí.

Pensé en mi madre, en mi abuelo, en mi padre y toda mi trayectoria hasta ese momento. Reviví todas sus muertes. Todas las imágenes que había jurado apartar de mi mente regresaron como un vendaval y, así, mi rabia se desató… y con ella, la tormenta.

La lluvia comenzó a caer a la vez que los rayos iluminaban el cielo. Solo tuve que llamarlos y ellos respondieron. Levanté los brazos y un relámpago se aferró a mis manos, sembrando el pánico a mi alrededor. Apreté los dientes para contenerlo; era muy difícil, pero no imposible. La electricidad danzaba por mis dedos como una segunda piel. Tenía que controlar la energía justa para no acabar quemando a mi prima. Y lo hice. Solo tuve que soltarlo y este impactó en su pecho como una descarga. Su cuerpo reaccionó con un espasmo, pero seguía sin moverse.

¡Vamos Amber, puedes hacerlo!

Otra sacudida siguió a la primera mientras mis rodillas golpeaban el suelo. Ya ni siquiera sentía los pies y mi respiración era cada vez más forzada, pero no me rendiría. Sabía que era la última oportunidad antes de desvanecerme. La última. Pedí al universo que me ayudara; quería demostrarme a mí misma que este don no era solo destrucción, que también podía utilizarlo para salvar vidas. Que no era el monstruo que creí en un principio.

—¡Ya basta! —La voz de Hayden se alzó entre el gentío, pero no me detuve.

El último chispazo impactó contra Esther. Mis fuerzas menguaron hasta no quedar absolutamente nada. Antes de dejarme llevar por la oscuridad, mi prima abrió los párpados de golpe y dio una bocanada de aire. Me miró, perpleja y, casi al mismo tiempo, mis ojos se fueron cerrando y dieron paso a la negrura.

No sentí el golpe antes de caer en la inconsciencia: unos fuertes brazos me sujetaron con delicadeza. Su olor, tan conocido, fue lo último que percibí antes de soltar mi aliento final.

◆ ◆ ◆

Abro los ojos e intento ubicarme. Estoy en una habitación desconocida y un tanto extraña. Una tenue luz me rodea gracias a algunos farolillos colocados en ciertos puntos de la estancia. Es como si hubiera viajado atrás en el tiempo: todo lo que me rodea es antiguo y extravagante. La cama con dosel está forjada en hierro negro y las sábanas rojas me rodean como si fueran un manto de sangre.

Miro mi vestimenta; es la misma que llevaba antes de desvanecerme. Observo la tela del uniforme, sobre todo en los hombros, hecha jirones por culpa del demonio que me arrastró por el aire.

—¿Un mal día? —Una voz grave a mi derecha hace que salte hacia el otro lado de la cama.

Me pego a la pared y desenvaino las dagas de mis botas. Por suerte, siguen ahí. Sus carcajadas envuelven la estancia mientras intento distinguir su figura. Está sentado en un sillón donde la luz no lo alcanza, pero conozco esa voz, esa risa…

—Qué agresiva… —Su tono es relajado—. Creí que despertarías como la última vez: como un conejillo asustado.

—Lucifer… —Aprieto los dientes con rabia. Pensé que Hayden me había llevado a otra habitación; jamás imaginé que me encontraba en un sueño—. ¿Por qué me has traído? ¿Dónde estoy?

—Ese ya no es mi nombre. —Su tono divertido cambia a uno más sombrío. Sus uñas rasgan el reposabrazos. No lo veo, pero el sonido es difícil de ignorar. Las dagas siguen en mis manos—. Tiene gracia lo fácil que es traerte con un pensamiento. Un viajero entre mundos sin escudos… No deberías ser tan descuidada. ¿Te gusta mi habitación? —Su tono de burla me hace hervir la sangre.

—¿Por qué no das la cara, me dices qué hago aquí y te dejas de tonterías? Ya sé quién eres. No me gusta hablar con un muro —suelto, demasiado a la ligera.

En un segundo, el silencio invade la habitación; al siguiente, me encuentro contra la pared. Una de sus manos agarra con fuerza las muñecas sobre la cabeza, mientras la otra aprieta mi barbilla hasta el punto de que mis dientes duelen. Las dagas caen al suelo con un estruendo metálico, y temo que reconozca mi pulsera: la Piedra del Llamado. Pero él no presta atención a mis complementos.

Sus ojos grises se clavan en los míos con desdén. Es tan hermoso como lo recordaba en mi sueño con el Creador. Ahora sus alas negras no están expuestas; me pregunto cómo puede hacerlo. Su mandíbula afilada parece estar tallada en mármol, enmarcada por pestañas largas y cejas pobladas, varios tonos más oscuras que su cabello dorado. Este ahora luce mucho más largo; diría que hasta su cintura si pudiese mirar hacia abajo, pero su mano me mantiene tan cerca que ambos respiramos el mismo aire. Toda su belleza se desvanece en su mirada, tan fría que parece estar vacío por dentro.

—No insultes mi hospitalidad, mestiza. Quería ser amable con mi invitada. ¿Debería enseñarte modales?

Es una amenaza, pero lo dice como si estuviese hablando del clima. Yo no aparto la mirada, intentando mostrarme firme; sin embargo, el temblor de mi cuerpo me delata.

—Llevo mucho tiempo esperándote. Si no fuera porque no puedo matarte y aún puedes serme útil, te enviaría a los fosos de castigo para controlar tu lengua impertinente.

Me suelta de una sacudida. Me masajeo las muñecas para aliviar el dolor.

Sus palabras aún resuenan en mi cabeza: «No puedo matarte». ¿A qué se refiere?

Como por arte de magia, más farolillos se encienden e iluminan todo a mi alrededor. Con un giro de su mano, su sillón aparece en mitad de la estancia, frente a otro. Camina hacia él con pasos lentos y seguros; sus andares son tranquilos y orgullosos, los de un rey entre demonios.

Se acomoda en él de forma despreocupada, con una pierna apoyada sobre la rodilla contraria. Una de sus manos descansa en el reposabrazos y la otra agarra su barbilla, pensativo, mientras me observa.

—Acércate —me ordena.

—Estoy bien aquí, gracias. —Me cruzo de brazos.

Una sonrisa irritada tira de sus labios y, al momento, una fuerza invisible me arrastra hasta sentarme frente a él.

—Mucho mejor —murmura complacido.

¡Cretino!

Creo que mis dientes se partirán de tanto apretarlos. Estoy tentada a salir corriendo o a despertar de una puñetera vez, pero soy una novata en esto y no tengo ni la menor idea de cómo hacerlo. Por otra parte, me puede la curiosidad. ¿Qué quiere el rey del infierno de mí? Quizá esta información nos sirva de algo.

—No quieres matarme… ¿Por qué? —Su mirada es tan penetrante que creo que puede adivinar mis pensamientos.

—Primero —levanta uno de sus dedos—, me encanta molestar a mi padre y tú eres un quebradero de cabeza para él. Segundo: llevo mucho tiempo esperando a que los portales se debiliten y no voy a arriesgarme a que se cierren de nuevo…

Su sonrisa me pone los vellos de punta. Ahora empiezo a encajar las piezas. Si muero, existe una posibilidad de que las fisuras vuelvan a fortalecerse.

—Y tercero —se inclina más cerca para que lo escuche bien—, he pensado que puedes serme de utilidad.

Voy a contestar que se vaya a la mierda, pero habla antes de que pueda hacerlo.

—Michael tiene algo que quiero. Necesito que me ayudes a encontrarlo.

Sé que se refiere a la piedra sagrada. Es una buena señal: aún no la han hallado.

—Sé lo que estás buscando y para qué lo quieres. ¿Crees que te ayudaré a destruir mi mundo? ¿A mi gente? —Aprieto los puños con rabia.

—¿Tu gente? —Su risa irónica me hiela la sangre—. Ellos son los que más dolor te han causado. Nosotros dos no somos tan diferentes. Dime, Amber, ¿qué se siente al ser perseguida toda tu vida? ¿Acaso fui yo quien mató a tus seres queridos? Sabes que tu mundo está tan podrido como el infierno. ¿No quieres venganza? Los humanos son egoístas y crueles; siempre sembrando guerra y destrucción.

Me hace gracia que él esté hablando de guerra. ¿Acaso no es precisamente eso lo que quiere iniciar?

—La venganza no me los devolverá. —Lo miro desafiante—. ¿Es así como convenciste a tus hermanos de que traicionaran a su padre?

—Te estoy ofreciendo un lugar a mi lado, para ti y los tuyos, si me juras lealtad. Cuando arrase con todo, espero que quieras estar en el bando correcto.

Sin duda, Lucifer tiene una mente brillante y un don de convicción alucinante.

—No —respondo tajante, sin la menor sombra de duda. Él se ríe a carcajadas; apuesto a que no esperaba una negativa.

—¿Cómo dices? —pregunta desconcertado.

—Que te den, rey del infierno —respondo a la vez que me levanto del sillón—. Puedes meterte tus argumentos por donde te quepan. Jamás dejaremos que destruyas nuestro mundo.

Su mandíbula se endurece; sin embargo, no se mueve. Sus uñas se clavan en los reposabrazos.

—Escúchame bien, mestiza —Su voz fría penetra en mis huesos—. Voy a destruir todo lo que amas. Y luego voy a encerrarte en una jaula para mi satisfacción personal hasta tu último aliento de vida. Recordarás este día y cómo rechazaste mi oferta. Sufrirás tanto que suplicarás por tu muerte.

Antes de que pueda contestar, la habitación se vuelve borrosa. El demonio ya no me quiere aquí. Entonces, caigo de nuevo en la oscuridad.

CAPÍTULO 28

Mis ojos se abrieron poco a poco mientras me acostumbraba al ambiente. Miré a mi alrededor y, aunque la habitación se encontraba en penumbra al igual que la vez anterior, suspiré aliviada. Gracias a Dios, estaba en el castillo. Unos ronquidos a los pies de la cama me obligaron a incorporarme y acomodar la espalda en el cabecero. Los músculos, al igual que mis extremidades, hormigueaban como si tuviera miles de insectos correteando por mi cuerpo.

Miré hacia el sillón, donde mi hermano pequeño dormía a pierna suelta. No pude hacer otra cosa que reírme. Su boca estaba abierta y su cabello corto y castaño parecía no haber visto un peine en bastante tiempo. Aunque el asiento no era pequeño, Dash cada vez era más grande y ancho. Parecía estar metido en una lata de sardinas. Si seguía así, no me extrañaría que llegara a alcanzar la estatura y la anchura de su hermano Ray.

Carraspeé para despertarlo, pero sus ronquidos envolvían cualquier sonido extra que se escuchara en la habitación.

—Dash —lo llamé, aunque no hubo respuesta. Juraría que una bomba pasaría desapercibida para él—. ¡Dash! —grité a todo pulmón.

Mi hermano se levantó de golpe y casi cayó al suelo del susto.

—¡Joder! Me he quedado dormido. —Suspiró a la vez que se restregaba los ojos con cansancio. Se levantó y se acercó a mi lado —. ¿Cómo te encuentras? —preguntó preocupado.

Una arruga se formó entre sus cejas. Dash estaba molesto, no había duda. No sabía por qué, pero mis ojos se desviaron a su cuello.

—Me siento como si me hubiera arrollado un camión. Aparte de eso, no me duele nada, pero… ¿Qué haces en mi habitación? ¿Qué hora es? ¿Esther está bien?

Mi hermano se quedó mirándome, sin saber a cuál pregunta contestar primero. El sonido del latido de su corazón retumbaba en mis oídos.

—No sabíamos cuándo despertarías esta vez, así que… nos quedamos por turnos a cuidarte mientras nos repartimos el trabajo en las calles y en el castillo.

—¿Esta vez?

Lo miré asustada. ¿Cuánto llevaba dormida? Tragué saliva al ver la vena de su cuello. ¡Oh, Dios! Tenía hambre. Mucha hambre.

Creo que Dash también se dio cuenta de hacia dónde se dirigían mis ojos, porque su mirada pasó de la molestia al terror. ¿Tal vez pensaba que le hincaría el diente sin contemplaciones?

—Ahora mismo vuelvo y resolveré tus dudas. No te muevas de aquí, Am —me ordenó antes de salir por la puerta con bastante prisa.

¡Genial! Mi hermano temía que me tirara a su cuello como una puñetera garrapata.

Intenté ponerme en pie, pero apenas tenía fuerzas para mantenerme sentada. ¿Por qué siempre acababa en una cama hecha un despojo de la vida?

No teníamos tiempo. Necesitaba encontrar la piedra sagrada antes de que los demonios lo hicieran. Sin ella, no podrían abrir el portal y yo no tendría que pedir ningún ejército. Lo que la ninfa quería a cambio no era una opción, así que mi única salida era llegar antes que ellos y obstaculizar sus planes.

Pero ¿cómo demonios iba a explicarles a los demás lo que estaba pasando en realidad y todo lo que había descubierto? No podía contarles lo de Kali. Era como destapar mi última carta ganadora. Si llegara a oídos de los seres del infierno, como ella me había advertido, perderíamos la guerra incluso antes de empezar.

Por otro lado, me sentía fatal por tener secretos frente a Hayden y mi familia. La única manera de consolarme era pensar que todo esto era por un bien mayor.

La puerta se abrió de golpe y Dash irrumpió en mi habitación con la respiración acelerada. Después lanzó varias bolsas de… ¿sangre? sobre la cama. Levanté las cejas y lo observé, incrédula.

—No me mires así, Am. —Hizo una pausa para coger aire—. Sabes que te quiero, pero te recuerdo que mi cuello no era una opción. El chupasangre y Sarah me avisaron de que te las diera si despertabas. No se fían de que te comas a alguien.

Hice un mohín con los labios. ¿Cuándo dejaría de llamar así a Hayden? Y otra vez con ese detalle…

—¿Por qué todo el mundo no deja de repetir lo mismo? —resoplé molesta—. No soy Hannibal Lecter.

—No mientas, Am. —Dash volvió a sentarse en la butaca frente a mí. Yo rasgué la primera bolsa y comencé a alimentarme. ¡Dios, qué bien sabía!—. He visto cómo me mirabas. Me he sentido como un trozo de carne rica y jugosa.

Aunque sus palabras eran de reproche, su tono indicaba todo lo contrario. Dejé de beber y lo miré a los ojos.

—Eres un idiota, Dash. ¿Sabes siquiera cómo funciona eso de comer entre los vampiros? —Su gesto de desagrado fue una réplica del mío. Solo de pensar en algo así con mi hermano se me revolvía el estómago.

—Esta vez han sido dos días —cambió de tema.

—¿Qué? —Ya había ingerido una bolsa entera, así que pasé a la siguiente. Ese era el problema de gastar tanta energía: tenía que recuperarla lo antes posible.

—Que llevas dos días dormida. Es lo que me has preguntado antes de que fuera a por tu comida, ¿no?

¡Mierda, mierda y más mierda! Llevaba dos malditos días perdidos. Dash debió de notar mi expresión, porque su mandíbula se tensó.

—Respecto a tu otra pregunta: Esther está bien. A diferencia de ti solo tiene algunos huesos rotos y magulladuras.

Respiré aliviada, pero la sensación se esfumó cuando mi hermano continuó con la artillería pesada.

—¿Cuántas veces te dijo la bruja en los entrenamientos que no te excedieras con tu poder? ¿Unas ocho? ¿Diez quizá? Podrías haber muerto, Am. ¿Por qué siempre eres tan inmadura y despreocupada? ¿No crees que deberías ser tú la que me diera ejemplo? Yo soy el más pequeño de la familia.

Dejé la última bolsa vacía sobre el colchón.

—¡No podía permitir que muriese! Pensé en que tal vez podría hacer algo. Y lo hice, Dash. Por fin sé que puedo ser algo más que un monstruo.

—¡Tú no eres un monstruo! —Su grito de furia me dejó clavada en el sitio; era la primera vez que Dash me hablaba en ese tono—. ¿Por qué nunca puedes ver lo bueno que hay en ti, Am? Te quiero y no me importa qué sangre lleves, siempre serás mi hermana. Por favor, piensa en nosotros antes de decidir que tu vida vale menos que la de otro.

Me puse de rodillas en la cama y posé mis manos en la mejilla de Dash. El muy imbécil casi me hace llorar.

—¡Lo siento! Creo que me tomé muy en serio eso de que *bicho malo nunca muere*.

Lo miré a los ojos y me reí. Él me dedicó una de sus sonrisas radiantes.

—No tienes remedio. Espero que tengas las mismas ganas de reírte cuando sea el vampiro con cara de estreñido el que venga a darte la charla. Lleva dos días asesinando a todo el mundo con la mirada. Por una vez, estoy de acuerdo con él.

¡Oh, mierda, Hayden!

No me cabía duda de que Dash no sería el único en reprochar mis decisiones.

—¿Dónde está?

La expresión de Dash cambió a una seria y solemne.

—Creo que primero deberías hablar con la bruja. Han pasado muchas cosas en estos dos días mientras estabas ausente…

◆ ◆ ◆

Solo media hora después de que Dash saliera de mi habitación, ya estaba preparada para ir a ver a Esther. Mis botas militares resonaban por los pasillos del castillo. Me había enfundado en uno de los uniformes negros de manga corta y recogido mi media melena en un moño bajo. Algunos cabellos desenfadados sobresalían de él y caían alrededor de mi rostro.

A medida que me dejaba ver por los corredores, los guardias se inclinaban a mi paso. Era la líder de todos; sin embargo, jamás me acostumbraría a ello. Ya casi estaba girando en el último pasillo antes de llegar a la enfermería cuando tropecé con Sarah.

—¡¿Amber?! —Se quedó perpleja—. ¿Cuándo has despertado? ¿Por qué no me han avisado? Crane dijo que…

—Le dije a Dash que no dijera nada —la interrumpí—. Necesito hablar con Esther. ¿Podrías esperar a que lo haga para decirles a los demás? Creo que estarán bastante ocupados ahora mismo.

—Entiendo. —Asintió con la cabeza.

—¿Cómo está? —Miré hacia la puerta de la enfermería.

—Algunos huesos rotos. Nada que la medicina y los hechizos curativos de los brujos no puedan arreglar. Dana está con ella ahora mismo. ¿Has comido? —Su mirada recorrió mis facciones.

—¡Por el amor de Dios, Sarah! —Puse los ojos en blanco—. Lo he hecho, pero te agradecería que no le vuelvas a decir a mi hermano que me lo zamparía como a una hamburguesa. Tendrías que haber visto su cara cuando desperté.

—Hay que ser precavidos —se carcajeó.

—¿Podrías entretener a Dana fuera de la habitación? Necesito hablar con mi prima a solas —enfaticé las dos últimas palabras.

Quería saber qué había descubierto ella en el códice y si estaba muy alejada de la realidad. También necesitaba algo para impedir que Lucifer volviera a acceder a mí sin mi consentimiento.

No me gustaría regresar en sueños a la guarida del rey de los demonios.

—Dame cinco minutos —dijo Sarah antes de entrar en la enfermería.

Yo retrocedí para esconderme en una de las habitaciones del corredor contiguo. Esperaba que Dana no captara mi olor por los pasillos.

Cuando cerré la puerta y observé la pequeña sala, casi se me salieron los ojos al ver una gran cantidad de tarros que contenían líquidos y partes de animales flotando en su interior. Por lo visto, Sagara no era la única que experimentaba con ellos. ¿Sería en este espacio donde Sarah trabajaba para elaborar sus antídotos?

Me mantuve en silencio hasta que escuché cómo salían de la habitación y sus voces se extinguían por el corredor. Sin poder esperar más, me introduje en la enfermería.

Mi prima se encontraba semisentada en una cama. Su mirada se perdía en el cielo nocturno tras el gran ventanal, así que tuve tiempo suficiente para reparar en sus heridas antes de que notara mi presencia.

Su pecho estaba rodeado de gruesas vendas, al igual que sus muñecas, y su brazo izquierdo era sostenido por un cabestrillo. Un suspiro de alivio salió de mis labios al ver que estaba viva. No la conocía de hacía mucho, pero sí el tiempo suficiente para saber que se había convertido en parte del círculo de personas a las que quería proteger.

—¿Interrumpo? —pregunté tras una sonrisa tímida.

Ella giró su rostro hacia mí y abrió los ojos, sorprendida. Pude fijarme mejor en las partes amoratadas que se advertían en sus mejillas.

—No soy un fantasma —bromeé, quitándole hierro al asunto.

—Es un alivio. —Hizo un mohín—. Así me daré el gusto de matarte yo misma. ¿Cuántas veces te dije que no podías agotar las reservas de tu poder? Podrías haber muerto —bufó.

—Pero no ha pasado y aquí estoy. —Me senté en uno de los sillones cerca de la cama—. No quiero otra regañina, con un gracias me doy por satisfecha. —Sonreí de forma exagerada y teatral.

—No deberías haberte arriesgado —me contradijo.

—Mi vida no vale más que la tuya, ¿para qué discutir? Lo hecho, hecho está —sentencié. Ella arrugó la nariz, molesta.

—Sin ti, Amber, las fisuras nunca se cerrarán. No es tu vida, son miles las que están en juego —dijo con voz cansada.

Suspiré al pensar que tenía razón. El mundo se había ido a la mierda desde que debilité los portales.

—De eso quería hablarte. Necesito saber qué has encontrado en el códice.

—Lo terminé justo antes del ataque en el parque de atracciones. La historia habla de los Caídos: los seis arcángeles que se rebelaron contra su Creador. En la actualidad, los Príncipes del Infierno.

—¿No eran siete? —pregunté con extrañeza. Era algo que no entendía desde que vi a seis de ellos en mi sueño. Pensé que faltaba uno.

—Se habla de siete porque Lucifer ha adoptado dos nombres. Antes era príncipe, al igual que sus hermanos, y ahora es Satanás, el rey del infierno —explicó.

Me seguía pareciendo una absurdidad, no tenía ni pies ni cabeza. Sin embargo, era algo irrelevante en ese momento. Esther siguió relatando sus descubrimientos:

—El creador los castigó prohibiéndoles pisar el Cielo y los envió al infierno. A diferencia de los otros cinco, que podían vagar por varios planos, Lucifer fue encerrado en el bajo astral por ser el cabecilla de la rebelión. Un poder antiguo en sus cadenas lo obliga a permanecer allí, ¿pero sabes qué podría liberarlo?

Hizo una pausa. Esperé a que continuara, aunque ya sabía la respuesta. Mi prima estaba dando en el blanco.

—Portales debilitados, la sangre de un arcángel guardián y la otra mitad de sus ataduras. Lo que me lleva a pensar que es él quien está detrás de todo esto. Si no me equivoco, eso es lo que están buscando en templos e iglesias. Informé a Hayden de la situación; ahora mismo han ido a por respuestas.

—¿Y dónde se supone que están esas respuestas? —pregunté, extrañada.

—Han ido a visitar al único brujo que conocemos con el don de la visión. Después de que uno de ellos predijera al aquelarre tu futuro poder, fue asesinado por mi padre. Supongo que los demás se escondieron por miedo. Incluso él ha sido difícil de encontrar.

Me quedé estupefacta, ya que Kali me insinuó lo mismo: acudir a uno de ellos. Si hubiera dependido de mí, no habría sabido por dónde empezar; jamás se me habría ocurrido algo así.

—¿Quién llegó a esa conclusión? —pregunté por curiosidad.

—No te lo vas a creer —contestó divertida—. La señora que se encarga del servicio en este castillo. Tengo entendido que es alguien de confianza para tu familia.

—¿Lory? —Mi voz salió más alta de lo que pretendía. Ella asintió.

—Nos dio la idea tras escuchar nuestra conversación. Gracias a ella nos llevará menos tiempo, aunque no sé aún qué es exactamente lo que tenemos que buscar, qué forma tiene ni qué clase de objeto es.

—Una piedra —la corté—. La piedra sagrada. Es la otra mitad de las esposas que lleva en las muñecas.

Esther se quedó más blanca de lo que ya estaba por su condición.

—¿Cómo sabes tú...?

—Sé muchas cosas, Esther. No puedo contártelo todo, solo espero que confíes en mí. —La miré a los ojos. Ella suspiró.

—No empieces como tu padre. Sé cómo termina esto: tú te sacrificas por la causa y los demás cargamos con la pérdida. No pienso ser partícipe de otra muerte.

El dolor en su voz me hizo apretar los puños. Decidí cambiar de tema.

—¿Recuerdas cuando te pregunté por los viajeros entre mundos? —dejé caer con delicadeza. Como supuse, ella ató cabos.

—¿Eres...? —Abrió los ojos con sorpresa. Yo asentí en silencio —. El destino tiene un gran sentido del humor —rio amargamente.

—Necesito saber cómo protegerme de visitantes indeseados —resoplé, frustrada al recordar mi último encuentro.

—¿Me estás diciendo que has visto al mismísimo Lucifer?

Sus cejas oscuras casi alcanzaron el nacimiento de su cabello. Su voz se elevó casi en un grito. Era raro ver a mi prima levantar la voz; solía hablar de una forma dulce y armoniosa.

—¡Shhh! —La silencié antes de que alguien nos oyera desde el pasillo—. Necesito que mantengas esto en secreto, no quiero preocupar a los demás. Bastante tenemos ya con todo lo que se nos viene encima.

—Haré una llamada y hablaré con los niños del colegio. Quizá ellos puedan encontrar algo en los libros sobre ese tema.

—Gracias. —Sonreí—. ¿Qué tal con Dana?

—Mejor que nunca. —Le brillaron los ojos—. Después de su confesión en público, creo que ya no es necesario esconder lo que sentimos la una por la otra.

Me levanté del sillón y me senté en la cama, cerca de ella.

—¿Y Thomas? ¿Cómo se lo ha tomado? —pregunté por el padre de Dana. Desde pequeñas, su mayor miedo había sido defraudarlo.

—Después de saber que casi muero por proteger a su hija, ya no me ve como una enemiga. Al menos es algo. —Se encogió de hombros.

—Dale algo de tiempo. Thomas adora a Dana y …

La puerta se abrió de golpe y cortó mis siguientes palabras.

—¿Amber?

El rostro sorprendido de mi amiga se convirtió en uno de reproche al verme. Seguramente se preguntaba por qué demonios nadie la había avisado de mi despertar.

CAPÍTULO 29

Kress

La noche nos envolvía con su manto oscuro mientras caminábamos hacia el cementerio Highgate. Veca nos había citado allí porque destacaba por su gran carga energética. Para los humanos era un lugar corriente que intentaban evitar cuando la noche lo envolvía; para los brujos, un sitio espiritual donde su magia se hacía aún más poderosa.

Nos acercamos en silencio a la entrada. Una verja de hierro forjado, ennegrecido por los años, se levantaba imponente frente a nosotros. Ignoraba cómo habrían entrado Veca y los suyos, pero se encontraba cerrada. Con un movimiento de cabeza de Hayden, Ryan se acercó a las gruesas cadenas y al enorme candado. En tan solo dos segundos, el estrépito del acero endurecido al caer retumbó en el silencio de la noche. Siempre había pensado que era una suerte nacer con una habilidad así; la telequinesis del Sangre Pura nos había sacado de bastantes aprietos a lo largo de los años.

Nick abrió la verja con un leve chirrido para que pasáramos; esta vez solo éramos nosotros cuatro. No creía que al brujo al que intentábamos visitar le agradara recibir a más vampiros en su casa, y menos aún si se escondía por miedo a que otros se aprovecharan de sus visiones. Era un don muy escaso entre ellos, al igual que peligroso.

Las hojas secas del sendero crujían bajo mis tacones mientras observaba las lápidas inclinadas, con los nombres borrados por el musgo. La luz de la luna se filtraba a través de los árboles, creando un ambiente bello y tétrico, aún más cuando se reflejaba en el mármol frío de los mausoleos que había varios metros más adelante.

De pronto, un cuervo salió disparado de la espesura y voló sobre nuestras cabezas. El condenado había pasado tan cerca que alborotó mis rizos. Si no fuera porque sabía que era la fiel mascota de la bruja, lo habría desollado vivo. El animal viraba en círculos y guiaba nuestros pasos hacia su dueña y parte de su aquelarre. Unos metros más adelante, unas figuras cubiertas por capas oscuras nos esperaban. El ave se posó en el hombro de Veca, reclamando su recompensa.

—¡Bien hecho, Cronos! —lo alabó su compañera.

Sacó un trozo de carne de su alforja y se la entregó como premio. El cuervo volvió a alzar el vuelo mientras ella nos saludaba con un asentimiento de cabeza. Dos brujos más se unieron al viaje: Milo y la chica de piel oscura que siempre los acompañaba.

—¿Sabes dónde está el brujo? —preguntó Hayden al llegar frente a ella.

Su traje negro y su camisa blanca desentonaban con los de los demás, algo muy acorde a su personalidad. Solía vestirse según le venía en gana: para él no había reglas ni etiquetas. De todas formas, el poder de nuestro líder garantizaba que saliera impecable de cada trifulca.

—No tardaremos mucho en descubrirlo —contestó ella. Sus labios pintados de negro se arquearon en una sonrisa astuta—. ¡Margaret!

La chica de piel morena le entregó una daga y luego, junto a Milo, comenzaron a trazar una especie de runas con polvo blanco bajo sus pies. Veca se quitó un péndulo de punta que llevaba al cuello y lo dejó en el centro de los símbolos. Cerró los ojos y las palabras salieron de sus labios como un cántico sagrado, crudo y ancestral. Los sonidos de la noche se apagaron como un interruptor, dando paso a algo que no era de este mundo.

El vello de mis brazos se erizó tras aquella melodía susurrada. A continuación, Veca cortó la palma de su mano con la fina daga que le había entregado Margaret mientras su voz seguía danzando con el viento. Abrió su puño y el líquido rojo y espeso cayó sobre las extrañas formas dibujadas en la hierba. Tal y como había oído años

atrás, Veca era una bruja de sangre: lo que corría por sus venas era más poderoso que cualquier hechizo elemental.

Las hojas formaron un remolino alrededor del péndulo y la tierra absorbió la sangre poco a poco. Cuando ya no quedó ni una sola gota, el cántico se detuvo, al igual que el aire que nos envolvía. El silencio cesó y, con ello, volvieron a escucharse los sonidos de los animales nocturnos.

La bruja abrió los ojos de golpe.

—Lo encontré. —Sonrió, satisfecha—. Ahora solo nos queda llegar hasta allí. Vamos a teletransportarnos.

No hacía falta que nos explicara cómo colocarnos; lo habíamos hecho antes y después de la masacre del parque de atracciones. Nos tomamos de las manos mientras los tres brujos se situaban en puntos separados, formando un triángulo para hacernos de ancla. Entonces sus cánticos nos transportaron a otro lugar.

Cuando mis pies volvieron a tocar el suelo, me estabilicé. Intenté respirar de nuevo y esperar a que mi estómago se asentara. Lo odiaba. Odiaba la manera en que solían viajar con prisas. Era una de las tantas veces que agradecía ser vampira en vez de bruja.

De pronto, el murmullo del bosque nos envolvió. ¿Por qué a los capas negras no se les ocurría ir a sitios más veraniegos y calurosos? Podríamos haber viajado a México o quizá a la India… Pero no, tenía que ser un lugar frío y oscuro.

Intentamos permanecer en silencio mientras nos acercábamos a una estructura de ladrillo antiguo, semioculta tras las ramas de los árboles. Tenía dos plantas y una gran chimenea que se advertía según íbamos acercándonos. Parecía que la espesura del bosque se había comido parte de ella, fundiéndola con la naturaleza.

—Es aquí —susurró Veca—. Dejadme hablar a mí. Greypus respetaba a mi abuela; quizá nos diga algo debido a su antigua amistad.

—¿Greypus? ¿Qué nombre es ese? —soltó Ryan, burlón.

Ya veía que no era la única que pensaba así.

Veca pasó del comentario del Sangre Pura y nos encaminamos hacia la puerta. Al acercarnos, nos dimos cuenta de que algo no andaba bien. Estaba entrecerrada y un olor a sangre y

chamusquina emanaba de su interior. La bruja empujó la madera con fuerza y todos entramos tras ella. Fue entonces cuando pude advertir dos cuerpos tirados en mitad de la estancia. Estaban muertos, aunque el olor a quemado provenía de la planta superior.

Ninguno de nosotros dijo una sola palabra mientras subíamos los escalones de dos en dos, a toda prisa. Si los asesinos seguían allí, no queríamos alertarlos, aunque en el fondo ya sabíamos lo que encontraríamos. Seguimos el hedor hasta llegar a una de las habitaciones al fondo del pasillo. La luz estaba encendida, aunque el ambiente se tornaba silencioso. Al entrar, encontramos a quien supuse era Greypus.

—¡Mierda! —maldije al ver el estado en el que se encontraba.

Su cuerpo, medio carbonizado, yacía sentado frente al escritorio, sobre el cual se repartían algunos objetos que se solían utilizar para hacer magia. Me bastó un vistazo para volver atrás en el tiempo y recordar a la vieja Sagara. Veca se adelantó a mis suposiciones:

—Los que están detrás de todo esto son los mismos asesinos de mi abuela. —Su mirada, cargada de odio, recorría los restos del brujo.

—Creo que ya sabemos quiénes son desde el principio —comentó Hayden, apretando la mandíbula.

Un quejido detrás del escritorio nos alertó enseguida. Desde mi posición no podía ver nada, pero Margaret se adelantó en dos zancadas y se agachó con rapidez. Cuando llegamos a su altura, otro más de ellos se encontraba en el suelo.

—Aún respira —nos avisó.

Veca se agachó a su lado y lo volteó, agarrando su cabeza para que la mirara.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, intentando sacarle información.

—Demonios —respondió con un leve susurro. De su boca manaba una gran cantidad de sangre; era un milagro que aún siguiera vivo.

—¿Qué querían?

—La otra… mitad —respondió. Se refería a la otra mitad de las cadenas de Lucifer. Lo que nosotros veníamos a buscar. Ellos se habían adelantado.

—¿Lo saben? ¿Se lo dijo? ¿Dónde está?

—Cerca de… —Tragó con esfuerzo. El brujo se estaba ahogando.

—¡Maldición! Dime dónde está. No pueden encontrarla.

—La llave. Se encuentra cerca de… la llave.

—¡¿Qué llave?! —gritó Veca, desesperada.

Según la teoría de Esther, si ellos daban con ella antes que nosotros, estábamos jodidos.

—La chica que… que abre portales es la llave. Está cerca de… ella.

Todos sabíamos a quién se refería: hablaba de Amber.

—¡Dinos el lugar exacto! —interrumpió Hayden con los puños apretados. En cualquier momento dejaría este mundo y estaríamos igual que al principio.

—Está… está en…

El brujo dio un último jadeo y sus ojos miraron hacia la nada.

—¡¿Esto es una puta broma?! —maldijo Veca antes de posar el cuerpo inerte en el suelo y cerrarle los párpados.

Nos miramos un segundo en silencio, tras el cual Hayden expresó lo que el grupo al completo pensaba.

—Sea lo que sea la otra mitad de las cadenas, está cerca de Amber.

Se sacó el teléfono del bolsillo e hizo una llamada con urgencia. Mientras tanto, Veca daba instrucciones a Milo para cargar los cadáveres y darles una despedida digna según sus tradiciones.

—Refuerza la vigilancia en el castillo. Avisa a los lobos de que no dejen a Amber sola ni un segundo. —La voz de Hayden se convirtió en un témpano de hielo. Si había algo que amenazaba a la pelirroja, su control se desmoronaba—. Volvamos cuanto antes.

CAPÍTULO 30

Amber

Todos mis sentidos estaban puestos en mi respiración. Tomar aire por la nariz, expandiendo el abdomen en lugar del pecho; exhalar lentamente por la boca. Esto ayudaba a estabilizar mi cuerpo y a mejorar la concentración.

La hoja silbó antes de clavarse justo en el centro de la frente del muñeco y astillar la madera. Cuando empecé a entrenar en el castillo, las dagas eran mi mejor arma; lo único que podía sostener con mi escasa fuerza humana y mis debiluchos brazos. Ahora eso ya no era un problema. Aun así, me había acostumbrado tanto a ellas que me sentía desnuda y desprotegida si no las llevaba encima.

Aunque las últimas semanas controlar mis habilidades había sido una prioridad, todo había cambiado. Ya sabía usarlas, pero eso a Hayden no le importó cuando, dos días antes, me hizo prometerle que seguiría entrenando sin recurrir a la magia. No quería que volviera a agotar mis reservas de energía. Sus palabras fueron: «Tu obsesión por salvar a otros te llevará a la muerte».

Nadie estaba contento con la decisión que tomé al salvar a Esther, donde casi perezco. De mi vida dependía que el mundo no se fuera al garete; sin embargo, me sentía bien conmigo misma. Ahora sabía que mi poder también podía salvar vidas. Ya no me veía como al monstruo que una vez despertó de su letargo.

El ruido de unos tacones acercándose no logró desconcentrarme. Lancé la siguiente daga y volvió a hundirse en la madera, esta vez un centímetro más arriba.

—Parece que me has encontrado. ¿Te ha enviado Hayden? Creo que le dejé muy claro que puedo protegerme sola. No necesito

a nadie pegado a mí las veinticuatro horas —refunfuñé.

Habían pasado tres días desde que supimos que la piedra se encontraba cerca de mí. Los demonios no habían dado señales todavía y… Cerca, pero ¿dónde? No tenía sentido. Me había vuelto tan loca que pensé en buscar hasta debajo de mi almohada. Se turnaban para no dejarme sola en ningún momento. Eso me hacía sentir como al principio, cuando llegué al castillo: demasiado… vulnerable.

—Siempre he envidiado tu puntería. —La voz de Kress sonó a mi espalda, aunque ya sabía que era ella—. Aún recuerdo cuando te traje por primera vez a esta sala de entrenamiento. Han pasado tantas cosas que tengo la sensación de que fue hace años.

A mí me ocurría lo mismo. Sentía que había transcurrido más tiempo del que en realidad era. Tenía gracia cómo el destino podía cambiar tu vida en un parpadeo.

—Todo ha cambiado desde ese día. Era demasiado inocente para pensar que todo el mundo tenía buenas intenciones. —Mis músculos se contrajeron—. El mundo es más cruel de lo que imaginaba —susurré, intentando concentrarme en el siguiente tiro.

—Suerte que todavía hay personas capaces de dar su vida por otros. —Kress suspiró—. Estoy muy orgullosa de ti, quería que lo supieras. Los demás solo están preocupados por tus pensamientos suicidas.

Sus palabras consiguieron apretar un poco mi corazón y hacer que dejara de prestar atención al muñeco de madera para observar su rostro burlón. Una carcajada salió de lo más profundo de mi pecho. Solo Kress tenía la capacidad de ponerse en la piel de otras personas. Tal y como me dijo una vez, era un halcón: sus ojos veían a través de lo invisible, nada se le escapaba.

—Gracias. —La miré e intenté sonreír. En cambio, fue más bien una mueca, acorde con mis preocupaciones. —¿A qué estarán esperando? Si saben dónde está… quizá no hemos entendido las palabras del brujo. A lo mejor no se encuentra tan cerca de mí como creíamos. ¿Y si ya la han encontrado?

Kress sabía que me refería a la piedra.

—Todavía tienen tiempo hasta la próxima luna de sangre.

Ni siquiera me había parado a pensar en eso. Como líder de los vampiros, debería estar al tanto de esos detalles; tenía suerte de que Hayden y el viejo Elijah me ayudaran con todo lo demás.

—¿Cuándo es? —pregunté, un poco avergonzada. Me acerqué al muñeco y extraje el acero incrustado en la madera.

—Queda algo más de dos semanas —contestó pensativa. Creo que ella tampoco entendía por qué aún no habían hecho ningún movimiento—. ¿Por qué no vamos a comer algo y te relajas un poco?

Asentí y guardé dos armas en mis botas y la última en mi muslo. Seguí los pasos de Kress hasta el elevador. Mientras subíamos, no paraba de darle vueltas a lo mismo. Hacía tres días que mis pensamientos solo giraban en torno a una sola idea. Aunque quisiera, mi cabeza nunca descansaba.

Al salir del ascensor y cruzar la puerta del pasadizo secreto hacia el comedor, mi móvil y el de Kress comenzaron a emitir pitidos. Miré la pantalla: tenía bastantes llamadas perdidas de Hayden como para no preocuparme. Nunca recordaba que la sala del sótano no tenía cobertura. Kress me miró con las cejas alzadas.

—O Hayden quiere saber dónde estamos, o ha pasado algo muy gordo.

Pensé lo mismo y, sin decirnos nada más, ambas recorrimos los pasillos a toda prisa. El ruido de pisadas en las plantas superiores me preocupó aún más. Allí se alojaban varios lobos, incluida mi familia; alguien se estaba encargando de despertarlos. Algunos cazadores se dirigían a la salida con el uniforme negro de combate.

Antes de llegar al despacho, nos tropezamos en uno de los corredores con Veca y algunos brujos de su aquelarre.

—¿Qué ha pasado? —pregunté con impaciencia.

—Están atacando las calles de la ciudad. Hayden quiere que llevemos a algunos de vosotros hasta allí a través de nuestra magia —informó mientras avanzábamos por los corredores—. Todo es un caos, incluso la policía ha resultado herida. Me temo que esta vez ya no podremos ocultarnos ante los humanos.

Según los medios de comunicación, lo sucedido en el parque de atracciones había sido un ataque terrorista. Por el estado de los

cuerpos se podía deducir que no habían sido arma, pero teníamos a bastantes de los nuestros infiltrados en el gobierno para encubrir estos fenómenos paranormales y no levantar sospechas. La habilidad de los vampiros para borrar la mente y tejer nuevos recuerdos en el subconsciente humano también había ayudado. Era fácil teniendo a los supervivientes en una sola habitación, pero en mitad de la calle y con las autoridades de por medio, ya era otra historia.

¿Por qué atacaban ahora? Todo había estado demasiado tranquilo estos tres días. ¿Por qué en el centro de la ciudad?

Entramos junto a Veca en el despacho. Hayden daba vueltas, desesperado. Al verme, sus rasgos se suavizaron y advertí el alivio en su mirada.

—¿Dónde estabais? —reprochó a Kress.

Se agarró el puente de la nariz y suspiró. Puede que las decenas de llamadas perdidas en mi móvil lo hubieran desquiciado. ¿Creía que estaba fuera del castillo?

—En la sala de entrenamiento —respondí por ella.

No podía creer que estuviera molesto conmigo. No fui yo quien le puso un guardaespaldas pegado al culo las veinticuatro horas.

Hayden nos miró con semblante serio.

—Están atacando la ciudad. Algunas manadas y brujos ya están allí; los cazadores acaban de salir. ¿A cuántos podéis transportar? —Miró a Veca, esperando su respuesta.

—Lo haremos en dos grupos. Solo podremos viajar como mucho tres veces más. Nuestra energía no es inagotable —se lamentó, y sus labios negros se contrajeron en un mohín de disgusto.

En ese momento, Ray irrumpió en la sala. Detrás de él, Dana y Dash le seguían los pasos.

—Mi padre, Thomas y Aaron se han ido con los cazadores —nos informó el primero. Eso significaba que solo quedábamos nosotros para teletransportarnos.

Antes de que Hayden comenzara a ordenarnos por grupos, la voz de Cameron resonó en el despacho:

—Tenemos un problema.

Vi el destello de su pelo verde moverse rápido por la sala. En dos zancadas colocó su portátil en el escritorio, cerca de Hayden, y tecleó con una habilidad que solo un profesional podría tener.

—¿Más de los que ya tenemos? —se quejó Kress.

—Ha saltado la alarma de la catedral. Ha sido solo un segundo, pero he logrado captarlo antes de que la desconectaran.

Era eso. ¿Cómo podíamos haber estado tan ciegos?

—Intentan que los nuestros y los humanos concentren toda su atención en la ciudad para detener a los demonios. Una distracción —pensé en alto. Todas las miradas se posaron en mí—. A eso se refería el brujo. No está en Egipto ni en España, tampoco en Roma. Está en Londres. La piedra sagrada se encuentra en la catedral, cerca de donde nos encontramos. Cerca de mí. Por eso no han venido a buscarme. Está allí.

Ahora todo cobraba sentido.

—Tenemos que detenerlos como sea. —Hayden nos miró a todos—. Nos dividiremos en dos grupos. Veca llevará a algunos de nosotros a por la piedra y luego volverá para transportar al resto a la ciudad.

—Yo iré con los lobos a la catedral —solté decidida. El vampiro bipolar me clavó los ojos como cuchillos.

Me conocía muy bien. Sabía que sería capaz de cualquier locura para impedir que se hicieran con ella. Y solo él podía detenerme.

—Tú te vienes conmigo —decidió por su cuenta.

Vi el miedo en su mirada, pero esto era más grande que nosotros. Sus sentimientos hacia mí no podían interferir en esto. No cuando había tantas vidas en juego. No cuando nuestro mundo podía caer en manos de Lucifer y su ejército.

—Tus habilidades y las de los brujos serán más eficientes para proteger la ciudad. Si nuestras sospechas son ciertas, solo tendríamos que encontrarla antes que ellos y solo yo sé qué aspecto tiene. —Las últimas palabras se escaparon de mis labios antes de pensarlas.

¡Bien, Amber! Acabas de desvelar uno de tus dichosos secretos.

Toda la sala se quedó mirándome, impactada.

—¿Ah, sí? —dijo Hayden, incrédulo.

Levantó las cejas con sorpresa; luego, un destello de dolor surcó su mirada antes de desaparecer. Dolor. Traición. Se había dado cuenta de que le ocultaba cosas. ¿Creía que no confiaba en él? Quería gritar que no era así, que simplemente no podía revelar secretos que aún no tenían sentido, que solo lo tomarían en un futuro.

—Deberíamos darnos prisa —intervino Veca cortando la tensión—. Los humanos están en peligro.

Cuando Hayden me miró, entendió que no serviría de nada discutir. Yo era libre de decidir, siempre lo había sido a su lado. Suspiró.

—Deja que Kress os acompañe. Estaré más tranquilo si lleváis a Artemisa.

La primera partida seríamos nosotros. Kress, Ray, Dana, Dash y yo agarramos las manos de Veca y Milo. Nuestro destino: la gran catedral de Londres. Esperaba que no fuera demasiado tarde para salvar al mundo de algo peor.

CAPÍTULO 31

Una sensación de asfixia recorrió mis pulmones; nunca podría acostumbrarme al teletransporte de los brujos. Fueron solo segundos, pero volví a boquear en busca de aire en cuanto mis pies aterrizaron en suelo firme, como la última vez. Los jadeos a mi alrededor me confirmaron que no era la única a la que le sentaba mal el viaje.

Mis ojos se adaptaron al entorno. Parpadeé al ver la estatua de la reina Ana, protegida por barrotes y mirándome desde arriba. Veca nos había traído a la misma puerta de la catedral. Siempre había querido visitarla, pero era una pena que fuera en estas circunstancias.

—Avisadme cuando queráis volver. Vendré a por vosotros —dijo Veca antes de agarrarse a Milo y desaparecer.

Alcé la vista hacia el imponente edificio que se levantaba frente a mí. Su grandeza se veía realzada por la iluminación nocturna, que bañaba con luz dorada sus dos torres gemelas. Sabía que, justo a su espalda, se encontraba una inmensa cúpula.

—La próxima vez me pido sitio en los coches —se quejó Dash, aún respirando con dificultad. Su rostro había perdido todo el color.

Dana resopló a su lado.

—Deja de lloriquear. Tenemos que centrarnos. No sabemos qué encontraremos ahí dentro.

Yo tampoco lo sabía. Me quedé absorta en el silencio antinatural que nos rodeaba, hasta que Ray me agarró del brazo.

—¿Estás bien? —Asentí, intentando que mi estómago se estabilizara de nuevo—. No te separes de mí.

—Ray, no empieces…

—No, Am —me cortó—. Ya sé que sabes protegerte. El problema es cuánto tiempo más estarás dispuesta a ser el escudo de los demás.

Resoplé. Su reproche me escoció más de lo que debería. ¿No podía decir simplemente que estaba orgulloso de mí, como había hecho Kress? ¿Tan descabellado era intentar salvar a la gente que amaba?

Lo miré dolida y me deshice de su brazo para echar a andar. Los demás siguieron mis pasos en silencio. La tensión que emanaba de nuestros cuerpos podía sentirse a kilómetros de distancia. Todo estaba demasiado… tranquilo. Mis pies se deslizaron por la escalinata hasta llegar a la gran puerta principal; ni siquiera estaba cerrada.

La desesperación correteó por mi cuerpo al pensar que habíamos llegado demasiado tarde. Pero ese sentimiento mutó en algo mucho peor cuando empujé la puerta de madera y atravesé el vestíbulo principal. Terror. A medida que avanzaba, un frío glacial me caló en los huesos. Apenas reparé en las baldosas blancas y negras que pisaba, ni tampoco en los arcos ni en las columnas de mármol. El olor a piedra antigua e incienso se mezclaba con otro metálico. Sangre.

El aroma se intensificó a medida que recorríamos el largo pasillo de ajedrez. El aire se atascó en mi garganta al ver cómo la belleza del interior de la catedral se había transformado en muerte y desolación. Las respiraciones entrecortadas a mi espalda me revelaban que mis amigos sentían lo mismo que yo.

¿Cómo podía la casa de Dios haberse convertido en una matanza como esta? Ángeles desparramados por todos los rincones. Alas quebradas y plumas manchadas de un rojo escarlata. Una batalla se había desatado en el interior y, ahora, solo quedaba silencio.

Un destello a mis espaldas llamó mi atención. Mis hermanos y Dana habían cambiado de forma: ahora, tres lobos imponentes protegían nuestra retaguardia. Incluso Kress sacó a Artemisa, preparada para darle forma si fuera necesario. No comprendí la razón hasta que me obligué a apartar la vista de los seres de luz sin vida desperdigados junto al coro de madera oscura.

Miré hacia el altar, y me centré en las tres figuras que se encontraban en la cima. Una de ellas estaba arrodillada, con el cuerpo y el rostro cubiertos de heridas sangrantes. Lo reconocí al instante. Michael. Sus alas blancas salpicadas de rojo contrastaban con las negras de los otros dos que estaban a su lado. Supe de inmediato que no se trataba de simples demonios. Habían acabado con el pequeño ejército del arcángel, e incluso a este lo habían herido de muerte y obligado a postrarse ante ellos.

Al fijarme en sus rostros, recordé que eran los Caídos. Dos príncipes del infierno.

—Vaya, vaya. Esta es nuestra noche de suerte. —Unos ojos dorados y brillantes nos miraban con ambición. El demonio tenía el cabello tan negro como las plumas de sus alas y largo hasta la cintura. Iba vestido de oscuro, aunque el tejido estaba un poco desgarrado, señal de que Michael no había sido fácil de atrapar—. ¿Qué me dices, Bel? Tres pájaros de un tiro y sin apenas esfuerzo. —Le sonrió a su hermano.

El tal Bel vestía igual, pero su físico era completamente distinto: tenía el cabello corto y rojizo, varios tonos más oscuro que el mío, y unos ojos que eran orbes verdes rodeados por una especie de anillos dorados.

—Suéltalo —gritó Kress desplegando su arma, la cual se alargó hasta tomar forma de bastón.

Los lobos gruñeron, a punto de atacar. Yo me puse en acción y saqué la daga de mi muslo, dispuesta a abalanzarme sobre ellos.

—Yo que vosotros no haría eso —advirtió el moreno con una sonrisa mientras apoyaba un puñal en el corazón de Michael. El metal refulgía con una luz cálida: un arma angelical.

Nuestros pies se detuvieron de golpe.

—Vamos, Mammon —soltó el demonio pelirrojo, aburrido—. Coge lo que hemos venido a buscar y vámonos. No tengo tiempo para esto.

—Tú siempre tan perezoso, hermano. Me cortas la diversión. —Hizo una mueca de fastidio.

Esperaba que todavía no se hubiesen hecho con la piedra y que al arcángel le hubiera dado tiempo de esconderla antes de que ellos llegaran.

—Marchaos de aquí… —suplicó Michael con la voz quebrada. Nos miró con el horror surcando su rostro.

—¿A qué le temes tanto, Michael? —se burló Mammon—. ¿Hay algo que nos quieras contar?

El ángel apretó la mandíbula. El demonio esperaba contestación, pero el silencio se hizo presente. Yo estaba un poco perdida: ¿qué diablos pretendía?

—Está bien, ya que no quieres hablar, lo haré yo. Me has sorprendido, Michael. Llevamos eones buscando la otra mitad de las cadenas sin resultado. ¿Y dónde estaba? En nuestras propias narices.

El arcángel se revolvió, incómodo. Su pecho subía y bajaba con respiraciones aceleradas. Mammon caminaba a su alrededor, divertido.

—Muy inteligente por tu parte, tengo que añadir. ¿Quién mejor que los seres creados por Padre para proteger a la humanidad?

Se rio a carcajadas. Los vellos de mi cuerpo se erizaron y un mal presentimiento me recorrió de pies a cabeza.

—Elegiste una estirpe y que esta pasara de generación en generación; así nunca estaría en el mismo sitio. El nacimiento de un nuevo alfa y la magia angelical la traspasarían de un cuerpo a otro. ¿Y quién será el nuevo alfa de esa estirpe que elegiste? —Su sonrisa macabra me heló la sangre—. ¡Bingo!

Mis piernas comenzaron a temblar cuando por fin entendí a qué se refería.

Cerca de la llave. Muy cerca de mí.

—Ray… —Mi voz salió temblorosa.

Después de eso, todo se convirtió en caos.

Intenté tirar del hilo de mi magia para llamar a mis habilidades, a la vez que la figura de Mammon desaparecía de mi vista. Solo tardé dos segundos en mirar hacia atrás. Solo un parpadeo en girarme y buscar a Ray con desesperación. El demonio reapareció a su lado tan rápido que ni siquiera pude tomar mi siguiente aliento y entonces…

Un rugido de agonía me atravesó los oídos. Uno que jamás olvidaría.

Frente a todos nosotros, la figura del gran lobo negro se desplomó contra el suelo. Junto a él, Mamnon sujetaba algo en su mano antes de volver a esfumarse: la piedra sagrada, camuflada en el corazón de Ray.

Dejé de respirar mientras escuchaba los gemidos de dolor de Dana y Dash junto al cuerpo de su hermano. No recuerdo cuándo llegué hasta él, incluso olvidando la amenaza que seguía acechándonos. Mis piernas se doblaron y caí de rodillas, intentando respirar, mientras mis manos se hundían en su pelaje oscuro, ahora manchado de una sustancia roja y pegajosa.

—Ray… —Mi voz se quebró. Esto tenía que ser una pesadilla. El agujero en su pecho era tan brutal…— ¡Ray! —grité.

Volví a gritar de rabia y dolor hasta desgarrarme la garganta. Y no dejé de hacerlo hasta que los sonidos a mi alrededor se apagaron y la sensación tan conocida de perder a alguien embargó todos mis sentidos.

Otra vez no.

Mi hermano, mi lugar seguro. Le prometí que siempre estaríamos uno para el otro… Siempre. Mi último grito se unió al estruendo de un trueno, como si el cielo se hubiera resquebrajado al mismo tiempo que mi corazón. Y entonces supe lo que tenía que hacer. Lo único que podía hacer. Rota y llena de rabia, desaparecí de la catedral.

Mis manos acariciaron la hierba donde, segundos antes, había estado mi hermano. Cerré los ojos mientras sentía la furia en cada poro de mi piel. Tanto tiempo entrenando para alcanzar un equilibrio y este se había resquebrajado en un solo segundo. Pero, como

siempre, la ira me hacía más fuerte; tanto, que llegué a otro plano sin necesidad de dormir. Una habilidad que otros viajeros entre mundos habían logrado después de mucho trabajo y tiempo, yo la había conseguido con solo un pensamiento.

—¡Kaliiii! —grité su nombre, cegada por el dolor.

Arrodillada en la tierra, las enredaderas emergieron inquietas, revolviéndose a mi alrededor igual que mis sentimientos. No dejé de llamar a la reina de las ninfas hasta que, por un momento, creí quedarme sin voz.

Su silueta emergió de entre los árboles con pasos lentos.

—Espero que tengas buenas razones para interrumpir la paz de mi bosque y hacer que una reina acuda a tu llamada. —Me miró con desdén. Apreté tanto los dientes que creí que se me romperían —. ¿Has venido a cerrar el trato?

La miré a los ojos, tan negros como el abismo, y cerré los puños a mis costados.

—Quiero algo más a cambio. —Mi voz sonó fría y calculadora.

—¿Por qué debería darte algo más que mi ejército? —preguntó con superioridad.

—Porque ya tienen la piedra y, si mi mundo cae, el tuyo también lo hará. El equilibrio: dar y recibir, como me explicaste. Me necesitas para convocar a tu ejército.

Me oculté de nuevo tras una máscara de fría indiferencia. Era la única manera de conseguir lo que me proponía. Si ella pensaba que estaba dispuesta a luchar sin su ayuda, quizá tendría una posibilidad.

—No volveré de nuevo —la amenacé, para dar más credibilidad a mis palabras.

Cuando ella suspiró, supe que me daría cualquier cosa.

◆ ◆ ◆

Mis pies tocaron de nuevo el suelo de la catedral. Como había leído en los libros, el tiempo se había detenido en este plano durante mi viaje. Mis manos seguían tocando el pelaje de Ray, pero yo ya no

era la misma: la rabia había dado paso a una calma fría y despiadada. Sabía lo que tenía que hacer. Habían conseguido la piedra, pero no se llevarían a Michael. El tratado con la ninfa estaba sellado y el nuevo tatuaje en mi muñeca —unas enredaderas sujetando un mineral en el centro— era la prueba de ello.

Miré a Dash y a Dana y luego a los demonios, midiendo los pasos entre ellos y nosotros. Mammon le entregaba la piedra a Bel, mientras Michael intentaba levantarse con esfuerzo, el rostro embargado por la derrota tras siglos ocultando la piedra.

A mi lado, Kress estaba tan blanca como el mármol después de los acontecimientos. Todo había sucedido tan rápido para ellos que aún seguían sin reaccionar tras el *shock*.

—Cuando yo te diga, agarra a Michael y protege el cuerpo de Ray —susurré, lo bastante fuerte para que la vampira me oyera.

La miré desde el suelo, donde me encontraba arrodillada. Ella abrió los ojos con la pregunta en sus labios, pero asintió sin decir nada.

Tiré del hilo de mi magia con todas mis fuerzas y esta salió a flote como un huracán. Las baldosas de la catedral se resquebrajaron a mi alrededor. Una de ellas atrapó al Arcángel y lo arrastró hasta Kress, mientras otras formaban un caparazón en torno a los lobos, como había hecho con las niñas en el parque de atracciones.

—¡Ahora!

Di la señal y, antes de que los demonios se dieran cuenta, yo ya me estaba moviendo. Saqué las dagas de mis botas y las lancé mientras formaba el siguiente escudo para Kress. Una impactó en el hombro de Bel; la otra, en el pecho de Mammon. Sabía que no podía dañarlos con armas que no fueran angelicales, pero sería una buena distracción. Los rayos impactaron contra la cúpula y el caos estalló a nuestro alrededor, como aquel día en el campo cuando mi poder se descontroló.

Con rapidez, saqué la tercera daga de mi muslo y me moví tan rápido que llegué hasta Mamon en un parpadeo. Levanté el arma para hundirla en su corazón, pero él fue más veloz: la daga se

quedó suspendida en el aire a centímetros de su pecho. Su mano agarró mi cuello y cortó mi respiración. Su risa inundó mis oídos.

—¿Pensabas que podrías matarme con esto? No me hagas reír. —Sus ojos dorados se clavaron en los míos—. Todavía me pregunto por qué tanto interés en una simple mestiza. Mi hermano se pondrá muy contento cuando te entregue como regalo para él. No piensa en otra cosa que en liberarse, someter tu mundo y encerrarte solo para su disfrute.

Se refería a Lucifer. Quizá se debía a su intención de encerrarme en una jaula como amenaza.

—Ya tenemos lo que queríamos. ¡Vámonos! —Escuché la voz de Bel a mis espaldas mientras intentaba zafarme de las garras de Mammon.

Y, sin previo aviso, volví a desaparecer.

Esta vez, entré en una espiral oscura que no sabía a dónde me llevaría. Con la única diferencia de que no iba sola.

CAPÍTULO 32

Kress

Todo había pasado tan rápido que me costó digerirlo. Jamás había sentido algo así. ¿Por qué no podía reaccionar? Puede que fuera por los aullidos de dolor de los lobos, o quizá por los gritos de rabia de la pelirroja.

Lo que sí sabía era que, en los últimos meses, había dejado mi corazón demasiado expuesto, vulnerable, permitiendo que entrasen nuevas personas aparte de Hayden y Cameron. Ahora estas eran las consecuencias: mi incapacidad para reaccionar en momentos como este.

Un susurro a mi lado me hizo despertar del trance.

—Cuando yo te diga, agarra a Michael y protege el cuerpo de Ray.

No sé lo que vi en la pelirroja; tal vez fue su mirada pétrea y decidida. No era la misma de segundos antes, cuando habían asesinado a sangre fría a su hermano. Tenía un plan, lo sabía, y aunque era una locura debido a quién nos enfrentábamos, confié en ella. Me había dado una orden y no la cuestionaría como habría hecho Hayden, pensando en su seguridad.

De pronto, el suelo se quebró a nuestros pies a la vez que los ojos de la pelirroja se volvían dos pozos tan negros como un abismo. Sus enredaderas surgieron por todas partes. Los lobos, aunque quisieron escapar de ellas e intentar arremeter contra los demonios, se vieron rodeados por un escudo de tallos y raíces que los envolvió como un iglú. Otras, a su vez, se enredaron en el cuerpo de Michael, arrastrándolo con velocidad hacia donde yo me encontraba.

Cuando mis brazos lo aferraron con fuerza, escuché la orden.

—¡Ahora!

Tiré al arcángel al suelo, junto al cadáver del lobo, y me pegué a ellos. Sabía lo que vendría. Esperaba que la pelirroja no nos convirtiera en un colador.

Un nuevo escudo se formó a nuestro alrededor y nos encerró en una oscuridad tan profunda que creí ahogarme. Después de eso, el sonido en el exterior se convirtió en un caos. La tormenta misma se había desatado.

Pero, tal como llegó, desapareció.

Las enredaderas cayeron flácidas sobre nosotros mientras me levantaba con esfuerzo y el silencio se extendía por toda la catedral. Miré a mi alrededor con desesperación. La pelirroja había desaparecido; se la habían llevado.

No olvidaré el tiempo que transcurrió desde que llamé a Veca hasta que llegó para llevarnos de vuelta al castillo. Creí que me volvería loca por tantas emociones a mi alrededor: un cadáver, un arcángel malherido y dos lobos destrozados y llenos de rabia.

◆ ◆ ◆

—¡¿Estás intentando vengarte de mí, mujer?! —La voz de Michael retumbó en la sala.

—De ser así, ya te habría clavado a Artemisa en un ojo —le respondí con los dientes apretados—. ¡Deja de moverte! Menudo arcángel de pacotilla; ahora eres más bien una paloma chillona.

El gran arcángel, como él se llamaba a sí mismo, endureció la mandíbula y tomó aire con fuerza. Estaba tendido en una de las varias camillas que había en la enfermería. Por suerte, había ocultado sus alas con alguna magia y no estaban a la vista. Curaba sus heridas con uno de los tónicos de los sanadores; los ángeles eran inmunes a las armas comunes, pero no a las angelicales.

Su cuerpo se contraía cada vez que pasaba la gasa por su abdomen firme y caliente. Muy a mi pesar, me había tocado hacer de enfermera. Sarah se había marchado a la ciudad por si necesitaban su ayuda con los heridos en la otra trifulca, donde estaba Hayden.

Ellos aún no habían vuelto y yo temía el momento en que mi amigo se diera cuenta de que la pelirroja no había regresado con nosotros.

Los demás sanadores del castillo se habían llevado el cuerpo del lobo para ver qué podían hacer, aunque todos sabíamos que ya era demasiado tarde.

—No deberíais haber ido allí —me reprochó—. Ahora ellos tienen la piedra.

Ajusté las vendas con más fuerza de la cuenta y lo miré con hastío.

—No, no deberíamos. Pero ahora tú estás aquí en lugar de mi amiga gracias a que ella salvó tu culo angelical. Por no hablar de que uno de mis compañeros ha muerto por tu increíble idea de esconder la piedra dentro de una persona viva —escupí con odio—. Así que no me vengas con reproches. Deberías agradecer que estás aquí, respirando.

—Ellos fueron creados para proteger a la humanidad —se excusó. Se refería a los lobos—. ¿Vale más una vida que miles?

—¿Eso es lo que vas a decirle a tu conciencia a partir de ahora? —Sonreí con ironía—. Buena suerte con ello.

Solté las vendas de golpe en la mesilla y me giré para irme. Ya había terminado mi obligación como enfermera. Esperaba que se recuperara cuanto antes y echara a volar muy lejos del castillo, pero, antes de dar un paso, Michael me agarró del brazo y me atrajo hacia él. Su rostro quedó apenas a un centímetro del mío.

—No sabes lo que es cargar con tanta responsabilidad, mujer. Si lo supieras, me entenderías.

Hubo un momento en que su mirada se desvió a mis labios. Tragué saliva. ¿Qué me pasaba con este tipo? Sin duda tenía ganas de matarlo ahora mismo, pero sentía una atracción que no podía explicar. Me gustaba el peligro, me excitaba, y a veces mi cuerpo y mi mente iban en distintas direcciones.

Levanté de nuevo la coraza que había puesto tantos años atrás. Arrugué el gesto antes de escupir:

—No me importan tus excusas…

Un estruendo cerca de la habitación hizo que el arcángel me soltara y yo me alejara de un salto de su cuerpo. La puerta se abrió

de golpe y chocó contra la pared. Hayden apareció con los puños apretados y una máscara fría y letal. Su ira podía sentirse a kilómetros de distancia.

¡Joder! ¡Joder!

—¡¿Dónde está?! —gritó fuera de sí. Sus ojos se volvieron rojos cuando se acercó a Michael.

Logré obstaculizar el camino antes de que llegara a la cama. Coloqué las manos en su pecho para frenarlo. Conocía a mi amigo: sabía que su control se había ido por el desagüe de un váter.

—Tranquilízate, Hayden. Él no sabe nada. Estaba con nosotros cuando ellos se la llevaron.

Sarah apareció corriendo por la puerta y Lory detrás de ella, con el rostro desencajado. Hayden se fijó en las heridas de Michael y pareció comprender la situación. Respiró hondo hasta que sus ojos volvieron a su estado habitual; sabía que jamás haría daño a alguien que no pudiera defenderse. Miró al arcángel con ira contenida.

—Espero que aparezca sana y salva. Si no, Lucifer será el menor de vuestros problemas —escupió su amenaza. No me cabía duda de que quemaría el mismísimo cielo y el infierno hasta dar con ella.

—Solo hay un sitio a donde los demonios la llevarían y los ángeles no tenemos permitido entrar —dejó caer el arcángel.

—Pues encontraré una manera —soltó Hayden antes de girarse y desaparecer de la habitación.

Corrí tras él y me puse a su lado, caminando a paso ligero. Se dirigía al despacho.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté.

Su mirada se perdía en el frente. Sabiendo cómo era, su cabeza ya iba a mil por hora intentando hallar una solución.

—Ve a buscar a Veca. Los brujos tienen que conocer una manera de encontrarla, cueste lo que cueste. —Apretaba los puños a sus costados.

—Hayden. —La voz de Lory detrás de nosotros detuvo nuestros pasos. Nos volvimos en su dirección y clavó los ojos en los de mi amigo de una forma tan extraña que ya no parecía ella—.

¿Hasta dónde estarías dispuesto a llegar para recuperarla? ¿Bajarías hasta el mismo infierno?

—Lo quemaría si hiciera falta —respondió él sin titubear.

—Bien.

Ella asintió como si estuviera conforme con su contestación. Luego, los dos se metieron en el despacho y mantuvieron una conversación en privado.

◆ ◆ ◆

Los tambores resonaron en mitad del bosque para dar la última despedida a Raylen, el lobo negro que habría sido el siguiente alfa de su manada. Su gran cuerpo animal, cubierto por una bandera con los colores de su estandarte, fue arrojado a una fosa mientras la anciana de los Wood le dedicaba un cántico sagrado de tribus tan antiguas como los árboles que nos rodeaban.

Todas las manadas se habían congregado para dar su último adiós; algo que la pelirroja no podría hacer. Una familia destrozada y una de los suyos todavía desaparecida.

Habían pasado dos días desde que Hayden se marchó del castillo junto a Lory. ¿Cómo sabía ella el lugar al que se la habían llevado? Lo que hablaron en privado en el despacho seguía siendo un misterio para todos.

—Es una pena que ni siquiera hayan podido enterrarlo con su cuerpo mortal —susurró Esther a mi lado. Seguía llevando un cabestrillo en uno de sus brazos.

—Le arrancaron el corazón sin previo aviso. Su magia no pudo cambiar su forma. —La ira en mi voz se hizo notable al recordar el momento—. Y esto es solo el principio.

¿Qué pasaría si el rey de los demonios conseguía pisar nuestro mundo?

CAPÍTULO 33

Amber

La sensación de asfixia no se hizo esperar, pero esta vez el aire se sintió oscuro, pesado, como si cargara varios kilos sobre mis hombros. Los dedos del demonio seguían rodeando mi cuello para, segundos después, ser reemplazados por un objeto frío y metálico antes de que mis ojos se adaptaran al entorno.

Me habían colocado un collar para anular las habilidades, una sensación que conocía muy bien. La última vez que lo había llevado puesto fue antes de que mi padre rompiera el sello. La conexión con mi magia desapareció en un parpadeo; ya no sentía ese hilo con el que me había familiarizado tanto en las últimas semanas.

¡Maldita sea! Sin mis habilidades y sin armas estaba totalmente desprotegida.

—La de cosas interesantes que encontramos en la casa del vidente —dijo Mammon, refiriéndose al brujo al que sacaron información sobre la piedra. Entre lo que robaron, el collar fue una de ellas—. Me muero de ganas por saber lo útil que puede llegar a ser. ¡Andando, mestiza!

Me agarró del brazo y tiró de mí. El pelirrojo, Bel, nos seguía a la espalda. Pensé en oponer resistencia, pero me di cuenta de que, frente a dos príncipes del infierno, no serviría de nada sin mi magia. Sería gastar energías sin saber qué me esperaba allí.

La sensación de un calor abrasador en el ambiente casi llegó a asfixiarme. Me arrastraron por corredores oscuros y laberínticos de rocas ennegrecidas y techos bajos. El olor a moho y a otra cosa que no supe identificar inundó mis fosas nasales y revolvió mi estómago,

ya resentido por el viaje. A medida que avanzábamos, el miedo en mi interior se hacía cada vez más palpable.

Pensaba que me llevarían ante Lucifer, pero no tan pronto. Los vellos de mi cuerpo se erizaron al comprender que, si ese era el caso, habíamos viajado hasta el mismísimo infierno. No era un sueño: no solo mi alma se encontraba allí, sino también mi cuerpo de carne y hueso.

Tras unos minutos que me parecieron eternos, el techo sobre nuestras cabezas se fue haciendo más alto y las paredes, más anchas. A varios metros, se alzaba una gran puerta de madera oscura con grabados de símbolos extraños y difíciles de descifrar. Me quedé absorta en ellos hasta que la mano de Mammon apretó con más fuerza mi brazo antes de arrastrarme para cruzarla.

La estancia era un gran salón en penumbra, iluminado apenas por unas cuantas antorchas colocadas en las paredes. Las llamas anaranjadas daban al lugar un aire tétrico y escalofriante, resaltando la piedra negra que nos rodeaba y el suelo que pisábamos. La sala era enorme, sin ventanas; si no me equivocaba, me encontraba bajo tierra.

El susurro de voces más adelante hizo que dejara de prestar atención al entorno para fijarme en las dos figuras que había al fondo de la estancia. Mis ojos se abrieron de golpe al ver un gran trono de roca negra cuya parte superior terminaba en puntas afiladas, como una corona de espinas. En los extremos, tres perros del infierno custodiaban a su amo, con los dientes preparados para despedazar a cualquiera que fuera una amenaza para él.

Sentado cómodamente se encontraba Lucifer, con pose aburrida mientras escuchaba a su acompañante. Su camisa abierta mostraba varios tatuajes en el torso y en los brazos. Un pantalón suelto de seda negra cubría sus piernas hasta sus pies descalzos. El rey de los demonios vestía de manera muy diferente a la de sus hermanos, como si se hubiera quedado atrapado en el pasado. Era el único que no podía escapar de allí. ¿Cuánto habría cambiado el mundo y sus costumbres desde la última vez que estuvo en él como ángel?

—¿Interrumpo? —soltó Mammon con burla mientras nos acercábamos.

El hombre de cabellos oscuros ataviado con un traje negro, que estaba frente a Lucifer, se volvió hacia nosotros. Sus ojos se abrieron como platos y los míos hicieron lo mismo cuando vi de quién se trataba: Asmodeo, mi abuelo paterno. Aquel que me había protegido en el anonimato. Su mirada de sorpresa dio paso a otra de horror cuando se dio cuenta de que estaba justo en el lugar donde él no quería que estuviera desde un principio. Pero luego ese sentimiento se transformó en una máscara fría e indiferente antes de que sus hermanos pudieran notarlo.

—¿Me has traído lo que te pedí? —preguntó Lucifer.

Oír de nuevo su voz y recordar su última amenaza hizo que todos los vellos de mi cuerpo se erizaran.

—Incluso te he traído un regalo, hermano. —Mammon me empujó frente a él—. Se presentó en la catedral junto al lobo, así que también tenemos la piedra. Nos ha ahorrado tener que ir a buscarla.

Asmodeo se había apartado a un lado, pero los puños cerrados junto a sus caderas me revelaron su frustración.

—¿Y la sangre de Michael?

Aunque su pregunta iba dirigida a mi captor, el rey del infierno no me quitaba los ojos de encima.

Mammon sacó un pequeño vial de uno de sus bolsillos y se lo enseñó con una sonrisa triunfante.

¡No!

Un grito brotó en el fondo de mis pensamientos. Creía que les hacía falta Michael; sin embargo, ya habían obtenido lo que necesitaban.

—¿Te refieres a esto? —soltó Mammon, burlón. Debió de ver mi expresión de horror—. ¿Qué creías, mestiza? ¿Que habías impedido nuestros planes? Eres tú la que nos lo ha puesto todo en bandeja.

Tenía ganas de abofetearme yo misma. Ahora nada los detendría, ni siquiera el ejército de las ninfas. ¿Cómo podría convocarlo si me encontraba en el infierno, a merced de su rey?

Lucifer sonrió, complacido, mientras sus ojos recorrían mi rostro horrorizado. Se levantó lentamente y se acercó a mí con pasos elegantes. Un monstruo atrapado en un cuerpo demasiado bello. Su aura era pura fuerza y destrucción. Se situó tan próximo a mí que tuve que levantar la mirada para no mostrar debilidad. Lo miré a los ojos con desafío. ¿Estaba loca? Quizá sí, pero después de todo lo que había pasado, no me echaría a llorar a sus pies. Sin mis poderes ni nada con lo que defenderme, el orgullo era lo único que me quedaba.

—¿Tantas ganas tenías de ser mi mascota que no has podido esperar? —preguntó con sorna, burlándose de mí.

La ira inundó mis sentidos y apreté los dientes con tanta fuerza que creí que se romperían. Para ellos no era más que un objeto, quizá incluso menos que un chicle pegado en su zapato. Aquello me soltó la lengua y dio paso a mi humor más sarcástico. ¿Por qué no lograba mantener nunca la boca cerrada en situaciones así?

—Ni siquiera podía dormir de las ganas —solté con ironía mientras arrugaba la nariz.

Intentaba molestarlo, pero ocurrió justo lo contrario. Me agarró por la barbilla con fuerza, como la última vez, y me sonrió divertido. Había olvidado que el rey del infierno era un auténtico psicópata. Se inclinó hasta ponerse a mi altura.

—Someter tu lengua impertinente puede llegar a ser un gran desafío para mí —susurró cerca de mis labios—. Me muero de ganas por ver cuánto aguantas antes de romperte. Terminarás suplicando a mis pies. Serás un pasatiempo demasiado divertido.

Me soltó de mala gana y se irguió para volver a su trono de pesadilla.

—Encerradla en una celda —ordenó—. No te preocupes, cariño. Pronto te haré una bonita jaula en mi habitación para que estés más cómoda. Ahora mismo tengo mucho trabajo, pero iré a verte en cuanto pueda. Espero que aguardes con ansias mi visita.

Sus carcajadas inundaron la sala. Sin duda, era el peor ser con el que me había cruzado. Lo miré con desafío y escupí de rabia

en el suelo, asqueada solo de imaginar todo lo que tenía pensado para mí. Eso pareció divertirlo aún más.

Mamon me agarró del brazo sin ninguna delicadeza y me empujó hacia la salida. Mi mirada se cruzó con la de mi abuelo antes de que me arrastraran fuera de la sala. Sus puños cerrados seguían pegados a sus costados y la tensión en su mandíbula indicaba que no le había gustado lo que acababa de ver. Aún así, apartó la mirada con resignación. Ya no podía hacer nada por mí: había cavado mi propia tumba.

Lo último que oí tras la risa de Lucifer fue una orden que salió de sus labios; algo que llevaba mucho tiempo temiendo:

—As, prepara tu ejército. No queda mucho para mi entrada triunfal.

◆ ◆ ◆

El ruido de la cerradura volvió a sobresaltarme y mi cuerpo se pegó a la pared por instinto. Cuando vi a la criatura demacrada y esquelética frente a mí, suspiré de alivio. Cualquiera creería que me había vuelto loca, pero prefería ver aparecer a mil de esas cosas en mi celda antes que a su amo. Él era el peor monstruo que existía en el infierno. Temía el momento en que decidiera hacerme una visita y cumplir su amenaza.

En sus escuálidas manos portaba un plato con comida y un vaso de agua. Era una de las alimañas contra las que había luchado en el parque de atracciones. Miré las cuencas vacías de sus ojos, esperando que lo introdujera en mi calabozo a través de las rejas. Un aullido lastimero salía de su garganta mientras olfateaba el aire. Quería comerme, estaba segura, pero sabía que Lucifer lo mataría sin pestañear si tocaba un mísero pelo de mi cabeza. Era su mascota y solo él podría romperme. ¡Maldito psicópata!

El asqueroso hedor del demonio me hubiese quitado el apetito incluso con mi comida favorita, pero aquello no era una hamburguesa. Hoy tocaban huevos con bacon; un menú demasiado

bueno para el lugar en el que me encontraba. Me resultaba tan gracioso que me quisieran alimentar tan bien y mantenerme sana, que pensaba constantemente en el cuento de Hansel y Gretel: cómo engordar a tus presas antes de llevarlas al matadero.

Pero tampoco era estúpida. Si quería sobrevivir, tenía que permanecer fuerte, y eso no sería posible si entraba en una huelga de hambre.

Esperé a que la criatura se marchara para devorar los alimentos y beber toda el agua. A veces me arrepentía de ingerir tanto líquido y tener que utilizar el agujero en la esquina que hacía las veces de baño. Podría contraer una infección si pasaba una semana más allí, pero suponía que Lucifer se estaba tomando su tiempo para crear una jaula digna donde desatar mis peores pesadillas.

Según mis cálculos y las comidas que me habían traído, llevaba tres días encerrada. Tres menos en la cuenta atrás para que el gran demonio lograra escapar de sus ataduras.

Suspiré, agotada mentalmente. Estaba tan harta de mirar barrotes y paredes ennegrecidas que no hacía más que darle vueltas a cómo escapar y, lo más difícil de todo, cómo traspasar el velo hacia mi mundo. La ansiedad me inundaba a veces cuando pensaba en Ray; esperaba que aún no fuera demasiado tarde para él. El trato que había cerrado con la ninfa… Oh, Dios. Hayden me odiaría, pero ambos sabíamos lo impulsiva que podía llegar a ser. Rezaba para que, después de todo, aquello sirviera para algo.

Un estruendo fuera del calabozo llamó mi atención. La cerradura de la puerta exterior, que daba acceso al pasillo, comenzó a abrirse.

¡Mierda!

Se había acabado mi buena suerte. Lucifer se había dignado a aparecer para hacer realidad sus pensamientos más sádicos.

Pero no fue él quien entró. El olor a carne y huesos descomponiéndose inundó mi nariz al mismo tiempo que unos chillidos agonizantes perforaban mis oídos. Se abrió la puerta y la cabeza del demonio demacrado cayó rodando por el suelo. Su cuerpo aterrizó en la entrada.

¿Pero qué mierda…?

Me pegué más a la pared cuando, tras los restos del guardia, apareció una figura encapuchada con una túnica negra. No tenía estrellas, por lo que deduje que no era un brujo. Se acercó a mi celda en dos zancadas y, al tocar los barrotes, la cerradura comenzó a echar humo hasta desaparecer. Un *déjà vu* del castillo me embargó y estuve a punto de llorar de alivio, aunque sabía que era imposible que él estuviera allí. Su manía de quemar cerrojos y mutilar a cualquiera que osara desafiarlo me ponía de mala leche, pero en ese momento habría dado todo lo que tenía para que así fuera.

Antes de echarme a llorar y sucumbir a mis emociones, la figura se quitó la capucha y pude ver su rostro: ojos verde bosque, labios carnosos y una cicatriz.

—Hayden…

Mi voz se quebró al pensar que quizá era una alucinación y estaba volviéndome loca, pero el tacto de sus manos callosas en mis mejillas y el calor de su pecho al pegarse al mío fueron tan abrumadores que supe que no lo estaba soñando. Su boca impactó contra la mía en un beso de pura necesidad. Su lengua me buscó con desesperación mientras sus manos recorrían mi espalda con pequeñas caricias. Hayden no era de palabras; su reclamo tenía sentido para los dos. Me había extrañado tanto como yo a él.

Se despegó de mí con la respiración acelerada, falto de oxígeno por el profundo beso que habíamos compartido. Luego me recorrió con la mirada, intentando averiguar si estaba herida en algún punto que no hubiera podido ver antes, mientras apretaba la mandíbula.

—Si te han lastimado… —Su voz fría y letal era como una melodía para mis oídos.

—Estoy bien —lo corté—. Lucifer se ha asegurado de que nadie toque a su nueva mascota.

Los ojos de Hayden se convirtieron en escarcha. Antes de poder preguntarle cómo había llegado hasta allí, una nueva criatura apareció en la celda. El gorgoteo que salía de su asquerosa boca sonaba a amenaza previa al ataque. Hayden me puso tras su espalda, pero antes de que él arremetiera con su habilidad, alguien

se adelantó y separó la cabeza de la criatura de un tajo. Un golpe seco retumbó cuando las dos mitades de su cuerpo se desplomaron.

Miré a la figura encapuchada cuando se quitó la capa y reveló su identidad.

—¿Lory?

Mis ojos se abrieron de golpe, pero no me dio tiempo a averiguar qué demonios hacía mi cuidadora allí: su cuerpo comenzó a cambiar.

CAPÍTULO 34

Mis ojos se abrieron de golpe al contemplar el cambio…

Donde antes había una figura femenina de hombros estrechos y rasgos suaves, ahora se alzaba un hombre joven de casi dos metros y de grandes dimensiones, por donde quiera que lo mirase. Llevaba un pantalón de cuero negro sobre unos muslos poderosos y tonificados, dejando su torso expuesto. La piel de su pecho y sus brazos estaba repleta de tatuajes: espirales y símbolos tan negros que hacían juego con sus ojos y su cabello corto, oscuro como la noche. Esto hacía que su palidez resaltara aún más, junto a unas orejas puntiagudas.

Lo más intimidante de todo eran las poderosas alas membranosas de murciélago que se replegaban a su espalda. Luego miré hacia abajo, a sus manos, con las que sostenía la túnica que llevaba segundos antes; terminaban en uñas tan afiladas como cuchillas. Tuve ganas de salir corriendo. Lucifer era hermoso como un ángel, pero este ser era la otra cara de la moneda: la belleza hecha oscuridad.

Las pisadas y los gritos de los demonios se escuchaban cada vez más cerca. La voz de este nuevo ser, al dirigirse a Hayden, me sacó de mi estado de *shock*.

—Lucifer ya sabe que alguien ha entrado sin permiso en el infierno. —Su voz era grave, nada que ver con el tono dulce de Lory —. Si me descubre aquí y me reconoce, todo lo que he hecho hasta ahora habrá sido en vano.

Por fin pude reaccionar:

—¿Quién eres tú? ¿Qué has hecho con Lory? —Mi voz salió demasiado histérica.

Pero no hubo respuesta. En ese momento era invisible para ambos.

—¿Puedes transportarte desde aquí? —preguntó Hayden con urgencia.

—Solo puedo pasar un alma al otro lado. Ya sabes cómo funciona… lo que eso conlleva. No habrá más oportunidades. Él reforzará las entradas después de esto.

—Entonces ya está decidido, Nox. Ya sabes lo que tienes que hacer.

Sin más explicaciones, supe lo que pretendían.

—¡No! —Apreté los dientes con fuerza—. No vuelvas a hacerlo… Por favor.

Era una súplica que traía de vuelta el pasado: donde un chico me daba su medallón con la promesa de regresar a por él, donde mi garganta se desgarraba a gritos en un túnel tras soltar su mano y dejarlo a su suerte en el castillo.

—No voy a volver a dejarte. —Mi voz se rompió y me convertí de nuevo en una niña asustada.

Él posó sus manos en mis mejillas y me miró a los ojos.

—Te amo, princesa. Nunca dudes de ti. Eres la persona más fuerte que conozco y siempre me he sentido orgulloso de ello. Puedes confiar en él. Te lo explicará todo —susurró contra mis labios. El sonido se hacía más presente. Estaban cerca—. ¡Nox!

Una orden y este me agarró de los hombros con una fuerza sobrehumana. No me hacía daño, pero sus garras eran como barras de metal inamovibles.

—¡No! —grité a la vez que intentaba aferrarme a la capa de Hayden, pero este se zafó de ella y me rodeó sin mirarme siquiera. Me quedé sosteniendo solo un trozo de tela y aire—. ¡Ni se te ocurra volver a dejarme! ¡Hayden! ¡Por favor!

Grité mientras me removía entre los brazos de Nox. El condenado collar todavía seguía en mi cuello.

—¡Hayden!

Sentí pánico y desesperación al pensar lo que le haría ese maldito psicópata si lo encontraba en mi lugar. La impotencia de saber que él volvería a ser mi escudo. Rompí en un llanto descontrolado mientras gritaba su nombre, pero supe que ya no podía hacer nada cuando Nox se aferró a mi cuerpo y la oscuridad nos envolvió.

Sentí náuseas mientras mi organismo se adaptaba de nuevo a suelo firme, pero estaba demasiado angustiada para que la sensación se asentara como las veces anteriores después de teletransportarme. Cuando Nox me soltó y me dio espacio, caí de rodillas y vomité. Vacié mi estómago una y otra vez frente a su silencio.

Una vez que ya no hubo nada más en él, me levanté ignorando los árboles a nuestro alrededor y la luz de la luna que se filtraba en la oscuridad de la espesura del bosque. En otro momento, el aroma a tierra mojada me hubiese calmado, pero era tan familiar, tan igual al olor de él, que entrecerré los párpados y observé a la figura que tenía frente a mí.

Nox me miraba, a la espera de mi próximo movimiento. Unos ojos tan oscuros como el mismo abismo me observaban pacientes. Sus puños cerrados sostenían la capa de Hayden. No sabía cuándo la había soltado de mis manos.

—Vuelve a por él —no rogué. Ordené con voz fría y calmada mientras apretaba los dientes de rabia.

—No puedo. —Solo dos palabras que me hicieron explotar en una furia desmedida.

—¡Tráelo de vuelta, maldito hijo de puta! —grité y perdí las formas como nunca lo había hecho.

Me abalancé y comencé a golpear su pecho, pero era como pegarle a una roca dura. Para Nox sería el roce de un simple insecto. Agarró mis manos y me susurró como si intentara calmar a un animal salvaje.

—Conozco a Lucifer. Lo mantendrá vivo hasta recuperarte. Para él seréis una futura diversión.

Pero esas palabras no me tranquilizaron. Nox me soltó al ver que me asfixiaba; mi respiración acelerada y la ansiedad me rompían

por dentro. Di vueltas sobre mis pies a la vez que agarraba el collar de mi cuello y tiraba con fuerza para arrancarlo, pero era imposible. Necesitaba respirar…

—¡Quítamelo! —Me asfixiaba.

Nox se acercó a mí y volvió a sujetarme de los hombros.

—Respira… no es el collar. Es un ataque de pánico. Respira… despacio y profundo, Amber.

Su voz grave se convirtió en una más amable y compasiva a la vez que respiraba a mi lado y me guiaba para superar el episodio. Ambos caímos de rodillas hasta que mi respiración se hizo más lenta, más pausada y la sensación de asfixia disminuyó.

—Quítame el collar —susurré. Necesitaba sentir de nuevo el hilo de mi magia.

—No hasta que me escuches.

Recogió la capa del suelo y me cubrió con ella de una forma tan dulce que, por un momento, me recordó a Lory.

—¿Me tienes miedo?

—No seas vanidosa. Soy un demonio. Tengo miedo de que destroces el bosque de tu familia y, cuando te des cuenta de ello, te hundas en tu miseria.

Esbozó una sonrisa sincera, cargada de afecto. Entonces me percaté de dónde estábamos. Y su rostro me recordó a alguien. Era un buen punto tras verme tan enloquecida hacía un momento.

—¿Dónde está Lory?

—¿La real, o la que tú has conocido? —Levantó las cejas oscuras. Me pareció un gesto demasiado humano—. Es una larga historia y tenemos tiempo de sobra antes de volver al castillo.

Entonces decidí escuchar lo que tuviera que contarme:

—Soy un demonio menor, concebido como una extensión de tu abuelo. Ya sabes que los príncipes del infierno crean criaturas a partir de ellos mismos. Pero mi existencia tiene un único propósito: ser sus ojos y sus oídos en este plano y proteger a su nieta desde las sombras. Él no puede involucrarse personalmente, ni yo revelar mi identidad. Si Lucifer se enterara de su traición…

Intenté comprender muchas cosas. Era normal que me recordara a alguien; algunos de sus rasgos eran una copia de los de

Asmodeo.

El movimiento de sus alas membranosas captó mi atención. Se veía incómodo hablando de este tema; lo supe también por la presión en su mandíbula.

—Al principio, cuando eras pequeña, lo hacía tomando la forma de animales, cualquiera que me facilitara estar a tu lado sin llamar la atención.

—Entonces… ¿puedes transformarte en cualquier cosa que desees?

—No. Solo si devoro el alma de ese cuerpo vivo. Todo pasa a mi consciencia: sentimientos, pensamientos, incluso el recuerdo de un pasado. A veces que me fundo tanto con el otro, que su esencia llega a eclipsar la mía. En ocasiones tengo que recordar para qué he sido creado. Y, antes de que lo preguntes, sí, soy un demonio devorador de almas. Me alimento de eso…

Tragué saliva al pensar en Lory.

—¿Mataste a mi cuidadora?

Una pregunta delicada que amenazaba con destrozarme.

—Cuando tu madre te llevó al castillo, me camuflé para seguiros —comenzó Nox, tomándose su tiempo para contestar—. No fue hasta que los brujos atacaron cuando vi la oportunidad perfecta para poder estar más cerca de ti en el futuro e influir en los demás para protegerte. Lory quedó tan herida tras la trifulca que estaba a punto de morir cuando la encontré. Antes de que exhalara su último aliento, devoré su alma y tomé su lugar.

»Tú aún eras una niña y decidí aprovechar la situación. Me quedé cerca de Hayden y Marcus durante años para recabar información sobre nuestros enemigos, esperando el día en que volvieras. Todos los días me transportaba a la casa de los Wood y volvía a tomar la forma de cualquier animal para observarte en las sombras.

—Entonces… ¿Siempre fuiste tú? Tus palabras de cariño, el apoyo…

Una de nuestras conversaciones recientes invadió mi mente: «Esa siempre ha sido mi misión, Amber, cuidar de ti. Quizá algún día pueda explicarte muchas cosas».

—Parte de su alma sigue ahí cuando tomo su cuerpo —explicó él—, así que… puede decirse que sí. Los dos somos uno cuando eso pasa.

—Entonces nada fue casualidad. Avisaste a Hayden cuando salí a buscar a Dana y me escapé del castillo. La llamada a los mestizos cuando Adam traicionó a mi abuelo. Cuidaste de mí sin que nadie lo advirtiera, ¿no es cierto?

—También informé sobre la chica que desapareció un año antes. Sabía que las sombras acechaban en el bosque buscándote. Supe que irías a la fiesta de la hoguera y que estarías en peligro; solo lo dejé caer para que Hayden lo oyera. «Las chicas adolescentes suelen pasarse bebiendo en esas fiestas». Solo sembré la semilla y él fue sin pensarlo.

Respiré hondo para ubicarlo todo. ¿Qué más sorpresas me esperaban? Mi vida era un caos. No sabía cómo aún estaba cuerda. O quizá ya me había vuelto loca y no me había dado cuenta.

—Si te descubren…

—Intentaremos que eso no pase. Tu abuelo estaría en una situación bastante complicada para toda la eternidad.

Lo miré a los ojos y sentí las lágrimas a punto de derramarse.

—Necesito recuperar a Hayden. —Mi voz se quebró.

—La única forma de hacerlo es devolver a Lucifer al infierno en cuanto traspase el portal. Si completa sus planes, no solo él será su prisionero. Toda la humanidad y los seres sobrenaturales viviremos bajo un reinado de terror.

Todo se reducía a lo mismo: ganar la batalla y rescatar a Hayden como fuera. Llorar no me serviría de nada, pero estaba tan rota…

Nox se acercó a mí y arrancó el collar de mi cuello de un solo movimiento. El metal cayó al suelo mientras él me miraba a los ojos. Una pregunta sin palabras se formuló. ¿Estás lista para luchar? En cambio, dijo:

—Es hora de volver al castillo.

Pero antes tenía algo que hacer, y esperaba que la reina de las ninfas cumpliera su parte del trato.

—¿Dónde está Ray?

CAPÍTULO 35

Hayden

El recuerdo de los ruegos de Amber para que no la dejara de nuevo todavía taladraba mi cabeza cuando el último de los demonios cayó al suelo. Ellos habían pagado la rabia que se acumulaba bajo mi piel, tras la máscara fría e imperturbable que solía mostrar ante mis enemigos.

Me senté en la dura piedra que hacía las veces de cama. Ella había dormido allí, en esas asquerosas condiciones, y yo me culpé por ello. Por no llegar antes a salvarla.

Habíamos tardado tres días en trazar un plan y llevarlo a cabo: esperar el momento oportuno para burlar las puertas del infierno. Nadie entraba ni salía sin que él lo supiera, pero la ayuda de Nox había sido clave. Asmodeo tenía la última palabra: entrar y salir antes de que ellos lo vieran y sospecharan de su traición y de quién era en realidad Amber para él.

Nox me había avisado: si nos descubrían, había una posibilidad de tomar el lugar de Amber. Ni siquiera lo pensé. Ardería en el infierno por ella las veces que hiciera falta. Cargaría con las consecuencias de mis actos si algún día volvía a verla…

Él no tardaría en llegar tras saber que alguien más se había colado en sus dominios. Así que me acomodé y esperé, hasta que unos pasos retumbaron en la piedra del pasillo. Nunca había visto a Lucifer ni tenía idea de su aspecto, pero no dudé de que fuera él cuando apareció solo. Sin guardias, sin armas; un tipo bastante seguro de sí mismo y de su poder.

Creo que, en el fondo, todos los depredadores nos reconocemos sin presentaciones. Podemos percibir de frente la

misma maldad y oscuridad que habita en nuestro interior.

Miró los restos de sus demonios en el suelo y luego clavó la vista en mí. Seguí sentado como si nada, sin molestarme en levantarme ante su presencia.

—Un vampiro Sangre Pura con una habilidad poderosa… ¿Cuándo se me ocurrió crear a seres tan idiotas capaces de rebelarse contra su creador? —resopló molesto. Nada de ira en sus facciones, pero yo sabía que era una fachada. El *tic* en su mandíbula lo delataba, le encantaría partirme el cuello en cualquier momento. Rebelarse contra su creador… menudo hipócrita—. ¿Por qué estás tú aquí y no mi mascota? —Levantó las cejas.

«Mi mascota»

Me hubiera gustado arrancarle la lengua, pero no era estúpido. Sabía elegir mis batallas y esta no era una de ellas; sin embargo, podía transformar mi rabia y hacer lo que mejor se me daba: tocarle las narices a la gente o, como solía decir Amber, sacarlos de sus casillas. Había lidiado desde joven con tanta mierda en el castillo y tantos cargos altos e importantes, que sabía dónde atacar para encontrar sus puntos débiles. No por nada solía ser la mano derecha de Marcus.

—Me has roto el corazón. —Puse la mano en mi pecho y me levanté de la piedra con tranquilidad. Me quité una pelusa imaginaria de mi traje de combate—. Creí que este intercambio te gustaría. Suelo ser bastante famoso entre mis amantes.

Lo miré a los ojos de forma seductora, haciendo más convincentes mis palabras. Su mandíbula se crispó y luego llegó el dolor…

Un peso me aplastó los pulmones hasta hacerme caer de rodillas y apretar los dientes. Su poder me había golpeado incluso sin moverse del sitio. Pero no grité. No le di lo que quería. Él había jugado con mi chica y yo estaba haciendo lo único que podía hacer para disipar la rabia que me atormentaba desde que ella desapareció. Lo llevaría hasta el límite y disfrutaría de ello.

El poder dejó de golpearme y reí… de rodillas… No paré hasta recuperar la voz, aunque apenas era un hilo bajo y tembloroso.

—Lo siento… puedo teñirme el cabello. No sabía que tenías un fetiche con las pelirrojas. Pero te entiendo, a mí también me ocurre.

Y entonces explotó. Fue apenas un segundo y pasé de estar de rodillas a estar contra la pared. Mis huesos crujieron antes de empezar a recomponerse. La mano del demonio presionaba mi cuello, a punto de dejarme sin aire. El sabor metálico inundó mi paladar. Por fin había conseguido lo que pretendía: molestarlo y herir su gran ego, igual que él había tocado a mi princesa.

—Eres un crío estúpido si crees que puedes venir aquí y hablarme de esa manera. —Su rostro contraído de rabia y la ira en su voz fueron una melodía para mis oídos—. ¿Crees que no puedo traerla de nuevo?

Soltó un poco de presión en mi cuello, lo que me hizo más fácil poder hablar.

—Oh… sé que no lo harás —me burlé—. Estarías incumpliendo las reglas. Ya has traído un alma que no debería estar aquí. La próxima vez, tu padre tomará cartas en el asunto. Y será él mismo quien lo haga…

Sus uñas desgarraron mi pecho y el olor de la sangre ocupó toda la habitación. Mi visión se volvió un poco borrosa, pero aparté el dolor de mi mente y seguí sonriendo.

—¿A qué esperas? ¿Por qué no me matas de una vez? No le tengo miedo a la muerte.

—Hay cosas peores que la muerte. No sé quién eres ni lo que significas para ella, pero para ti… debe de ser mucho si te has arriesgado tanto. —Acercó su rostro al mío y me susurró al oído—. No sabes cuánto disfrutaré de tu dolor cuando oigas sus gritos y no puedas hacer nada. Te obligaré a mirar cómo la rompo hasta que tengas ganas de arrancarte los ojos.

Mi poder explotó en la celda, como ocurrió años atrás, cuando maté a mis padres. Todo lo que tocó mi habilidad descontrolada se consumió en un abrir y cerrar de ojos. Mi alrededor se había desintegrado como una onda expansiva. Donde antes había mantas para dormir sobre la piedra y restos de demonios, ahora solo quedaba polvo ennegrecido y olor a destrucción.

Sin embargo, Lucifer seguía agarrando mi cuello sin apenas un rasguño. No sabía qué clase de poderes tenían estos seres, pero, por primera vez, me pregunté si nuestro mundo tendría alguna oportunidad de salvarse.

Mis rodillas cedieron tras el gran desgaste de mi habilidad, aunque él me sostuvo y enseñó los dientes.

—¿Quién te ha dejado pasar?

—Los brujos tienen muchos métodos para traspasar tus barreras —mentí.

Mi respuesta no lo convenció. Ni siquiera reconocía mi voz. El cansancio se hacía cada vez más evidente; había perdido demasiada sangre antes de que el desgarro en mi pecho comenzara a cerrarse.

—Tranquilo, chico. Volverás a verla. —Sonrió burlón—. Te llevaré conmigo para que seas testigo de la destrucción y la esclavitud de los tuyos cuando me libere. Estoy deseando ver la cara de la mestiza al verte arrodillado y encadenado a mis pies.

—Eso… nunca pasará —contesté con un hilo de voz.

—¿Y quién me detendrá? ¿Tú? —preguntó con sorna.

—¿Yo? —Saqué mis últimas fuerzas para reír—. Oh, no. Lo hará ella. Creo que la has subestimado demasiado. No sabes en lo que puede llegar a convertirse cuando alguien toca a los que ama. Acabas de cavar tu propia tumba.

Tras mis palabras, me soltó. Mi cuerpo cayó al suelo y mi visión se volvió aún más borrosa. Escuché pasos y sentí que me colocaban un metal frío en el cuello. Sabía lo que era; lo había utilizado muchas veces para cazar y encarcelar a los Sangre Pura que no cumplían las reglas de Marcus: un collar para robar las habilidades. Con él puesto me sería mucho más difícil recuperarme.

—No le deis de comer hasta que yo lo ordene —tronó la voz de Lucifer.

Luego, el sonido de la celda se apagó y mis ojos se cerraron.

◆ ◆ ◆

Me despertaron unos golpecitos en las mejillas y una voz que susurraba.

—Vamos, chico. Despierta. No podré ayudarte si sigues inconsciente. ¿Cómo se te ocurre cabrearlo de esa manera? ¿Es que no tienes miedo a morir?

Abrí los ojos, pero mi visión era demasiado borrosa. Me removí inquieto; solo quería descansar. Apenas tenía fuerzas para levantar la barbilla y todo estaba en penumbra. Otra vez ese susurro… Me obligaba a despertar, a mantenerme consciente. Y luego, ese olor metálico que mi cuerpo pedía a gritos.

El aroma de la sangre me golpeó cuando me agarraron de la cabeza y me empujaron hacia delante. Mi boca impactó con piel y una sustancia pegajosa me manchó los labios.

—¡Bebe! Ella querrá verte de nuevo —ordenó, y mi instinto tomó el control.

Mis colmillos se alargaron y mordí. Era la muñeca de alguien. El sabor era muy dulce y el poder de esa persona… era demasiado; podía sentirlo. Lo notaba en mis venas. Y entonces bebí y bebí hasta que mi cuerpo comenzó a recuperarse, pero antes de saciarme y tomar todo lo que me hacía falta, se acabó. Un jadeo involuntario salió de mis labios, cargado de desesperación.

—Por hoy será suficiente. Se darán cuenta si te recuperas demasiado pronto.

Otra vez esa voz hablaba en susurros bajos. Ya la había oído una vez. La reconocí: era el abuelo de Amber, Asmodeo. Se había arriesgado en exceso viniendo a la celda. Pero antes de poder pronunciar ninguna palabra, volvió a susurrar:

—Descansa…

Y la oscuridad me engulló de nuevo.

CAPÍTULO 36

Amber

Las hojas crujieron bajo mis pies cuando me acerqué a las lápidas de la familia Wood. Sus antepasados estaban reunidos a mi alrededor; solo eran trozos de piedra con nombres grabados en su superficie. Era la tradición de los lobos: sus restos eran entregados a la naturaleza, a su bosque. ¿Qué pensarían al saber que sus corazones habían portado, por un tiempo, la mitad de la cadena de un monstruo? ¿La seguridad de nuestro mundo?

Un nudo atenazó mi garganta al ver su nombre en una de ellas. Raylen Wood. Todavía no podía creer lo que veían mis ojos. ¿Por cuánto habría tenido que pasar mi familia? ¿Cómo habría sido su último adiós?

Nox me había dado espacio. Me observaba desde un punto no demasiado lejano. Él sabía que yo no solo había venido a despedirme; tras mi advertencia de que, viera lo que viese, se mantuviera al margen, estaba segura de que intuía que me traía algo entre manos.

La parte inferior de la capa que me cubría rozó la hierba cuando me arrodillé a los pies de la tumba de Ray. Enterré los dedos en la tierra y dejé fluir un pensamiento. Un sentimiento. Las palabras del tratado se deslizaron por mis labios:

—Por una promesa y un pacto cerrado, te ordeno que entregues tu parte como lo haré yo en su momento…

Una luz refulgió en mi muñeca. El tatuaje de las enredaderas y la piedra se iluminó, provocando un cosquilleo que bajaba hacia mis dedos. Luego, varias ramificaciones de un color violeta vibrante

se deslizaron a mi alrededor, abriéndose camino e iluminando la noche.

Los recuerdos de un pasado inundaron mi mente en pequeños retazos:

Me desperté en una cama, en una habitación extraña. ¿Quién soy? ¿Dónde estoy? Lo primero que vi fueron sus ojos, tan azules como el océano. Un chico mayor que yo me observaba en silencio, con mirada preocupada. Todavía no sabía que se convertiría en mi protector.

La tierra tembló bajo mis pies y me levanté de golpe mientras esta se deslizaba hacia los lados y abría un agujero frente a mí. Me aparté unos cuantos pasos, con la mente en otra parte. La voz de Ray se repetía en mi cabeza una y otra vez, reviviendo algunos momentos:

Cada noche que tienes esas pesadillas, te escucho desde mi habitación. Voy a la tuya para observar que estás bien y, cuando estás a punto de despertar, salgo por la ventana antes de que me pilles allí y parezca un pervertido.

Siempre estaré a tu lado.

La he hecho con madera del gran sauce para que te lleves un trocito del bosque que tanto te gusta. Si quieres, puedes colgarla en tu medallón.

Me llevé la mano al cuello buscando la media luna de madera que colgaba junto a la estrella de Hayden. Las lágrimas corrieron por mis mejillas y me permití llorar como no hice el día que lo asesinaron. Había tenido que tomar una decisión y cortar todo sentimiento frente a mis enemigos.

La tierra alzó un gran cuerpo rodeado por una manta con los colores de mi familia.

Am, recuerda que siempre me tendrás a tu lado. Por mucho tiempo que pase y por muy lejos que estés, siempre estaré para ti.

Una luz dorada y cegadora me obligó a taparme los ojos. Cuando se apagó y volví a mirar, un cuerpo humano se movía con lentitud, apartando las telas. Le di espacio y unos momentos para no asustarlo; no sabía cómo reaccionaría Ray tras haber vuelto de la muerte. No quería saber de qué lugar lo había arrancado a la fuerza.

Su piel dorada asomó cuando se volvió hacia mí, perdido. Se levantó tambaleante, mirándose las manos. Su cuerpo desnudo y encorvado temblaba, y sabía que no era por frío. Me acerqué despacio y su mirada conectó con la mía. Su voz, ronca y débil, susurró:

—Am... ¿Qué… qué ha pasado? ¿Dónde estoy?

—Shsss, tranquilo… —susurré con cariño mientras me quitaba la capa y cubría su cuerpo con ella.

Mi mano se deslizó por su pecho, hacia la zona de su herida. Ni siquiera había quedado una cicatriz. La magia era… impresionante. Ahora tenía un corazón nuevo que volvía a latir; lo sentí en la palma de mi mano.

Sus ojos recorrieron mi cuerpo buscando señales de alguna herida. La última vez que me vio fue frente a dos príncipes del infierno. Un nudo en la garganta amenazó con nuevas lágrimas y lo abracé. Hundí la cabeza en su pecho mientras sollozaba por él, por Hayden y por lo que había sido mi vida en estos últimos meses. Escuché su corazón; en ese momento me parecía el sonido más hermoso del mundo. Sus grandes brazos me rodearon en un abrazo cálido y preocupado.

—¿Estás… bien? —preguntó desorientado—. ¿Qué te pasa, Am? ¿Estás herida?

—Te lo explicaré cuando lleguemos al castillo. Déjame solo un momento más aquí. Solo un segundo…

Siempre tan protector. Él había muerto y, aun así, quería saber si yo estaba bien. Había sido mi escudo y mi seguridad durante muchos años, cuando era la antigua Amber, la que solo quería sentirse protegida y arropada en la seguridad de una familia.

Pero eso había cambiado. Yo también lo había hecho. Ya no era la misma chica tonta e inocente que salió del bosque, aquella

que no sabía empuñar armas y que necesitaba protección. La niña que creía que el mundo era un cuento de hadas.

Quizá esa chica se quedó allí, recogiendo plantas y disfrutando del olor de las flores. La de ahora era más fuerte, más fría y se había forjado a base de sufrimiento y pérdida.

Ahora me tocaba a mí hacer de escudo. Impedir que me arrebataran lo único que me había impulsado a levantarme una y otra vez: los míos.

Siempre estaré a tu lado.

Lo miré a los ojos. Esos iris tan azules pedían una explicación a todo lo que estaba pasando. No lo culpaba; no todo el mundo volvía a la vida después de tres días. Coloqué la palma de mi mano en su mejilla. Mis dedos rozaron su flequillo oscuro.

—Por una vez, Ray, deja que sea yo quien te proteja.

Miré a mi hermano con dulzura antes de tratar de explicarle lo que había hecho, pero el crujido de las hojas a mi espalda, unos metros más atrás, despertó sus instintos. De un momento a otro, sus dientes se alargaron. Me rodeó y quedé resguardada por su gran cuerpo.

—¿Quién eres? ¡Sal de tu escondite! —rugió.

Nox salió de la oscuridad con pasos serenos. Yo agarré a Ray del brazo y me coloqué a su lado.

—Tranquilo, Ray. Es un amigo.

—Bienvenido de vuelta —dijo Nox con voz calmada. Luego me miró con reproche.

—Lo sé. Hay muchas cosas que tengo que explicar… —Suspiré con resignación.

Aunque no podía contar todo lo que me gustaría sobre el trato que había hecho con Kali, sí tendría que dar muchas explicaciones al respecto. Sobre todo a mi familia…

◆ ◆ ◆

Nox nos apresó con sus garras y la oscuridad nos arrastró con él. Ojalá hubiera podido hacer lo mismo con Hayden y conmigo, pero en este mundo las reglas no eran las mismas que las del infierno…

El estómago me dio vueltas. Otra vez. Odiaba teletransportarme, pero era la única forma de que los tres llegáramos al castillo lo antes posible. Aunque Ray estaba bien, necesitaba descansar y quería que un sanador lo revisara.

Nuestros pies tocaron el suelo del despacho. Kress casi se cayó del susto cuando sus ojos nos recorrieron: primero a mí, luego a Ray —su rostro se tornó pálido al verlo vivo— y, finalmente, a Nox. Fue el momento en que sacó a Artemisa de su costado. Yo me coloqué frente a ellos como una barrera.

Antes de poder explicar nada, la puerta se abrió y apareció Dana. Observó la escena y su cuerpo se quedó tan quieto como una estatua al ver a Ray; ni siquiera reparó en el ser de oscuridad con alas de murciélago que se encontraba tras de mí. Me miró a los ojos y su voz salió cargada de preocupación y miedo:

—¿Qué has hecho?

CAPÍTULO 37

Después de que Dana llegara, acompañé a Ray a su dormitorio y me aseguré de que los sanadores lo examinaran. Mientras tanto, Kress se encargó de reunir a unos cuantos en el despacho: Logan, Esther y Cameron se unieron a Nox y a la vampira. Cuando Dana y yo entramos en la sala, la voz incrédula de Kress inundó el espacio:

—¿Nos estuviste engañando? ¿Todo este tiempo? —preguntó mirando al demonio.

Este se encontraba de pie, con sus poderosos brazos cruzados y sus alas membranosas replegadas tras la espalda. Se le veía muy tranquilo; había pasado demasiado tiempo entre nosotros, aunque en otro cuerpo, y estaba más que acostumbrado al carácter de la morena.

Deduje que Nox le había contado ya una parte antes de nuestra llegada: quién era Lory en realidad y por qué Hayden no había vuelto con nosotros. Otra vez sentí mi corazón como si un puño lo estuviera aplastando...

—No sabía que los demonios tuviesen dotes para la interpretación —resopló ella, molesta—. Debemos encontrar una manera de sacar a Hayden de allí.

—Eso es imposible… —contestó Nox antes de centrar su atención en mí y en Dana, que estaba a mi espalda.

Cuando notaron hacia dónde se desviaba la vista del demonio, se hizo el silencio. Pasé de largo hasta sentarme en el sillón de mi abuelo y suspiré antes de clavar los ojos en mi

padrastro, Logan. Su mirada era un cúmulo de preguntas mezcladas con algo de desolación: había recuperado a su hijo y quería saber por qué, después de haberlo enterrado, se encontraba de nuevo en su habitación. No había ni rastro de Dash; sabía que hablar con él sería más complicado.

—¿Y bien? —preguntó Dana.

Le había pedido que, por el bien de Ray, no hiciera preguntas hasta llegar al despacho. Incluso después de escuchar a los sanadores decir que estaba más que sano y que lo dejáramos descansar, ella seguía mirándolo como si fuese un fantasma.

—Es una larga historia —contesté, cansada.

Cogí aire y les relaté todo como buenamente pude: desde que supe que era una viajera entre mundos hasta los saltos que había dado traspasando los velos. Les conté las veces que había visto a Lucifer, la propuesta que él me había hecho y yo había rechazado y, finalmente, los encuentros con Kali, la piedra y el trato para obtener su ejército.

—Entonces ella te devolvió al lobo y la promesa de un ejército… —repitió Kress, pensativa— ¿Y qué le diste a cambio?

—Tiene que ser algo muy grande. Una magia tan poderosa solo se paga entregando algo que equilibre la balanza —la cortó Esther. Llevaba un brazo en cabestrillo, secuela de nuestra última trifulca contra los demonios—. ¿Qué quería la ninfa a cambio, Amber?

—Eso no puedo decirlo… Estaría faltando a mi palabra —respondí cabizbaja.

—¡Sabes que Raylen no habría querido esto! ¡No si pones en peligro tu vida! —estalló Logan—. Os quiero a ambos. Eres como mi propia hija, Amber. ¿Me has devuelto un hijo para después perder a otra?

Su rabia me atravesó como un puñal. No sabía por qué las lágrimas estaban a punto de desbordarse: si la razón era ver tanto dolor en su rostro o que había reconocido delante de todos lo mucho que me amaba, al igual que a sus otros dos hijos.

—No sabéis con qué he cerrado el trato —contesté exasperada—. ¿Por qué dais por hecho las cosas y sois tan

dramáticos?

Todos me miraron con una mueca de incredulidad. Me conocían lo suficiente para saber de qué era capaz por los míos.

Me tapé la cara con las manos y suspiré. Haber estado encerrada tres días en una celda y todo lo ocurrido después habían hecho mella en mi cuerpo y en mi mente. Necesitaba pensar, tomarme un tiempo a solas para saber qué podía hacer a partir de ahora.

—Necesito descansar. La luna de sangre es dentro de dos semanas y Lucifer ya tiene todo lo que le hace falta para volver. —Miré a todos los presentes—. Mañana nos reuniremos y discutiremos qué posibilidades tenemos contra él.

◆ ◆ ◆

El agua caliente mordía mi cuerpo desde los pies hasta el cuello. Cada centímetro de piel se tornaba rojo allí donde había pasado la esponja con fuerza. Sentía mucha rabia… desesperación… agonía. Todos esos sentimientos brotaron de mí a la vez que frotaba y frotaba sin descanso. Eso era lo que no quería que los demás vieran: mi frustración.

Necesitaba salir del despacho y estar sola... El simple hecho de disfrutar de un baño me hacía sentir culpable y sucia, porque yo debería estar en esa asquerosa celda y no él. Nox me había asegurado que Lucifer no lo mataría, pero… ¿qué le haría al saber que me había liberado delante de sus narices? Una burla al gran Rey de los Demonios que traería consecuencias.

Debía pensar…

Imaginé un tablero de ajedrez. Todo había empezado así. Dos jugadores: uno era Lucifer y el otro había sido mi padre. Asmodeo era una pieza invisible, y así seguiría; sus circunstancias eran demasiado complicadas para colocarlo en la partida. Así que… por mucho miedo que me diera aceptarlo, ahora las piezas caían en mi propia mano. Ya no era la reina blanca, como insinuó Sagara; me había convertido en la otra jugadora. Yo terminaría la partida que

ellos empezaron. Solo tenía que pensar con cuidado qué pasos dar para lograr el jaque mate…

Mi oído captó algo fuera del baño, en la habitación. Aun con la puerta cerrada, percibí un ruido muy leve, pero lo suficientemente alto para mis instintos desarrollados. Pisadas… Había sentido pisadas en mi dormitorio. Los vellos de la nuca se me erizaron. Lo que fuera que estuviese allí, había entrado con sigilo.

Las gotas de agua recorrieron mi cuerpo cuando salí con cuidado de la bañera. Mis movimientos eran sutiles mientras enredaba una toalla a mi alrededor y tomaba la daga de enredaderas que olvidé en la catedral y que Kress me había devuelto. Se había escurrido de mis manos antes de que los príncipes demonios me capturaran.

Me aproximé a la puerta y giré el pomo lentamente. Abrí una pequeña rendija para captar cualquier movimiento. Aunque era de día, solo una mínima luz alumbraba la habitación. Había corrido las gruesas cortinas hasta dejar el cuarto en penumbras antes de darme el baño.

Aunque no vi nada en un primer momento, sabía que había alguien o algo allí. El escalofrío que recorría mi espalda siempre era indicio de peligro, incluso cuando era humana. Mi intuición había estado muy desarrollada desde niña.

Mis pies se deslizaron fuera con lentitud mientras el agua resbalaba por mi cuerpo y mi cabello mojaba la alfombra. Tenía los músculos en tensión y los instintos en alerta mientras recorría la habitación buscando a mi presa. Ya no era ese cervatillo asustado del pasado; me había convertido en la leona… En la cazadora.

Un leve movimiento a mi espalda me hizo girar más veloz que un parpadeo. Mi mano apretó la garganta de alguien con fuerza hasta arrinconarlo contra la pared. Luego, coloqué mi daga debajo de su barbilla.

Unos ojos oscuros me miraron en silencio, sin vacilar. Llevaba el pelo negro recogido en un moño bajo, dejando algunos mechones sueltos sobre su rostro, más pálido y delgado desde la última vez que lo vi. No supe que mi rabia había emergido hasta que él decidió hablar.

—Tus ojos… —Contempló mis facciones como si me viera por primera vez.

Mi parte demoníaca había hecho acto de presencia pero, como muchos otros, él creía que se debía a mi mezcla entre brujos y vampiros. No tenía idea de lo que realmente se escondía bajo mi piel, en mi sangre.

—Esto, Connor, os lo debo a vosotros. ¿Creías que después de romper el sello sería la misma de antes? ¿Una marioneta a la que podrías manejar? ¿Casarte conmigo contra mi voluntad y utilizarme como yegua de cría?

Apreté la punta de la daga en la piel de su cuello. Una gota de sangre brotó antes de que la herida volviera a cerrarse.

—Mi intención nunca fue hacerte daño, y lo sabes.

No quería ver el dolor en su mirada; ablandarse ante un traidor no era una opción. Mis colmillos se alargaron.

—Dame una razón por la que no debería matarte ahora mismo. Por la que no debería vengar a mi abuelo con tu muerte.

Mi voz sonó fría y despiadada. Algo de otro mundo. Mi daga se movió hasta su pecho, justo sobre su corazón. Si la hundía allí, sería su fin.

—Los responsables de su muerte ya no respiran. Yo nunca quise que eso pasara… Te conozco, Amber. Tú no eres una asesina.

—¡Tú no me conoces! —le grité a la cara.

—No soy tu enemigo, nunca lo he sido. He venido a hablar contigo. Sé lo que está pasando y que la llegada de los demonios a nuestro mundo es una realidad. Déjame ayudarte, demostrarte que no soy un traidor.

Una risa amarga brotó de mi garganta.

—¿Por qué debería confiar en ti después de que me entregaras a Gael?

—Él solo quería tu poder. Romperían el sello y después te llevaría conmigo. Eso es lo que acordé con mi padre, nada más. Te lo juro, Amber. Yo ignoraba que matarían a Marcus.

Sabía que decía la verdad; yo misma presencié cómo intentó detener a su padre. Aun así…

—¿Por qué ahora? —pregunté. Él comprendió a qué me refería.

—Si hubiese aparecido, Hayden me habría matado sin hacer preguntas. Sé lo que hiciste por mi hermana y mi madre… He intentado ayudaros desde las sombras.

El parque de atracciones… No me equivocaba cuando creí verlo allí.

—Solo te pido que me escuches. Puedo ayudar más de lo que crees.

Entonces pensé: ¿qué podría perder por escuchar su propuesta? Ahora era una líder. No podía dejarme llevar por impulsos antes de pensar en las consecuencias.

Así que bajé la daga y le di espacio.

—Tienes diez minutos antes de que me arrepienta —amenacé, con el arma aún en la mano.

Sus ojos recorrieron mis piernas lentamente, con anhelo y hambre.

—Si vuelves a mirarme así, te sacaré los ojos antes de que tengas tiempo de explicarte.

No volvió a hacerlo, pero sí me dio razones suficientes para plantearme si su ayuda nos beneficiaría contra los demonios.

Sin darse cuenta, también me hizo darle vueltas a algo. Un pensamiento. Una idea. Una bastante retorcida, pero que quizá daría resultado.

Yo era la jugadora y solo tenía que colocar las piezas donde mejor me conviniera. Se decía que en el amor y en la guerra todo valía, y yo haría precisamente eso. Recurriría a lo que fuera necesario para ganarla.

CAPÍTULO 38

Sus manos aprietan su cabeza contra la piedra.

—¡No, por favor! ¡Por favor! Haré lo que quieras —grito desesperada, intentando soltarme de mis cadenas.

Pero entonces, sus uñas perforan su pecho y arrancan su corazón.

—¡Noooo!

El grito salió de mi garganta al tiempo que la puerta de mi habitación se abría de golpe. Un Dash bastante preocupado llegó hasta la cama y me agarró de los hombros.

—¡Tranquila, Am! Estás en el castillo, con nosotros.

Miré a mi hermano pequeño mientras tomaba aire. El sudor corría por mi garganta y mi rostro cuando encontré sus ojos castaños. Todavía me encontraba atrapada en el sueño donde Lucifer le hacía cosas terribles a Hayden y yo solo podía mirar.

—Ha sido una pesadilla. Estás bien… Ha sido una pesadilla, solo eso —repitió, trayendo mi mente de vuelta a la realidad.

Sus manos retiraron el cabello húmedo de mi rostro mientras yo asentía en silencio. Él suspiró, aliviado.

—Joder, Am. Creía que habían venido a por ti. Casi me transformo antes de entrar —maldijo.

—No te preocupes, estoy bien. Solo ha sido eso, una pesadilla.

Me convencí a mí misma, aunque mi subconsciente me traía visiones de lo que de verdad temía: que esos pensamientos intrusivos se hicieran realidad.

—Venía a avisarte sobre la reunión. Elijah ya está aquí con los demás y Veca llega en media hora —informó.

—¿Qué hora es?

—Ya casi está anocheciendo —respondió, dándome un poco de espacio. Todavía estaba algo desorientada.

Me había quedado dormida; estaba más agotada de lo que creía.

—Tengo que cambiarme. —Pasé las manos por mi cabello húmedo.

—Creo que te vendría mejor un baño —aconsejó tras ver mi estado.

—Dame unos minutos y bajo enseguida.

Rodé hacia el otro lado de la cama y me levanté despacio. Caminé hasta el armario y lo abrí mientras la habitación se llenaba de un silencio incómodo. Si Dash no hubiese hablado a continuación, habría creído que se había ido.

—Am. Sobre lo de mi hermano…

No le veía la cara; la puerta del armario obstaculizaba el lugar de la cama donde se había sentado.

—Quería hablar contigo, pero necesitaba estar unas horas a solas —confesé.

Me preparé para otra retahíla por su parte que no me hacía falta. No en ese momento. No después de esa horrible pesadilla que todavía sentía hasta en mis huesos. Oí el colchón crujir y, momentos después, sus brazos giraron mi cuerpo hasta estrecharme contra el suyo. El calor del abrazo de Dash aplacó el frío que había dejado ese sueño espantoso.

—Gracias por traerlo de vuelta… Gracias por devolverme a mi hermano —susurró con la voz cargada de sentimiento—. Nosotros habríamos hecho lo mismo por ti.

¿Por qué me prometí a mí misma no llorar si lo había hecho más en las últimas semanas que en toda mi vida? Ellos no me lo estaban poniendo nada fácil para cumplir mi promesa.

Ninguno de los dos dijo nada más. El silencio fue nuestro compañero hasta que él salió y cerró la puerta tras de sí.

Me di un baño rápido y me preparé mentalmente para mover ficha. Debía convencer a los demás del plan que había empezado a formarse en mi cabeza. Pero, eso sí, lo hice mientras sorbía mi nariz, intentando aguantar las lágrimas. ¡Maldito Dash y sus palabras! ¿Por qué no le habría pedido a Kali un corazón de piedra para mí? Quizá así todo habría sido más fácil.

◆ ◆ ◆

Cuando entré en el despacho, me pareció más pequeño de lo que en realidad era. Cada rincón y asiento estaba ocupado por mi círculo de confianza: Kress, Cameron, Veca y Elijah; y las personas a las que consideraba mi familia: Logan, Dash, Aaron, Thomas, Dana, Esther y Ray, este último con mucho mejor aspecto. No vi reproche en sus ojos, pero sabía que quedaba una conversación pendiente entre nosotros.

Nox seguía haciendo el papel de Lory en el castillo, ocupándose de las tareas. Nadie más podía saber lo que era en realidad aparte de nosotros; eso podría poner en riesgo a Asmodeo, y no estábamos dispuestos a ello.

Todos esperaron a que ocupara mi sillón. Elijah fue quien habló primero.

—No se ha vuelto a ver a un solo demonio desde el ataque en la ciudad y en la catedral.

—Porque ya tienen lo que querían —alegó Logan.

—¿Hay alguna forma de pararlo? —preguntó Ray.

—No la hay —respondí, mirando a todos—. Piensan abrir el portal desde el infierno y liberar las cadenas de Lucifer.

—Podríamos ir allí e impedírselo —propuso Dash.

—Eso es imposible —sentenció Esther. Por la ausencia de su cabestrillo, deduje que ya estaba completamente recuperada.

—Esa es la razón por la que Hayden sigue allí. —La rabia en mi voz se sintió por toda la habitación, dejando un silencio incómodo —. Han reforzado las puertas del infierno. No permitirán que nadie las vuelva a burlar. Lucifer volverá a nuestro mundo, eso es un hecho. Y no vendrá solo…

—¿Entonces qué haremos? —preguntó Dana, levantándose de su silla—. Si vienen con más demonios como aquellos a los que nos hemos enfrentado, no podremos con ellos. Ya nos costó bastante contenerlos y eran solo unos pocos.

No dijo nada sobre las ninfas. Era un as en la manga que solo algunos en esa sala conocíamos. Dejaría que siguiera siendo un secreto y una sorpresa para nuestros enemigos llegado el momento. Sin embargo, Kali me dejó muy claro cuál era mi misión en este mundo y el origen de mi nacimiento: reunir a los sobrenaturales y formar mi propio ejército. Y eso era lo que iba a hacer.

—Lucharemos con todo lo que tengamos. —Me levanté decidida y apoyé las manos en el escritorio—. Somos la única barrera que separa a los demonios de los humanos. Ya no solo se trata de ellos, sino también de nosotros. Todo lo que conocemos quedará destruido si él consigue lo que quiere. Familia, amigos… serán masacrados o esclavizados. ¿Estáis dispuestos a permitírselo? Porque yo no. Prefiero morir defendiendo a los que quiero que vivir escondiéndome.

Ray dio un paso al frente:

—No tenemos otra opción. ¿Qué haremos entonces? Aunque creo que es un suicidio, estoy contigo, Am. Te conozco y sé que esa cabecita tuya está planeando algo.

—Ellos son demasiados, lo sé. —Miré a Veca, quien hasta ahora había estado en silencio escuchando nuestras opiniones—. Pero juntos, unidos, quizá podríamos lograrlo. Convencer y reunir a todos los sobrenaturales. Podría funcionar. Los demonios son poderosos, pero nosotros también lo somos.

—Te escucho. —Logan me miró decidido.

Entonces comencé a trazar mi plan. Era lo único que nos quedaba. La habitación se sumió en el silencio a la espera de mi propuesta.

—He pensado que Logan, como líder de los lobos, puede reunir a los demás alfas. Ellos lo respetan. —Lo miré directamente a él—. Si les dices lo que está a punto de pasar, estoy segura de que se unirán a la causa. Veca podría hablar con los demás aquelarres para que corra la voz. Esta lucha nos concierne a todos.

Sus labios pintados de negro esbozaron una sonrisa de asentimiento.

—Elijah se encargará de los Sangre Pura y Kress de los mestizos. Y me refiero a todos, no solo a cazadores y guardias.

—Son muy pocos los que están entrenados —objetó ella—. No saben luchar, aunque estoy segura de que lo harían si se lo pidieras.

Los mestizos habían dado mucho por mí ya, pero, en el caso de que se unieran, también estarían defendiendo un futuro mejor para ellos.

—Siguen siendo mitad vampiros —expliqué—. Tienen la rapidez y la fuerza necesarias. Solo necesitamos saber qué clase de demonios vendrán y cuáles son sus puntos débiles. Esa información nos favorecerá a la hora de agruparnos.

—¿Y quién nos dará esa información? —preguntó Dash—. Ya estuvimos buscando en la biblioteca y no encontramos nada.

Nox podría ayudarnos, pero no quería poner en riesgo la seguridad de mi abuelo.

—Nosotros no, pero él sí —contesté antes de mirar a la puerta—. ¡Adelante!

Todos miraron con intriga cuando esta se abrió; sin embargo, hubo toda clase de reacciones después: algunos maldijeron; otros se levantaron de las sillas, en alerta; Kress sacó a Artemisa y Ray dio un paso adelante con un gruñido.

Connor apareció con el mismo descaro con el que entró en mi habitación.

—¡¿Qué significa esto?! —estalló Elijah, rojo de ira—. ¿Por qué los guardias no te han detenido en el mismo momento en que cruzaste las puertas? ¡Eres un traidor!

—Yo lo he dejado pasar —expliqué. Todos me miraron como si estuviera loca, pero lo que no sabían es que tenía otra idea aún

peor—. Ahora Connor es nuestro aliado. Con sus conocimientos sobre los demonios, como he dicho antes, nos será más fácil hacerles frente. Su habilidad como Sangre Pura también será útil llegado el momento.

—¿Ya no te importa lo que te hizo? —Kress me miró sin entender.

—Si para ganar he de dejar de lado mi venganza, que así sea. Tengo algo más valioso que eso y quiero recuperarlo —contesté decidida.

Iba a traer de vuelta a Hayden y a acabar con Lucifer. Costara lo que costara.

—No os debo una explicación a vosotros. Solo a ella —dijo Connor, cerrando la puerta y apoyándose en la madera, de brazos cruzados—. Esta también es mi lucha y pienso ayudar, os guste o no.

Ray volvió a gruñirle y Cameron resopló molesto desde un rincón. No había pensado en cómo reaccionaría él tras la aparición del Sangre Pura; puede que también lo culpara por la muerte de su amante en la fiesta de la luna de sangre. Intenté desviar esa atención hacia mí.

—Creo que lo que voy a decir a continuación tampoco os va a gustar…

CAPÍTULO 39

Hubo otro silencio incómodo mientras todos me miraban expectantes. Dash, como siempre, saltó en el momento más oportuno:

—¡Vamos, Am! Suelta la bomba —dijo con una sonrisa sarcástica.

Sabía lo que vendría ahora; sin embargo, intenté no titubear.

—He decidido dejar libres a los Sangre Pura encarcelados. A los que quieran pelear a nuestro lado, claro está.

El silencio duró poco. Las exclamaciones surgieron por doquier. La última que escuché fue la de Kress:

—Es una broma, ¿verdad? Dime que es una maldita broma. —Sus ojos se abrieron como platos—. ¿Sabes cuántos años llevamos cazando junto con Hayden a esos locos del demonio? Son asesinos…

—Algunos son los Sangre Pura más antiguos que existen —la corté—. Son poderosos y pueden marcar la diferencia en esta guerra.

—¿Estás intentando formar un grupo como el Escuadrón Suicida? —Dash comenzó a reír a carcajadas, aunque dejó de hacerlo cuando Dana le arreó un codazo en el costado.

—No podemos soltarlos. Son una amenaza para los humanos —dijo Elijah, intentando hacerme entrar en razón.

Pero yo ya había tomado una decisión. Me levanté de mi asiento.

—Si Lucifer se hace con nuestro mundo, no habrá humanos a los que proteger —sentencié apretando los puños.

—¿Y cómo piensas convencerlos? —insistió Elijah.

Me senté de nuevo antes de hablar.

—Hay dos cosas que todos ellos tienen en común: el orgullo y el aburrimiento. Se creen superiores al resto y, como me dijo Kress una vez, están cansados de vivir tanto y necesitan algo de emoción. ¿Qué mejor motivación que una guerra? Querrán medir sus fuerzas contra los demonios.

Thomas se tocó la barbilla, pensativo, antes de hablar. Era bueno que el padre de Dana opinara; era la mano derecha de Logan y la voz de la razón. En la manada se le consideraba el mejor consejero para estos temas.

—Ella tiene razón. No tenemos nada que perder y son vampiros experimentados.

Nadie más habló; consideré que, finalmente, estaban todos de acuerdo.

—Entonces no hay nada más que discutir. Nos moveremos rápido: quedan solo dos semanas. Preparemos una gran bienvenida al Rey del infierno…

◆ ◆ ◆

Llevaba tiempo en el castillo y, sin embargo, jamás había bajado a los túneles subterráneos. Sabía dónde llevaban a los Sangre Pura cuando los arrestaban: su sangre valía demasiado para matarlos, pero sus días se consumían encerrados en jaulas, como animales salvajes, hasta cumplir su condena. Después se les daba otra oportunidad, aunque muchos volvían. Quizá sus largas vidas y las rejas de esta prisión los habían terminado de enloquecer.

Connor caminaba a mi lado mientras nuestros pasos y los de algunos guardias hacían eco en el lugar. Los dos nos haríamos cargo de ofrecerles un trato, una oportunidad antes de que cumplieran su condena, pero antes necesitaba visitar una celda en concreto.

Probarme a mí misma de nuevo, cerrar heridas para poder continuar. Enterrar la venganza por un bien mayor.

—¿Estás segura? Puedo hacerlo yo —preguntó Connor, mirándome de soslayo mientras avanzábamos. Yo ya me había puesto mi máscara, algo que había aprendido de Hayden.

Aunque había muchos Sangre Pura encerrados allí, solo reinaba el silencio. Uno aterrador que ponía los vellos de punta.

—¿Qué temes, Connor? —Mi voz sonó fría. Nada que ver con la antigua Amber—. ¿Crees que perderé los papeles y apuñalaré su corazón? Si me dejara llevar por mis deseos, ya lo habría hecho contigo cuando apareciste en mi habitación.

Connor suspiró y se echó el cabello hacia atrás, resignado.

—No me vas a perdonar nunca, ¿verdad?

No respondí. Nunca era una palabra demasiado larga. Un tiempo infinito. Quién sabe si habría un futuro para nosotros después.

El guardia que nos guiaba se detuvo frente a una puerta de hierro, como todas las que habíamos pasado de largo. La cerradura se abrió y Connor entró primero. La risa de una mujer reverberó cuando entré tras él.

—¿Pero a quién tenemos aquí? —Sonrió con malicia.

Pese a estar encerrada, su ropa y su piel lucían limpias y aseadas. No me cabía duda de que los guardias mantenían a los presos en buenas condiciones. Isabella… No recordaba lo hermosa que era, pero el dolor por la muerte de mi abuelo me hizo querer destrozar su rostro hasta convertirla en una muñeca rota. Respiré hondo para contenerme y fue Connor quien habló:

—Hemos venido a ofrecerte un trato.

—¿Ahora eres su lacayo? —Se miró las uñas, apoyada en la pared de forma despreocupada—. Qué pena me das, Connor. Según he oído, estabas en busca y captura por traidor. Sin embargo, te presentas aquí con ella. Es patético ver cómo te arrastras por un poco de amor cuando no es correspondido. Los rumores dicen que ya ha elegido a alguien. Lo siento por ti.

Hablaba como si yo no estuviera allí. Ni siquiera me había dedicado una mirada. La indiferencia de quien se cree superior.

—No me sorprende, yo también escogería a un vampiro poderoso, no a uno que solo sabe hacer trucos de aire y lloriquear por un poco de atención.

Connor apretó los puños.

—¡Cállate! No me interesan tus opiniones —ladró, rojo de rabia—. No hemos venido para eso.

—¿Entonces para qué? ¿Para demostrarle que no eres un traidor al igual que nosotros? Eres un cobarde, Connor. Saliste corriendo cuando tuviste la oportunidad y abandonaste a tu padre.

—¡Basta! —ordené. No sabía cuánto más podría controlarme ante esa lengua viperina—. Ya que sabes tanto del exterior, habrás oído también la amenaza de los demonios. —Por fin, sus ojos repararon en mí—. Estamos reclutando a los Sangre Pura que quieran pelear junto a nosotros.

Su carcajada no me resultó una sorpresa.

—¿Y por qué crees que me pondría a tu servicio? Si no lo hice por tu abuelo, fue porque era débil. Demasiado benevolente para ser un líder.

¡Mátala! Acaba con ella. ¡Mátala, mátala, mátala!

La voz en mi cabeza no dejaba de repetirme esas palabras.

—Mucho menos lo haré por ti, una simple mestiza que no vale nada. Deberías darnos las gracias: nosotros te pusimos ahí. Ahora puedes jugar a ser la reina de todos. ¿Cómo se siente ocupar el lugar de tu abuelo?

Me moví tan rápido que Connor apenas se dio cuenta. El grito de Isabella tuvo que escucharse en todas las celdas. Un segundo antes estaba cerca de la puerta; al siguiente, aplastaba su cabeza contra el suelo mientras hundía mi daga en su hombro izquierdo. Su sangre brotaba de la herida, que tardaría en cerrarse debido al collar que llevaban todos los presos como ella.

—¿Te parece una buena forma de darte las gracias? —escupí. Ella me miraba aterrada, al igual que lo hizo Connor en mi habitación. No sabía lo que veía en mis ojos, pero fuera lo que fuera, no era bueno. Sus uñas arañaban mis brazos intentando que la soltara, aunque la tenía debajo de mí, sometida como una vez me tuvo ella mientras veía cómo hacían daño a los míos—. No te

preocupes. No me olvido de ese gran favor… Por mucho que intente, sigo reviviendo esos momentos en mis pesadillas, una y otra vez.

—¡Suéltame! —Trató de zafarse de mi agarre. Ni siquiera sentía los cortes que me rasgaban los brazos.

¡Mátala!

—La única razón por la que no he terminado con tu miserable vida es porque nos eres útil. Pero si ese no es el caso… lo siento mucho por ti.

Extraje la daga y la volví a hundir, ahora en su otro hombro. Los gritos y sus maldiciones no se hicieron esperar. Pero no había rabia en su mirada. Tenía miedo. Puro terror.

—No puedes matarme —su voz salió temblorosa—. Soy una Sangre Pura. Las leyes dicen…

—Las leyes me importan una mierda. —Ahora fui yo la que sonrió—. En esta guerra caerán muchos Sangre Pura; una más no hará la diferencia. ¿Crees que alguien te echará en falta? Ahora no eres más que un insecto bajo mi zapato.

Extraje el arma y la coloqué en su pecho, sobre su corazón. Su cuerpo dejó de forcejear. Se quedó tan quieta y tan pálida que parecía una muñeca de porcelana.

—Solo tengo que chasquear los dedos y toda la sociedad creerá que tú misma te has apuñalado…

—¡Connor! Dile que no puede matarme. ¡Soy una Sangre Pura! —imploró, cargada de terror.

El vampiro miró hacia un lado, ignorando sus súplicas.

—Aunque, pensándolo bien, ¿por qué matarte ahora? —Me alcé y la dejé libre. Ella se alejó de mí y pegó su espalda a la pared. Su mano taponaba la última herida de su hombro, en la que yo había hundido mi daga con más fuerza—. Si ellos ganan, lo único que os separará será esta puerta antes de que lleguen a devorarte. Y créeme cuando te digo que desearás que lo hubiera hecho yo. Sin tus habilidades, no eres nada.

Le di la espalda y me acerqué a la puerta con pasos tranquilos mientras guardaba mi arma ensangrentada.

—Nos veremos pronto, Isabella, si aún existe un infierno después de esto —dije antes de salir. Luego me dirigí a Connor—.

Habla con los demás Sangre Pura. Yo tengo algo que hacer.

—¡Espera! —La voz de la vampira me detuvo. Ni siquiera la miré de frente. Giré solo la mitad de mi cuerpo—. Has… cambiado. Ya no eres la misma.

—Quizá también os lo deba a vosotros. —Mi voz sonaba tan fría que incluso me sorprendió.

—Voy a pensar en tu oferta —dijo ella.

Y sin decir nada más, salí de la celda.

Recorrí los pasillos detrás de los guardias con el corazón acelerado. Luego parte del castillo para llegar a mi habitación. No fue hasta ese momento, hasta cerrar la puerta tras de mí, cuando las emociones se desbordaron y explotaron.

Un grito de rabia salió de mi garganta y sollocé. Porque había estado tan cerca de matarla y no lo había hecho. No cuando mi venganza importaba menos que las piezas que tendría que jugar en esta partida. La daga estuvo a unos centímetros de su corazón; hubiese pagado por todo el dolor que me había consumido.

En ese momento eché de menos a Hayden: sus brazos reconfortantes, sus caricias, unas palabras de que todo saldría bien. Pero él ya no estaba. Solté toda la rabia y las lágrimas para poder levantarme de nuevo una vez más.

CAPÍTULO 40

Me calcé las botas militares y ajusté el cinturón a mis caderas para asegurar las dagas. Habían pasado dos días desde que empezamos a movernos, desde que yo comencé a colocar las fichas en su lugar. Solo faltaba una cosa más por hacer y sospeché que la persona que acababa de cruzar la puerta de mi habitación quizá tendría la respuesta.

Sus manos cargaban la cesta para recoger la ropa sucia que había dejado minutos antes en el baño. Al salir de allí, su cuerpo cambió a uno más ancho y esbelto. Nox tuvo que notar la diversión en mi rostro cuando su mirada se topó con la mía.

—¿Qué? —preguntó extrañado. Sus cejas oscuras se elevaron.

—¿Sabes lo raro que es ver a un demonio haciendo cosas tan banales? Creo que jamás me acostumbraré. —Terminé de colocar las últimas armas en mi calzado.

—Ahora que sabes lo que soy, puedo tomarme un respiro. A veces necesito salir de ese cuerpo —suspiró—. ¿Acaso mi nueva identidad es lo que te quita el sueño? —preguntó, bastante serio. Lo miré sin entender—. Me refiero a que pareces un personaje sacado de una película de muertos vivientes.

Había dado en el clavo. Tenía tantas ojeras que parecía un zombi. Echaba de menos a Hayden. Me había acostumbrado tanto a sus brazos y a su calor corporal que me era difícil conciliar el sueño. Cuando trataba de hacerlo, las imágenes de él en el infierno

inundaban mi cabeza. Intentaba distraerme y eso me llevaba de nuevo a la planificación del ejército, una y otra vez. Y así pasaban las horas sin darme apenas cuenta. Decidí cambiar de tema; necesitaba información para mi último movimiento.

—Si quisieras contactar con un arcángel en particular, ¿cómo lo harías?

Su rostro se contrajo en una mueca.

—¿Rezar tres padrenuestros y montar un altar solo para él? —se mofó.

—No tiene gracia, Nox. Hablo en serio. —Hice un mohín con los labios.

—Si quieres que te hable en serio, sácate eso de la cabeza. Ellos nunca querrán tener nada que ver con nosotros —contestó—. Se creen superiores y piensan que esta guerra solo les concierne a ellos, que pueden arreglarlo por sí solos. Eso es porque no saben que Lucifer se ha estado preparando desde hace bastante tiempo para ese día. Su ejército los supera en número, sin contar con el de tu abuelo. No hay demonios mejores para una batalla que los de Asmodeo: son más fuertes y sanguinarios que cualquier otro creado por sus hermanos, incluido Lucifer.

Al mencionar las creaciones de mi abuelo, caí en una cosa que me rondaba la cabeza últimamente.

—¿Por qué alas de murciélago? Aunque seas diferente, todos poseéis esa misma similitud.

—Supongo que cada príncipe del infierno posee un poder, algo en su sangre quizá... No lo sé. Las criaturas de tu abuelo nos manifestamos así —explicó. Después su voz sonó preocupada—. Volviendo a lo de antes… Hablo en serio, Amber. No te involucres con seres de planos superiores. Tienen sus propias reglas y quizá no te guste el resultado de sus acciones ni lo que ellos llaman «un bien mayor». Tampoco saben dónde se abrirá el portal. Cuando Lucifer llegue, solo nosotros lo estaremos esperando.

Comprendía las palabras de Nox. Era lógico que los seres de plumas blancas no fueran de su agrado, pero no estaba de acuerdo con él. Los ángeles siempre habían velado por la seguridad y el bienestar de los humanos. ¿No era esa la razón de su existencia?

Pude notar esa gentileza en Michael. Le pedí que me llevara junto a Dana en el parque de atracciones y lo hizo, a pesar de su desconfianza hacia mí.

—¿Sabes ya cuál será el lugar sagrado donde abrirán el portal? —pregunté. Esa era la misión de Nox: informarnos del sitio exacto en el que aparecería Lucifer.

—Lo sabremos antes de que llegue el día. Por ahora no he podido contactar con tu abuelo; es demasiado arriesgado —contestó. Me metí el móvil en el bolsillo trasero, dispuesta a marcharme—. ¿Otra vez sales del castillo?

—Tenemos a todos los aquelarres de nuestro lado menos a uno —suspiré—. El líder ni siquiera ha querido reunirse con Veca; mucho menos lo haría conmigo, pero está compuesto por los brujos más poderosos. Es el antiguo aquelarre de mi padre: él enseñó a muchos de ellos. Necesitamos todo ese poder cuando llegue el momento y, si no quiere escucharnos, yo haré que lo haga.

—Puedo hacerme una idea de quién es el líder ahora. ¿Tu prima está de acuerdo con eso?

—Al morir Gael, su hijo pasó a ser uno de sus sucesores. Aunque Esther sea más poderosa que su hermano, es una sociedad bastante machista para dejar que ella los dirija. Rob es un cobarde: le permite visitar a los niños en el colegio mientras no se meta en nada más. Tiene el apoyo del consejo, hombres que no están dispuestos a evolucionar y creen que las mujeres solo servimos para tener descendencia y cuidar de la casa.

Nox se cruzó de brazos. Los tatuajes en sus bíceps eran todo un espectáculo; por un momento pensé que las espirales de tinta negra se habían movido.

—¿Y qué piensas hacer presentándote allí? —Sonrió con picardía.

—Demostrarles que las mujeres somos más que eso —contesté con determinación.

—Pobre de ellos —rio.

Estaba de acuerdo con él.

◆ ◆ ◆

Los presentes en la sala se levantaron de golpe cuando empujé la puerta doble sin permiso. Se sentaban frente a una gran mesa ovalada de madera oscura, con Rob a la cabeza y otros seis hombres a los lados. Por lo que había sobre ella, deduje que se encontraban en mitad de una cena en la que discutían temas sobre el aquelarre.

Un gran lobo blanco, Dana, se situó a mi derecha. Y, detrás de mí, Kress, Veca y Esther me siguieron; estas dos últimas sellando la puerta con magia para que nadie nos interrumpiera.

—¿Qué significa esto? —rugió Rob, lleno de rabia. Nos miró con el mismo desprecio y asco que sus acompañantes.

Recordé su rostro sonriente, esperando junto a su padre a que el sello se rompiera la noche de la luna de sangre. Respiré profundamente para enterrar muy dentro de mí esa voz que me susurraba promesas de muerte.

—¿Acabas de entrar en el colegio a la fuerza? —Miró a su hermana con desdén—. Esto no fue lo que acordamos.

—¿Sabes? —lo corté—. Me caías mejor cuando nos servías a Dana y a mí esos deliciosos pasteles en la cafetería Silveston —dije de forma despreocupada.

Habíamos conocido a Rob como camarero mucho tiempo atrás o, mejor dicho, a Roni, su nombre falso. Un chico tímido que se escondía tras unas gafas. Pero esa persona no tenía nada que ver con la que tenía frente a mí. Había sido una tapadera, una farsa. Una actuación tan buena que incluso nos convenció a las dos. Aunque fuera de mi sangre, al igual que Esther, nunca olvidaría todo lo que nos había hecho.

Él apretó la mandíbula mientras yo me acercaba a la mesa con pasos tranquilos y elegantes y me sentaba en el otro extremo, frente a él. Crucé una pierna encima de la otra lentamente y me dispuse a hablar:

—Creo que tenemos una conversación pendiente sobre ese detalle, aunque lo que nos trae aquí no tiene nada que ver con eso. —Desvié la mirada hacia los demás al ver que seguían en pie—. Podéis sentaros, no muerdo.

Sonreí como en una obra de teatro. El telón se había abierto para mí en el momento en que entré en esa habitación.

Los demás brujos siguieron mi consejo y se acomodaron en sus asientos. Rob solo lo hizo cuando Dana clavó sus ojos celestes en él y enseñó sus poderosos colmillos. Él tragó saliva con nerviosismo. ¡Bien! Ya lo tenía donde quería. Las demás se quedaron detrás de mí, esperando a que yo hablara:

—Veca os citó a todos los aquelarres para una reunión. ¿Por qué sois los únicos que no habéis aparecido?

—Si estáis aquí por eso, habéis venido para nada. Pierdes tu tiempo —contestó con hastío—. Los brujos hablan; los rumores de que Lucifer volverá ya se han extendido por todo Londres. Sabemos lo que está pasando. Si no hemos asistido, ya conoces mi respuesta.

—¿Seréis los únicos cobardes que os escondáis como ratas? —ladró Esther, mirando a los demás—. ¿Estáis de acuerdo con esto? Porque me cuesta creerlo… —Los otros brujos agacharon la cabeza. Ahí estaba la respuesta.

—Cuidado con lo que dices —la cortó él—. Me importa una mierda lo que piensen los demás y lo que diga una traidora como tú. Aquí mando yo y se hará lo que yo diga. No pienso aliarme jamás con ellos.

—Son vuestras mujeres e hijos los que morirán si no hacemos nada —intervino Veca—. Si consiguen pasar nuestras defensas, estaremos perdidos. ¡Todos! ¿Y mientras tanto no haréis nada? —Miró de un lado al otro de la mesa—. Si perteneciera a vuestro aquelarre, sentiría vergüenza.

Uno de ellos miró a Rob, dubitativo, hasta que tuvo el valor de pronunciarse.

—Creo que tienen razón. Si ellos ganan y no nos unimos, seremos la vergüenza para la sociedad en un futuro… Me gustaría luchar por mi familia.

—¿Te he pedido opinión? —lo fulminó Rob. Se comportaba como lo que era: un niño malcriado con un puesto que le quedaba demasiado grande.

Clavé las uñas en el reposabrazos de mi silla. La ira crecía dentro de mí. Pensaba hacerlos entrar en razón por las buenas, pero estaba equivocada. El problema no eran los consejeros ni el resto del aquelarre, sino el hombre que se sentaba frente a mí.

La risa de Kress inundó la sala.

—Creo que os habéis equivocado al poner de líder a este niñato. —Levantó el labio superior con asco—. Si no queríais a una mujer, desde luego Leus habría sido la mejor opción.

Rob se levantó y plantó las manos en la mesa.

—¿Y estás muy orgullosa de la tuya? —le espetó a Kress, lleno de rabia. Luego me miró a mí—. ¿Qué se supone que harás en esa batalla? Vi cómo mi hermana sellaba tu poder la noche de la luna de sangre y, sin el sello, eres más peligrosa para este mundo que esos demonios. Entonces dime, mestiza: ¿has venido a pedir ayuda porque sola serás un estorbo para todos los demás? Te crees de los nuestros, pero no te equivoques: no eres más que una simple mestiza, sangre sucia.

Dana gruñó y enseñó los colmillos. Le acaricié las orejas para calmarla.

«Sangre sucia».

Dos palabras… Una definición que había cambiado mi vida para siempre. La primera vez que lo oí de niña, ni siquiera sabía lo que significaba. No entendí entonces la rabia de Chris al enterarse de cómo me llamaban los demás Sangre Pura.

Sin embargo, no tardé mucho en encontrarle sentido. Yo era diferente, algo detestable y a la vez valioso que en un futuro destruiría todo lo que me importaba. Pero las palabras de Hayden, oídas poco antes, resonaron en mi cabeza una y otra vez:

«El miedo es más fuerte que cualquier otra cosa. Es lo que impide que otros lleguen a traicionarte».

Y él estaba en lo cierto. Creía que con buenas palabras siempre se podía llegar a un acuerdo, ganarme el respeto de todos, pero no era así. Si quería poner todas las piezas en su lugar, tendría

que jugar su mismo juego. Si tenía que proteger todo lo que me importaba, no me temblaría el pulso para ser la villana en esta historia.

—Tienes razón, Rob. No soy de los vuestros —dije. Mi voz sonó ronca, de otro mundo.

El suelo crujió bajo nuestros pies cuando mis enredaderas con espinas hicieron su aparición. Los demás brujos, aterrados, se pegaron al respaldo de sus sillas cuando mi aspecto demoníaco salió a la superficie.

El cielo tronó a la vez que las plantas trepaban por el cuerpo de Rob, arañándolo. La sala se llenó de un intenso olor metálico por las heridas que se abrían camino por su piel mortal. No le dio tiempo a formar ningún hechizo; mis plantas aprisionaban sus manos y su pecho, hasta llegar a su cuello, donde las espinas se quedaron a un palmo de él sin perforarlo. Solo tenía que dar una orden y Rob se convertiría en un amasijo de carne troceada.

Tenía a dos brujas poderosas a mi espalda para encargarse de los otros si fuera necesario; sin embargo, ninguno de ellos levantó una mano contra mí. Eran tan cobardes como su líder.

Rob me miró con los ojos muy abiertos e inundados de miedo. Yo me alcé de mi asiento y coloqué las palmas de mis manos sobre la mesa, inclinándome hacia delante.

—Tomarás a todos los miembros de tu aquelarre que quieran luchar a nuestro lado. No es una pregunta… Lo harás porque yo te lo ordeno. —Sonreí—. No me pongas a prueba, Rob. Podría hacerte picadillo en un parpadeo y otro ocuparía tu lugar. Espero no tener que repetirlo.

Me di la vuelta y miré a mis amigas.

—¡Vámonos!

Todos estaban tan aterrados que no movieron un solo músculo, ni siquiera Rob, por miedo a ser atravesado más profundamente por las espinas. Retiré mi habilidad y las enredaderas volvieron a desaparecer bajo el suelo.

Lo último que vi antes de salir de la habitación fue a Rob caer ensangrentado y el movimiento de los demás para ayudarlo a levantarse.

CAPÍTULO 41

El tiempo pasaba y la espera se hacía eterna. Solo quedaban tres días para la luna de sangre; tres días para que todo acabara de una vez por todas, a nuestro favor o en contra de toda la humanidad.

Desde la visita al aquelarre de Rob, cada uno de nosotros sabía lo que tenía que hacer. Lobos, vampiros y mestizos entrenaban bajo las enseñanzas de Connor, quien había recabado valiosa información en la biblioteca sobre las diferentes clases de demonios que emergerían del portal llegado el momento. La mejor forma de combatirlos y darles muerte era nuestra prioridad en los pocos días que teníamos para prepararnos.

Los brujos se centraban en potenciar los escudos junto a Esther y Leus. Si conseguían conjurar uno lo bastante grande para crear una burbuja protectora, los estragos de la batalla no llegarían a los humanos antes de que pudiéramos encerrar de nuevo a Lucifer. Y ahí estaba el problema. ¿Cómo lo haríamos?

Confiaba en que los ángeles tuvieran la respuesta, pero llevaba días intentando contactar con Michael sin resultado. Desde que abandonó el castillo antes de mi llegada, nadie había vuelto a verlo. Los ángeles ya no eran necesarios desde que los demonios habían desaparecido; estos últimos ya habían obtenido lo que querían y regresarían con todo su poder cuando se abriera el portal… Y nosotros estaríamos esperándolos.

—¡Por fin lo has logrado! —La sonrisa satisfecha de Veca fue un espejo de la mía al darme cuenta de que el trabajo duro había

dado sus frutos.

Su mano soltó la mía y miré a mi alrededor. En solo unos segundos habíamos pasado de las calles de Londres al interior del castillo.

Varios días atrás comencé a usar la magia de los brujos que también corría por mi sangre. Este conjuro se utilizaba para viajar de un lugar a otro en nuestro mundo y transportar a personas. Nadie lo había probado nunca para traspasar los múltiples velos del universo, pero mi condición de viajera me hizo plantear una teoría: ¿Y si yo pudiese conseguirlo? Con ayuda de Veca, intentaba dominar el hechizo de teletransporte. Si había alguna manera de traer de vuelta a Hayden, esta era la única opción.

Había trazado un plan en mi cabeza, aunque las posibilidades de éxito fueran muy pocas: aprovechar la llegada de Lucifer y la sorpresa de nuestro ejército esperándolo sería la distracción perfecta para colarme en el infierno y rescatarlo. Sería mi única oportunidad. Luego volvería con él, lo pondría a salvo y me uniría a los demás en la trifulca. Ellos ganarían tiempo distrayendo al demonio.

—Podemos intentarlo ya. —Hice el amago de volver a agarrar su mano.

—No —contestó rotunda—. Estás agotada, Amber.

Mi respiración acelerada y el sudor que corrían por mi rostro respaldaban sus palabras, pero era tan terca que no me conformaba con haber dado un solo paso.

—No tenemos tiempo —repliqué, sin saber si intentaba convencerla a ella o a mí misma.

—Correríamos el riesgo de quedar atrapadas en otra dimensión. Primero necesitas dominar lo más básico.

—Ya he dominado lo básico.

Levanté las cejas con arrogancia. La impaciencia era uno de mis grandes defectos.

—Descansa. En unas horas vendré a buscarte y seguiremos practicando. ¿Llevas el tótem encima? —preguntó, preocupada.

Se refería al método de protección que Esther había creado para mí. Tras investigar sobre los viajeros entre mundos, averiguó una forma de evitar que Lucifer me convocara a su antojo. Los

tótems de protección existían desde los chamanes más antiguos que habitaron la tierra; según los registros, ellos fueron los primeros viajeros de la historia en visitar otros planos.

Metí la mano en mi bolsillo trasero y saqué la figura tallada en madera. Representaba la cabeza de una cobra acechando con sus colmillos expuestos. No sabía por qué este animal se había vuelto tan presente los últimos meses. Parecía la misma que me había guiado hasta el árbol de la ninfa. Quizá las sincronicidades no fueran meras casualidades. La voz de Veca me abstrajo de mis pensamientos.

—Espero que hagas lo que te digo. Si vuelvo y veo las mismas ojeras que tienes ahora, me iré —amenazó antes de conjurar el hechizo y desaparecer frente a mis ojos.

—Sí, sargento —dije con ironía a la nada, antes de hacer caso a sus consejos y buscar un poco de descanso.

◆ ◆ ◆

Cerré la puerta de mi habitación y me apoyé en ella. Suspiré e intenté dejar la mente en blanco; una mente que no había dejado de trazar estrategias de batalla desde que, unos días antes, Nox me diera la localización exacta donde aparecerían Lucifer y su ejército. Intentaba planificar cada detalle de un futuro que era muy incierto.

Haber transportado a Veca hasta el castillo no era un gran consuelo, pero sí lo bastante alentador para confiar en mis instintos llegado el momento. Cuando alguien importante para mí estaba en peligro, mis habilidades aumentaban de forma sorprendente. Debía agarrarme a ello como última esperanza.

Y otra vez igual: mi mente no quería darme un respiro. Necesitaba descansar si quería estar al cien por cien en la batalla.

Caminé hasta la cama y me tiré en ella. No me importó estar sucia y sudorosa; solo quería escapar de la conciencia durante unas horas. Sin embargo, era un sentimiento contradictorio, porque el miedo a cerrar los ojos también inundaba mis sentidos. Cada vez

que lo hacía, una pesadilla llegaba sin ser llamada; la misma desde que Hayden se intercambió por mí. Sus gritos taladraban mis oídos hasta que despertaba desorientada.

Suspiré y volví a levantarme. Mi habitación era un recordatorio constante de que él no estaba a mi lado; nuestro refugio, el único lugar donde podíamos ser nosotros mismos.

Salí al pasillo y crucé hasta la puerta frente a la mía. Giré el pomo y entré en su dormitorio. Todo olía a él mientras tragaba el nudo en mi garganta. No iba a llorar de nuevo; eso no me lo devolvería, pero al menos podía darle unos minutos de consuelo a mi corazón destrozado.

En su mesita de noche reposaba el último libro que habría estado leyendo, pero tenía la mente tan cansada que ni siquiera me acerqué a mirar su título. En cambio, agarré una de sus chaquetas negras que estaba sobre la cama. Hundí la nariz en ella y la apreté contra mi cuerpo, imaginando que era él. ¡Dios! ¿Por qué su ausencia tenía que doler tanto? No era el mismo dolor que dejaron las muertes de mi abuelo o de mi padre. A diferencia de ellos, él estaba vivo, y la rabia y la desesperación de no poder hacer nada desgarraban cada parte de mi ser.

Me metí entre las sábanas sin soltar la prenda y observé el dibujo que se encontraba en su escritorio, en la otra punta de la habitación: una noche cubierta de estrellas que una niña de ocho años le había dibujado una vez. Me sentí ridícula al recordar la primera vez que lo vi. Tan ridícula por no saber entonces que era yo quien se lo había regalado. La culpa inundó mis sentidos. ¿Qué tenía yo de especial para que él aguantara tanto dolor en silencio? ¿Para poner siempre su vida antes que la mía? No dejé de machacarme hasta que mis ojos se fueron cerrando de cansancio, con el único deseo de volver a verlo. Sin embargo, nada me preparó para lo que vino.

Una oscuridad abrumadora me rodea en el momento en que me pongo en pie. Conozco esta celda. Solo una luz tenue y ambarina ilumina la estancia, pero es suficiente para ver el cuerpo hecho un ovillo sobre el catre de piedra, en una esquina.

Me tapo la boca con las manos, horrorizada al darme cuenta de la situación. Era tal la desesperación de volver a verlo que mis deseos me han traído hasta aquí, pero no de la forma en que deseaba. Mi cuerpo tiembla en silencio mientras doy un paso tras otro hasta acercarme y ver lo que le han hecho.

Lo observo desde arriba; está recostado de lado, como un niño que se abraza a sí mismo buscando consuelo. Su cabello rubio casi blanco está salpicado de una sustancia oscura y pegajosa, al igual que su ropa desgarrada… Sangre. Me quedo petrificada. Mi cuerpo no responde. Quiero agacharme a su lado y tocarlo, pero el miedo me paraliza cuando el pensamiento de que podría estar muerto se repite en mi mente una y otra vez.

Extiendo una mano temblorosa para tocarlo y un sollozo involuntario escapa de mis labios cuando veo el leve movimiento de su pecho al subir y bajar. ¡Está vivo!

De pronto, él entreabre los párpados con esfuerzo y su mirada cansada intenta enfocar lo que hay frente a él.

—¿Amber? —Su voz es solo un débil susurro y eso me parte el corazón—. ¿Estoy… soñando?

Entonces entro en un llanto descontrolado y mis rodillas impactan contra la piedra mientras lo acojo entre mis brazos. Acaricio su rostro magullado con manos temblorosas. Es entonces cuando descubro por qué sus heridas no han cerrado: el collar de metal que lleva al cuello se lo impide.

—Hayden… —Mis palabras se mezclan con el llanto—. Lo siento… Lo siento, lo siento.

No dejo de repetirlo una y otra vez.

—No… llores. —Levanta una mano con esfuerzo para secar mis lágrimas—. No en mi mente, por favor. Solo quiero… verte sonreír.

Él no sabe de mi habilidad para traspasar los velos; es lógico que crea que soy un espejismo.

—Aguanta un poco más. Ya queda menos. —Aspiro hondo por la nariz, intentando recomponerme—. Vendré y te sacaré de aquí. Pagará por todo lo que ha hecho. Te lo juro, Hayden.

Mi voz suena con tanta rabia que creo que mis ojos han cambiado de nuevo.

Unos golpes en la madera retumban en mis oídos, pero por cómo suenan, sé que no es en este plano.

¡No, no, no, por favor! No quiero irme aún.

Algo tira de mi alma hacia el otro lado mientras pronuncio mis últimas palabras allí.

—Te amo, Hayden. Volveré a por ti, aunque tenga que traspasar todos los velos del universo. Haré que se arrepientan por cada gota de sangre que has derramado en este infierno.

Finalmente, la oscuridad se apodera de mí para llevarme de vuelta.

CAPÍTULO 42

Abrí los ojos de golpe y me incorporé en la cama, jadeando, buscando el motivo que me había arrancado del sueño. Posé una mano en mi pecho, justo encima del corazón, como si así pudiese tranquilizarlo. Estaba segura de que había escuchado unos golpes en la puerta, pero eso era imposible: nadie había vuelto a entrar en la habitación de Hayden desde que él no estaba.

Me levanté de la cama trastabillando hasta la puerta y la abrí de golpe. Miré a ambos lados del pasillo. No había nadie. ¿Quizá me lo había imaginado?

Suspiré de agotamiento, pero ya no podía dormir. La imagen de Hayden, hecho un ovillo y el estado en que se encontraba se habían llevado todo vestigio de calma. Sin embargo, estaba vivo, como había asegurado Nox. Debía convencerme de que lo estaría hasta poder recuperarlo.

Crucé el corredor hacia mi habitación para darme un baño, pero al abrir la puerta me topé con algo a mis pies. Me agaché al observar un sobre alargado, cerrado con un sello antiguo. Lo tomé y lo giré en mi mano buscando el destinatario mientras cerraba la puerta tras de mí. Me senté en el borde de la cama, pero no había nada. Ningún nombre, absolutamente nada… Alguien lo había pasado por debajo a propósito. Los golpes no habían sido imaginaciones mías; procedían del otro lado del pasillo.

Abrí la carta con impaciencia. No solo había una nota con una letra pulcra y delicada, sino también una pluma blanca tan grande

que ocupaba todo el interior del sobre. Desdoblé el papel y leí:

Los hilos del destino siguen su curso. Agárrate a ellos y busca respuestas. No es casualidad que esta pluma apareciera en la enfermería.

Los hilos del destino. Respuestas... Una pluma y la enfermería. ¿Podría ser…? No me pregunté nada más… Ya sabía la respuesta:

Michael.

La pluma era del arcángel, pero no había sido él quien la había dejado para mí. Lo supe por la letra; esa caligrafía tan elegante que había visto antes en los informes diarios de Esther sobre el avance de los brujos en los escudos.

Leus.

Tanto tiempo buscando cómo comunicarme con Michael y ahí estaba la respuesta. Pensé que el don del pequeño brujo y su comunicación con los espíritus del otro lado no eran meras casualidades. Todo estaba conectado, como piezas de un puzle a punto de ser encajadas por fin en su lugar. Solo me faltaba una cosa por hacer y ellos me habían dejado ese hilo para que lo tomara.

En fin… el baño tendría que esperar.

Mis pies aterrizaron en un ambiente con demasiada calma para mi intrusión. Varios rostros de extrema belleza se quedaron congelados al verme aparecer de la nada. Paseaban por un jardín de colores infinitos, como si una paleta de pintura se hubiera derramado sobre el entorno. El trino de los pájaros encajaba a la perfección con la armonía y la paz que se respiraba en el aire.

Había estado antes en ese mismo lugar, en mis sueños. Esta vez lo había logrado con solo un pensamiento, y había llevado la pluma conmigo. No era una persona, pero era material sólido que había conseguido transportar a otro plano; un gran avance para mis futuros planes. Los días de entrenamiento habían dado sus frutos.

No me importó que los ángeles me rodearan como una amenaza. Era lógico tras irrumpir en un sitio donde no había sido

invitada. ¿Cielo? ¿Plano superior? Da igual cómo lo llamaran. No podía estar allí y ellos lo sabían.

En solo dos segundos había perturbado su armonía. Antes de abrir la boca para preguntar por el arcángel, una voz profunda a mi espalda reveló que ya lo había encontrado. La pluma me había llevado directamente a él.

—¿Cómo has entrado aquí? —Su reproche hizo que los otros tomaran posiciones defensivas y levantaran sus armas angelicales y luminosas contra mí.

Me volví hacia él y miré al guerrero rubio a los ojos. Michael llevaba su habitual tahalí cargando algunas dagas y su gran espada.

—Necesito hablar contigo —dije sin más. No quería perder más tiempo del que nos quedaba.

—¿Quién te ha traído? ¿Es una especie de brujería? ¿Cómo has conseguido salir del infierno? —Su ceño seguía fruncido.

Me crucé de brazos, molesta, ignorando la amenaza que me rodeaba.

—Si me dejaras, podría explicártelo todo. A solas. —Hice énfasis en las dos últimas palabras; no quería que nadie más se enterara de mi habilidad como viajera—. Es hora de que dejes de tratarme como al enemigo. Creo que he demostrado de sobra de qué lado estoy.

Él evaluó la situación. Aunque sus facciones no mostraron nada, sabía lo que estaba pensando. Había salvado su vida; me debía, al menos, algo de su confianza.

—¡Dejadnos solos! —ordenó a los otros.

En menos de un parpadeo, habían desaparecido.

—Tu creador es nuestro enemigo. Permíteme desconfiar cuando lo último que supe es que te llevaron junto a él. ¿Qué quiere Lucifer de ti?

—¿Encerrarme en una jaula y convertirme en su mascota personal? —pregunté con ironía.

Fue una mueca fugaz, pero juraría que estuvo a punto de sonreír.

—Muy de su estilo. Por lo que veo, mi hermano sigue siendo un psicópata —dejó caer.

—En eso estamos de acuerdo. No soy tu enemiga, Michael. Alguien me dijo una vez que no importa de dónde vengamos ni la sangre que corra por nuestras venas; lo que realmente somos se demuestra en nuestras acciones. Puede que al principio me costara entenderlo, pero ahora sé quién soy. Quién quiero ser.

El arcángel se quedó en silencio; sin embargo, un destello de comprensión iluminó su mirada, como si alguien a quien yo no podía oír le estuviese hablando. Luego suspiró.

—Tienes el permiso de mi padre para hablar. Y ahora, ¿qué haces aquí? —volvió a preguntar.

Mentiría si dijera que no me sorprendió ser observada por el Creador; aun así, no me detuve. Le conté mi habilidad de viajera transferida por los brujos, el trato de Lucifer que rechacé y cómo fui rescatada, aunque dejé a Nox fuera de todo y cambié parte de la historia. Por último, le expliqué mi objetivo: formar mi propio ejército. No revelé nada sobre Kali, tal como exigía nuestro acuerdo.

—Todos queremos lo mismo: detener a Lucifer. Os necesito en el aire tanto como vosotros nos necesitáis en tierra. Los demonios son más numerosos de lo que imaginas. Lucifer ha estado preparándose hasta ahora.

—¿Piensas que os necesitamos? —Levantó su fachada orgullosa una vez más.

¡Cómo detestaba esa actitud de los ángeles!

—¿Acaso sabes dónde abrirá el portal? —lo desafié—. ¿Crees que llegarás a tiempo?

—¿Y tú sí? —preguntó de vuelta.

—Si no lo supiera, no estaría aquí.

Su mandíbula se endureció al comprender que una simple mestiza iba por delante de ellos.

—¡Dónde! —Fue una orden, no una pregunta.

—¿Cómo podemos acabar con Lucifer? Dímelo y te diré lo que sé.

Michael rio, incrédulo ante la situación y mi pregunta.

—Hay que mantener un equilibrio entre el cielo y el infierno. Lucifer no puede morir; solo podemos volver a encerrarlo —contestó.

—¿Las cadenas? —pregunté, y él asintió—. ¿Cómo funciona? ¿Volverás a encerrar la otra mitad en otra estirpe de lobos? —Mi voz sonó llena de rabia al recordar la muerte de Ray.

—Eso es cosa mía.

Esa respuesta no me servía.

—¡Cómo funciona! —grité.

—Se necesita estar muy cerca de él cuando esté herido y debilitado. La magia hará el resto. Luego hay que devolverlo al infierno… Pero eso no tiene nada que ver contigo. ¿Crees que una simple mestiza podrá debilitar al propio creador de su raza?

Michael me observó casi con pena.

—Reconozco que eres muy valiente, Amber. Incluso te has ganado mi respeto después de todo lo que has conseguido. Pienso que mi padre tiene una buena razón para haber dejado que siguieras respirando, pero no es esa. Si quieres unirte a nosotros con tu ejército de sobrenaturales, hazlo. Estoy de acuerdo con que queráis defender vuestro mundo. Sin embargo, muchos moriréis. Quiero que recuerdes mi advertencia antes de que veas a los tuyos caer.

Tragué saliva. Sabía que el arcángel me estaba dando la opción de retirarme y dejar que ellos se ocuparan, pero algo muy dentro de mí me gritaba que mi nacimiento no había sido una simple casualidad; que el secreto que corría por mi sangre, y que solo unos pocos conocían, se había ocultado por una razón. Algo más grande. Sin embargo, no podía ver el futuro como mi padre; solo me dejaba llevar por la intuición, esperando encontrar las respuestas cuando llegara el momento.

—¿Dónde? —volvió a preguntar con impaciencia.

—Una cosa más. Quiero pedirte algo a cambio.

Michael resopló y arrugó el gesto, molesto.

—Los ángeles no hacemos tratos como los demonios.

—No quiero un trato, Michael. Quiero que me des tu palabra.

—¿Confías en mi palabra? —Levantó las cejas con sorpresa.

—Si no puedo confiar en un arcángel, ¿en quién podría hacerlo entonces?

Su mirada se suavizó y me instó a continuar.

—Sabes que parte de mi poder está sellado. —Asintió, creyendo que era parte de la mezcla de sangre entre brujos y vampiros. Qué gran mentira—. Si fracasamos, romperlo será la única forma que nos quede para cerrar el portal… siempre y cuando pueda controlarlo.

—¿Y si no? —Una pregunta y una única respuesta.

—Tendrás que matarme. —Clavé mis ojos en los suyos—. Quiero que me prometas, Michael, que lo harás si pierdo el control de mí misma como la última vez.

—Si fueras una amenaza para el resto, lo haría de todas formas, pero ¿por qué me lo pides a mí?

—Porque sé que los demás no podrán hacerlo. —Apreté los puños a mis costados—. Dame tu palabra y te diré dónde aparecerá el portal.

Ya no tenía nada que perder. Mi vida nunca me había pertenecido desde que llegué a este mundo.

Michael endureció la mandíbula.

—Tienes mi palabra —prometió, y yo le entregué mi parte:

—Piensan abrirlo en un sitio cargado de energía antigua, donde el velo será más fino la noche de la luna de sangre: el círculo de piedras de Castlerigg.

—Tiene sentido. —Se quedó pensativo—. ¿Cómo estás tan segura de que será allí?

—Tengo mis secretos, Michael. Tendrás que confiar en mí al igual que yo lo haré en ti —le sonreí. Luego me acerqué a él y le entregué la pluma—. Esto te pertenece. Espero que sea el primer paso de confianza entre los dos. No pienso entrar de nuevo aquí sin permiso.

Antes de tomarla, pareció dudar y retrajo su mano.

—Quédatela. Quizás en un futuro te haga falta mi ayuda.

«Un futuro». Solo dos palabras que significaban tantas cosas para ambos. Que yo no moriría y que lograríamos vencer.

Cerré los ojos y regresé a mi habitación. La diferencia era que esta vez alguien me estaba esperando…

—¿Por qué creo que has hecho lo único que te pedí que no hicieras? —Nox levantó las cejas. Estaba cruzado de brazos en su

forma de demonio—. Y no mientas, Amber. Esa pluma te delata. Te has colado en el plano superior.

Rodé los ojos antes de contestar.

—Pero he conseguido lo que me proponía.

Y no mentía. Después de tanto meditarlo, por fin las piezas del tablero estaban en su lugar.

—Me alegro por ti, pero llevo tiempo esperándote… y él también.

Las palabras de Nox me sacaron de mis pensamientos. ¿Él?

—¿A qué te refieres? —pregunté extrañada.

—He venido a llevarte conmigo, Amber. Tu abuelo te está esperando. Quiere hablar contigo.

Me quedé congelada en el sitio. Asmodeo. Mi abuelo…

Mi mente viajó al pasado, donde un hombre me contó una historia que dejó a medias. Esta sería la segunda vez que lo vería; sin embargo, ninguno de los dos sabía aún el final.

CAPÍTULO 43

Por fin había llegado el día. Miré al frente para contemplar las colinas onduladas y los picos escarpados que nos rodeaban; un paraje salvaje de hierba baja, musgo y tierra. Y en el centro de todo, las treinta y ocho piedras de Castlerigg, que sobresalían del suelo como si alguien las hubiera despertado allí, sin base visible. Un círculo casi perfecto que bien podría servir de enlace entre dos mundos distintos.

Su entorno inmediato, antes de llegar a las montañas, era abierto y expuesto, un lugar donde el aire corría libre y susurraba memorias tan antiguas como su magia. ¿Cuántos rituales se habrían realizado allí para acumular tanta carga energética? Pude sentirlo cuando mis pies se aferraron a la tierra irregular. Era imposible que la energía que emanaba de ella pasara desapercibida. Este lugar era sagrado, una sensación imposible de describir con palabras.

Cerré los ojos mientras la lluvia, fina y constante, resbalaba por mi rostro y empapaba mi uniforme de combate. Respiré profundo el olor de la tierra mojada, ese que tanto me gustaba, pero que en ese momento dejaría otra clase de recuerdos.

Tienes que romper el sello.

Las palabras de mi abuelo, Asmodeo, hicieron acto de presencia en mis pensamientos. Esas palabras que había pronunciado días antes en nuestro encuentro.

¡No! No lo haría a no ser que fuera la última opción. ¿Debía confiar en él? ¿Y si se había arrepentido y quería la gloria igual que

Lucifer? Él llegaría aquí junto al bando contrario; era una posibilidad que me quemaba desde nuestra conversación. Después de todo… ¿podría traicionarme?

Suspiré agotada y sentí el roce de la serpiente negra que se enroscaba alrededor de mi cintura. Parecía que hubiese escuchado mis pensamientos. Nox se había camuflado en uno de sus habituales animales para no ser descubierto; solo saldría en el caso de que fuera necesario, si mi vida corría realmente peligro.

La noche nos envolvía al igual que el silencio, uno que precedía a la tormenta y al caos que se desarrollarían más tarde. Solo existía el sonido de las gotas de agua golpeando la tierra. ¿Qué pasaría por la mente de los demás en ese momento? ¿Miedo? ¿Intentaban encontrar un atisbo de esperanza, como yo?

Observé el cielo nocturno, plagado de alas blancas que daban la sensación de copos de nieve suspendidos en el espacio y el tiempo, como si este se hubiese detenido. Eran serafines preparados para la batalla. A la cabeza, los arcángeles junto a Michael, vestidos con gruesas armaduras doradas como en las antiguas historias de Aquiles.

Sus armas celestiales eran tan numerosas como diferentes entre sí. Arcos y flechas, espadas, dagas y lanzas refulgían con luz divina. Ellos estaban preparados; nosotros también. Una masa de cuerpos se extendía por toda la llanura, desde sangres pura y mestizos, hasta los grandes lobos que los doblaban en tamaño. Todas las manadas y sus alfas habían venido al encuentro.

Un enorme anillo de túnicas negras con destellos claros nos rodeaba, formando un círculo que cerraba toda la extensión. Los brujos estaban preparados para cerrar un escudo, sellando a los demonios dentro. Algunos lucharían junto a nosotros, como Leus y Esther, y otros se encargarían de sostener la barrera. Nos encerrarían en una gran burbuja de destrucción hasta que ellos cayeran o lo hiciéramos nosotros.

—Dime que no tienes nada que ver con la tormenta. —La voz irónica de Dash se escuchó a mis espaldas. Yo no era la causante, aunque si el cielo se regía por mi estado de ánimo, no estaba mal encaminado.

—No seas idiota, esto es solo un poco de lluvia —lo amonestó Dana.

Miré la luna, aún blanca y brillante, aunque a ratos las nubes la ocultaban.

—¿Cuándo despertarás al ejército? —preguntó Kress en un susurro—. No puedo creer que vaya a ver a una de ellas. Ni siquiera sabía que existían.

—Puede que te sorprendan. No son tan amables ni compasivas como en los cuentos, te lo aseguro —dije, arrugando el gesto al recordar lo orgullosa y adusta que podía llegar a ser Kali.

Hablar con la gente que me importaba hizo que el nudo en mi estómago se hiciera menos pesado, pero, de pronto, los susurros se acallaron.

No sé si todos sintieron el cambio al igual que yo, pero todas las miradas se elevaron al cielo para observar cómo la luna cambiaba. Una sombra curva comenzaba a avanzar lentamente sobre su borde. A medida que la luz se extinguía, contuvimos la respiración. El blanco se volvió cobre y, finalmente, la sombra la reclamó entera. La luna no desapareció; ardió en un tono rojo sangre. Entonces el cielo crujió para dar paso al caos…

Una oscuridad escalofriante se formó en el centro de las piedras, acompañada del sonido de algo que se fracturaba, inundando mis sentidos. El cielo volvió a crujir y un escudo lo envolvió todo, atrapándonos en una jaula que solo predecía miseria y muerte. Los brujos habían hecho su trabajo. Nosotros seríamos el segundo bloque de contención después de los ángeles.

Cinco figuras emergieron primero del agujero negro: los príncipes del infierno. Sus atuendos eran armaduras tan oscuras como las alas que se desplegaban a sus espaldas. Y en el centro, como si le hubiesen preparado un pasillo y una entrada triunfal… Lucifer. Sus pasos eran seguros; su atuendo nada tenía que ver con el de sus hermanos. No llevaba protecciones ni escudos, solo una camisa de lino abierta que mostraba su pecho dorado y tonificado, mallas cómodas y pies descalzos. No me cabía duda de que se creía invencible, por encima de todos los demás. Si su arrogancia pudiera medirse, abarcaría todo nuestro mundo.

El Rey Demonio había llegado y era mi turno. Despertaría al ejército de Kali y me transportaría al infierno, pero… mis ojos se abrieron de golpe y el aire abandonó mis pulmones. Esto no estaba en mis planes y rompía todos mis esquemas, porque, justo detrás de ellos, dos demonios arrastraban un cuerpo encadenado.

¡Hayden!

No sé cómo logró encontrarme entre tanta multitud y a tanta distancia, pero Lucifer clavó sus ojos en los míos y sonrió. El maldito me estaba desafiando. Pude leer su mirada: «Si lo quieres, ven a buscarlo».

—Necesito llegar hasta él —susurré.

Supe que los demás a mi alrededor lo escucharon cuando una luz dorada se intensificó en torno a mí. Los tres lobos que siempre me habían acompañado también se pusieron su traje de combate: dientes y garras preparados para atacar a mi señal.

Y entonces el silencio se convirtió en aullidos y chillidos escalofriantes que no eran de este mundo. Demonios de todo tipo comenzaron a salir en tropel del portal.

Nuestro ejército avanzó a su encuentro.

Apreté los dientes y me agaché para hundir los dedos en la arena. Lucifer me tenía una sorpresa, pero yo le había traído otra.

—Yo invoco a la naturaleza para combatir a los que quieren perturbar su paz. Por una promesa y un pacto cerrado, te ordeno que entregues tu parte, como lo haré yo en su momento.

El tatuaje de mi muñeca vibró y una luz violeta envolvió mis dedos hasta introducirse en la tierra. El color se extendió mucho más allá de nosotros e iluminó la noche. Entonces el suelo tembló bajo nuestros pies.

A ver si sonríes ahora, maldito hijo de puta.

El ejército emergió de la misma tierra como figuras de barro que tomaban forma por momentos. Unas criaturas cuya silueta evocaba la de un caballo: un cuello ancho arqueado, un amplio pecho y unas poderosas patas diseñadas para aguantar la carga. Todo su cuerpo estaba hecho de tronco, ramas y savia oscura, al igual que sus jinetes. Las ninfas cabalgaban en sus monturas como si ambos fueran uno solo. El pico de sus lanzas refulgía con la misma

luz que las armas angelicales. Sus ojos, al igual que los de las bestias que montaban, no eran dos pozos negros como los de Kali; estos se iluminaban de un verde brillante como las esmeraldas. Ellas no llevaban estandarte ni gritaban; avanzaban a la misma vez que la lluvia lavaba el barro de sus cuerpos hechos de bosque y naturaleza. No se movían por órdenes de nadie, sino por un llamado antiguo.

El estruendo del galope de las bestias se abrió paso entre los gruñidos y los gritos de la batalla, despertando sorpresa tanto en enemigos como en aliados.

—¡Ahora! —grité a los míos. Tenía que llegar hasta Hayden lo más rápido posible.

El cielo y la misma tierra vibraron cuando ambos bandos colisionaron. El ruido de la guerra encarnizada penetró en mis oídos. De un salto, me monté a lomos del gran lobo negro. Ray siempre había sido el más rápido y entendí lo que se proponía cuando, segundos antes, se había agachado a mi lado para darme acceso a su cuerpo. Todos ellos me ayudarían a llegar a mi objetivo. Luego nos uniríamos a los demás.

Mis manos se aferraron fuerte a su pelaje oscuro antes de salir a la carrera colina abajo. Tendría que traspasar la marea de cuerpos antes de llegar a las piedras de Castlerigg. Las patas de Raylen golpeaban el suelo con precisión, encontrando huecos vacíos por los que escabullirnos. Todo se convirtió en un borrón.

Vi a una ninfa que hundía su lanza en el cuello de un demonio. Lobos despedazando presas con sus fauces y vampiros moviéndose con rapidez y desgarrando cuellos. Pero también observé los cuerpos ya sin vida en la arena, y no solo eran los de nuestros enemigos. La tierra había comenzado a teñirse de sangre.

Tragué saliva e intenté que no me afectara; no podía perder el foco, por mucho que me doliera ver caer a los míos.

Un perro del infierno nos saltó encima, pero antes de impactar contra nosotros, Dash lo cazó al vuelo con sus poderosas fauces. Otro ser esquelético que ya conocía muy bien se acercó volando. Ray viró a la derecha y Dana se interpuso mientras Kress, subida a su lomo, lo remataba de un golpe con Artemisa. Ellos corrían flanqueando nuestros costados y derribando a toda criatura

que intentara cortarnos el paso, pero no vimos el enorme cuerpo que se precipitaba desde arriba.

Sentí mis huesos crujir tras el impacto. Mis manos se soltaron del pelaje de Ray y mi cuerpo salió despedido; impacté contra el suelo y rodé, chocando con los cuerpos que yacían sobre él. Un fuerte pitido retumbó en mis oídos y todo se volvió oscuridad.

No podía perder el conocimiento, no hasta que consiguiera llegar hasta él. Parpadeé para recuperar la visión, forcé a mi cuerpo a levantarse y a mis piernas a mantenerse firmes. Me grité a mí misma que no podía morir antes de recuperarlo y, con un último esfuerzo, me alcé de nuevo en medio del caos.

CAPÍTULO 44

Sentí el crujido de mis huesos al recomponerse y me alcé del suelo lo más rápido que pude, impulsada por la adrenalina. No podía arriesgarme a que me aplastaran en mitad de la batalla. Un nudo atenazó mi garganta cuando noté que el peso en mi cadera había desaparecido. Había perdido a Nox durante la caída. ¡Diablos! Sabía que era una mala idea que se hubiera unido a nosotros en la trifulca.

Me limpié el barro y la suciedad de los ojos con el antebrazo justo antes de que un demonio, un Vorlac, se me echara encima. Gracias a Connor, ahora conocíamos el nombre de esos seres de alas quebradas y cuerpos en descomposición. Este en concreto significaba «carroña con conciencia», muy adecuado para estas criaturas. Habían sido creados por Leviatán, uno de los príncipes del infierno, para servir a Lucifer.

Todos mis músculos gritaron peligro y mi cuerpo se movió por instinto. Me agaché para rodearlo y me coloqué tras su espalda. Me agarré de su cabeza desde atrás a la vez que otro se acercaba de frente; tomé impulso y mis botas impactaron contra el pecho esquelético del segundo, haciendo que se tambaleara. A pesar del estruendo que nos envolvía, el grito chirriante penetró en mis oídos cuando tiré con fuerza hacia delante y le arranqué la cabeza de cuajo. En menos de dos segundos, se sumaron tres más a mi alrededor.

¡Mierda!

La rabia salía por todos los poros de mi piel. Quería llegar a las piedras y esos malditos no me daban tregua. Podría utilizar mis enredaderas, pero no quería gastar energía hasta que Hayden estuviera a salvo. Mis habilidades eran poderosas, aunque no inagotables.

Cogí aire y apreté los dientes mientras agarraba las dagas que llevaba en el interior del muslo. Luego, me coloqué en posición de defensa. Di gracias a la insistencia de Hayden para que siguiera entrenando la lucha cuerpo a cuerpo; si hubiera tenido que combatir a estos seres hace seis meses, habría durado viva un suspiro.

Uno de ellos se adelantó primero, pero antes de que sus uñas me tocaran, una cobra negra rodeó su cuello con fuerza hasta separarlo de la otra mitad de su cuerpo.

¡Nox!

Suspiré de alivio; esto me daba la oportunidad y un poco de margen para cubrir mi espalda. Pero cuando me volví para hacerles frente, comenzaron a congelarse como por arte de magia y cayeron hechos trizas a mis pies. Levanté la mirada, expectante, y allí estaba Isabela. La vampira sangre pura utilizaba su habilidad de hielo para acabar con gran cantidad de los demonios en tan solo un pestañeo.

No me dio tiempo a pensar por qué me había ayudado, dado que la había amenazado días atrás, porque un gran lobo negro ya corría en mi dirección. Recogí a Nox del suelo con rapidez y fui a su encuentro mientras Ray derribaba a nuestros enemigos como si fueran bolos, acortando la distancia que nos separaba. Sus patas se ralentizaron solo unos segundos para que me agarrara a su pelaje y volviera a montar en su lomo.

Los gritos, la sangre y el caos me rodeaban. Agua, fuego, tierra y aire; todos los elementos de los brujos se sumaban a las habilidades de los sangre pura. Surgían de todas partes mientras corríamos sin detenernos hasta nuestro objetivo. Los lobos arremetían con uñas y dientes contra los temibles perros del infierno, protagonizando una lucha encarnizada. La lluvia seguía empapando mi cuerpo, pero no existía el frío, no cuando estaba tan cerca de conseguirlo.

Ya casi estábamos alcanzando las piedras de Castlerigg cuando el ruido atronador de la batalla en el cielo me hizo alzar la mirada. Lucifer y Michael eran dos manchas de poder en movimiento que chocaban en un duelo brutal cerca del agujero negro. Repartidos a su alrededor, los demás arcángeles combatían a los príncipes del infierno restantes. Y más abajo, en el centro de las grandes rocas, se encontraba Hayden. Su cuerpo débil yacía en la tierra. Varios demonios lo rodeaban por orden de su amo, haciendo de muro entre él y nosotros. El muy cretino sabía que lo primero que haría sería venir hasta aquí.

—¿Podrás entretenerlos? —grité.

Ray contestó con un gruñido, señal de que me había oído a pesar del ruido. Me dejó tras una de las grandes piedras antes de abalanzarse contra los Vorlac. Eran demasiados para él, pero, como si hubieran oído mis pensamientos, los demás acudieron en su ayuda. Kress hacía girar a Artemisa sobre su cabeza antes de hundirla en los demonios para que explotaran en pedazos. Ray, Dash y Dana arremetían contra ellos sin descanso, intentando resquebrajar sus defensas y hacerme un hueco por el que colarme.

Esperé el momento preciso. Cuando la barrera se desmoronó y parte del círculo de demonios que rodeaba a Hayden quedó expuesto, corrí hacia él, patinando sobre el barro hasta que mis manos tocaron sus mejillas frías. Agarré su rostro e hice que me mirara.

—¿Amber? —Su voz quebradiza y sus ojos verdes soñolientos me dieron ganas de llorar. Las heridas que vi en mi sueño aún no se habían cerrado.

—Estoy aquí. Te dije que vendría a por ti. —Mi voz se rompió e hice un esfuerzo por contener las lágrimas. Tantos días esperando este momento y por fin lo tenía entre mis brazos—. Te pondrás bien. Primero tengo que sacarte de…

Una de las piedras explotó a nuestro alrededor. Protegí su cuerpo con el mío. Cerré los ojos mientras pequeñas virutas impactaban en mi espalda, brazos y piernas. Sentí dolor, pero segundos después desapareció gracias al don de la curación de los

vampiros. Cuando abrí los ojos y alcé la mirada al cielo, la rabia hervía por cada poro de mi piel.

¡Maldito psicópata!

Lucifer descargaba su poder hacia nosotros a pesar del combate contra Michael. Este último no le daba tregua; aun así, los ojos del rey demonio estaban entre nosotros y su oponente. ¿Por qué le importaba tanto que llegara hasta Hayden? Apostaba a que nos tenía preparado un futuro cruel y tormentoso para sus juegos depravados.

Con una rapidez sorprendente, pasé el brazo de Hayden alrededor de mis hombros y lo insté a andar hacia las piedras. Apenas se mantenía en pie, así que casi tuve que arrastrarlo hasta allí. Por suerte, yo era el doble de fuerte que antes y no me costó demasiado cargarlo. Lo apoyé contra una de las rocas, fuera del alcance y de la vista de los príncipes del infierno, y le obligué a mantener sus ojos abiertos.

—Ahora vamos a quitarte esta mierda. —Apreté los dientes, mirando su cuello—. ¡Nox! Tenemos que arrancar el collar —grité a la vez que mis manos forzaban el metal mágico.

La serpiente se desenredó de mi costado y se deslizó por mi brazo hasta alcanzar el material. Luego se enroscó en torno a él con fuerza. Hayden gritó de dolor, a punto de asfixiarse, pero era la única forma de conseguir que sus heridas cicatrizaran. Su estado débil ya era otra cosa. Sin sangre, su cuerpo no recuperaría las fuerzas, pero no teníamos tiempo para eso ahora.

Un grito estridente a mi espalda me confirmó que uno de los Vorlac nos había seguido. Saqué mis dagas y me giré justo antes de que se nos echara encima. Sus uñas penetraron tan hondo en la piel de mis brazos que un grito de dolor retumbó en mi garganta. Me alzó sobre su cuerpo con la intención de hincar sus dientes en mi cuello, pero no podía morir ahora, no antes de que Lucifer y todos estos seres asquerosos volvieran de nuevo a su mundo.

Invoqué mi rabia hasta conectar con el hilo de mi magia y el suelo crujió a nuestros pies. Antes de su próximo movimiento, enredaderas cubiertas de espinas treparon por su cuerpo esquelético hasta contenerlo. Caí al suelo cuando sus uñas me soltaron y las

espinas se clavaron más hondo en él, con tanta fuerza que solo quedó un ser hecho trizas a mis pies.

Me levanté con la respiración acelerada y me volví hacia Hayden. Nox lo había conseguido: el metal yacía en el suelo y las heridas empezaban a sanar. Ahora solo tenía que sacarlo de allí.

Busqué a los lobos y a Kress; se encontraban en una lucha encarnizada cerca de nosotros.

—¡Dash! —grité lo más alto que pude para que mi hermano lograse oírme—. Necesito que lo saques de aquí.

El lobo gris se separó de los demás para venir en mi busca y yo aproveché para levantar el cuerpo débil de Hayden junto a la piedra.

—Espera —susurró él a mi oído—. No voy a irme de aquí.

Su mirada, suplicante y llena de terror, me hizo tragar el nudo en mi garganta.

—Lo harás. No estás en condiciones de luchar así —le contradije.

Aunque no quería dejarme sola frente al peligro, en lo más profundo sabía que mis palabras eran ciertas.

Dash se detuvo a nuestro lado y me dio acceso a su lomo para ayudar a Hayden a subirse a él. Nox se había colocado ahora en su cadera. Una vez allí, los ojos verdes de mi vampiro bipolar conectaron con los míos.

—Princesa… —Una súplica.

Acaricié sus labios con un suave beso antes de que el lobo gris se alzara del suelo. Solo rezaba para que Hayden tuviera las fuerzas necesarias para aguantar la cabalgada.

—Te veré pronto, Hayden —mentí. Mi sonrisa fue una de las tantas máscaras que había aprendido a utilizar en esos últimos días —. Llévalo a las llanuras, lo más lejos que puedas de aquí.

Y entonces Dash salió a la carrera, llevándose consigo a una de las personas más importantes de mi vida. Quizá debería haberle dicho lo mucho que lo amaba. Que siempre lo haría, aunque nunca volviera a su lado siendo yo misma, si es que lo hacía. Pero en realidad no quería una despedida, o no sabía cómo enfrentarme a ella.

Ahora que todas mis cartas estaban sobre la mesa, solo podía confiar en un mejor futuro para aquellos a los que amaba. Solo tenía un comodín, uno que intentaría no utilizar a menos que fuera nuestra última esperanza… o nuestra destrucción.

CAPÍTULO 45

Un temblor bajo mis pies me sacó de mis pensamientos. Perdí el equilibrio y caí hacia atrás mientras varias criaturas salían de la tierra: cuerpos viscosos que se arrastraban como gusanos, con múltiples patas y dientes puntiagudos. Sabía lo que eran; se llamaban drakwom o, como Kress se refería a ellos, «los bichos de Beetlejuice».

Podría haberme reído recordando el relato de la vampira y cómo se subió a uno de ellos cual toro mecánico, pero no tuve tiempo ni de pensar; uno de ellos viró en mi dirección derribando cuerpos a su paso. No importaba de qué lado estuvieran, si eran demonios o de los nuestros, mientras fueran comida para su estómago.

Levanté las manos y conecté con mis habilidades, pero antes de tomar ese hilo me di cuenta de un pequeño detalle.

¡Mierda!

Si llamaba a la tormenta podría hacer daño a los demonios que batallaban en el cielo, pero también a los ángeles. Así que solo podía recurrir a una cosa: mis enredaderas.

Tiré de ese hilo y estas brotaron de todas partes; los drakwom se convertían en desecho y carne descuartizada cuando se enredaban en sus viscosos cuerpos gigantes. Tiré y tiré, y no dejé de hacerlo hasta que el sudor perló mi frente y mis músculos gritaron de cansancio. No sé cuánto tiempo pasó desde que puse el foco en solo matar y destruir al enemigo…

El agotamiento llegó de golpe al escucharse un crujido proveniente del agujero negro que retumbó en el cielo. Ese mismo sonido ahogó los rugidos de la batalla y entonces fue cuando, por primera vez desde que el portal se había abierto, sentí miedo. Mis piernas comenzaron a temblar a la vez que el ejército de Asmodeo hacía su aparición, saliendo en tropel del agujero.

Cuerpos grandes de un color negro acerado, alas de murciélago y rostros desprovistos de ojos, pero dotados de una gran boca con dientes puntiagudos. Ya conocía a esos demonios. Uno se había arrodillado una vez frente a mí. Los umbroth, como decía su propio nombre: sombras con dientes tan afilados como cuchillas.

Había estado tan absorta en la batalla que no advertí la ausencia de estos seres que sabía que vendrían, pues eran los guerreros más temibles con los que contaba Lucifer. El mismo Nox me lo había dicho. Un escalofrío y un presentimiento recorrieron todo mi cuerpo. No podía ver el futuro como mi padre, pero sabía que esto daría un giro a los acontecimientos. Lucifer había guardado su mejor carta para el final.

Mi cuerpo se quedó anclado cuando los umbroth se unieron a la batalla. No me hizo falta mucho más tiempo para saber que todo a nuestro alrededor se había desmoronado. Cientos de ellos se nos echaron encima. Los sonidos lastimeros de los lobos llenaron el aire y la sangre verde de las ninfas se mezcló con la tierra y el barro.

La ansiedad se instaló en mi pecho cuando la barrera de los brujos a nuestro alrededor comenzó a tintinear. También habían llegado hasta ellos, pero yo era solo una figura más del entorno, metida en una burbuja invisible, intocable. Mi respiración se aceleró y me faltó el aire. Me agarré la garganta intentando respirar. Mi poder estaba al límite, como una batería a punto de agotarse. ¿Cómo podríamos hacerles frente en nuestro estado?

Vi a Michael caer del cielo y estrellarse junto a una de las piedras. Una de sus alas, quebrada, yacía lánguida y sin vida a su lado. Se agarraba el pecho herido; un líquido escarlata salía de una de las aberturas destrozadas de su armadura dorada. Seguí mirando a mi alrededor al mismo tiempo que intentaba alcanzar un poco de aire.

Las creaciones de mi abuelo desgarraban las cabezas de las monturas de las ninfas y luego hundían sus afilados dientes en ellas. Las lágrimas se agolparon en mis ojos cuando gran parte del terreno se convirtió en pelaje de tonos diferentes y cuerpos desmembrados. ¡No!

Mis rodillas cedieron e impactaron contra el suelo. Tanto esfuerzo para nada. Tantos días colocando piezas en el tablero para que cayeran en tan solo cinco minutos, o quizá dos. Ya había perdido la noción del tiempo, al igual que el aire que abandonaba mis pulmones. Mi familia, mis amigos… no los veía, pero quizá sus cuerpos ya se habían unido a los demás decorando aquel paisaje desolador.

Alcé la vista al cielo, donde los demás arcángeles se defendían de los ataques de los príncipes del infierno y de Lucifer. Flechas doradas volaban como proyectiles, estrellándose contra un escudo de oscuridad. Mi visión se volvió borrosa por momentos… Aire, necesitaba aire para respirar, pero entonces lo vi. Sus ojos, tan oscuros como el ónix, me observaban, esperando a que tomara una decisión.

«Tienes que romper el sello».

Las palabras de Asmodeo retumbaron en mi cabeza, en mis recuerdos.

«Te ofrezco una última esperanza. Tienes que romper el sello o todo acabará antes de que te des cuenta».

Él lo sabía. Mi abuelo lo sabía. Lucifer solo había hecho de Hayden una distracción. Había esperado el momento en que nuestros poderes estuviesen casi extintos para dar su golpe final. Sus verdaderos guerreros vendrían para terminar el trabajo. Nos creeríamos vencedores antes de empezar la verdadera batalla.

¡Idiota! Era una idiota. Mi abuelo me lo advirtió y yo desconfié de él.

¿Esto era lo que le esperaba a mi familia? ¿Un futuro de muerte y esclavitud? ¿El destino podría ser tan cruel? ¿Quién era yo para creerme tan importante? ¿Para creer que podría detenerlo?

«Tienes que romper el sello».

Esas palabras taladraban mi mente, pero tenía miedo de hacerlo, de asesinar yo misma a los míos y convertirme en algo peor que Lucifer. ¿Y si no podía controlarlo?

«Tienes que romper el sello».

Grité y grité, y no pude dejar de hacerlo mientras un mar de emociones me inundaba: rabia, pena, dolor. Pero, entonces, ya no había vuelta atrás; no tenía nada que perder. Agarré mi colgante y lo arranqué de mi garganta. La luna de madera que Ray me había regalado cayó en la tierra y se mezcló con el barro. En mi mano solo quedó el medallón de estrella, sus diamantes negros conteniendo la mitad de mi oscuridad.

Entonces hice lo último que hubiera querido hacer.

—¡*Te ex vinculis tuis libero*! —grité las palabras que Esther me había enseñado a la vez que estrellaba la empuñadura de mi daga contra las gemas.

Estas se hicieron añicos y un humo denso y oscuro se liberó, impactando contra mi cuerpo. Mi visión se ennegreció y me asfixié. Sentí cómo entraba por mis ojos y mi boca, causando un dolor profundo por todo mi cuerpo. Los gritos perforaron mis oídos y ni siquiera sabía si era yo quien gritaba. La voz que convivía en mi cabeza se hizo más notable, como si mis pensamientos se hubieran vuelto uno solo.

«Mátalos. Mátalos a todos».

¡Noooo!

Grité. Una lucha de voces se desarrollaba dentro de mí.

«Solo tienes que hacerlos desaparecer y nuestro sufrimiento acabará».

¡No!

Pero esa voz se elevó por encima de la otra, se hizo más fuerte y me hundió en lo más profundo de la nada.

◆ ◆ ◆

Todo a mi alrededor era silencio. Nada de caos ni destrucción. Solo silencio… Aunque no era la misma paz que sentí en el Reino de

los Cielos. Este era frío y vacío.

Abrí los ojos; aun así, no veía apenas nada. Todo lo que me rodeaba era oscuridad, excepto la esfera que me mantenía encerrada. Era como estar metida dentro de una bola de cristal. Me levanté asustada y golpeé la estructura para poder salir. No paré de hacerlo hasta que mis fuerzas me abandonaron, mis puños dolieron y mis ojos ya no tuvieron más lágrimas que derramar.

Lloré, grité, pero todo era en vano. Me sentí como un pez en una pecera sin agua, sin vida. El aire volvió a abandonarme, pero intenté hacer las respiraciones que Nox me había enseñado en el bosque para reducir mi ansiedad. Cuando por fin logré calmarme, me dejé caer y me hice un ovillo hasta que perdí la noción del tiempo.

El reflejo de una luz me hizo levantar la cabeza, y entonces la vi. A tan solo dos pasos de mí, una niña pelirroja se encontraba sentada con las piernas cruzadas y me observaba en silencio. Me asusté y pegué la espalda a la estructura. La niña sonrió. Su cuerpo translúcido y luminoso parecía el de un fantasma.

—¿Quién eres? —pregunté asustada. Aunque me resultaba bastante familiar.

—¿De verdad no lo sabes? —Hizo un mohín con los labios.

Miré sus ojos verdes, varias pecas desperdigadas en su nariz y el lunar debajo de su ojo izquierdo. Era como mirarme a mí misma en el espejo a los ocho años. ¿Es que ya estaba muerta? ¡Genial, me había quedado atrapada para toda la eternidad en el cuerpo de un fantasma de ocho años! ¿Qué clase de destino de mierda era este? ¿No se suponía que iría al infierno?

—¿Por qué te escondes? —Sus cejas se fruncieron. Suspiré agotada.

—Yo no me escondo. —Mi voz salió en un tono demasiado frío para contestarle a una niña.

¡Espera! ¿Estaba hablando con una niña? ¿Un fantasma? ¿Conmigo misma? ¿O estaba tan loca que esto era un psiquiátrico para muertos?

—Pues no lo parece —contestó altiva.

¿Así de repelente era yo a esta edad? Normal que los niños en el castillo me ignoraran.

—¿Sabes que puedo oír todos tus pensamientos? No soy un fantasma. Ambas somos una. Creí que ya te habrías dado cuenta —suspiró. Aunque tenía que admitir que mis expresiones de pequeña eran todo un espectáculo—. ¡Ya sé! Te estás escondiendo porque tienes miedo. Crees que eres un monstruo.

—No lo creo. Lo soy, y tú también. —La apunté con el dedo—. Ya lo era a tu edad, pero no sabía con qué magnitud.

—Habla por ti —resopló—. Yo no soy ningún monstruo. Amo a mi familia. —Sus ojos brillaron de emoción mientras su mirada vagaba perdida—. Me encanta cuando mamá me agarra un mechón de pelo y lo coloca tras mi oreja. O cuando Chris me lee uno de sus cuentos. Amo el olor de las galletas de Nana recién horneadas y el ruido de las disputas de mis hermanos a mi alrededor cuando se pelean por la última que queda en el plato. También adoro la sonrisa de Dana antes de compartir un secreto conmigo…

Luego me miró de frente. Mi pecho se contrajo de dolor por sus palabras.

—Si fuera un monstruo no sentiría esas cosas. No sentiría amor. ¡Dime! ¿Tú no sientes lo mismo? ¿No quieres proteger lo que te importa? ¿Como yo?

Me agarré las rodillas con fuerza.

—Ya es tarde. He fracasado. Yo misma los he condenado a todos. —Mi voz se quebró.

—Creo que todavía no lo entiendes. Tenemos que soltar el miedo. No luchar contra la oscuridad; solo entenderla y abrazarla como una parte de nosotras. Si lo hacemos no nos controlará, seremos una misma persona. Podremos proteger lo que queremos. Juntas salvaremos todo lo que amamos.

—¿Cómo podría hacer eso? —susurré.

—Sabemos quiénes somos en realidad, solo tenemos que mirar dentro de nosotras y encender esa llama de luz que siempre estuvo aquí. —Se llevó la mano al pecho—. Hacerla arder. Solo aquellos que llegan a tocar fondo en la oscuridad renacen con más fuerza y llenos de luz.

Mi corazón bombeó con fuerza. Esas palabras… las había escuchado antes. Nana me las había dicho una vez. ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

Me puse en pie y cerré los puños a mis costados. Mi yo del pasado nunca había tenido miedo a la hora de proteger lo que amaba. En realidad, no temía a la oscuridad, sino a mí misma. Debía quererme como era. No era un monstruo. Todo lo que había hecho hasta ahora se debía al amor que sentía por mi familia.

Miré a mi yo de ocho años.

—¿Me ayudarás? —pregunté con un atisbo de esperanza.

Ella asintió y se levantó de golpe. Luego apoyó las manos en la estructura, esperando a que yo hiciera lo mismo.

—Juntas —dijo con determinación.

Posé mis palmas con fuerza y el frío me atravesó la piel. De un momento a otro, un sonido quebró el silencio. Una fisura comenzó a extenderse desde mi mano derecha, luego otra y después otra más hasta unirse con las de mi otra yo del pasado. Todo se resquebrajaba como una bola de cristal al romperse.

Por fin lo entendí. Las primeras veces que aporreé esta misma pared, estaba luchando contra mí misma. Esta vez lo hice abrazando todo mi ser: mi luz… y mi oscuridad. Y entonces explotó en mil pedazos. Me liberé.

CAPÍTULO 46

Lucifer

Sonreí cuando mis alas atravesaron el agujero negro y mis pies tocaron, por fin, la arena húmeda del mundo mortal. Respiré el aroma de la libertad sin que me importara quiénes aguardaban mi llegada. No mentiría si dijera que había echado de menos el exterior; tras tantos siglos atrapado en el infierno, este lugar me hacía sentir vivo de nuevo.

Que fuese el rey del inframundo no significaba que no me gustaran los colores y la belleza que mi padre había creado. Ese era el problema: mi aversión hacia sus segundas creaciones. Los humanos destruían todo a su paso sin recibir castigo alguno. Pero eso se había acabado. ¿Por qué debíamos servirles y cuidar de ellos cuando éramos superiores?

Les pagaría con el mismo dolor que ellos mismos se infligían y les recordaría que eran simples marionetas bajo nuestros pies. Esto sería solo el principio de lo que vendría después. Sometería este mundo a mis deseos y lo convertiría en lo que debería haber sido desde un principio.

Alcé la vista al cielo nocturno, plagado de alas blancas. Mis antiguos hermanos me esperaban con sus armas preparadas. Y a la cabeza de todos ellos estaba Michael, el favorito de mi padre desde mi encierro. Contemplé también al ejército de seres sobrenaturales que se extendía por la tierra, entre ellos vampiros y brujos. Tenía gracia que, después de tantos siglos de lucha, finalmente se hubieran unido; pero no para el fin con el que fueron creados, sino para todo lo contrario: detener a su propio creador.

Quise reír a carcajadas ante esa maldita broma del destino, pero una cabellera roja como el fuego y unos ojos verdes llamaron mi atención en la llanura. Sonreí cuando la ira resurgió en ellos al ver al vampiro ser arrastrado por cadenas. Era una sorpresa que había traído para ella. Como sospechaba, el Sangre Pura era demasiado importante y yo disfrutaría de su sufrimiento en un futuro.

Amber… Una obsesión se había formado en mi mente. La ilusión de una jaula encerrando a un pajarillo de fuego que ardía con determinación y desafío. Pero ¿cuánto tardaría en suplicar como todos ellos? ¿Cuánto en doblegarse a mi voluntad? Aquella simple mestiza se había atrevido a desafiar a un rey, a un dios. Pudo aceptar mi propuesta; sin embargo, eligió el bando equivocado.

Chasqueé los dedos y mis demonios surgieron en tropel del portal.

Me sorprendió ver que alguien había invocado a las ninfas del bosque. Cientos de ellas emergieron de la tierra con sus criaturas en un batallón bien organizado, pero eso no les valdría para lo que yo traería desde el infierno.

Michael se impulsó hacia mí, seguido por los demás arcángeles. Raphael, Gabriel, Uriel, entre otros… pero solo el primero consiguió alcanzarme. Los demás fueron interceptados por mis hermanos, los que nunca me abandonaron; los que fueron desterrados como yo. Iniciamos entonces una lucha en el cielo que, finalmente, ellos perderían.

—¿Cómo se siente ser el favorito, Michael? —pregunté con sorna.

—Padre no tiene favoritos. Todos sus hijos somos iguales.

Su respuesta me hizo resoplar. Cuando llegaron los humanos, eso dejó de ser así.

—¿Es eso lo que crees en realidad? —inquirí con ironía—. No me hagas reír. Sigues siendo el mismo ñoño que cuando abandoné el cielo.

Mi burla lo enfureció tanto que levantó su espada de luz de forma amenazante.

—Padre te ofrece una última oportunidad. Quiere que detengas esta locura y admitas tus errores. Si lo haces, te permitirá volver. De lo contrario —amenazó—, olvidaré que alguna vez fuimos hermanos.

—¿Por qué no viene y me lo dice él mismo? —Otra burla.

—Ya sabes que no puede involucrarse. Son las reglas.

Invoqué mi espada oscura, el nuevo poder que el infierno y las sombras me habían otorgado.

—Unas reglas que él creó —rebatí—. ¡Claro! Había olvidado que nunca se mancharía las manos. ¿Estás dispuesto a enfrentarte a mí para defender a esos asquerosos humanos?

—Fuimos creados para protegerlos —respondió.

—Pues entonces morirás con ellos.

Sin que lo esperase, lo ataqué.

Nuestras espadas chocaron y el primer impacto fue devastador. El cuerpo de Michael salió despedido hacia atrás cuando mi oscuridad lo envolvió, pero sus alas retomaron el vuelo de nuevo hacia mí. Su rostro se contrajo al comprender que no tendría nada que hacer contra mi poder, pero era tan necio que prefería morir antes que rendirse. Siempre había sido así: el arcángel de la protección y de la bondad extrema. A veces envidié esa fe ciega hacia nuestro padre; quizá, si hubiera pensado como él, jamás me habría cuestionado tantas cosas que me llevaron a rebelarme.

Mi espada paraba cada golpe que él asestaba incansablemente, hasta el punto de llegar a aburrirme. Apenas había gastado energía y quería algo más de diversión. Por suerte, lo que buscaba apareció.

La mestiza había logrado llegar hasta las piedras. Se encontraba cerca de su… ¿amigo? ¿compañero? No lo sabía todavía, pero no tardaría mucho en descubrirlo.

Lancé mi poder cerca de ellos con la intención de herirla y truncar su objetivo. La quería encadenada junto a él, pero no muerta. Michael aprovechó el momento y me embistió con su cuerpo; fue el tiempo suficiente para desestabilizarme y conseguir que la perdiera de vista. Mis ojos la buscaron con urgencia y, al no

encontrarla, mi rabia salió a flote. Ya les había concedido demasiado tiempo para creer que tenían alguna posibilidad de ganar.

Con una sola orden a mi hermano As, mi verdadero ejército emergió del agujero negro: cuerpos más grandes y robustos, creados para la guerra. Había traído el mayor terror del inframundo.

Mientras combatía contra los arcángeles, los gritos que provocaban los umbroth fueron melodía para mis oídos. Antes de que siquiera se percataran, todo se volvió a nuestro favor.

No mataría a Michael ni a ninguno de mis antiguos hermanos, ya que eran simples marionetas de mi padre, pero eso no me impediría alcanzar mi objetivo.

Tomé impulso y me abalancé sobre él hasta colocarme a su espalda. Apresé una de sus alas y la retorcí hasta que sus gritos de agonía me confirmaron que estaba quebrada. Lo dejé caer al vacío: un obstáculo menos en mi camino.

Resoplé con hastío. Los serafines y los demás arcángeles no me daban tregua; eran como mosquitos molestos de los que empezaba a cansarme. Pero entonces, algo extraño llamó mi atención. El cielo crujió al unísono con la tierra. Una tormenta eléctrica nos rodeó sin previo aviso y los relámpagos iluminaron la oscuridad de la noche.

Me concentré en localizar esa fuente de poder y entonces la vi a ella. De pronto, entendí por qué mi padre prohibía la mezcla entre razas y por qué una simple mestiza había sido perseguida desde su nacimiento. No solo era la llave que me daría la libertad: era el mal personificado.

Sus ojos se habían vuelto completamente negros, al igual que las enredaderas con espinas que emergían de la tierra. Comprendí entonces lo que me obsesionaba de ella: no éramos tan distintos, después de todo. Fue la oscuridad de su interior lo que me atrajo desde un principio. Resultaba ser mucho más valiosa de lo que esperaba. ¿Quién habría pensado lo que surgiría de la unión de dos de mis propias creaciones?

Pero no podía permitir que arruinara mis planes…

—¡Mammon! Atrapa a la mestiza. La quiero viva —ordené.

Antes de que Mammon pudiera obedecer, mi hermano As ya se movía a su encuentro. Quizá no era el único atraído por esa oscuridad en su interior.

De pronto, por el rabillo del ojo, vi algo volar hacia mí a toda velocidad. Giré a la derecha justo a tiempo para esquivar una de las flechas de Uriel. Luego levanté un bloque de oscuridad para interceptar las siguientes. ¡Malditos necios! ¿Por qué no se daban por vencidos? Quisieran o no, yo ya había ganado. Incluso el escudo que los brujos habían alzado a su alrededor para encerrarnos se había debilitado; varios demonios ya habían escapado por las brechas. Era cuestión de tiempo que cayera y alcanzaran a los humanos. Mi ejército estaba haciendo añicos su resistencia.

Un estruendo bajo mis pies me obligó a bajar la mirada. Mi hermano As estaba siendo arrastrado por el poder de la mestiza, mientras los rayos danzaban en sus manos como una segunda piel. Sonreí, convencido de que podría sacar de ella mucho más que simple diversión, pero la sonrisa murió en mis labios cuando algo cambió en el ambiente.

Los gritos se detuvieron por un instante, como si el tiempo y la batalla se hubieran congelado. Miré el rostro sorprendido de los ángeles y escuché una maldición que provenía de Mammon. No comprendí qué ocurría hasta que me detuve a observar el campo de batalla.

Los umbroth ya no atacaban a nuestros enemigos; ahora daban caza a mis propios demonios. Apreté la mandíbula cuando uno de ellos le arrancó la cabeza a uno de mis perros del infierno y cerré los puños al escuchar los chillidos de los vorlac mientras escapaban hacia el portal.

—¡No! ¡Malditos imbéciles! ¿Es que han perdido el juicio? —grité, desquiciado.

¿Desde cuándo los umbroth eran tan erráticos? La ira invadió mi cuerpo al mirar a mi alrededor y ver que todo mi plan se desmoronaba. Pero… ¿por qué ese cambio tan repentino? Solo había alguien capaz de manejarlos a su antojo: As.

Grité de furia mientras mis ojos se movían con desesperación, hasta que al fin lo encontré. Se levantaba con lentitud dirigiendo su

mirada más allá de él, donde una figura permanecía semioculta entre las piedras. Sin embargo, yo sí podía verla; o mejor dicho, pude verla de verdad. El secreto que él me había ocultado y protegido por su propia seguridad.

Y entonces lo comprendí todo. El traidor había estado a mi lado todo este tiempo.

Invoqué dos espadas de oscuridad y me lancé contra él.

CAPÍTULO 47

Amber

Un pitido molesto se instaló en mis oídos un segundo antes de volver al estruendo de la batalla.

—Tienes suerte de que Lucifer no te quiera muerta y yo me haya adelantado a mis hermanos al venir a por ti —me susurró una voz al oído.

Parpadeé, enfocando a la persona que me acorralaba contra una roca, agarrándome del cuello como si estuviésemos en mitad de una pelea. Sus ojos negros me observaron con algo parecido al orgullo. El rostro magullado de mi abuelo me decía que mi otra mitad no se lo había puesto nada fácil.

Sentí una nueva y rebosante energía en mi cuerpo. Todo el agotamiento de antes se había transformado en poder… mucho poder. El hilo de mi magia refulgía con una luz intensa en mi interior, una que solo había sentido una vez, antes de que Esther sellara mi otra mitad.

Miré el caos que me rodeaba temiendo lo que encontraría. Los relámpagos iluminaban el cielo oscuro de la noche y los truenos rugían tan alto que parecía que el mundo se partiría en dos. Unas enredaderas negras con espinas se retorcían en la tierra cubierta de sangre y barro.

No sabía cuánto tiempo había transcurrido desde que mi oscuridad se había apoderado de mi conciencia, pero, por fin, estaba de vuelta. No peleé contra ella. La abracé, intenté comprenderla hasta que las dos nos fundimos en una.

Ahora entendía por qué Kali me llamaba hija de luz y oscuridad. Mi sangre era una mezcla de demonio y lo que una vez

fue un ángel. Dos mitades como el yin y el yang. Una no podía existir sin la otra. Todo tenía un equilibrio y yo por fin había recuperado el mío.

—Sabía que lo conseguirías, que volverías de nuevo. —Una sonrisa perspicaz se instaló en sus labios—. Ahora haz que esto sea más creíble. Toma la daga de mi cinturón y apuñálame.

—¿Qué? —Abrí los ojos de golpe. ¿Por qué me estaba pidiendo eso?—. ¿Quieres que te apuñale? —pregunté perpleja. El agarre en mi cuello perdió intensidad.

—Estoy ganando un poco de tiempo para ti. Hazme comer el suelo. Ya sabes lo que tienes que hacer después. —Sus palabras eran apenas un susurro.

Y lo sabía. Él me había dado la única opción que teníamos en esta guerra. Entonces, el recuerdo de las palabras de mi abuelo días antes penetró en mis pensamientos:

—Te estoy dando una última esperanza. Tienes que romper el sello o todo acabará antes de que te des cuenta.

—No puedo… Temo perder el control. Convertirme de nuevo en un monstruo. —Mi voz se quebró.

—Debes aceptar lo que eres; si no lo haces, la oscuridad te destruirá. Mi ejército reconoce tu sangre. Solo tengo que soltar el control sobre ellos para que tú los guíes. —En tan solo dos pasos, se puso frente a mí y apoyó la mano en mi hombro—. Eres mi nieta, Amber. Toma lo que te pertenece por derecho… Tienes que romper el sello.

Observé parte del terreno que se extendía frente a mí al mismo tiempo que los gritos y alaridos cortaban el aire. Solo la cuarta parte de mi ejército seguía en pie. Sin embargo, los míos luchaban contra los demonios sin descanso. Si no hacía nada ahora, ellos ganarían.

Me imaginé a mi familia muerta o esclavizada. Sus cadenas aferrándose a sus muñecas y a sus cuellos, sin poder hacer nada. Ese fue el empujón que me hizo falta para actuar. Para dejar que mi rabia saliera a flote. Apreté los dientes con fuerza.

—Lo siento —susurré.

Luego, en un movimiento veloz, agarré la daga demoníaca de su cadera y la hundí en su hombro. Sus rasgos se transformaron por el dolor justo cuando soltó mi cuello y trastabilló hacia atrás.

¡Bien! Si él quería un buen espectáculo, se lo iba a dar. Haría que se sintiera orgulloso de mí.

Alcé los brazos y llamé a la tormenta que se desarrollaba sobre nuestras cabezas. Uno de los rayos cayó del cielo y se aferró a mis manos. La electricidad danzaba, recorriendo mis dedos como si estuviera viva. La energía pulsaba como un corazón palpitante. Le di forma, la moldeé a mi antojo hasta crear una esfera y la lancé sobre Asmodeo. Impactó en su pecho y lo arrastró varios metros por el suelo. Su cuerpo quedó tendido en el barro.

Sabía que era poderoso, así que mi ataque no era más que un simple rasguño para él.

En un rápido vistazo, me fijé en Lucifer. Se encontraba enfrascado en la batalla que se desarrollaba sobre nuestras cabezas contra arcángeles y serafines, mientras Michael luchaba desde tierra con una de sus alas quebradas. Su mano izquierda se aferraba a la armadura dorada taponando la herida; sin embargo, estar gravemente lastimado no lo detenía. Con la derecha, sujetaba su gran espada de luz y trazaba un arco perfecto antes de hundirla en el cuerpo de sus oponentes.

El ruido del caos perdió intensidad cuando los umbroth se congelaron en el aire, como marionetas a la espera de ser manejadas. Mi abuelo había soltado el control; ahora me tocaba a mí sostener sus hilos.

Me concentré en mi oscuridad, en esa parte que había aceptado. En ese lazo invisible de poder que me unía a todos ellos. Yo poseía la sangre de su creador y ahora me pertenecían. Conecté con sus mentes, con cada parte de su existencia. Al igual que mis enredaderas, formamos un colectivo perfecto. Solo tenía que lanzar un pensamiento y ellos harían el resto.

Al instante, retrocedieron y cambiaron su objetivo. Ahora los otros demonios eran sus enemigos. Tenía en mis manos al mayor ejército de Lucifer.

Ángeles, ninfas, vampiros y brujos observaban perplejos lo que se desarrollaba ante sus ojos. Las moles gigantes con alas de murciélago habían cambiado de bando. No sabía cuánto miedo provocaban los umbroth entre los suyos hasta que vi a los otros seres del infierno retroceder. Algunos se defendían, pero otros huían hacia el agujero negro que los había traído.

Un grito de rabia retumbó en el cielo.

Los ojos de Lucifer se encontraron con los de mi abuelo en una pregunta silenciosa al no entender cómo sus guerreros se volvían contra ellos.

Camuflada entre las piedras de Castlerigg, sonreí triunfante, como si todo esto no tuviera que ver conmigo, como si no fuera yo quien tomaba esos hilos invisibles. Luego reí a carcajadas viendo cómo todo se había dado la vuelta.

Pero entonces, sin previo aviso, un dolor descomunal se aferró a mi espalda. Caí de rodillas y un grito salió de mi garganta. Me doblé sobre mí misma a la vez que notaba un ardor en la parte alta, cerca de los omóplatos. ¿Qué me pasaba? Jamás había sentido tanta agonía.

Mi piel comenzó a abrirse, como una tela que se desgarra, seguida de los crujidos de mis propios huesos al retumbar en mi cabeza. Solo podía gritar de desesperación, creyendo que mi cuerpo se rompería. Hundí las manos en el barro intentando agarrarme a algo, pero el tormento no se detenía. Incluso sentí ese ardor quemándome en la punta de los dedos.

No sé cuánto tiempo duró el sufrimiento. Después llegó la sensación de algo caliente que se derramaba por mi columna vertebral. Sangre. Olía a hierro y carne abierta. Luego, algo pesado, como si cargara una mochila. La picazón de la cicatrización se hizo presente cuando el dolor comenzó a disminuir. Alcé una de mis manos para tocar mi espalda, pero estas eran diferentes. Ya no tenía uñas, sino garras terminadas en punta y bien afiladas.

¡Dios mío!

Contuve la respiración a la vez que intentaba alzarme, pero mi peso había cambiado. Me tambaleé hacia atrás y los músculos de mis hombros se tensaron. La lluvia caía sobre mi piel expuesta,

aliviando la quemazón de los últimos momentos. Entonces sentí un tirón violento y algo se desplegó tras de mí. Respiré hondo y me obligué a mirar. Giré el cuello… y las vi.

No podía ser cierto…

Parpadeé, incrédula, al observar las dos grandes extensiones que sobresalían de mi espalda. Tenía alas… Pero no eran negras ni blancas. No había nada suave en ellas. Solo huesos y membranas, terminadas en puntas duras y afiladas. Eran una copia exacta de las de Nox.

¡Tenía alas de murciélago! ¿Sería por la sangre de mi abuelo? Lo confirmé cuando los ojos de Lucifer conectaron con los míos y luego se deslizaron hacia mis alas, para acabar fulminando a su hermano con el rostro lleno de ira.

¡Mierda!

La rabia por la traición deformó los rasgos de Lucifer en una mueca de asco. Su objetivo había cambiado: sin preverlo, Asmodeo se había colocado una diana en la espalda. Lucifer pensaba que era él quien manejaba a sus demonios. Ahora, rodeado y con la sensación de una batalla perdida, formó dos espadas de oscuridad y se abalanzó hacia él.

CAPÍTULO 48

Las grandes alas negras de Lucifer se alzaron y tomaron impulso para caer en picado hacia la tierra. Ya no le importaban los arcángeles; ahora su único objetivo era la venganza: acabar con el traidor que había tejido la telaraña de mentiras en la que él había caído.

Solo unos pocos metros me separaban de mi abuelo. Tragué saliva y empecé a correr, intentando mantener el equilibrio y acostumbrarme al peso extra sobre mi espalda. Ahora tenía alas, pero, como estas no venían con instrucciones, no sabía si la oscuridad me había hecho un favor o había cavado mi propia tumba. Por mucho que intentara alzar el vuelo, solo eran una carga más para ralentizar mis pasos.

Quise llegar a tiempo, pero fue imposible. El estruendo llegó de golpe, como dos titanes chocando, cuando mi abuelo formó su escudo. Pero no fue lo suficientemente rápido: su cuerpo fue arrastrado varios metros hacia atrás y sus alas quedaron en ángulos imposibles. ¡Oh, Dios! Le había roto los huesos. La rabia hirvió en mi sangre y los truenos crujieron con más intensidad. Había visto morir a uno de mis abuelos; no volvería a perder a otro.

Ahora Lucifer se cernía sobre él para dar el golpe final. Dos de los príncipes del infierno, Mammon y Bel, se le unieron para rodearlo como hacían los lobos con su carnada. Pero, de pronto, Nox apareció en el cielo; no supe de dónde había salido. Se precipitó desde el aire

con las mismas alas poderosas que sobresalían de mis omóplatos y se situó en el centro para proteger a su creador.

Llamé a los relámpagos mientras corría, pero esta vez no les di forma en mis manos: los lancé directamente sobre ellos a la vez que creaba un escudo de enredaderas para protegerlos. El estruendo lo inundó todo y el lugar se llenó de un intenso olor a quemado cuando llegué hasta ellos.

Lucifer se giró hacia mí. Los rayos apenas le habían hecho un rasguño, pero la razón de mi ataque no había sido esa, y Lucifer se dio cuenta de ello tarde, cuando Nox ya cargaba a mi abuelo para sacarlo de allí. Tras ellos aparecieron los demás: Kress, Dana, Ray e incluso Michael se unió para impedir que Mammon y Bel los alcanzaran.

Y por último, lo que me hizo respirar de alivio: Hayden. Caminaba hacia nosotros por su propio pie, decidido y totalmente recuperado. Sus ojos llenos de muerte brillaban rojos en la oscuridad. No me paré a pensar en qué momento había dejado de estar convaleciente; necesitaba desviar la atención de Lucifer hacia mí.

—¡Él no es tu objetivo! —grité y abrí los brazos para sentirme poderosa e infundirme valor—. ¡Yo invoqué a las ninfas! ¡Yo formé mi propio ejército y te robé a los tuyos!

Giré para mostrarle lo que nos rodeaba: un terreno casi limpio de demonios mientras los umbroth terminaban su trabajo y volvían al portal. Después sonreí, clavé mis ojos en los suyos y articulé bien las siguientes palabras:

—Y yo soy la que te ha derrotado.

El tiempo se detuvo cuando algo hizo clic en su rostro. Entonces supe que ya estaba muerta. Incluso mi sonrisa flaqueó un momento antes de que se abalanzara sobre mí. Todo pasó tan rápido que no me di cuenta hasta que ya me tenía en el aire. Su cuerpo me embistió y sus manos se aferraron a mi cuello mientras ascendíamos hasta que las piedras de Castlerigg eran tan solo puntos borrosos bajo nuestros pies. Mis ojos se abrieron de golpe al prever sus intenciones.

—¿Pensabas que podías reírte de mí? —Su voz sonó gutural, salvaje y con rabia contenida.

Apretaba mi garganta mientras yo pataleaba en el aire y luchaba por tomar un poco de oxígeno. Tiré con fuerza de su agarre y clavé mis nuevas garras en sus dedos, aunque eso no lo detuvo; era como intentar mover una losa de metal.

—Te mataría en este mismo instante, pero ahora más que nunca deseo disfrutar de tus gritos. No importa cuántas veces te rompa; te reconstruiré de nuevo solo para volverlo a hacer —amenazó—. Te veré abajo.

Y me dejó caer, con la seguridad de que no podría sostenerme con mis nuevas alas.

Un grito de pánico escapó de mi garganta a la vez que mi cuerpo se precipitaba al vacío. El viento frío y la lluvia me golpeaban el rostro con fuerza. Mis alas, replegadas a mi espalda, hacían que descendiera a más velocidad. Solo podía pensar en una cosa: volar. Pero eso no funcionaba.

Piensa, piensa…

Las alas eran una extensión más del propio cuerpo; solo tenía que creer en ello y accionarlas. Me estaba quedando sin tiempo. El suelo ya estaba cerca.

Entonces apagué mi mente y dejé que el instinto tomara el control. Mis músculos se contrajeron con violencia, seguido de un tirón profundo entre los omóplatos. Mis alas se desplegaron con un fuerte chasquido que me hizo apretar los dientes cuando estas impactaron contra el aire y mi cuerpo se sacudió hacia atrás. Ya no caía; tampoco volaba: planeaba dando bandazos y rezando para no terminar como una smashburger.

Dejé atrás las piedras de Castlerigg y las montañas se hicieron visibles. Entonces cerré los ojos y llegó el impacto. El dolor explotó por todas partes. Sentí mi hombro crujir y la piel arder formando quemaduras mientras me deslizaba metros por el barro. Me preparé para la regeneración de los huesos y las heridas —por suerte, las alas se encontraban pegadas a mi espalda y sin daños—, pero antes de sanar por completo, los pies de Lucifer aterrizaron

frente a mí. Me encontraba completamente sola y a su merced. En resumen: estaba bien jodida.

Grité de desesperación cuando me levantó del suelo hundiendo sus garras en mis brazos. Su deseo de quebrarme era literal y lo estaba consiguiendo. Cada músculo de mi cuerpo rugía y mi mente solo pedía un poco de descanso.

—Qué pena que tu vampiro no pueda presenciar tu sufrimiento. Está bastante ocupado ahora mismo con Mammon y Bel. Esta vez no habrá nadie para salvarte. Me tomaré mi tiempo contigo.

Y tenía toda la razón. Era demasiado realista para creer que podría sola contra el gran Rey del Inframundo. Era algo que ya había previsto. Durante las últimas semanas, había tenido tiempo suficiente para calcular varios resultados, y este último se resumía en suerte y destino.

Pero para ello tendría que llegar hasta las piedras, las mismas que ahora se encontraban a varios kilómetros de distancia.

—¿Sabes qué es esto? —Me mostró una daga cubierta de oscuridad—. Es un arma opuesta a las angelicales. Ambas pueden herir de gravedad tanto a un demonio como a un ángel. Tengo curiosidad por ver si te afecta igual que a nosotros…

Luego me apuñaló en el muslo.

—¡Maldito psicópata! —rugí de dolor mientras él extraía el arma.

—Es una pena… —Se relamió de placer.

La sangre caliente resbaló por mi pierna; las punzadas se sentían como alfileres. No. Para su satisfacción, la herida no se había cerrado. Pensé en devolverle el favor, pero las dagas que llevaba encima no me servirían para nada contra él. Estaba segura de que el muy maldito me convertiría en un colador en menos de diez minutos.

Tenía que hacer algo, pero todo pensamiento se esfumó cuando una figura se materializó a su espalda y lo embistió.

Al caer, rodé por el suelo y apreté los dientes, intentando contener el dolor de las punzadas que recorrían mi pierna herida. Levanté la cabeza y vi a quien me había dado un minuto de respiro:

Michael. Estaba frente a Lucifer, y su espada de luz se alzaba imponente en posición de ataque. Tenía una de sus alas emplumadas inservible, pero sabía que eso no lo detendría.

—Acabas de interrumpir un momento divertido. —El demonio sonrió con malicia—. ¿No has tenido suficiente, Michael?

—¿No crees que eres demasiado viejo para atormentar a una cría? —se burló el arcángel.

Miré hacia la izquierda y calculé la distancia que me separaba de las piedras y del agujero negro. Solo tenía que llegar hasta allí y quizá tendríamos una oportunidad. Estaba segura de que Lucifer vendría tras de mí: yo era la culpable de su venganza fallida y no se detendría hasta hacerme pedazos. Debía esperar el momento adecuado para escabullirme. Mientras ellos hablaban, desgarré un trozo de tela de mi uniforme y me hice un torniquete.

—¿Una cría? —rio él con ironía—. Deberías estar avergonzado, hermano. Eres el comandante de las legiones del cielo y, sin embargo, una niña ha conseguido lo que tú no: derribar mis defensas y acabar con mi ejército.

—No me llames hermano. Dejaste de serlo el día en que traicionaste a nuestro padre.

No esperé a que Lucifer contestara. Forcé mis músculos para que se movieran y eché a correr, si se le podía llamar así, dado que cojeaba de una pierna. Estaba hecha una mierda: así nunca lo conseguiría.

Un estruendo retumbó a mi espalda; como había anticipado, el demonio no me dejaría escapar, pero Michael intentaba contener su avance. Había picado el anzuelo. Su gran ego le dictaba una única cosa: que yo le tenía miedo y huía como una auténtica cobarde. Lo que no sabía es que esa sería su gran perdición si el destino estaba de mi parte.

¡Vamos, Amber! Puedes hacerlo.

Me concentré en los músculos de mi espalda y tiré. Tiré, y no dejé de hacerlo hasta que mis alas se desplegaron justo antes de iniciar el descenso montaña abajo. Si tenía suerte, planearía hasta llegar a mi destino.

Mi cuerpo se precipitó con velocidad y me di cuenta de que ya no corría: mis alas me sostenían, elevándome cada vez más, arriba y arriba, hasta que por fin las sentí parte de mí y de lo que yo era realmente. Sin embargo, mi visión comenzó a nublarse. Había perdido demasiada sangre.

¡Vamos! Un poco más. Solo un poco más.

Sobrevolé el terreno de batalla esquivando torpemente a los pocos demonios que quedaban en el cielo. Sonreí cuando por fin estaba alcanzando las piedras de Castlerigg, pero como nada podía salir tan perfecto, alguien me golpeó por la espada y caí en picado.

Las sensaciones subían y bajaban como una montaña rusa. Primero, la caída y el azote de la lluvia golpeando mi cuerpo. Segundo, el estruendo, un pitido en los oídos y el aire abandonando mis pulmones. Y tercero… nada. Estaba demasiado destrozada que ni siquiera sentía mis huesos volviendo a su lugar. ¿Cuántas veces podía reconstruirse un vampiro en tan corto espacio de tiempo? Era probable que hubiese batido un récord. Solo quería dormir, descansar. No abrir los ojos hasta que todo hubiese pasado, pero la voz de la razón no me dejaba en paz.

¡Levántate!

¿O era esa parte de mi oscuridad que gritaba a veces?

El sonido regresó y, con él, los gritos de guerra a mi alrededor.

¡Levántate!

Me habría gustado decirle a mi conciencia que era demasiado pesada, pero le hice caso. Abrí los ojos y me incorporé despacio, con piernas temblorosas. Al mirar al frente, un hilo de esperanza se encendió en mi pecho. Veía a Lucifer, pero yo ya había llegado hasta las piedras de Castlerigg… y, con ello, a la persona que necesitaba en ese momento.

CAPÍTULO 49

Ya no importaba que Lucifer viniera a mi encuentro, ni que cerca de nosotros mis amigos libraran una batalla contra los demás príncipes del infierno. Incluso algunos brujos como Esther, Veca y Leus se habían unido a la trifulca. La única razón por la que había luchado contra el dolor para llegar hasta allí estaba frente a mis ojos: la persona que faltaba por encajar en este rompecabezas del destino. Cuando su mirada se cruzó con la mía, no hicieron falta palabras; el entendimiento llegó de golpe en cuanto supo lo que tendría que hacer a continuación.

Lucifer venía hacia mí y me preparé para mi última jugada. Llamé a los rayos para hacer mi actuación más creíble. En ese momento, mi personaje era el de una chica aterrorizada que intentaba sobrevivir, pero, en realidad, yo era la araña que sostenía los hilos, esperando paciente en el centro de la red. Estaba en un nuevo escenario. Había aprendido a esconder la verdad detrás de una máscara de mentiras; solo verían lo que yo quisiera mostrarles.

La electricidad recorrió mis dedos mientras me preparaba para su llegada. Al mismo tiempo, la tierra bajo mis pies comenzó a temblar. Mis enredaderas estaban inquietas, preparadas y a la espera de una señal. Entonces llegó el momento y dejé que mi instinto me guiara.

Las garras de Lucifer alcanzaron mi cuello y mi cuerpo se elevó junto al suyo, como había anticipado. Me aferré a sus brazos y descargué toda la electricidad en su piel: una distracción para lo que

no vio venir. De pronto, el suelo crujió y una infinidad de enredaderas salieron disparadas, enredándose por todo su cuerpo. Ahora era mi turno.

Eché mano de la daga que Hayden me había regalado, apreté los dientes y la clavé con fuerza en su hombro, mientras las plantas se enroscaban y protegían mi cuerpo para lo que vendría después. Con mi arma había formado un anclaje; con las enredaderas, una escalera. Y ahora lo tenía justo donde quería.

Lucifer sonrió altivo antes de susurrar:

—Has fallado.

—Yo sí… pero ella no lo hará. —Sonreí. Entonces el hechizo que Esther me había enseñado se deslizó por mis labios mientras sujetaba la empuñadura de la daga con la intención de anclar su cuerpo a ella—. ¡*Ancora te*!

En ese instante, mis ojos se desviaron tras él. El tiempo pareció ralentizarse cuando Kress emergió a su espalda. Tomó impulso y sus músculos se contrajeron al elevar el brazo con Artemisa suspendida en el aire. La dejó caer con fuerza, atravesando su corazón. Los ojos de Lucifer se abrieron de golpe y el dolor nubló sus facciones cuando ella extrajo el arma sin compasión. El Rey del Inframundo no podía morir, pero sí ser debilitado, como me había explicado el arcángel.

—¡Amber!

La voz de Michael se alzó desde algún lugar cercano y, de pronto, algo de un rojo brillante se iluminó en mi mano izquierda. Una piedra con símbolos tallados apareció de la nada. ¡Las cadenas de Lucifer! Dejé que mi intuición me guiara y, sin pensarlo, la arrojé hacia él. La piedra se fracturó en cuatro partes que brillaron con una luz abrasadora. Dos se aferraron a sus muñecas; otra impactó contra mi pecho y se desvaneció; la última salió despedida hacia abajo. Antes de que Lucifer recuperara la movilidad, me agarré a él y desaparecimos juntos.

El trono de obsidiana de Lucifer fue lo primero que vieron mis ojos. Tuve ganas de llorar de alivio; todo había terminado. Tantas noches sin dormir y el desgaste emocional de las últimas semanas habían dado sus frutos. Quise reír como una loca al darme cuenta de

que no me había equivocado: el destino y la intuición me habían hablado mucho antes de que lo notara. ¿Fueron casualidad mis pensamientos antes de la batalla? Ahora sabía que no, y los retazos de esos momentos que lo conectaban todo llegaron sin ser llamados…

El golpe en el abdomen me dejó sin aliento. Las dagas se resbalaron de mis manos y causaron un estruendo al caer.

—¡Ey! Pelirroja. ¿Dónde diablos tienes la cabeza? Si piensas pelear así cuando lleguen los demonios, te patearán el culo sin esfuerzo —se burló Kress.

Llevaba toda la razón. Algo rondaba mi mente hasta el punto de hacerme perder la concentración. Habíamos bajado a la sala de entrenamiento, pero no era un buen día para mí; había momentos en los que me sentía agotada.

—Necesito un descanso —dije, acercándome a un rincón de la habitación. Me limpié el sudor de la frente con una toalla y me dejé caer contra la pared mientras abría una botella de agua.

—¿Y bien? ¿Me vas a contar qué sucede? —se interesó ella, sentándose a mi lado.

—Le pregunté a Michael cómo podíamos acabar con Lucifer. Me dijo que no puede morir, solo ser debilitado y, con suerte, encerrado de nuevo en el infierno. Pero… ¿y si no lo consigue? Todo lo que estamos haciendo ahora sería para nada.

—No podemos adivinar el futuro, pelirroja. Ya has hecho todo lo que podías. ¿Por qué no dejas que los ángeles se encarguen? Si sigues así, te volverás loca.

—He estado pensando… ¿Por qué Sagara te entregaría a ti un arma angelical?

Ella se quedó pensativa.

—¿Porque, en el fondo, le caía bien?

—Hablo en serio, Kress —resoplé.

—La verdad… todavía no lo sé —se sinceró.

—Después de todo lo que he visto, ya no creo en las casualidades. ¿Y si te dio a Artemisa para debilitar a Lucifer? ¿Y si

los espíritus que mencionó Leus sabían algo que nosotros no? ¿Y si todo forma parte del plan del destino?

—¿Hablas en serio? —Levantó las cejas—. Si fuera el caso, estaría muerta antes de que Artemisa lograra tocarlo.

—Quizá yo podría distraerlo o encontrar una manera de retenerlo hasta que tú llegaras a él.

—Deja de montarte películas en la cabeza, pelirroja. Eso no va a pasar porque tenemos a Michael para que se encargue. Nosotros solo debemos centrarnos en la batalla.

—Nos lo jugamos todo, Kress. Necesito una alternativa por si las cosas no salen como esperamos.

—Lo que necesitas es descansar y dejar de darle vueltas a todo.

Y como si predijera el futuro, no me detuve…

—¿Qué quieres saber? —preguntó Esther, cerrando el libro que tenía entre las manos.

—¿Hay alguna forma de contener a un demonio poderoso solo con magia?

Se quedó pensativa antes de contestar.

—Creo que existe un conjuro de anclaje que podría contener a cualquier ser, pero solo por muy poco tiempo. Por ese motivo no suele utilizarse con frecuencia. ¿Por qué quieres saber algo así?

—Vamos a enfrentarnos a muchos demonios, no está de más tomar precauciones —expliqué.

—Si no recuerdo mal, se necesita intención al pronunciar las palabras y algo material como medio de amarre. De todas formas, puedo repasar esa información y enseñarte cómo se hace.

Y así, las acciones fueron hilando mi destino y el de los demás. Incluso entrenaba días enteros para aprender a traspasar los velos por mi deseo de rescatar a Hayden. Gracias a eso, ahora Lucifer estaba de vuelta en el infierno, portando las mismas cadenas que se convirtieron en su prisión.

Volví de nuevo a la sala del trono y extraje mi daga del hombro de Lucifer para romper el anclaje. Su cuerpo cayó de

rodillas; con la respiración irregular, se llevó una mano a la herida del pecho. Di unos cuantos pasos hacia atrás para contemplar al gran Rey Demonio a mis pies. Su rostro se contorsionó de rabia al comprender dónde se encontraba. Miró los brazaletes en sus muñecas y, por último, rio incrédulo, negando con la cabeza. No paraba de hacerlo, como si todo fuera una maldita broma, como si no volviera a estar atrapado después de tantos siglos.

Pensé que sería feliz al verlo de vuelta en el infierno pero, lejos de la realidad, fue pena lo que me embargó: una tristeza profunda al observarlo en su estado más vulnerable. ¿Habría sido alguien diferente si no se hubiera dejado llevar por los celos? Su padre lo amaba; sin embargo, su complejo de superioridad y su ego habían ganado la batalla en su interior. No era más que una cáscara vacía que se movía por venganza.

—¿Por qué? —Su pregunta iba dirigida más a él mismo que a mí—. ¿Por qué tú? Una insignificante mestiza…

—Por amor —contesté, recordando las palabras de mi yo de ocho años.

El amor por los míos era lo que me diferenciaba del monstruo que tenía frente a mí.

—¿Amor? —Una risa seca e incrédula escapó de sus labios.

—Porque el amor hacia otros es lo que nos empuja a hacer lo imposible. Nunca lo entenderías. Estás vacío por dentro… y es una pena.

—Sabes que volveré para cazarte, ¿verdad? —amenazó.

—Entonces te estaré esperando…

Y, acto seguido, desaparecí. Todavía tenía muchas cosas que hacer; una de ellas, cerrar el portal.

CAPÍTULO 50

El dolor en la pierna era insoportable cuando aparecí cerca de las piedras de Castlerigg. Pero estaba lo bastante lejos para que los míos no pudieran alcanzarme cuando cerrase el portal. ¿Cómo iba a explicarles que el trato que había hecho con Kali me cambiaría para siempre?

Miré a mi alrededor. La lluvia había amainado y el estruendo de la intensa batalla apenas era un recuerdo. Ya solo quedaban unos cuantos demonios en pie; nada que mi ejército no pudiera controlar. Los umbroth habían desaparecido bajo mi orden antes de llevar a Lucifer al infierno, y las ninfas supervivientes volverían a su mundo después de cumplir el tratado.

Nadie me había enseñado a utilizar este poder, pero supuse que, al igual que todo lo demás, el destino me había preparado para ello.

Me concentré en mi oscuridad, apurando las últimas fuerzas que me quedaban. Busqué ese lazo que me unía al inframundo, esa conexión entre planos que fluía a través de mí. Como tantas otras veces cuando recurría a mi sangre angelical, la tormenta volvió a rugir y los truenos retumbaron en el cielo. Imaginé que era una llave y me enfoqué en todas las brechas de la Tierra y en el agujero negro que se abría frente a mí.

La energía fluía por mi cuerpo mientras la orden resonaba en mi cabeza. Giré esa llave, como si cerrara un grifo, y sentí el desgaste de tanto poder fluyendo hacia fuera sin control. Apreté los

dientes y el portal empezó a menguar con un crujido sordo. Cuando ya no quedaba más oscuridad en el cielo y las últimas ninfas se fundieron con la tierra, supe que, al igual que ellas, había cumplido con lo que había venido a hacer.

Ahora podía irme en paz, sin remordimientos y con la seguridad de que la gente que amaba estaba a salvo. Aunque ese pensamiento se tambaleó cuando mis ojos se cruzaron con los de Hayden. Vi su rostro cargado de preocupación, una expresión que pronto derivó en una urgencia desesperada mientras corría a mi encuentro.

Pero no le di esa oportunidad. No quería despedirme, o quizá sabía que, si lo hacía, no sería capaz de cumplir mi parte del trato.

Entonces, desaparecí de nuevo para saltar a un mundo diferente.

◆ ◆ ◆

Caí de rodillas en el mismo valle donde solía aparecer cada vez que viajaba al mundo de Kali. Los colores vivos del bosque, la hierba bajo mis palmas y el canto de los pájaros que me rodeaba formaban un paisaje hermoso para contemplar. Ya no me sorprendió ver al animal que me esperaba a unos metros; él sería mi guía hasta el árbol donde todo había empezado.

El cuerpo me pesaba demasiado. La herida de la pierna me dolía horrores, pero me obligué a levantarme y a seguir el sendero. Solo tenía que seguir un poco más y todo acabaría. La cobra blanca se deslizaba en silencio entre la maleza, a la vez que mi mirada recorría el entorno llenándome de aquellos colores intensos. Me perdí tanto en ellos que ni siquiera me di cuenta del momento en que el gran árbol me dio la bienvenida.

La cobra albina trepó por el ancho tronco hasta enroscarse en una de sus numerosas ramas y fijó sus ojos rojos en los míos, esperando…

Mi mirada vagó por el lugar buscando a Kali, pero no había rastro de ella. Supuse que yo no era lo bastante importante como para merecer una despedida por su parte; ya tenía lo que quería. Lucifer estaba encerrado de nuevo en el infierno y su mundo, a salvo. Su presencia ya no era necesaria; sin embargo, una parte egoísta de mí añoraba el reconocimiento de la reina de las ninfas. ¿Cómo una simple mestiza había logrado encajar todas las piezas que el destino le había lanzado? Aun así, me enfrentaba a esto sola. A lo último que tuvieran preparado para mí.

Me acerqué al gran árbol y apoyé las manos en su corteza. Sentí la conexión entre nosotros igual que la primera vez: mis palmas vibraban con los latidos de su corazón, como si fuera un ser vivo más conectado a la tierra. Una luz violeta comenzó a emanar por toda su estructura cuando mi mente se fundió con la suya. No escuché palabras, sino algo que trascendía lo lógico; algo que me llevó a comprender lo que intentaba transmitirme. Era lo que había anhelado segundos antes, como si el bosque o la misma naturaleza me dijera: «¡Lo hiciste bien, Amber! ¡Finalmente, lo hiciste!».

Y entonces, con menos miedo y más paz en mi interior, hice lo que había venido a hacer. Pronuncié las palabras que tanto había temido desde el día en que cerré el trato:

—Por una promesa y un pacto cerrado, entrego mi parte para zanjar el círculo.

El tatuaje de mi muñeca se iluminó y caí de rodillas, abrumada por tantas sensaciones a la vez. Algo tiraba de mí hacia fuera. Se trataba de equilibrar las cosas: entregar lo que se me había dado. Había pactado sacrificar mis poderes sobrenaturales, mi esencia y mis recuerdos. Estaría viva, pero sin saber quién era ni quién había sido. Sin embargo, había pedido algo más: un corazón nuevo para Ray. Si todo se trataba de lo mismo, tendría que entregar también mi vida; ya me había hecho a la idea justo antes de devolverle la suya.

El hilo que me conectaba a mi magia se fue apagando hasta no quedar nada más que silencio, un espacio vacío como cuando era humana. Mi respiración se volvió pesada y mi visión borrosa, pero no sentí dolor, a diferencia de lo que había esperado en un principio. Y,

como todo lo que empieza tiene que acabar, la luz violeta fue disminuyendo, las emociones se atenuaron y aquello que tiraba de mí dejó de hacerlo.

Me miré la muñeca. El tatuaje ya no estaba; el trato se había zanjado. Sin embargo, sabía quién era. Mis recuerdos seguían intactos y, lo más importante de todo, estaba viva.

—¿Por qué? —me pregunté, aunque lo hice en voz alta.

El sonido de unos pasos que se aproximaban despacio me hizo girar la cabeza. Kali se acercó sin prisas, observando el árbol frente a mí como si compartieran un secreto, algo que yo no podía oír. Luego volvió sus ojos completamente negros en mi dirección.

—Porque tu misión no ha terminado aún, hija de luz y oscuridad.

Levanté la cabeza para mirarla. ¿Qué más tenía que hacer? Vio la incertidumbre en mi rostro y decidió continuar:

—La naturaleza es sabia. Jamás quitaría dos vidas a cambio de una.

—¿Dos vidas? No lo entiendo…

Los labios de la ninfa se curvaron en una sonrisa, como si lo que iba a decir a continuación fuera un regalo.

—La tuya y la de la criatura que llevas en el vientre.

—¡¿Qué?! —Abrí los ojos de golpe—. Estás intentando decir que… No. No puede ser.

Mi respiración se quedó atascada por el *shock*. No era posible. ¿O sí? ¿Podía estar embarazada? Hayden y yo habíamos tomado precauciones, aunque, por mi condición de mestiza, nunca creí en esa posibilidad. Entonces recordé la noche de la sucesión de poder: mi vestido roto y tirado en el suelo, su cuerpo sobre el mío... ¡Oh, Dios! Habían pasado semanas desde aquello. Ni siquiera había reparado en una falta; estaba tan enfocada en preparar mi ejército y recuperar a Hayden que había achacado los mareos y el cansancio a las horas sin dormir.

Un malestar se instaló en mi pecho y un susurro roto escapó de mis labios cuando me llevé la mano al vientre.

—Pero la batalla… —me costó pronunciar las siguientes palabras—. Es imposible que haya resistido eso.

El pánico comenzó a invadirme. Tantas sensaciones a la vez me volvían loca. ¿Qué habría pasado si lo hubiese sabido antes de enfrentarnos a Lucifer? Quizá el resultado hubiera sido distinto.

—El destino sabe porqué hace las cosas a su manera —respondió—. Un segundo corazón late en tu cuerpo. Ahora es tu hija la que porta una parte de las cadenas de Lucifer.

¿Mi hija? ¿Era una niña?

—¿De qué estás hablando?

Tuve la sensación de que me desmayaría en cualquier momento.

—¿Dónde crees que fue a parar la otra mitad de sus cadenas? —contestó ella con otra pregunta.

Alzó las cejas, esperando a que yo llegara a la misma conclusión. Recordé el momento en que lancé la piedra a Lucifer. Se fracturó en pedazos: dos en sus muñecas, uno impactó en mi pecho y otro salió disparado bajo nosotros. ¿Me intentaba decir que uno de ellos se encontraba en el corazón de mi hija, aún en mi vientre?

—¡No! —grité, levantándome tambaleante. Todo me daba vueltas, pero la rabia era mayor que todo lo demás—. ¡No podéis hacerme esto! ¡No quiero esto para mi hija! Vivirá una vida como la mía, perseguida por algo que ella no ha pedido.

—Yo no tengo nada que ver. Todo está conectado por los hilos del destino. Tus padres, tu nacimiento… Todo está trazado por un plan que ni siquiera nosotros podemos prever.

—¡No! No pararán hasta encontrar de nuevo la forma de liberarlo. —Apreté los dientes y los ojos se me llenaron de lágrimas. No quería un futuro así para ella. Todo me daba vueltas sin control.

El suspiro de la ninfa me sorprendió; fue lo más humano que le había visto hacer desde que nos conocimos.

—Tómalo como un favor por todo lo que has dado. El conocimiento es poder. Sabes lo que vendrá. Puedes prepararla. El destino es astuto; esta vez, la otra mitad de las cadenas se ha dividido en dos. El otro portador es fuerte, no estará sola.

—¿Dónde…?

—Un brujo. Vuestros caminos se cruzaron por una razón. Todavía es un niño, pero será uno de los más poderosos de su

aquelarre después de tu padre.

Las piernas me fallaron y la fuerza que me había sostenido todo ese tiempo me abandonó. Lo último que pronuncié antes de caer en la inconsciencia fue un nombre, porque ya sabía a quién se refería…

—Leus.

CAPÍTULO 51

Kress

Miré el manto de estrellas desde la azotea del castillo; era una noche bonita para observarlas. Habían pasado veinticuatro horas desde que la pelirroja cerró el portal. Nunca había sido de esas personas que agradecen y se sienten afortunadas por todo lo que las rodea, ¡pero, diablos!, por una vez, lo hice. Di gracias por estar viva, porque habíamos ganado y nuestro mundo seguía en pie. También porque no tuvimos que llorar ninguna pérdida cercana. Algunos de mis amigos, los antiguos y los nuevos, habían acabado muy heridos, pero nada que la medicina y el tiempo no pudiesen curar.

Una voz profunda y masculina a mi espalda interrumpió mis agradecimientos.

—¿Cómo está?

Me giré hacia él y observé su cuerpo de guerrero. Michael era hermoso, tal y como los humanos lo habían retratado en sus lienzos. Sin embargo, algo que no había visto nunca en su rostro llamó mi atención: tenía las cejas ligeramente fruncidas y la preocupación brillaba en sus ojos, acercándolo más a la humanidad que al ser que habitaba en un plano superior.

—Ha despertado hace unas horas —le informé.

Recordé la desesperación de Hayden cuando ella desapareció de la batalla tras cerrar el portal... Minutos después, una ninfa había aparecido cerca de las piedras de Castlerigg cargando su cuerpo. Su piel estaba pálida y sus brazos colgaban flácidos a sus costados. Antes de acercarme a ellos, pensé lo peor. Pero la ninfa se la entregó a mi amigo con delicadeza y su voz sonó como algo demasiado

antiguo. No era como las ninfas de la batalla; esta caminaba erguida, como si su estatus fuera superior al nuestro.

—Las dos están bien, pero ha perdido mucha sangre —sentenció. Luego abrió la palma de su mano y le entregó un frasco —. Dale esto. Curará su herida y fortalecerá su cuerpo. Tómalo como un regalo del bosque como agradecimiento. Dile que la deuda está zanjada.

El rostro de Hayden se volvió blanco cuando ambos procesamos la primera frase. Las dos… Cuando la ninfa adivinó nuestra expresión y elevó la comisura de sus labios, ambos comprendimos a qué se refería.

El ser hecho de bosque desapareció sin previo aviso, pero mi amigo seguía en *shock*. La noticia de su futura paternidad había roto todas sus defensas. Por primera vez desde que lo conocía, sus ojos se llenaron de lágrimas contenidas mientras estrechaba a la pelirroja entre sus brazos. Después, todo fue un caos de urgencia y desesperación por llegar al castillo cuanto antes. Ellos desaparecieron con Veca y yo me quedé con los demás, buscando supervivientes y atendiendo a los heridos.

Volví a la azotea del castillo, junto a Michael, y la pregunta que rondaba mi cabeza desde que la pelirroja despertó se deslizó de mis labios:

—¿Lo sabías? —pregunté con voz fría, clavando mi mirada en la suya—. Dime que no sabías lo de las cadenas…

—No lo sabía en ese momento —me cortó.

—No sé si creerte. —Ninguno apartó la mirada, como si estuviéramos en una guerra silenciosa—. Después de lo del lobo…

—¡No sabía nada! —Apretó los puños a sus costados—. Solo escuché la orden de mi padre cuando apuñalaste el corazón de Lucifer. Me pidió que le entregara las cadenas a ella… y lo hice.

—¡Pero sabías que estaba embarazada y no nos lo dijiste! Podría haberle pasado algo. —Mordí el aro de mi labio inferior.

—No puedo alterar el equilibrio. Estamos creados para mantenerlo. —Suspiró—. Pero no miento cuando digo que no sabía qué pasaría con las cadenas. Pensé que se me entregarían para buscar una nueva estirpe, pero no fue así.

Le creí. La preocupación en su rostro no era solo por la pelirroja; un atisbo de culpabilidad se reflejaba en sus ojos claros. Di unos pasos hacia él y levanté el mentón. La punta de mis tacones rozaba sus sandalias de guerrero.

—Escúchame bien, Michael. Si a esa niña llega a pasarle algo… te cazaré como a una paloma y me haré…

—Ya lo sé —me cortó—. Te harás una bufanda con mis plumas.

—Y un llavero con tus pelotas —amenacé.

Una sonrisa pícara curvó sus labios. Se agachó hasta que su respiración se mezcló con la mía.

—Me encargaré de su seguridad —aseguró. Luego susurró—: Aunque después de verte empuñar un arma angelical para debilitar a un rey, creo que no hará falta mi intromisión.

Sus ojos descendieron a mis labios y sentí el rubor subir por mis mejillas. ¿Desde cuándo un hombre lograba avergonzarme? Me aclaré la garganta y le di la espalda. Antes muerta que mostrarle lo que sus palabras provocaban en mi cuerpo. Volví a mirar el cielo cubierto de estrellas y me crucé de brazos, intentando parecer aburrida.

—¿Eso ha sido un halago? Cuidado, Michael, o pensaré que el arcángel engreído y orgulloso se está ablandando.

Su carcajada me erizó la piel. ¡Demonios! ¿Qué me pasaba?

—Hay trabajo que hacer. Algunos demonios escaparon de la batalla cuando el escudo de los brujos se rompió. Quizá te gustaría ayudar a cazarlos; creo que haríamos un buen equipo, después de todo.

—¿Ahora crees que soy tu igual? —me burlé.

—Eres Kress, reina de las mestizas y de las calles de Londres. ¿Quién mejor que tú para guiarnos en esta cacería? —La diversión en su voz y el eco de nuestras antiguas conversaciones me hicieron sonreír, aunque él no pudiera verlo.

—Me lo pensaré —fue mi única respuesta.

De pronto, me sobrepasó y se colocó sobre el parapeto de la azotea. Giró la cabeza hacia mí y su mirada profunda se clavó en la mía.

—Nos veremos pronto, Kress.

Se precipitó al vacío. Sus alas blancas surcaban el cielo mientras desaparecía en el horizonte.

¿Eso era necesario? Resoplé, negando con la cabeza. Se había materializado a mi espalda sin necesidad de volar hasta aquí y ahora se marchaba así. ¡Ángel arrogante!

Luego pensé en la pelirroja. Temía el momento en que tuviéramos que decirle dónde estaba su abuelo. El portal se había cerrado, sí, pero los príncipes del infierno habían aprovechado ese espacio de tiempo para desaparecer… y llevarse a Asmodeo con ellos.

EPÍLOGO

Observo mi antigua habitación mientras acaricio los libros sobre plantas de mi estantería. Todo está tal y como lo dejé antes de marcharme. Puedo imaginarme año tras año en este rincón desde mis ocho años: durmiendo, estudiando… Pero mi vida ya no es la misma. He cambiado mi pequeño escritorio por un despacho en el castillo y mi juventud por responsabilidad y madurez. Tiene gracia cómo las vivencias y los años transforman a las personas; aún así, tengo todo lo que quiero y soy feliz.

Las voces y risas llegan desde la planta inferior. Salgo de la habitación y bajo las escaleras observando los cuadros de las paredes. Una niña pelirroja me sonríe desde uno de ellos junto a dos chicos. Nunca podré decir que mi niñez fue solitaria y le doy las gracias a mi madre por eso; por haber escogido a la mejor familia adoptiva que podría tener.

El olor a pastel y a las galletas de Nana inunda la casa. Me asomo a la cocina y una carcajada se escapa de mi garganta al ver lo que se desarrolla en ella: Esme recoge el desastre montado en la encimera mientras Nana, se ocupa de decorar la bandeja de galletas recién salidas del horno. Pero eso no es lo que me hace reír. Las culpables están en el centro de todo:

Dana y Kress están cubiertas por completo de harina y una especie de crema oscura que, la verdad, no quiero saber qué es. Incluso el cabello negro y rizado de la vampira ahora está adornado con mechas blancas. Esther las observa desde un sillón con expresión burlona.

—No te rías, Am —dice Dana, arrugando la nariz—. Deberías ver el resultado.

Coge algo a su espalda y lo coloca en la isla, en el centro del comedor.

—¡Tachán! Ya solo faltan las velas —canturrea, dejándome ver el precioso pastel negro en el que han trabajado toda la mañana. Un dibujo que parece una araña o un murciélago, no estoy segura, está situado en el centro como adorno—. ¿Crees que le gustará?

—Le va a encantar —sonrío—. Es su color favorito.

—¿No está un poco torcido? —pregunta Esther desde su sitio. Ambas la fulminan con la mirada. Por el contrario, Nana y Esme se ríen.

—Esto no es lo mío —se lamenta Kress, soplando un mechón pegado a su rostro—. Matar demonios se me da mejor.

—Quiero el divorcio —comenta Dana haciendo un mohín.

Ambas se casaron hace tres años y adoptaron a Leus justo después. Desde entonces viven en una residencia cerca del colegio de magia donde Esther da clases a los niños. Dana, por el contrario, quiso volver a ser bibliotecaria, pero se dio cuenta de que había algo que le gustaba más que leer: ahora es escritora. Inventa sus propias historias para que otros disfruten de ellas.

—¿Y Ray? ¿Aún no ha llegado? —pregunto por mi hermano mayor. Creo que es el único que falta por venir.

—Ya estarán al caer. Megan dijo que se retrasarían un poco —contesta Esme mientras saca varios platos de la alacena.

Ray y Megan celebraron su unión meses después de que terminara la guerra contra la oscuridad. Ahora forman una familia preciosa junto a sus gemelos, Nigel y Ewan; dos pequeños revoltosos que nos traen de cabeza.

—¿Por qué no sales fuera con los demás y descansas un poco? —pregunta Nana preocupada—. No es tu ciclo habitual de sueño, debes de estar agotada.

—Estoy bien. ¿Por qué todo el mundo piensa que voy a desmayarme en cualquier momento? —me quejo, aunque la curva de mis labios se eleva.

—Creo que es obvio viéndote ahora mismo. —Esther me señala y yo pongo los ojos en blanco antes de abandonar la cocina.

Salgo al exterior y el olor a bosque y troncos húmedos que tanto me gusta inunda mis sentidos. Me acurruco un poco más en mi jersey de lana. Aunque es febrero y hace frío, el día es perfecto para una merienda en el exterior e incluso si no lo fuera, no habría espacio para todos dentro.

En el centro del porche hay una gran mesa rectangular donde se sientan los demás. Los globos negros y dorados decoran la estructura de madera sobre nuestras cabezas. Cameron cuenta una de sus anécdotas graciosas mientras Logan, Thomas, Emma, Aarón y su novia Layla lo escuchan con atención.

Pero es la sonrisa de Hayden la que llena mi corazón: ese rostro relajado, sin máscaras cuando está entre nosotros. Ahora sabe lo que significan familia, casa y protección. Están tan enfrascados en la conversación que ninguno de ellos nota mi presencia. Tampoco el adolescente de catorce años sentado en la otra punta del porche. Tiene un libro entre sus manos, pero toda su atención está puesta en las tres figuras que se encuentran en la explanada, más allá de nosotros, antes de que comiencen los árboles.

Una niña sostiene una espada de madera tallada con las fases de la luna. Ella es la razón por la que estamos aquí. Mi pequeña Eirena, la que salvó mi vida aun estando en mi vientre, cumple hoy seis años. Sus cejas se fruncen por la concentración hasta parecer más mayor de lo que es. Su vestido negro resalta su cabello rubio, casi blanco, y sus ojos verde bosque brillan de emoción cuando Dash le muestra una posición de defensa.

Nox resopla por la actitud tan infantil de mi hermano pequeño y yo río; a mi hija le encantan estos juegos. Ahora mi antiguo protector es el suyo. Cuando mi abuelo desapareció y Nox no pudo volver a traspasar el velo del infierno, se quedó con nosotros. Desde que Eirena nació, no hay un solo momento en el que él no tenga un ojo puesto sobre ella, y eso me da tranquilidad, aunque su presencia es un recordatorio de lo que no pude hacer, de que no logré salvarlos a todos. Sin embargo, no pierdo la esperanza de encontrar

la forma de traerlo de vuelta. Seguiré buscando sin descanso hasta mi último aliento.

Unos brazos me arropan desde atrás. Su calor corporal se pega a mi espalda y yo me acurruco contra su pecho.

—¿Estás cansada? —susurra Hayden en mi oído mientras sus manos acarician mi barriga hinchada. Solo falta un mes para que nazca Marcus, nuestro segundo hijo.

—Puedo aguantar unas horas de sueño, Hayden —suspiro.

—Se me olvidaba que tengo a la esposa más fuerte, hermosa, testaruda y astuta de la Tierra.

Resoplo, pero sonrío por el cumplido. Desde que perdí mis poderes, siempre dice cosas como esas: que soy perfecta tal y como soy y que todos somos libres gracias a mi astucia contra el Rey de los Demonios. Sus palabras siempre vienen acompañadas de un matiz de orgullo; sin embargo, mentiría si dijera que no echo de menos mis enredaderas o la sensación de electricidad recorriendo mis dedos. Ahora no soy más que una vampira mestiza, como Kress: mis habilidades de sangre pura han desaparecido. Sin embargo, no puedo quejarme; los mestizos viven más que los humanos, y eso es un gran alivio. No voy a parecer la abuelita de Hayden en un futuro.

Frente a nosotros, Eirena se lanza a por Dash, pero él la aprisiona entre sus brazos, la sube a sus hombros y la hace girar. Nox lo regaña como si ella fuera de cristal, pero las carcajadas de mi hija anuncian todo lo contrario.

—¿No crees que deberías haber esperado para darle un arma? —Lo miro de reojo, haciendo un mohín.

—Fue su pedido de cumpleaños; ya sabes que no puedo negarme a los caprichos de mi hija. Este año ya empieza con sus prácticas, ¿qué más dan unos meses antes?

—La tienes demasiado consentida. —Me vuelvo y me agarro a su cuello.

—Al igual que a su madre —responde con una sonrisa pícara y promesas de las maneras en que podría mimarme a solas en una habitación.

Me da un suave beso en los labios antes de que el motor de un coche que se aproxima me haga apartar la mirada de la suya. Al

detenerse, los gemelos salen corriendo hacia su tío Dash y su prima, que los recibe con un abrazo. Se llevan un año y medio, aunque eso no frena a Nigel y Ewan en su empeño por hacerla enfadar a cada momento. Ray y Megan se acercan cargados de bolsas que, espero, no sean solo regalos para mi pequeña. Saludan a todos antes de darme un abrazo y entrar en la casa para dejar las cosas.

Minutos después, estamos todos alrededor de la mesa. Eirena en el centro, con su pastel de cumpleaños y velas encendidas frente a ella. Pide un deseo antes de soplarlas y yo observo con deleite sus rasgos, tan parecidos a los de su padre. Su mismo pelo, sus mismos ojos… Sonrío al pensar que incluso ha heredado el gesto de posar los dedos en el tabique de la nariz cuando algo o alguien la estresa.

Sus habilidades aún no se han desarrollado, pero sí he podido advertir un destello de oscuridad en sus ojos cuando se enfada demasiado. Lo que será capaz de hacer todavía es un misterio, aunque lo sabremos en el futuro. Leus la observa desde su sitio, siempre en silencio, manteniendo una distancia prudencial entre ellos. Quizá sea consciente del lazo que los une, aunque ella aún no pueda entenderlo. Sé que ellos vendrán algún día; pero, cuando eso pase, ella estará preparada.

Como una vez me dijo Kali, el saber es poder, y yo se lo transmitiré a ella. No se trata solo de saber defenderse o de empuñar un arma; su madre le está enseñando lo más valioso que existe en este mundo. Lo que ha hecho que cada raza sea una sin distinción. Lo que mueve cada fibra de tu ser y te alza una y otra vez aunque creas que todo está perdido.

Le estoy enseñando a mi hija el mayor poder de todos: el amor. El amor a los demás y, sobre todo, a una misma. Todos poseemos una parte de oscuridad, pero no podemos rechazarla; solo entenderla, abrazarla y transformarla en luz, en la versión más verdadera de nosotros mismos.

He aprendido que el destino nos lanza obstáculos durante el camino, pero ahora le digo sin miedo…

Nos veremos en la próxima.

NOTA DE LA AUTORA

Es la primera vez que os dejo una nota y, aunque no sé muy bien por dónde empezar, intentaré volcar todo mi corazón en ella.

No sé si os habrá pasado como a mí, pero me daba mucha pena despedirme de los personajes y decirles adiós para siempre. ¿Termina aquí la trilogía Dominio? Sí. Aunque os habréis dado cuenta de que el final queda bastante abierto para una continuación. La razón es que habrá un futuro *spin-off* donde Eirena y Leus serán los protagonistas. ¿Cuándo estará listo? La verdad es que no lo sé. Antes quiero escribir varias historias que tengo en la cabeza: un viaje en el tiempo, un mundo de faes, vidas pasadas… Quiero guiarme por lo que siento que quiero escribir en cada momento; todo fluye mejor en mi mente cuando la inspiración llega sin forzarla.

Espero que os haya gustado la evolución de Amber. Si habéis captado el mensaje final de este libro, sabréis que tanto ella como yo hemos cambiado por dentro. Ha habido días en que no he tenido tiempo ni ganas de escribir, en que me he culpado a mí misma por no avanzar en una historia que estabais esperando. Pero este no es solo un libro más; es el comienzo de aceptarnos a nosotras mismas, de querernos tal y como somos y de no estar esperando aprobación externa continuamente. Es entender que somos más fuertes de lo que creemos y que, a veces, necesitamos tiempo cuando el ruido mental se vuelve demasiado pesado. Si no luchamos por lo que somos y lo que queremos, nadie lo hará por nosotros. Si no paras un momento, nadie te dirá que lo hagas.

Espero que este mensaje le sirva a a quienes viven en una carrera constantemente, en un mundo donde el tiempo se queda corto para todo lo que hay que hacer. Mi nueva frase favorita es: *disfruta de tu tiempo hoy, mañana será otro día*. Para un minuto, observa a tu alrededor y te darás cuenta que las cosas pequeñas son más bonitas cuando te detienes a observarlas.

Quería daros las gracias por tanto apoyo, por leerme y compartir vuestras opiniones y críticas constructivas. Por creer en mí antes de que yo misma lo hiciera; gracias a eso, aprendo cada día más sobre la escritura y disfruto más de ello. ¡Muchas gracias!

AGRADECIMIENTOS

Hay tantas personas a las que quiero agradecer que no acabaría nunca.

En primer lugar, a la personita que más quiero en este mundo, mi pequeño hombrecito, **mi hijo Aarón**. Se me encoge el corazón cuando me dices lo orgulloso que estás de mi. Gracias por recordarme cada día que mi niña interior no debe dejar de soñar.

A mi marido, Silva, aunque no entienda que los libros me desestresan más que el gimnasio.

A mi familia y a mis primis, Menua y Raquel, que se bebieron los dos primeros. Gracias por tanto apoyo y cariño. Me muero de ganas por enseñar algún día esa canción tan preciosa que habéis compuesto. Estoy muy orgullosa de mis raíces. Va por ti, tita Che.

A mis amigas: Mayte, Pauli, Eli, Trini, Sara e Isa, por dedicar tiempo a leer mis historias. Y a las que no son lectoras, por el apoyo, jajaja. Gracias por tanto cariño.

A mi hermana Valentina. Por fin puedes leer la saga terminada. Tú sí que sabes; eres la más lista de las dos, jajaja. No vas a tener que esperar tanto.

A Paquito. Gracias por estar ahí siempre y demostrarme que el roce y el cariño tiran más que la sangre.

A todas esas personas que han sido parte de este libro desde el comienzo:

Mi madre. La primera en apoyarme en todo y darme ese empujoncito cuando me fallan las fuerzas. Gracias por ayudarme a

ver lo positivo de las cosas. Eres mi lugar seguro. Te quiero.

Espe, por sus críticas constructivas. Gracias por tantas palabras de ánimo y por creer en mí más que yo misma. Me encantan tus mensajes de voz.

Estrella, porque no hay nadie que me entienda mejor que ella en cuanto a gustos de lectura. Gracias por dedicar tu tiempo a mis personajes, aunque te deje a la mitad y con ganas de quemarme en la hoguera, jajaja. Espero con ansias ese abrazo en persona.

Esther y Kress, por estar siempre ahí para mí. Mis libros no serían lo mismo sin vosotras. Gracias por todo; nunca me cansaré de decirlo. Fuisteis mis alas al comienzo y espero que lo seáis hasta el final. Os queda petarda para rato, jajaja.

Rocío. Por pulir mi libro hasta la perfección. Cada día aprendo más de vosotras. Muchas gracias por eso.

Veca. Qué más decirte. Sabes que me encantan las portadas que haces, pero esta es mi preferida. Gracias por crear cosas tan maravillosas y por hacer mi sueño realidad: ponerle cara a mis personajes tal y como los imagino en mi cabeza cuando escribo.

Sora. Ya sabes lo que tu opinión significa para mí. Gracias por conectar tanto con mis personajes y sentirlos como si fuesen reales. Espero con ansias un reel de esos tuyos con esa voz tan preciosa; creo que lloraría al escuchar de tus labios alguna frase del libro. Ahí lo dejo… jajaja.

Estefi, mi Sailor Moon, por tragarse mis historias aunque la pillen de viaje, jajaja. Gracias por ser mi lectora cero por siempre.

Merce, mi espejo Géminis. Por ser como eres y por querer ser de las primeras en leer todo lo que escribo. Gracias por estar siempre ahí y dejarme conocer tus historias. Eres una escritora increíble.

Sara. Gracias por tus opiniones y tus ganas de leer todo lo que escribo. Da gusto tener a personas como tú a mi lado. Te quiero siempre en mi equipo, sin duda.

Asun, mi lokita de los libros. Gracias por todo tu apoyo y por sacar tiempo de donde no lo tienes para mis historias. Siempre serás mi loquita.

Mara. Por buscar tiempo de donde sea, aunque las cosas hayan sido difíciles. Gracias por querer leer todo lo que escribo.

Sabrina, por estar ahí siempre. Gracias por todo. No me olvido de que te debo un personaje en el futuro, jajaja.

Sonia y Fran. Por ese café tan especial y por muchos más en el futuro. Gracias por todo el apoyo y el cariño. No puedo estar más contenta de tenerte como cero; tu punto de vista sobre este final ha sido muy importante para mí.

Antonio. Gracias por el apoyo y por esas conversaciones sobre mi libro. Ya puedo decirte que, por fin, lo he terminado. Ya lo has podido leer, jajaja.

Y por último, pero no menos importante, **a ti, lector/a**. Sé que este libro ha tardado un poco más, pero espero que haya valido la pena y te haya gustado. Muchas gracias por vuestro cariño y apoyo; vuestros mensajes siempre dejan calentito mi corazón. Nos vemos en la próxima historia.

¡Muchísimas gracias!

Os espero en el siguiente libro, porque no pienso rendirme.

ACERCA DEL AUTOR

Marena Hope

Sobre la autora Marena Hope @macaentrelibros
Soy andaluza. Nací en un pueblecito de Sevilla un 20 de Junio de 1987.
Crecí rodeada de libros y cuentos gracias a mi madre, una apasionante lectora que disfruta de la lectura tanto como yo.
Desde pequeña, la música ha sido parte de mi vida, otra de mis grandes aficiones en el presente.
A los quince años comencé a leer historias basadas en el antiguo Egipto, ya que siempre me ha llamado mucho la atención. Años después, la curiosidad me llevó a coger un libro de la habitación de mi hermana. Quería saber qué es lo que solía leer con sus amigas y cuando comencé a leerlo no pude apartar mis ojos de sus páginas hasta terminarlo. Ese libro era Lazos de sangre, de Amanda Hocking.
Desde ese día, la fantasía con romance y paranormal se ha convertido en mi género favorito.
Para mí la lectura es como una vía de escape de la vida rutinaria, un método para disipar el estrés, donde viajo a través de mundos de aventuras y fantasía.
Si leer me apasiona, he descubierto que escribir y crear historias lo hace aún más.

Sus novelas:

- Dominio:
  - El dominio de la sangre.
  - El dominio de la magia.

- El dominio de la oscuridad.

- Fuera de mi zona de confort.

- Navidad cuquiterrorífica.
